

Baptiste Beaulieu

La balada del niño que quería un abrazo



Grijalbo **narrativa**

BAPTISTE BEAULIEU

La balada del niño
que quería un abrazo

Traducción de
Patricia Sierra Gutiérrez

Grijalbo **narrativa**

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Augustin, mi niño gris.
Para mi madre, y para las de los demás*

Todos los cretenses son unos
mentirosos.

EPIMÉNIDES DE CRETA

Habla bajo, si es de amor,
al borde de las tumbas.

PAUL-JEAN TOULET

El día del Desgarro

¿El número total de estrellas en el Universo es par o impar? Jonas no lo sabía, pero la pregunta le parecía importante.

Domingo, 9.54, periferia de París. El brillante estudiante de Medicina de veinticuatro años observaba el cielo nocturno pintado en la cabina del ascensor cuando una sacudida lo sacó de su ensimismamiento. Había llegado Séptima planta. Pediatría. Allí siempre olía igual: al desinfectante del suelo y a orina fría. Le gustaba, era como si ese olor tuviera una vieja voz —una de esas voces que mascan tabaco más que lo fuman— que le susurraba: «¡Eh, eh, chico! ¡Aquí se salvan vidas!».

A las 9.58 Jo' empujó con cuidado la puerta de la unidad cuando le vibró el teléfono. La noticia que le dio su madre lo impactó. Prometió llegar lo antes posible y acto seguido colgó. Estaba temblando.

Ya eran las 10.02. A unos metros de la habitación 33, se agachó para beber de la fuente de agua del pasillo y se golpeó contra el grifo.

«¡No seas quejica!», se reprendió con una mano en la frente, que le sangraba, y la otra en el pomo de la puerta.

Habitación 33...

Si hubiera sabido lo que le esperaba en esa habitación, Jo' se habría dado media vuelta inmediatamente y habría echado a correr como alma que llevara el diablo. Porque el destino había decidido que no llegaría a tiempo para consolar a su madre: se quedaría en ese hospital todo el día y toda la

noche, no podría abandonarlo hasta la mañana del día siguiente, dos horas antes del alba, exhausto, con el alma envejecida.

A las 10.04 Jo' entró en la habitación 33, vio a Maria Tulith y a su hijo de siete años tumbado en la cama.

A las 10.10 se produjo entre ellos lo que Jonas llamaría «el Desgarro». Toda su vida habría un antes y un después de ese Desgarro.

Por culpa de él se fue de viaje, cruzó montañas y atravesó mares, hasta el otro extremo del mundo, para reinventar su vida y encontrar la verdad.

Con el fantasma del niño.

PRIMERA PARTE

La puerta mágica

Después del Desgarro

Jo'

Mi vida parecía perfecta antes de que irrumpiera en ella el niño gris.

Pienso en el día de mi nacimiento, por ejemplo, y me imagino un querubín mofletudo y sonrosado saliendo del vientre materno. Aprieta entre sus pequeñas manos regordetas unas tijeras de oro listas para cortar, tendido entre las rodillas de su madre, la cinta de inauguración de la gran fiesta que será su existencia hasta el Desgarro.

Mi infancia fue tranquila, sin sobresaltos ni violencia. Dos hermanas mayores muy cariñosas y una madre protectora me mimaron. Las tres me enseñaron a amar la belleza, buscar la verdad y rechazar la injusticia.

Soy más bien alto (la estatura que gusta a las mujeres y, por tanto, la única que vale aquí abajo). En el colegio, antes de que mi cuerpo se desarrollara, me eligieron «la chica más guapa del último curso», una crueldad, pero menor si se la compara con la suerte reservada a Laura, una compañera que lloró al conseguir el título, poco envidiable, de «el chico más feo del colegio». Mi cara se parece a la de mi madre, si bien con mandíbulas más fuertes. Mi madre es guapa, yo soy guapo. Ojos verdes. Hoyuelos marcados, gracias a los cuales todas mis frases parecen bromas entrecomilladas. Una melancolía encantadora se apoya en mis hombros caídos, pero no me importa porque son anchos, y eso también gusta.

Todos los domingos mi madre se esfuerza preparándonos su pretenciosa

torta meringata al limone para desayunar, en una conmovedora tentativa de reconciliarse con sus orígenes italianos. Pero es una pésima cocinera, así que su tarta de limón siempre le sale mal. «Está rica, ¿eh?», me pregunta invariablemente. Y pienso: «¿Quieres que te diga lo que deseas oír o la verdad, mamá?», pero me callo y recojo las migas con la yema de los dedos, incluso lamo el plato delante de ella. Cada lengüetazo es una confesión disfrazada: «Te quiero, mamá. Nunca te lo digo, pero te quiero». Tenía la mejor familia del mundo. La mejor... No me faltaba nada y disfrutaba, gracias a ella, de una idea bastante concreta del amor. También gracias a Manon.

La verdad es que el niño entró en mi existencia en tromba, como una bola en un juego de bolos, derribando en unos días el palacio de ilusiones que pacientemente había construido desde hacía cuatro años, fecha en la que conocí a Manon, una estudiante de Enfermería. Fue una noche memorable en la que había bebido demasiado, en la que ella estaba ebria; ya teníamos algo en común. Esa noche, en cuanto sus grandes ojos dorados se sumergieron en los míos, reinó en mi alma. Me pareció la chica más guapa sobre la Tierra. Me planté delante de ella con la mano en el corazón.

—No sé quién eres —le dije—, pero ¡quiero tener hijos contigo! Ni uno ni dos. ¡Quiero veinte, cien, mil, quiero repoblar el desierto de Chihuahua, invadir el de Karakum y colonizar el de Atacama entero!

Ella suspiró sonoramente.

—Eso será sin mí, Gengis Khan... —soltó, y se dio la vuelta. Su voz era perfecta para emitir dictámenes.

La sujeté del codo.

—Perdóname, yo... En fin..., mi presentación ha sido patética. Si quieres, empezamos por la región de Auvernia.

Se echó a reír, se puso de puntillas y me susurró al oído:

—Escúchame bien, Atila: tendré hijos cuando la máquina para viajar en el

tiempo exista porque quiero educarlos en los años sesenta.

Al final de la noche al menos había conseguido saber su nombre. Mejor aún, aceptó cenar conmigo en el minúsculo estudio que la facultad me permitía alquilar por una suma ridícula.

—El próximo lunes —decidió Manon haciendo una mueca, luego dio media vuelta y desapareció como una princesa de cuento de hadas al oír las campanadas de la medianoche.

La semana pasó volando.

—¡Ooooooh!

En cuanto atravesó el quicio de mi puerta, su boca se abrió, inmensa, redonda.

—¡Ooooooh! —repitió.

Durante siete días yo había recorrido las tiendas de segunda mano, las de discos, las de intercambio y otros nidos de polvo de la ciudad. Me había puesto unos pantalones de cuadros ajustados, un jersey de cuello vuelto y el peinado a juego. Petula Clark cantaba «Ya Ya Twist», y mi pared estaba forrada con coloridos carteles en los que posaban Françoise Dorléac y Catherine Deneuve.

Adopté un aire indiferente.

—Llegas demasiado pronto, Manon. Estaba cosiéndote un vestido con discos de vinilo mientras veía mi película favorita...

Sus carnosos labios se cerraron, rebeldes. No podía dejar de mirar esos labios pintados. Desde Adán, los hombres se apasionan por ese tipo de bocas.

—Aaah...Y ¿qué veías, Ringo?

—*Mary Poppins*.

—¿Qué? ¿*Mary Poppins*? —Me ofreció la palma de la mano—. ¡Chócala, eres el hombre de mi vida!

Se la choqué, y se la noté caliente. Se partió de risa, una risa tan fuerte, tan

abierta al mundo, al otro, a mí, que podría haberle contado todos los dientes... El cerebro es como el corazón: en general, son órganos caprichosos. Funcionan todas las horas del día, todos los días del año y, sin embargo, te abandonan en el mismo instante en el que te enamoras.

De esa primera cita con Manon habían pasado ya cuatro años. Cuatro primaveras, cuatro inviernos. Cuatro años... Pensaba que la querría tanto para siempre. Lo creía de verdad. En cuanto a mis ansias de paternidad, dos meses de prácticas en Pediatría disminuyeron mis ganas de invadir la Patagonia (un anhelo que el niño gris iba a enviar definitivamente al olvido). Todo lo que medía menos de un metro veinte, se metía los dedos en la nariz y gimoteaba me provocaba ganas de tragarme una tableta entera de ansiolíticos. De vez en cuando tenía recaídas: me veía, majestuoso, como patriarca, rodeado de doce niños pequeños enérgicos, astutos, rubios y soñadores... También había un labrador. Era el más estúpido de los perros del mundo, de esos chuchos que creen que los nenúfares son hierba y que podrá andar sobre ellos. En mi sueño, nuestros vecinos estaban muertos de envidia (ya se sabe que para ser feliz los celos de los demás son importantes...; los celos y los lavavajillas). Manon era esa promesa, dulce y colorida, de una familia perfecta y con una casa grande. Aun así, dado que yo era demasiado inmaduro, demasiado inconstante, no me veía del todo convertido en padre.

Y entonces el alma de aquel niño me cayó encima sin previo aviso.

Eran más de las diez cuando abrí un ojo esa mañana. La respiración de Manon era profunda, y regular. Había tenido su mano entre las mías toda la noche, una noche corta y alcoholizada. La besé en la frente y abandoné la habitación de puntillas rascándome el triángulo de pelos rubios bajo el ombligo. Al llegar al salón, me golpeé el dedo gordo del pie contra la puerta del cuarto de baño y

solté un taco. Busqué a tientas el interruptor, y cuando di la luz la bombilla colgada del techo chisporroteó durante diez segundos (chisporrotea siempre, tanto que sospecho que se comunica en morse conmigo, como si me silabeara: «¡DE-JA-DE-DAR-VUEL-TAS-AL-RE-DE-DOR-DEL-VÁ-TER!»). Cuando el filamento dejó de tartamudear, levanté la cabeza y di un grito.

El niño estaba allí, con sus ojos de porcelana.

En la oscuridad y el infinito de sus siete años.

Solo.

Exactamente en la misma posición que en nuestro primer encuentro en el hospital, 61 días antes del Desgarro.

En el hospital

61 días antes del Desgarro

Un niño pequeño. Rubio. Solitario. Apoyado contra el marco de la puerta de la habitación 201 de la unidad de Pediatría de la séptima planta del hospital de V.

Tez de pizarra clara, cara salpicada de manchas rojizas. Tiene casi siete años. Con una mano juguetea con una libreta de espiral, con la otra se tira del jersey haciendo ceder las costuras, para disimular cada centímetro cuadrado de su piel grisácea. Se niega a unirse a los demás para jugar. De vez en cuando se le ve mirar a derecha e izquierda y, si no hay nadie alrededor, se suelta la ropa, y la vergüenza, y la epidermis aparece.

Este día unos payasos voluntarios han ido a divertir a los chicos durante una tarde.

¡Tachán, tachán, tralarí, tralará...! Los niños ríen.

—¿No quieres ir con ellos? —pregunta Jo' al pequeño que se muerde el labio inferior—. Estoy seguro de que Ismaël, Louise y Arthur estarán contentos de tener un nuevo amigo.

—No.

Jo' se da cuenta: ¡cómo le gustaría formar parte del grupo! Y ¡cuánto miedo tiene!

—¿No prefieres un peluche? —dice Jo' apuntando con su dedo hacia la libreta.

No obtiene respuesta.

—¿Cómo te llamas?

—No’.

—Eso no es un nombre.

—No lo sé, señor... ¿Qué es un nombre?

Jo’ sonríe.

—¿Y cómo te llamas tú? —pregunta el niño.

—Jo’.

—¿Qué feo! —opina el crío sin dejar de toquetearse el jersey.

Silencio. El niño señala el paquete de cigarrillos que abulta el bolsillo de Jo’.

—¿Puedes darme un pitillo?

—¿Qué?

—Me gustaría fumar.

—Ni hablar, chaval.

—Pero ¿por qué?

—Provoca cáncer.

Su amistad se sella unos instantes más tarde, cuando uno de los payasos vuelve la cabeza, los sorprende y grita a pleno pulmón señalándolos con un dedo...

Después del Desgarro

Jo'

El niño estaba subido a la taza del váter, con los pies afianzados firmemente a ambos lados de la tapa, tan desnudo bajo esa bata de hospital que le quedaba grande como extrañado de estar allí.

De entrada me impactó tanto, que todos mis sentidos se pusieron en alerta e hice un violento movimiento de retroceso. Me froté los ojos con los puños con tanta energía que habría podido hundirme los dedos hasta el fondo del cráneo. Busqué a mi alrededor: la mesa de roble, el sofá de *tweed* rojo, dos sillas de formica amarillas, un diccionario de Cardiología Clínica... Cosas con las que sentirse atrozmente solo. Esperé un minuto, nervioso, atormentado, como si me hallara en medio de una catástrofe. Después de lo que había ocurrido en la habitación, después del Desgarro, quiero decir, una parte de mí sabía que la presencia del niño no era casual. Cogí lo primero que vi —mi cartera— y apunté al niño.

¡Plof!

El ruido que se produce cuando vuestra vida entera cae al váter: ¡plof!

Di media vuelta y me precipité en la habitación. Mi grito había despertado a Manon. Le pedí que me siguiera y ella se avino a regañadientes.

El cuarto de baño estaba vacío. Debí de soñarlo...

Me cubrí el semblante con una máscara de orgullo y me remangué el pijama hasta los codos sacando bíceps.

—¿Has visto esto, cariño? ¡La cisterna estaba rota y la he arreglado! — exclamé.

Manon apretó los labios.

—¿Y qué, quieres una galletita? —respondió con sequedad.

Me pasé los tres días siguientes en la cama con la excusa de una gripe, intentando aturdir mi mente con programas de televisión estúpidos. No sirvió de nada, y me convencí por completo de que ver la tele es mascar chicle con los ojos. Grogui, con la muerte en el alma, regresé al hospital... Era un error, una injusticia, eso no podía estar sucediéndome a mí. Yo era un joven razonable y, si hacía caso de los encomios de mis profesores de entonces, también era un estudiante particularmente prometedor. Un ejemplo: durante una guardia en Urgencias llegó una mujer. Taquicardia. En menos de diez minutos me di cuenta de la discreta hipertrofia de su aurícula derecha en el electrocardiograma y acerté con el diagnóstico de embolia pulmonar.

—Eres el mejor estudiante de esta unidad hospitalaria de los últimos tres años —me había felicitado el jefe—. Llevas la medicina en la sangre, sin duda. Estás destinado a hacer grandes cosas, Jo'. Grandes cosas...

De eso hacía dos meses. Pero entonces el niño con los grandes ojos de ballena triste llegó, y a partir de ese momento ya no pensaba con coherencia ni con los pacientes, ni con los amigos, ni en los brazos de Manon ni en las callejuelas ventosas de noviembre. Mi conciencia se negaba a distanciarse de lo que había pasado. Solo hallé una palabra que explicara esa sensación pringosa: fantasma.

Pronunciadla rápidamente y de inmediato se os ocurrirá el nombre de una enfermedad de los tejidos conjuntivos, algo realmente feo, sacado de una enciclopedia médica polvorienta.

—Tiene usted *fantasmitis*, señor.

—¿Es grave?

—Incurable.

Una mañana me armé de valor y de un cazo de cocina, y entré con cautela en el cuarto de baño.

—¿Por qué estás aquí? ¿Qué quieres? ¿Es por lo que pasó en la habitación con tu madre?

El niño permaneció mudo, así que nos quedamos inmóviles mirándonos a los ojos. Transcurrieron diez minutos. Incliné la cabeza hacia un lado y me imité. Levanté la pierna derecha y copió mi movimiento, delicadamente. Dos animales salvajes que se amansaban. Mi extrañeza y mi estupefacción eran tales que tardé unos segundos en oír la voz de Manon desde la habitación.

—Jo', ¿estás levantado?

—¡Sí! ¡Me visto y voy a buscar los cruasanes! —grité al tiempo que me abrochaba los pantalones a toda prisa.

Desde hacía unos días la rehuía tanto como al niño. Tenía miedo de que se diera cuenta de mi problema, de mi *fantasmitis*. Me di la vuelta en la escalera, pues de repente se me puso la carne de gallina y tuve la desagradable sensación de que alguien me observaba. Y entonces ¡zasca! Me topé de frente con el niño, de pie sobre la barandilla de hierro de la escalera y con los brazos cruzados sobre el pecho. La bata seguía colgándole por detrás, pero todavía era de un blanco immaculado, lo que hacía que su piel pareciera aún más grisácea.

—Pero... pero... O sea, que... ¡que puedes salir del cuarto de baño!

Abrió la boca y la cerró, reproduciendo silenciosamente mi tartamudeo. ¿Se burlaba de mí?

—¿Re-realmente eres tú, pe-pequeño?

Dibujó con la barbilla una especie de ocho en el aire.

—¿Debo adivinar...?

De pronto se impulsó con sus pequeñas pantorrillas y se zambulló de cabeza en el hueco de la escalera. Se me escapó un grito de susto, el manojó de llaves se me resbaló de la mano, corrí hacia la barandilla, eché un vistazo aterrorizado hacia abajo y...

Nada. Había desaparecido. ¡Puf! Tal cual.

En el hospital

61 días antes del Desgarro

El payaso los sorprende y grita a pleno pulmón, señalándolos con un dedo:

—¡Eh, qué color tan raro!

Llama la atención de su amigo dándole unos golpecitos en el hombro.

—¡Eh, mira! ¡El rubito tiene la piel completamente gris!

El niño se tira de la ropa con más fuerza, hasta desgarrarse las costuras. Jo' fulmina con la mirada a los payasos. Demasiado tarde: los culpables están inclinados sobre el niño, sacan partido de su «peculiaridad anatómica» y hacen lo que hacen los payasos: ridiculizan su rareza. La apuesta es arriesgada. Ismaël, Louise, Arthur y los demás chicos acuden y tocan su piel de cielo nublado. Al cabo de dos minutos ya está, ¡no es un defecto, sino una fantasía, el motivo de unas risas! El niño se relaja, casi orgulloso, incluso ríe también. El payaso se vuelve hacia Jo' y le guiña un ojo. Apuesta ganada.

—Venga, vamos, bajemos al jardín —dice Ismaël—, hay un concurso de rayuela.

—No quiero ir al jardín —susurra el niño.

—Te vendrá bien...

—No quiero.

El payaso mira a Jo' y lo invita a probar suerte. Jo' se acerca a los críos con pasitos taimados, devuelve el guiño al payaso y acto seguido da tres

golpecitos rápidos en el hombro del niño.

—¡Pillado! —grita, y retrocede rápidamente levantando los brazos al cielo.

—¿Qué... qué hace? —balbucea el niño.

—Juego al pilla-pilla. Te he tocado, así que ahora eres el lobo. ¡Tienes que atraparme!

Y Jo' se acerca de nuevo, se pavonea, chincha al chico, que intenta cogerlo con la mano.

—¡Fallaste! —grita Jo' escabulléndose—. ¡Inténtalo otra vez!

Y el pequeño lo intenta, pero el joven echa a correr por el pasillo y, cuando el niño va a darle alcance, se escapa de nuevo y baja a toda prisa por la escalera. El crío lo sigue de escalón en escalón, de risa en risa, y así hasta el jardín, donde finalmente juega a la rayuela con los demás como si nunca hubiera tenido miedo de ellos.

Llega la noche y todo el mundo está cansado. Jo' lleva a No' hasta la habitación 201. Toda su vida se verá alterada por esos veinte kilos de infancia abandonados en sus brazos. Las grandes amistades —como los grandes dramas— tienen frecuentemente pequeños comienzos.

—Esta semana mamá no ha podido venir a verme, pero vendrá mañana —dice No' con la voz espesa a causa del sueño.

Jo' lo arropa para que no tenga frío y el cuaderno de espiral cae. Es un cuaderno con la cubierta de cartón y tiene un candado minúsculo. Jo' lo recoge, piensa en la minúscula llave que abre ese minúsculo candado y vuelve a ponerlo en el brazo del niño.

—Chis, pequeño, duerme... Chis —canturrea el joven, preocupado por lo que acaba de oír.

¿Acaso no se supone que las madres de los niños hospitalizados deberían ir a verlos todos los días?

Después del Desgarro

Jo'

—Intento hablar contigo, me preocupo, te explico cosas mías que son importantes, serias, pero ni siquiera me prestas atención. ¡Estás ausente, Jo', ausente! —explotó Manon durante una cena la semana siguiente a la aparición del niño.

—Sí, sí...

—¡Eh! ¿Me escuchas?

Todo me resultaba indiferente desde que el fantasma pasaba su purgatorio pegado a mis talones. Sacudí la cabeza y miré al chico, que estaba detrás de ella.

—No existes... —murmuré.

—¿Perdón? —se enfadó Manon—. Yo... ¿qué?

La pequeña y gris alma en pena tenía los labios fruncidos y las mejillas enrojecidas de ira. Apretaba con fuerza una pizarra donde estaba escrito a tiza: «¡Existo, he pasado la varicela!». De inmediato, todo resurgió y volví a verme en el hospital en compañía de un niño rubio y risueño que me juraba: «¡Mamá me quiere hasta siempre!», y yo lo corregía: «Nooo, no se dice “hasta siempre”, se dice “para siempre”».

Era mentira. Tenía derecho a decir lo que quisiera, estaba enfermo.

Di la espalda a Manon, me levanté, rígido, y fui a enjabonarme y frotarme las manos con gestos de sonámbulo.

—No existes, no existes, no existes...

Y me restregaba y murmuraba y me restregaba y murmuraba y me restregaba. Y Manon hablaba, se quejaba y lloraba, golpeaba la mesa con el puño, lanzaba un vaso contra el fregadero. Y con ese vino dorado de Jurançon que goteaba por la porcelana del lavamanos se me iba la vida.

Sentía mis piernas como si fueran de algodón. Volví a mi asiento me aposenté con decisión y le planté cara. Esa imagen de Manon entrando en mi casa con la boca abierta de sorpresa la noche loca en la que remontamos el tiempo hasta los años sesenta estaba lejos, muy lejos.

—¿Manon?

—¿Qué?

—Yo... Creo que ya no me acuerdo del olor de tus muslos cuando los olí la primera vez, la primera noche.

Ella levantó la cabeza y frunció el ceño.

—¿De qué hablas ahora?

—De nada...

¿En qué momento había dejado de ser el hombre de su vida para ser ese hombre con quien vivía ahora? No debí haberme encariñado con el niño del hospital. Yo cargaba con su ingenuidad como un suplicio, con sus dientes de leche, sus pequeñas uñas, sus mofletes y esa pizarra en la que había escrito con tiza blanca: «Todo va a ir bien, Jo'. Estoy aquí». Cuando salía de una habitación, tenía la impresión de olvidar a alguien, algo, como si fuera dejándome la luz encendida. Era él, evidentemente. Noviembre es siniestro cuando cargamos con un fantasma; claro que los otros meses también lo son: enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio, julio, agosto, septiembre, octubre..., y diciembre.

«Mañana —decidí mientras miraba a Manon salir de la habitación— intentaré hacer la magia más antigua del mundo.»

«Mañana —decidí— el niño gris habrá desaparecido.»

«Mañana —decidí— seré feliz.»

Pero al día siguiente el niño seguía allí. Y yo no era feliz. Me fui temprano a la capilla del hospital. Una medialuna musulmana, una estrella de David, un *ombudista* y un Jesús crucificado adornaban las paredes. «Así se contenta al ochenta por ciento de los seres humanos», pensé mientras recorría con la mirada la sala de culto. Una pequeña Virgen, con expresión doliente y enigmática, estaba abandonada en el suelo, delante de una pared blanca.

Agaché la cabeza hasta rozar con la frente el banco de delante y junté las manos en posición de penitencia, con una energía desesperada que me resultaba desconocida. Me sentía egoísta, como esos hinchas que rezan por la victoria de su equipo de fútbol cuando a Dios le falta tiempo para ocuparse de todos los niños que se mueren de hambre en el mundo.

Mientras tanto el crío deambulaba entre las filas de bancos, frente al crucifijo que lo recubría de todo su misterio.

La silueta atrevida del niño avanzó hasta la pared blanca y se situó cerca del pequeño icono virginal abandonado. Yo lo miraba. Dos vagabundos mendigando. Tres, contando el bebé que la Virgen tenía entre los brazos.

«¿Cuántos años tenía yo cuando nací?», se leía en la pizarra del chico, y la pregunta parecía ir dirigida a su compañera de yeso blanco. Era demasiado para mí. Resoplé y decidí abandonar la capilla.

Justo antes de salir como un rayo, para dirigirme a empezar mi turno recorriendo las plantas del hospital, me saqué el teléfono del bolsillo e immortalicé la escena. Luego busqué en la fotografía una silueta, una sombra, algún rastro del niño... Me acerqué la pantalla a los ojos y escruté hasta el menor detalle, el mínimo contraste revelador, y creí verlo aparecer. Era

imposible, y, sin embargo, estaba realmente allí, en la posición exacta a la que tenía cuando hice la foto: sentado con las piernas cruzadas, a la derecha del icono, delante de la pared blanca. Llevaba su bata, la inocencia de sus siete años, sostenía su pizarra en la mano derecha y miraba la pequeña escultura de la Virgen con una bondad que recordaría a la de un hermano mayor preocupado.



¿Por qué hice esa foto? No lo sé. Porque necesitaba una prueba, una señal incuestionable. Porque ese niño y esa estatuilla, juntos, delante de mí, llenos de preguntas sin respuestas, hacían que me cuestionara si alguna vez había visto algo tan puro, tan inquietante.

En el hospital

61 días antes del Desgarro

La madre del niño venía una vez por semana, a lo sumo.

Se deslizaba por los pasillos y saludaba con un susurro a las enfermeras. «Me juzgan, me detestan», pensaba la mujer mientras les decía con timidez: «Tengan, les he traído *canestrelli* de Piamonte», y dejaba sobre la mesita de la sala de guardia la bonita caja metálica de galletas que había comprado en una tienda *gourmet*. Después encogía la cabeza entre los hombros y se iba a la habitación de su hijo, que se lanzaba a sus brazos. Jugaban. Hablaban. Se pegaba a él.

—Puede que haya una tormenta, mamá —decía el niño.

Y estaba feliz: cuando los truenos arreciaban, su madre se acurrucaba a su lado y le contaba historias, ponía en alto las piernas y movía los pies para encarnar a las princesas, los príncipes y los dragones. Y cuando el niño se dormía, la madre lo miraba durante largos minutos, y luego cogía la libreta y escribía. Recuerdos diversos. Necesitaba la presencia del niño para hacerlo, de su fuerza y de su cuerpecito caliente junto al de ella.

No', mi amor, mi pequeño...

Recuerdo el día, ahora lejano, en el que supe que te llevaba en mi

vientre.

Empezó por el pecho. Mi pecho... Se hizo pesado, duro, denso y sensible, y las areolas de mis pezones se llenaron de puntitos oscuros. Tenía náuseas por la mañana, por la tarde y por la noche. Me desapareció la regla. Observaba con incredulidad cómo mi vientre se redondeaba poco a poco. Me decía que era injusto, que no quería llevar a un niño, no después de lo que había pasado, que no lo deseaba. Ese feto era como su padre, enfermo, necesariamente. ¿Quién estaría lo bastante loco para elegirme como madre? Durante unos días rechacé la idea. Vagué por las calles. Los días se convirtieron en semanas. Después, una mañana, me hice el test. El frío de los azulejos, la orina, la espera en el cuarto de baño sin dejar de mirar la cerámica blanca, mi reflejo en el espejo.

Positivo.

Al principio fuiste algo impensable, mil y una posibilidades, una abstracción en vías de concretarse, algo que aterrizaba en mi vida y se materializaría. Te sentía como si fueras una bruma encerrada en una maleta de cartón y, cuando me lo imaginaba, el efecto era el de traer esa maleta desde una estrella lejana; como se tira de una cuerda, tiraba de ese humo y lo obligaba a condensarse, a cobrar forma. Pacientemente, en el secreto de mi vientre en ebullición, se concretaba una visión, una quimera venida de arriba.

Cierto día ya no pude más y tomé somníferos para evadirme durante el sueño. Cuarenta y ocho horas de olvido. Y cuando desperté tomé una decisión y pedí cita con el médico.

«Es demasiado tarde para abortar —me dijo—. Ha esperado demasiado tiempo, señorita.»

«Soy imbécil», pensé. No había esperado, había negado. No había nada ahí y de golpe me anunciaban: «Hay alguien, pero es demasiado tarde». ¡Imbécil! La palabra «abortar» había sido pronunciada de una manera muy particular: había explotado en mitad de la frase, resumiéndolo en un estado, una causa, algo que no debería haber hecho, que no debería haber sido.

Di un portazo y decidí buscar ayuda en otro sitio.

Jamás se habría imaginado que siete años después estaría abrazada a su hijo dormido mientras miraba el reloj para no olvidar la hora de irse.

La gran aguja caía como la cuchilla de una guillotina, tic, una y otra vez, tac, sin cesar, los segundos, los minutos, tic, el tiempo insoportable, tac. Cuando dejaba a su hijo y se iba sorteando los carritos de las medicinas, ocultándose de las miradas, cuando cerraba con cuidado las puertas batientes de la unidad para que nadie la oyera, cuando finalmente había huido, una enfermera entraba en la sala de guardia, cogía la caja de galletas y exclamaba: «Anda, ¿qué es esto?», y otra enfermera, que lo había visto todo, más bien que creía haberlo visto todo, le arrebatava la caja de las manos, la tiraba a la basura con expresión asqueada y le decía: «No las toques. Son amargas como una madre sin corazón».

Después del Desgarro

Jo'

Al final de la tarde me fui sin perder un minuto para pasar el fin de semana con la familia, buscando refugio al lado de mis hermanas, mi madre y mi abuelo Aristide. La casa era de él y estaba en medio del campo. Contaba con una única planta, tenía dos cuartos de baño —uno amarillo y otro azul— y un gran jardín.

—¿Cómo está? —pregunté a mamá al tiempo que le daba un beso en la frente.

Se encogió de hombros.

—Está... viejo. Y encima chochea.

Mi madre creía que Aristide estaba loco; yo sabía que lo estaba por amor hacia su hijo. Mi abuelo era un hombre muy creyente, pero se enfadó con el Señor el día que mi padre murió; de eso hacía dieciocho años. Desde entonces deambulaba de habitación en habitación como una especie de zombi intolerante al gluten y al esfuerzo, que olía a jabón de Marsella y a cigarros Gitanes sin filtro.

—Por la mañana no dice ni mu, por la tarde habla poco y por la noche se pone su traje de domingo para... ya sabes: para morirse —se cebó mi madre.

En efecto, todas las noches desde hacía dieciocho años mi abuelo «iba a morirse». Se tendía sobre la cama con los brazos cruzados sobre el pecho como un faraón majestuoso y con unos mocasines en los pies tan relucientes

que parecían nuevos. «¡Adiós, chicos! ¡Que tengáis una buena vida! Presiento que esta noche sí...». Siempre la misma cantinela, la misma seriedad... que desmentían cada mañana sus mejillas teñidas de rojo carmín.

Durante la comida respondí con parquedad a las preguntas de mi madre, incluso me permití decir algunas mentiras.

—¡Todo va genial! Manon y yo estamos pensando hacer un gran viaje a Lisboa.

—¡Eso es maravilloso, cariño!

Era completamente falso. Ojalá tuviera valor para dejar a Manon... Y pregoné:

—Y soy un crack en la facultad. Si continúo así, en dos años acabo *cum laude*. En cuanto al hospital, ¡no he matado a nadie este mes, así que imagino que todo va bien! ¡Jajajajaja!

Mi madre estaba orgullosa. Orgullosa a rabiar. Se lo tragaba todo. Aristide no me quitaba ojo de encima: algo le pasaba a su nieto, algo como un desajuste de todos los sentidos. O un fantasma de un niño de siete años.

Iba a ayudarme. Después de todo, había estado casado dos veces antes de conocer a mi abuela y de tener a mi padre... Tres matrimonios, dos guerras (tres si sumamos aquella, íntima, que había librado con Dios). Era un experto en cuestiones de la vida.

Tenía el mejor abuelo del mundo.

El mejor.

El que resucitaba todas las mañanas.

El día siguiente volví de dar un paseo bastante tarde —el cielo estaba naranja, rojo y azul, de una belleza violenta— y Aristide me recibió bajo el porche, confortablemente instalado en su mecedora, con una manta amarilla acolchada

sobre las piernas.

—Dios está quemando sus galletas —poetizó mientras mascaba un bastón de regaliz.

—Que Dios... ¿qué? —exclamé con una pizca de ironía. Nunca había visto a nadie poner verde a alguien que según él no existía—. Abuelo, ¿puedo contarte un secreto?

—Un segundo —dijo levantándose para ir a la cocina—. Es la hora de mi té.

Antes era mi abuela la que se lo preparaba con cariño. Ahora Aristide se calentaba en el microondas botellas de té helado, y nada en su vida tenía ya el mismo sabor.

Esperé a que terminara hasta la última gota y después fuimos hasta la gran escalera de caoba.

—Que tengáis una buena vida, chicos. Presiento que esta noche sí... —dejó caer cuando pasaba delante de la puerta del salón.

—¡Hasta mañana, Aristide! —respondieron mis hermanas sin mirarlo.

Lo seguí hasta la pequeña habitación que le servía de dormitorio. Parecía una especie de mausoleo con todas aquellas fotos de papá decorando las paredes. Después lo observé mientras se ponía el pijama: un esmoquin compuesto por una chaqueta granate con el cuello de satén negro y la solapa recortada. Con esa pinta de *crooner* ricachón y esos ojos humedecidos cumplía a la perfección con su papel de muerto inminente.

—Tienes la bragueta abierta, abuelo.

—No importa dejar la jaula abierta cuando el pájaro está difunto —se burló.

Terminó de ajustarse los tirantes, se puso los mocasines con borlas y se echó sobre el edredón. Acomodó los hombros, el cuerpo entero, juntó las manos sobre el pecho y luego se volvió hacia mí.

—Venga, cuéntamelo todo.

Y se lo conté todo. La normalidad con la que mi abuelo recibió la noticia me dejó atónito.

—¿A qué se parece tu fantasma?

—A un niño de siete años que no sonríe nunca.

—¿Nunca?

—Ni una sola vez.

—¿Y ya está?

—Sí. Es terrible.

Me esforcé por buscar palabras, imágenes, explicaciones que describieran todo aquello, pero ¡qué difícil me resultaba! Le hablé del vacío, la vida, la muerte, la infancia, ¡y de aquella bata de hospital! Yo miraba al niño y el niño me miraba.

—Mira, abuelo. En su cabeza... En la cara... parece que tiene una etiqueta pegada, en la frente, en la que se lee: «No olvidéis NUNCA que en el instante en que nací fui durante un breve instante la persona más joven del planeta».

—¡Ah, ah, ah! ¿Y dónde está ahora?

Un tanto incómodo, señalé la mesita de noche de Aristide.

—Ahí, de rodillas... Juega a poner la boca justo detrás del vaso en el que dejas tu dentadura. Disculpa...

Silencio. Me sentí muy tonto.

—Ya lo conocías, ¿verdad?

Silencio.

—Lo habías visto antes, ¿sí o no?

—Sí. En el hospital...

—¿Murió allí?

—Sí... En la habitación... Un domingo, su madre... nos... —balbuceé.

Silencio.

—¿Por qué te persigue? ¿Qué pasó?

—Yo... yo... —Ante la idea de evocar el Desgarro, las palabras se quedaron clavadas en mi garganta como espinas de pescado y empecé a sudar a mares—. No puedo decírtelo.

Aristide se quitó la dentadura y, ¡plof!, la dejó caer en el vaso.

—¡A tu salud, pequeño fantasma!

—No tiene gracia.

—Tu padre se habría reído.

El anciano se quedó con la mirada perdida durante dos minutos de silencio. El silencio en él siempre era una pausa muy muy pero que muy larga.

—¿Por qué nunca hablas de papá?

Lo vi torcer la boca, inflar las mejillas y después resoplar de descontento. Me mantuve impasible mientras recibía en plena cara los efluvios de su aliento falto de frescor. «El bazo o el intestino no le funcionan del todo bien», pensé antes de sacudir la cabeza y resollar para prestarle atención de nuevo.

—¿Por qué nunca hablas de papá, eh? —insistí.

—Entreno para la tumba. Será esta noche, ¿sabes?

—Qué tontería... Nadie sabe la fecha y la hora de su muerte.

Su anciano cuerpo se inclinó.

—Ja, ja, ja. —Se frotó las manos—. Solo tengo una ventaja sobre vosotros, posiblemente: ¡sé que moriré viejo! Hoy se acaba para mí una gran angustia: ¡la de morirme joven!

Después señaló los árboles descarnados del jardín que se perfilaban, inmóviles, en la oscuridad.

—Qué feo es el invierno para los árboles. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

Silencio.

—Tu fantasma es un crío, ¿no? Pues los niños deben ir con sus madres. Es

así desde el principio de los tiempos y es así como te desharás de él: devolviéndoselo a su madre.

Ante esas palabras el niño movió la cabeza arriba y abajo en señal de asentimiento total. Bajo sus pies, la moqueta parecía insensible al peso de su cuerpo: no había la menor huella de que estuviera allí.

—¡Devuélveselo! —insistió Aristide—. Es por culpa de su madre. La vida siempre es culpa suya. Y, además, tú eres el único que lo ve, ¿cierto? Pues bien, a veces la existencia es justo eso: obedecer a lo que ves.

Besé a mi abuelo, y él me devolvió los besos con «adioses» un tanto húmedos, un tanto desesperados.

—Te quiero, abuelo. Te quiero mucho.

—Sí, sí, ¡venga! Es tarde, déjame morir un poco.

Cerré la puerta y fui a mi dormitorio. Mi abuelo quería que me largara y no me había ayudado demasiado. ¿Que devolviera el niño a su madre? De repente, la escultura de la Virgen, fotografiada la otra mañana en la capilla del hospital, me vino a la mente... Esa Virgen parecía guardar un secreto, parecía querer decirme algo. ¿Y si Aristide tenía razón? ¿Y si el alma del chico me perseguía a causa de su madre?

El niño simulaba nadar en el aire, bajo el techo azul claro de mi pequeña habitación, indiferente. Pensé en su madre y me dije: «Debió de ser un bebé grandote, de esos que han de ayudar a nacer con fórceps». El vientre, gris, flácido, le colgaba por ambos lados de la bata como si fuera un globo lleno de agua. El globo de un payaso.

En el hospital

58 días antes del Desgarro

El niño tiene un termómetro de banda en la frente. La espera se le hace eterna; se aburre. Rebusca entre las sábanas de su cama, parece encontrar juguetes sin interés y suspiros.

—¿Te gusta la magia, chico? ¡Mira!

Jo' le muestra una mano y de una cajita de color naranja intenso saca con sumo cuidado un guisante envuelto con papel de seda. Después lo tira violentamente al suelo.

¡Clac!

La detonación los sobresalta. Se ríen: sabían lo que iba a pasar —la detonación, el sobresalto, el encogimiento de hombros—; aun así, se han estremecido.

—Se llaman «bombetas» —dice Jo'—. Parece que están fabricadas con caca de gnomos. Explotan cuando las tocas o las aplastas. Petrifican a las brujas y a los genios.

—¿Cómo?

—¿Cómo qué?

—¿Cómo los petrifican?

—¿Crees en la magia?

El niño asiente con la cabeza. Tiende sus manos hacia el adulto y este le pone delicadamente en ellas unos cuantos guisantes.

—Ten cuidado...

Es una advertencia innecesaria: No' se limita a contemplarlos, maravillado y asombrado.

—¡Ven, No', tengo una idea!

Van al cuarto de baño del personal a escondidas, el sitio preferido de la jefa de las enfermeras, la señora Crinchon.

La señora Crinchon, de cuarenta y cinco años, malgasta la mitad de sus días bebiendo brebajes de té verde. La otra mitad la pierde en el trono, «plantando pinos», como dice Aristide, el abuelo de Jo'. Ella se queja de las risotadas de los niños que rompen demasiados cristales, según ella. Algunos niños afirman que nunca ha sonreído; otros, que solo lo hizo en una ocasión, cuando era bebé, y porque aún no sabía lo que significaba una sonrisa. Sin embargo, para compensar tiene la boca llena de palabrotas. No dice una frase sin soltar tacos: ceporro, cantamañanas, capullo, caraculo, cafre, entre otros. Tiene una enfermedad que le hace hilar palabrotas que empiezan por la misma letra. Por esta razón, se beneficia de un puesto de trabajo para minusválidos. Claro que eso no explica por qué la administración del hospital la ha colocado en la unidad de Pediatría, al alcance de oídos inocentes. Jo', el equipo, los padres, todo el mundo se las ingenia continuamente para taparles las orejas a los chicos.

—Va a ser la travesura más grande de la historia de las travesuras — avisa Jo', y cierra la puerta del cuarto de baño mientras el corazón de No' se derrite de felicidad pensando en la trampa que van a poner.

Suben la tapa del váter y fijan debajo varias bombetas con celo.

—¡Qué no sobresalgan por el borde!

Después bajan la tapa con la precaución de un desactivador de bombas.

—Cuando ella se siente, No', los guisantes mágicos se aplastarán bajo su peso y entonces...

—¿Bum?

—No... Bum, no...

Jo' junta las manos y luego las separa de golpe gritando:

—¡Buuuuuum!

Esperan a hurtadillas detrás de la fuente de agua del pasillo, excitados, temblorosos. La espera no excede más de cinco minutos, pero ¡qué miedo, qué dulce susto! La señora Crinchon, con el periódico bajo el brazo, el manojo de llaves en la mano, pasa delante de ellos con andares pesados. El suelo, el agua de la fuente, la propia fuente, la vida incluso, ¡todo tiembla! Crinchon entra en el cuarto de baño.

El niño abre los ojos encantadoramente aterrorizados. Jo' baja los dedos uno tras otro.

5... 4... 3... 2... 1...

Explosión de petardos; dos pandillas de mexicanos ajustando cuentas en un armario. Se oye un grito que les taladra los tímpanos y la señora Crinchon —con el pelo revuelto, la boca abierta y los pantalones en los tobillos— aparece en el pasillo subiéndose las bragas; después la ven llegar a su despacho haciendo aspavientos con los brazos.

—¡Borríco de bolas blandas, baboso, bobalicón con badajo de boñiga!

El joven y el niño corren a refugiarse en la habitación.

No' trepa hasta la cama. Los pequeños dedos de los pies le sobresalen de las sábanas: ¡un festín para las brujas!

Jo' lo observa. El crío se sujeta la barriga; se troncha de risa durante varios minutos.

Nunca olvidará esa risa porque esos ruidos de cascada podrían ser la salvación para todo.

—No', la próxima vez serás tú el que planee una actividad divertida, ¿vale?

El chico dice que sí, pero añade que no sabe qué, que no tiene ni idea.

—Déjame ayudarte... ¿Qué es lo que más te gusta del mundo?

—Mamá y las bromas.

—¿Y qué es lo que más odias?

—A la señora Crinchon y las inyecciones.

—¿Y qué sientes en este momento?

El pequeño deja que su mirada vague hacia el pasillo, hasta el carrito de la señora Crinchon.

—Siento un volcán en la cabeza que empuja fuerte, fuerte, fuerte —
murmura con los puños cerrados.

Después del Desgarro

Jo'

Manon me preguntó en cierta ocasión cuál era mi definición de la felicidad y le enumeré desordenadamente:

—vivir en los años sesenta contigo,

—salvar vidas,

—recomponer las luxaciones de hombros (porque ¡aaah, qué placer produce ese pequeño clic de la cabeza del húmero cuando vuelve a encajarse en su cavidad glenoidea!)

—fumar sobre el tejado del hospi riendo con las amigas enfermeras mientras cotilleo sobre la mejor manera de hacerlas fracasar en su vida conyugal («Me cameló diciendo que no volvería tarde, pero se presentó a las tres de la madrugada completamente borracho asegurando que me amaba y que quería que nos casáramos. ¿Te das cuenta? Menudo capullo...»). Calada de cigarrillo. Yo: «¿Y qué hiciste?». Calada de cigarrillo. La enfermera: «Le recordé que ya nos habíamos casado hacía un año. Capullo...». Risas. Yo en plan listillo: «Deberías haberle hecho un 96». «¿Un 96?», preguntó la enfermera —también Manon—. Calada de cigarrillo. Yo guiñando un ojo: «Es como un 69, pero enfadado»).

El tejado del hospital. Salvar vidas. Consolidar fracturas. Fumar. Reír,

también... Yo reía mucho. Risas disimuladas, de mosqueo, profundas; hay que probarlas todas. Reír todo el rato, incluso en caso de tormenta; de hecho, sobre todo en caso de tormenta. La risa es la forma más noble del valor. Sin ella, solo seríamos ranas que se visten, beben café y gritan «¡Oh, Dios mío!» o «¡No pares!» cuando copulan.

Aquel lunes me salté la cita en el tejado y aproveché mi rato de pausa para refugiarme en la sala de guardia. Acababan de pintarla y estaba casi seguro de que aquel olor alejaría al personal y allí estaría tranquilo. Me puse de espaldas a la puerta, frente al ordenador. Desde que habían informatizado los ficheros médicos, era un juego de niños acceder a los datos de hospitalización de cualquier paciente en el transcurso de los últimos diez años. Mis dedos teclearon rápidamente, y una rueda que giraba me indicó que la máquina se ponía en contacto con el servidor.

¡Bingo! La madre del niño había estado hospitalizada una sola vez, hacía siete años, al nacer su hijo. Mientras un parto normal solo necesitaba menos de tres o cuatro días de vigilancia médica, ella estuvo ingresada seis semanas.

Leí el nombre del archivo y anoté la dirección y un número de teléfono. Revisar la información médica que contenía me provocó un sentimiento de incomodidad creciente. El parto había transcurrido sin problemas, salvo que la madre del niño había rechazado todo contacto físico con su bebé, incluso bajo la supervisión de una enfermera. Toleraba que el recién nacido estuviera en la habitación con ella, pero se negaba a tenerlo entre los brazos.

Tardó tres semanas en reconocer la verdad. «Es muy frágil —leí en el informe que había explicado la madre—. El cerebro va a explotarme, imagino escenas... horripilantes. Sería terrible que lo cogiera y que lo tirara contra la pared de cabeza, ¿no? ¿Soy un monstruo? Lo que pienso es demasiado atroz y... ¡por eso lo pienso!»

Fobia de impulsión. Típico... Conocía bien esa patología que muchas

mujeres compartían, pero callaban por vergüenza. En mi opinión, su manifestación era la prueba evidente de las contradicciones sublimes que operan en los surcos oscuros de nuestro cerebro. Meditamos, imaginamos, consideramos, todos y todas reprimimos los horrores inconfesables. Algunas personas llegan a realizar esos pensamientos mientras que otras conviven con el lobo que llevan dentro. Quizá sea esa la diferencia entre el bien y el mal. La verdadera belleza del ser humano es tener el valor de mirar a los ojos al monstruo agazapado en el sótano de su palacio interior. Amarrarlo sin acariciarlo, aceptarlo sin alimentarlo.

—¿Qué miras? —preguntó una enfermera que se había deslizado detrás de mí y me observaba en silencio desde hacía unos minutos—. ¡Qué cara estás poniendo!

Cuando me concentro, unas sinuosas venitas afloran en las raíces de mis cabellos rubios (mi abuelo lo achaca a una vida interior tumultuosa).

—Un estudio genético... Nada apasionante.

Con la curiosidad satisfecha, la enfermera salió y pude leer el fichero informático hasta el final: «Esta mañana ha abandonado la unidad con su bebé, envuelto, pegado contra ella. Dijo que tenía menos pensamientos “parásitos” y que intentaría ser “la mejor mamá del mundo”. Nos dio un apretón de manos. Tenía la palma caliente y lucía una gran sonrisa. Será una buena madre».

Pasaron dos días antes de que, preso de una repentina y provisional resolución, encontrara el valor de coger el teléfono y llamarla. *A priori*, deduje que la madre del niño no tenía amigos ni familiares porque se trataba de un teléfono profesional: era funcionaria en un oscuro despacho de un ministerio que luchaba contra la desigualdad de género, me informó una secretaria de voz delicada. Educadamente, solicité una cita.

—La señora Tulith no está —objetó la mujer.

Cuando supo que era médico suavizó el tono, confiada.

—Se ha tomado un permiso no retribuido, debido al espantoso drama que usted ya conoce... —Imaginé su boca al decirlo; parecía que bebía miel—. Es horrible, ¿verdad? ¿A que es horrible?

—Sí, sí —dije para zanjar el asunto puesto que ya tenía las palmas sudorosas—. ¿Sabe adónde ha ido?

—A Roma. Dejó una dirección: pensión Lili. ¿La quiere?

Acepté —después de todo, nunca se sabe—, anoté un número y una calle, y colgué. Busqué al niño con la mirada. ¡Qué efecto había provocado esa llamada en él! Desde su aterrizaje en mi cuarto de baño, en sus «apariciones» llevaba casi siempre su bata del hospital, con el culo al aire, sin pudor. Ya no tenía ni una sola buena razón para jugar; aun así, a veces tenía fantasías y se ponía trajes: de bombero, de policía, de vaquero (incluso de princesa). Bajo su disfraz de ese día —una gruesa camisa de leñador—, imaginé que había avivado una felicidad ardiente, capaz de agrietar su pequeño corazón. Allí, agazapado en una esquina de la habitación, tenía los ojos y la punta de la nariz completamente enrojecidos.

Di un paso hacia él.

¿Para consolarlo?

No lo sé. Cambié de opinión.

—¿Qué quieres que haga, pequeño? Roma está muy lejos, ¡no voy a ir hasta allí! Y, de todos modos, no existes, ¡ya no existes!

Nada en la vida es tan terrible como no poder deshacer lo que se ha hecho. El infierno es algo doloroso e irreversible.

Quizá por eso tomé ese día la decisión más importante de mi joven vida.

Alrededor de las cuatro de la tarde, una paciente hizo una entrada teatral en mi despacho, una pequeña habitación repleta de expedientes e informes que compartía con otros dos estudiantes.

—¡Esa rata, esa repugnante y patética rata!

La señora Creveur, a todas luces alterada, acababa de dejar a su marido. Mientras nos lo comunicaba, reforzaba el discurso haciendo un despliegue de movimientos desordenados.

—Me hacía el amor como jugaba a sus videojuegos con la consola, presionando los botones de cualquier forma con la esperanza de que pasara algo.

Y la señora Creveur, presionando las teclas de un mando invisible, proseguía con las baterías cargadas, como siempre, con su blablablá interminable.

Durante toda la consulta no dejé de mirar de reojo al niño, que, de pie sobre mi mesa, imitaba de forma divertida cada gesticulación de mi paciente. Intentar concentrarme en mi trabajo resultó inútil: a la derecha, a la izquierda, arriba, abajo, ¡el espíritu del niño llenaba todo el espacio!

—¿Sabe? —La señora Creveur me apretaba la mano al final de nuestra entrevista al tiempo que me advertía—: A veces estamos en una fila de espera, y creemos que hacemos cola para enviar un paquete, comprar una entrada para un concierto, pedir que nos envuelvan un regalo o entrar en un restaurante del que todo el mundo habla en la ciudad, pero es mentira; en realidad hacemos cola para morir...

Una hora después dejé precipitadamente el hospital y me adentré en la gélida noche invernal con la mirada gacha: estaba decidido, la señora Creveur sería mi última paciente. Dimitía.

Bueno, «dimitir» era una palabra excesiva; más bien, decidí, no volvería a la facultad ni al hospital. Entonces yo era el único que lo sabía.

Manon, en ese instante, también era la única que sabía algo: esa noche rompería nuestro compromiso.

Los desiertos de Chihuahua, de Karakum y de Atacama permanecerían despoblados.

En el hospital

56 días antes del Desgarro

Jo' entra en la habitación. El pequeño, instalado en su cama, mastica con cara de felicidad un chicle, tira de él, lo toquetea con las yemas de los dedos. Cree que así tapaná esos agujeros que tiene en los huesos por donde se escapan los glóbulos. No mastica, taponá.

—¿Has dormido bien, chico?

—¡He soñado hasta el infinito!

—Ah... ¿Y qué es soñar hasta el infinito?

—Encontrar los sueños bonitos que nadie nunca ha tenido antes.

—¿Y cuál era tu sueño?

—Yo corría sobre un puente, por encima de una playa. Estaba mamá. Jugábamos con una cometa. Mamá tenía una caña de pescar y con ella íbamos a buscar a la abuela Anna al cielo.

Jo' sostiene el dossier del niño con la mano, hojea el informe que contiene con expresión distraída, para guardar las apariencias.

—¿Tienes «malos sueños» de vez en cuando? —pregunta, usando la expresión que habitualmente utiliza el pequeño para referirse a las pesadillas.

—Sí, Jo'... Siempre es el mismo.

—¿Ah, sí? ¿Puedes explicármelo?

—Oigo un ruido y cuando me despierto hay una serpiente roja bajo mi

cama.

—¿Es grande?

—Sí. Enorme. Con los ojos amarillos y la lengua que entra y sale.

—¡No le tengas miedo, No'! Si a una serpiente le quitas la cola ya no es tan impresionante, deberías saberlo.

Llaman a la puerta. Es la señora Crinchon. Entra con una expresión inquisitiva en la mirada, como si les palpara los bolsillos con el pensamiento. Agita el aire con el bolígrafo que tiene en la mano. Con semblante serio inspecciona a izquierda y a derecha. Decide que el lugar parece seguro; nada de bromas, hoy no.

—A ver, vosotros dos... He ido a darme una ducha y alguien había reemplazado la pastilla de jabón por un trozo de queso. Me lo he restregado por todo el cuerpo y me ha costado Dios y ayuda deshacerme de él. ¿No sabréis quién ha cometido ese... atentado? Porque voy a hacer un informe para el director y exigiré que al culpable se le imponga una sanción muy muy severa.

Jo' apenas tiene tiempo de cubrir con las manos las inocentes orejas de No' cuando la señora Crinchon ya está soltando: «¡Tocapelotas tarado, tarugo testatestículos, tonto del... del todo!».

Silencio en la habitación.

—¿Tienes algo que decir, Jo'?

Jo' niega con la cabeza.

—¿Y tú, No'?

No' deja con cuidado el animal de plástico que tiene en la mano, se tira de la bata para alisarle las arrugas y, acto seguido, se muerde el interior de los carrillos para aguantarse la risa.

Él y Jo' levantan los brazos: inocentes, son inocentes, no está bien gastar una broma como esa, ¿a quién se le habrá ocurrido esa idea tan mala?, ¡hay

que ver...!, ¿queso?, puaaaj...

La señora Crinchon da media vuelta haciendo sonar los tacones de sus botines y sale de la habitación.

Jo' mira al niño y levanta el pulgar.

—¿Estás mejor? ¿Aún tienes ese volcán que empuja en tu cabeza?

Al ver la cara apenada del pequeño, cómo frunce la boca, Jo' comprende que su mamá ha vuelto a darle plantón.

¿Qué madre haría eso?

Después del Desgarro

Jo'

Ocurrió muy rápido, como cuando devolvemos al departamento posventa de unos grandes almacenes varias compras impulsivas de las que nos avergonzamos.

Nos presentamos en la fiesta de cumpleaños de un tipo, Antoine, un abogado especializado en Derecho Penal y feliz propietario de un loft magnífico a orillas del Sena. Desde hacía un tiempo, Manon parecía apreciar bastante a ese chico. No era que hablara mucho de él, sino más bien que reía escandalosamente con sus chistes y lo miraba con unos ojitos que parecían lentillas microscópicas. Antoine era guapo. Yo dudaba entre romperle la cara o agradecersele.

La noche pasó volando. Con ron y el estómago vacío todo pasa más aprisa; lo sabía un poco demasiado bien desde hacía unos días. Había decidido abrirme a Manon y hablarle del niño porque no soportaba seguir mintiéndole, porque tener ese espíritu pegado a mi espalda me hacía sentir como una tortuga boca arriba que contaba las estrellas.

A medianoche empecé a explicar a Manon la explosión de euforia de la pasada tarde:

—¡La señora Creveur ha echado a su marido de su casa y desde entonces es toda alegría y felicidad!

—¡Tu paciente es bipolar! Pero ya lo sabías, ¿verdad? —dijo Manon

riéndose y me dio un beso en la mejilla, tan rápido que se volatilizó enseguida. (Creo que Antoine nos miraba.)

¿Lo sabía? Puede que sí, puede que no. Esa felicidad —que yo había visto, tocado, escuchado, incluso medido—, era una enfermedad del alma.

—¿Qué te pasa últimamente, Jo'?

Gracias al ardor que la borrachera me insuflaba, soltar en bruto mi historia a Manon fue cosa fácil. Sin duda, demasiado.

—Mira, cariño, el fantasma de un niño de piel gris me acecha por culpa de lo que su madre nos hizo en el hospital un domingo y, vaya a donde vaya, haga lo que haga, me persigue.

Me escuchó atentamente y pasó lo que tenía que pasar: alegó que quería volver a casa. Le pedí que esperara una hora, hasta que se me pasara un poco la melopea. Aceptó de mala gana.

—Esta fiesta me aburre ya, Jo'.

En realidad, lo que la aburría era estar en la fiesta conmigo.

Después de un trayecto silencioso hasta el edificio de su apartamento nos quedamos en mi coche.

—¿Cariñito?

Por el tono que empleó, tan serio..., supe que era el final. ¡Qué error había cometido al hablarle del niño gris! A las chicas no les gustan los fantasmas (de hecho, a nadie; ¿acaso alguien volvería a quererme algún día?).

—¿Cariño? —repitió después de carraspear.

La miré. Nunca había estado tan guapa. Nunca. Me lo parecía ahora, especialmente, cuando iba a perderla.

—Antoine me ha invitado a salir y tomar una copa.

—¿Has aceptado?

Bajó la cabeza, rendida.

—Sí. Me gustaría que tú y yo dejáramos de vernos durante un tiempo.

Me quedé perplejo. Una parte de mí habría querido que Manon no tuviera la última palabra. Otra parte se alegraba de que por fin ella tomara la iniciativa en esa cuestión que yo era incapaz de abordar desde hacía tiempo. Una mirada al retrovisor me confirmó lo que sospechaba: el niño gris me observaba desde el asiento trasero. Se prolongaba el perfil de los labios con un rotulador rojo que tenía en la mano para dar a su cara la sonrisa de la que parecía estar privado siempre.

—¿Es por culpa del... del pequeño? No lo veo todo el rato, ¿sabes? Y no habla. De hecho, ¡es casi como si no existiera! Es por su culpa, ¿no?

—Por eso.. y por lo demás. Tus rarezas... Ya no aguanto más —justificó Manon con un suspiro.

¡Ay, Manon! Manon, Manon, Manon... Sin embargo, mis rarezas habían hecho que se enamorara de mí hacía cuatro años. Siempre acabamos odiando lo que antes nos gustaba del otro. El comportamiento de Manon era muy coherente. A pesar del dolor, experimentaba un alivio brutal, indefinible. Ya no quería más coherencia en mi vida, solo quería azar. El azar y las aventuras. Manon, en cambio, quería vestidos caros y sentirse segura. No quería una rutina sorprendente. Mucha gente es así... Por ejemplo, Antoine. Él era de ese tipo de chicos. Reflexión hecha, debería haberle partido la cara.

Manon salió del coche cerrando suavemente la puerta de cuatro años de mi vida. Hizo un ruido de bayeta mojada estampada contra las baldosas. No importaba: la noche estaba avanzada y mi decisión también. Arranqué, puse primera y enfilé hacia mi casa. Me refiero a mi verdadera casa. Volvería a casa de mi madre, vería a mis hermanas y a mi abuelo con el pretexto inventado de unas vacaciones repentinas. El aire del campo me sentaría bien. Allí podría vagabundear sin pensar en nada. Después de todo, no hacer nada

evita hacer tonterías; mi naturaleza contemplativa era precaución disfrazada; mi indolencia, prudencia.

Cuando llegué, fui en silencio a mi habitación y me metí en la cama. Había tomado una buena decisión. El calor del nido familiar era lo que realmente necesitaba ahora que Manon me había dejado.

Al pensar en eso unas lágrimas perlaron tímidamente mis lagrimales, pero las comisuras de mis labios se tensaban cada vez más. Estaba sonriendo.

Soy de esos hombres que tienen tesoros de esperanza en los bolsillos y toallitas antisépticas para desinfectarse las manos en cualquier momento. Me dormí, a pesar de todo, con un sabor amargo en el paladar, con el aliento oliéndome a fracaso y a inexorabilidad.

Al día siguiente por la mañana, hacia las diez, un grito desgarrador me despertó con un sobresalto.

En el hospital 54 días antes del Desgarro

Jo' se equivocaba: la madre del niño no había olvidado su cita semanal; tan solo había llegado con tres horas de retraso. Y ya no se permitían las visitas.

Disgustada, se deslizó tras una enfermera, esquivó a otra y alcanzó furtivamente la habitación de su hijo.

Dormía.

«¡Sobre todo no lo despiertes!», se dijo.

Habría querido abalanzarse sobre él y comérselo a besos en el cuello y en la frente, mordisquearle el ombligo y la barriga, hacerle pedorretas con la boca, olisquearle los pies. Dio un paso, un pequeño paso, e hizo un ruido, un pequeño ruido, entonces él se removió y ella contuvo sus movimientos, la respiración, ese amor salvaje que la empujaba hacia delante.

«¿Y ahora qué hago?», se preguntó.

Acercó la silla a la ventana para aprovechar la luz pálida de la luna, cogió un bolígrafo y su cuaderno, y retomó su relato donde lo había dejado, siete años antes, justo después de su cita perdida con el médico.

Por aquel entonces todas mis tentativas de abortar habían

fracasado, de manera que iría hasta el final, pero daría a luz de manera anónima.

Hijo mío, esto es lo que pensaba: «El niño saldrá de mí y luego lo abandonaré».

Una noche noté una patada. La primera de una larga serie. Eras como una mula y llamabas a la puerta de la vida para entrar.

«No me quiere y yo no lo quiero», concluía cada vez sin pensar que quizá manifestabas la alegría, las ganas y la excitación por encontrarte conmigo más pronto, más rápido.

No me sentía amparada; habría querido estar en otra parte, cerca de mis amigas de la pensión Lili, por ejemplo, estar en cualquier sitio menos donde estaba con lo que llevaba en mi vientre.

Pasaba las horas haciéndome preguntas, que enseguida desechaba porque las juzgaba estúpidas: «¿Me dolerá? ¿Es verdad que defecamos o que orinamos cuando parimos? ¿Me harán una episiotomía? ¿Me lo pondrán sobre la barriga? ¡Dios mío! ¡No quiero que me lo pongan sobre la barriga! ¿Será un niño? ¿Llorará mucho cuando lo abandone?».

Después, los días, las semanas, los meses pasaron sobre esas preguntas y el extraño que estaba en mí se hizo extraño fuera de mí.

Di a luz.

Y nada sucedió como estaba previsto.

Las matronas dejaron tu incubadora en mi habitación dos días y una noche.

Me pareció absolutamente necesario quererte enseguida, porque era lo que se esperaba de una madre: amar todo de su hijo, desde los dedos de los pies hasta la coronilla pelona. Sin embargo, no conocía a ese humano diminuto y gritón que se pegaba a mi pecho y tiraba de él haciéndome daño. Me negaba a desinfectar ese minúsculo trozo de cordón umbilical, válvula de una muñeca con la que rechazaba jugar, a la que ni siquiera deseaba tener en los brazos (lo que el médico llamó fríamente «fobia de impulsión»).

Lo que pasó esos dos días y esa noche, en esa habitación, entre nosotros, nadie sabría decirlo. Un misterio, algo indefinible, inexplicable.

No obstante, cuando la jefa de servicio pasó a verme, le anuncié:

—He cambiado de opinión, señora. Quiero quedármelo.

Ella dijo:

—De acuerdo, lo entiendo.

Pero más tarde la oí enfadarse en el pasillo con las matronas.

Nunca se deja a un niño nacido bajo anonimato en la habitación con su madre. Nunca.

Esa noche, antes de salir del hospital, Maria guardó el cuaderno en lo alto del armario de la ropa, luego dejó junto a la pared blanca, en el suelo, unos

dulces que había comprado en el aeropuerto y un libro de historietas, *Las aventuras de Merlín*.

A No' le gustaban las historias de caballeros y de magos.

—Vuelvo pronto, cariño —murmuró, y huyó al amparo de la noche.

Después del Desgarro

Jo'

Encontré a mi madre y a mis hermanas despiertas, petrificadas delante de la cama donde reposaba el cuerpo frío del abuelo.

—Finalmente tuvo razón —constataron mis hermanas.

—Tiene la bragueta abierta —constató mi madre.

Aristide tenía los rasgos relajados, pero las manos rígidas alrededor de un trozo de papel plegado en tres. Nadie se atrevía a cogerlo, desplegarlo y leerlo. Curiosamente no había tristeza en la habitación. El abuelo era viejo, el abuelo había muerto. Eso era todo. Cascarrabias y callado, Aristide se convirtió en un paisaje de cuadro, en un abrigo grande de cuero tratado que alguien hubiera abandonado sobre una *chaise longue*. «Unos hombres han entrado en casa durante la noche, han desmontado el mueble preferido de la familia y después se lo han llevado para siempre —pensé—. Nunca habría sospechado que amaba tanto ese mueble. El abuelo no resucitará, se acabó. Afortunadamente, el otro día le dije que lo quería. No me habría perdonado jamás no habérselo dicho.»

Estaba inmerso en mis reflexiones cuando vi que la cabeza del niño asomaba del colchón, justo donde estaba el corazón frío del abuelo. Me miraba con sus ojos grandes, negros, brillantes como la mermelada de mora.

Mi madre alargó el brazo hacia los puños rígidos del abuelo, cogió el papel y lo desplegó. Luego me lo dio.

—Es tu letra...

—«Pensión Lili. Maria Tulith» —leí.

—¿Qué significa? —preguntó mi madre.

—Que quiso ayudarme hasta el final —dije con la nota sujeta contra mi vientre.

Debía de haberseme caído del bolsillo como el abuelo se me había caído de la vida. Como Manon, como mi trabajo. Todo se me caía en ese momento. Incluso los niños pequeños. Me caían del cielo en el cuarto de baño.

En cuanto los empleados de la funeraria llegaron, salí de la habitación de mi abuelo y fui a la terraza. Encendí sin reparos un cigarrillo. Mamá vino a sentarse cerca de mí. Por lo general, cuando volvía de fiesta a las seis de la mañana tenía derecho a un beso de mi madre, a lo que seguía invariablemente un paso hacia atrás de ella y un olfateo inquisitivo.

—¿Fumas?

—No, mamá.

—Entonces ¿qué es ese olor a humo?

—Bueno, mamá... Tengo que confesarte algo: soy un tren.

A mi madre la aterrorizaba el cáncer. A decir verdad, la aterrorizaba todo lo que pudiera ocurrirles a sus hijos, desde una simple gripe de tres días hasta una fractura de tibia y peroné, pasando por la fiebre hemorrágica de Crimea-Congo. Cuando era niño, en previsión de caídas, debía llevar un casco acolchado durante las clases de deporte. Durante mucho tiempo, los chicos me llamaron Karate Kid. Mi único consuelo era decirme que esos que me habían puesto semejante mote probablemente se habían vuelto tontos de tanto golpearse la cabeza.

En lo alto de la copa de un manzano en el que algunas hojas rojizas se

aferraban con valentía a las ramas, el niño daba vueltas sobre sí mismo imitando a esas pequeñas bailarinas de las cajas de música cuyas manos se unen por encima de la cabeza en un delicado capitel de melancolía. Unos metros más abajo, un tordo cantarín de cuello beige trinaba en una rama imprimiendo ritmo a las vueltas del niño. Me pareció muy extraño que un pájaro cantara mientras Aristide estaba muerto. Señalé el árbol a mi madre.

—El único medio de ser feliz es pasar de todo —le dije—. Ser como ese pájaro.

Ella no replicó; yo tenía razón. Las últimas palabras de mi abuelo resonaban profundamente en mí, tanto como el recuerdo de la misteriosa pequeña Virgen de la capilla del hospital, y su aire de contener un inmenso, prodigioso, inimaginable secreto.

«En algún lugar hay una mujer, una madre, a la que debes intentar devolverle a su hijo. A veces la vida es justo eso: obedecer a lo que vemos.»

Mientras pensaba eso, conseguí hacer dos aros de humo perfectos. Los de la morgue pasaron llevando el cuerpo de Aristide sobre una camilla. Pronto lo conducirían a la funeraria, donde lo lavarían, le harían los cuidados fúnebres y lo embalsamarían. Yo me sorbía la nariz ruidosamente. Mis hermanas y mi madre me abrazaron, y mamá cogió un cigarro.

—¡Pero si tú no fumas!

Mamá me lanzó a la cara una nube de humo y respondió:

—No fumo, soy un tren.

Después apoyó la cabeza en mi hombro.

En lo alto del árbol, el niño se inclinaba y abría ampliamente los brazos en dirección a la carretera, al paisaje. Hacia el viaje. Había entrado en mi alma sin quitarse los zapatos. Y había dejado la puerta abierta.

Y me fui.

Dejé a mi familia una de las mañanas más misteriosas y frías del mundo. Había helado bajo el puente de debajo de casa y el río tenía un extraño color azulado.

Contemplé una última vez la casa dormida —el hogar de mi infancia, con sus persianas claras, su estuco blanco y sus tejas rosadas— antes de darle bruscamente la espalda e irme con paso firme.

Mis hermanas se preocuparían y no volverían a dormir. A mi mamá, a mi dulce, fantástica e invencible mamá, estaba a punto de abandonarla.

«¡Aún no es demasiado tarde! —me decía a mí mismo, un poco asustado—. Da media vuelta, Jo', entra en tu habitación sin hacer ruido y luego, a mediodía, ve a casa de Manon con las orejas gachas: “No, no, Manon, ya no tengo ningún fantasma detrás de mí; de hecho, era una broma... ¿Quién ve fantasmas? ¡Te lo suplico! ¡Pfff! ¡Vuelve conmigo, Manon!”.»

¡Qué sencilla habría sido mi vida! ¡Cuántas heridas me habría evitado! Desgraciadamente, toda retirada era imposible: recular era fracasar. Además, el niño gris me empujaba y, seamos sinceros, yo tenía muchas ganas de saber adónde nos llevaría todo eso.

—Venga, date prisa —le susurré acelerando el paso.

El niño se reajustó la bata del hospital que cubría su cuerpo desnudo, enterró su nariz chata en aquel cuello blanco del que solo sobresalían sus sienes, enmarcadas por cabellos rubios y rizados, y luego me alcanzó moviendo las piernas como si fueran molinillos. ¡Rápido, rápido!

La campana de una iglesia tañó en alguna parte. A veces un batir de alas sonaba junto a nuestras orejas y nos sobresaltábamos. Desembocamos en una carretera comarcal desierta, bordeada de helechos y piedrecitas negras. También de dientes de león, grandes y sedosos como cabezas de gatitos. Levanté la mano, con el pulgar hacia arriba. Esperamos sobre el asfalto gris,

entre la niebla gris; tan gris era todo que apenas si se veía el niño gris. En cierto momento un perro abandonado ladró a mi espalda. Busqué al animal con la mirada y encontré al niño en mitad de la carretera. Contemplaba el cielo en el horizonte, con la cabeza ligeramente inclinada, repleta de dudas metafísicas. «¡Mira! —leí en la pizarra que el crío sostenía en una mano—. La noche se va, el día viene. Como ayer y como mañana.»

—Estás diciendo tonterías —respondí susurrando, como si alguien pudiera oírnos. Luego me arrepentí: dirigirse a él de una manera tan directa, prestándole tanta atención, era un riesgo imprudente.

Saqué mi cámara de fotos, hice una de la carretera con el niño jugando entre dos huellas blancas de neumáticos, con un pie en equilibrio sobre la línea de separación y con el otro en el aire. En la foto solo se ve una sombra, una silueta infantil. Un borrón imperceptible. Hay que pegar la nariz para verlo. Sin embargo, juro que cuando levanté la cabeza el niño estaba allí, delante de mí.



Mi pulgar levantado finalmente enterneció a un automovilista y, una hora más tarde, nos encontramos delante del aeropuerto, en la acera. Asustados, eso sí, pero con un miedo alegre.

Mientras avanzaba hacia la entrada, distraído, choqué contra una puerta de cristal. A mi madre creo que le habría gustado la ironía. Una buena, grande, bonita, gruesa puerta con un marco dorado. En plena cara.

Una voz electrónica resonó desde los altavoces: «Última llamada para los pasajeros con destino a Tel Aviv. Persónense en la puerta A para embarque inmediato». Me sangraba una ceja. Una mujer me ayudó a levantarme del suelo y me limpié como mejor pude. Después me armé de valor y me planté delante de la primera compañía aérea con la que me topé. El cartel que había sobre el mostrador era una advertencia: «No somos los mejores, pero ¡somos los más baratos!». El empleado era buena prueba de ello: traje ceñido, identificación nueva, calva salpicada de manchas oscuras.

—Un billete para Roma, por favor —dije en un susurro.

El hombre escrutó mi cara magullada y, acto seguido, mi pequeño bolso de tela azul.

—¿Solo tiene eso? —preguntó con sequedad.

—¡No pienso darme otro porrazo! —bromeé señalándome la frente—. He tomado la decisión de irme de golpe, sin partirme mucho la cabeza —continué.

Había dejado mi casa de la siguiente guisa: con un traje de funeral, una corbata negra sobre una camisa blanca, unos zapatos de charol y un cuestionable sentido del humor.

—¿Billete de ida y vuelta?

—Solo ida —solté sin pensarlo dos veces—, por favor.

El niño lo aprobó con un rápido movimiento del mentón; había hablado con la firmeza de un preso que reclamaba la llave de su celda.

Mi brecha y yo nos encontramos en la fila 23, en el asiento de la ventanilla. Me pareció oír el chiste que contaba mi padre antes de su desaparición, cuando yo tenía cinco años: «Jo', ¿sabes por qué a los aviones Boeing se los llama así? Es por el ruido que hacen cuando yerran el despegue».

Los motores rugieron y recé para desmentir el sentido del humor de mi padre. Luego el aparato avanzó por la pista y despegó.

Llamé a la azafata y le pedí una copa de champán porque quería otorgar cuerpo y burbujas a mi felicidad. Al subir la persiana de la ventanilla no pude reprimir una ligera crispación en la mandíbula: el niño gris conducía una pequeña bici rosa. Tenía ruedines y unas tiras violetas le colgaban del manillar; una bici de chica en toda regla. El chico pedaleaba en ella desde la cola hasta la cabina, rodaba hasta la punta del ala evitando resbalar sobre los flaps y se paraba cerca del borde, reculaba unos metros, daba media vuelta y

¡vuelta a empezar! ¿Acaso jugaba a pasar miedo? Era muy tarde, o muy temprano; yo estaba extenuado, contento, nervioso y confuso. Tenía veinticuatro años y acababa de huir de mi vida.

En el hospital

46 días antes del Desgarro

Jo' señala el cielo a través de la ventana. Se diría que un ángel está dando la vuelta a las nubes a palazos. Un avión traza una línea blanca a lo lejos.

—Hay cuatrocientos mil millones de estrellas en nuestra galaxia y aproximadamente el mismo número de galaxias en el universo observable —anuncia Jo' con voz de erudito—. ¿Sabes lo que eso significa, chico?

El niño intenta imaginárselo. Tiene las pupilas tan chiquititas que parecen dos cabezas de alfiler.

—¡Eso significa que en el universo existen diez mil estrellas por cada grano de arena que hay en nuestro planeta!

—¿Allí los niños también gastan bromas?

—¡Claro! Si miras el cielo, verás que en realidad es una gigantesca broma. Por todas partes. Todo el tiempo.

Fuera, el sol está acostándose y la broma tiene el aspecto de una boca horizontal envuelta en llamas. Eso se refleja en los ojos de No' en forma de gotas anaranjadas barnizadas de fascinación. El avión también; es un minúsculo punto negro fundido en el negro de sus pupilas. Unos minutos antes, No' le enseñó un libro y unas golosinas que, según él, había encontrado a los pies de su cama. Le explicó que su madre había ido a verlo la pasada noche. Jo' no supo qué responderle, así que se largó a la cocina del hospital. Y volvió con los bolsillos llenos.

—¡Ven! —le dice dando la espalda a la ventana.

Se introducen con sigilo en el cuarto de baño del personal.

—¡Mira, No'! —El joven médico rebusca en su bata—. Este rollo se llama «film de cocina». Los enanos lo usan para envolver los cereales y los peces que pescan en lo más profundo de los grandes lagos del norte. Se fabrica con la savia transparente de los árboles transparentes que crecen en los inmensos bosques transparentes.

—¿Dónde están esos bosques transparentes?

—¡Estás en uno de ellos!

—¿Ahora?

—En este preciso momento. ¡Ya te he dicho que son transparentes!

El niño asiente con la cabeza. Alguna vez dudó que estuviera realmente en un «simple» hospital. En esa habitación, al fondo del armario, detrás de la ventana, debajo de la cama, fuera, en las esquinas del pasillo, bajo los falsos techos, aquí, allí, en cada rincón oscuro, un poco por todos lados, había pasarelas que se extendían entre lo visible y lo invisible. No' está convencido de ello.

—Se pone así. Eso es. No olvides remeter los bordes. Ya está. La persona entra, mira de forma distraída el baño, cree que no hay nada, pero cuando hace pipí...

—¡Se moja entero! —completa No' mientras da palmadas de excitación.

Cubren la taza del váter con film y luego bajan la tapa. Están a punto de esconderse cuando una enfermera que les gusta se acerca.

—¡Vete a otro! —le aconsejan con grandes gestos.

Finalmente es la señora Crinchon con su paso pesado, con su periódico bajo el brazo, con su pinta aterradora y de controladora de aduanas la que avanza.

Pasan treinta segundos. El joven se frota las manos. El niño ríe. Crinchon

grita.

—¡Canalla, capullo, cabrón condenado! ¡Esto no lo dejaré pasar! ¡Cipote cerdo de las cloacas!

Viendo a la señora Crinchon tropezar con los pantalones en los tobillos, irse con los brazos levantados, Jo' se siente un poco culpable.

El día anterior la enfermera había tenido la amabilidad de buscarlo para darle una buena noticia:

—Acabo de recibir los resultados de su analítica de la semana —le informó—. Excepto por su fiebre inexplicable, los resultados no están nada mal.

—¿«Nada mal»?

—Eso es. Incluso son esperanzadores...

Le tendió una hoja donde se alineaban cifras complicadas de glóbulos blancos y rojos en sucesión.

—Pensé que te alegrarías al saberlo.

Delante de los niños la señora Crinchon trata de usted. Entre adultos tutea. Es así desde... en realidad desde hace años. Puede que desde la última vez que sonrió.

La voz de Crinchon se suavizó.

—Como ya sabes, Jo', su madre llama todos los días y dice que vendrá más a menudo. Sin embargo, no lo hace y el pequeño pregunta por qué. No sabemos qué contestarle. ¡Cretino cabezón, culicagado y cojonero!

Silencio. La jefa de las enfermeras se sonrojó.

—No se comporta como una madre «desposeída de su tesoro» —dijo, y levantó las manos, impulsando el aire hacia arriba, para abrir comillas con los dedos—. Ya sabes a qué me refiero. —Carraspeó y, acto seguido, incapaz de despojarse de su expresión severa, añadió—: Por lo tanto, está bien que estés ahí para él. Si quieres, te revelaré una técnica de vieja enfermera para

entretenerlo. Eso lo sacaré de los muros del hospital, le hará... viajar un poco.

SEGUNDA PARTE

En Roma, la madre

Después del Desgarro

Jo' y No'

Una vez que hubimos aterrizado en Roma, el niño y yo cruzamos el Tíber a bordo de un autobús y me extasié delante de la belleza del puente Vittorio-Emanuele II y de la niebla vaporosa que se extendía sobre el río. Caminamos durante un buen rato. Se puso a llover, durante un buen rato, y el frío y la humedad hicieron que me doliera la herida de la frente. Sangraba de nuevo, despotriqué, y el niño gris me mostró su pizarra: «No maldigas la lluvia, la lluvia hace su trabajo». Lo ignoré por completo.

«Dos Santos —me dije—. Te has convertido en el señor Dos Santos...»

Era el nombre de un antiguo paciente con el que me topé durante las prácticas del tercer año. El hombre estaba convencido de que lo tenía hechizado una tenia que se había introducido en su cuerpo mientras se bañaba en el Ganges. Había llamado a su solitaria imaginaria Bruno. Incluso atiborrado de medicamentos antiparasitarios, mi paciente continuaba hablando a su barriga. «Bruno, muévete hacia abajo y a la derecha», «Bruno, quédate tranquilo», y cosas así le decía, como si se dirigiera a un gato indisciplinado.

Con prisa para festejar mi evasión, bajo las miradas codiciosas que el niño gris me dedicaba, me zampé dos tomates, un salami, una tableta de chocolate, un trozo de parmesano (estaba delicioso, pero muy salado, así que me entró una sed insaciable). ¡Lo devoré todo con la alegría del que sabe que la vida es demasiado corta para quitar la piel a los salchichones!

De nuevo tañó a lo lejos la campana de una iglesia. Tenía que ponerme en marcha.

«Pensión Lili», había dicho por teléfono la compañera de trabajo de la madre del chico. Hacia las once y media echamos el ancla delante de una vieja casucha de ladrillos romanos, arrinconada en algún sitio en medio del Quirinal. El mortero de la fachada estaba salpicado de bloques de barro cocido del color de las cajas de mudanza. Un olor a heno húmedo y a pintura me hicieron cosquillas en la nariz. Dos obreros estaban pintando alegremente las persianas mientras canturreaban, y habían protegido la acera con la paja.

Un cartel de aluminio anunciaba: PENSIÓN LILI.

El corazón se me desbocó. ¿Qué iba a decirle a la madre del niño? Había ido a buscarla sin reflexionar... ¿Podría ser que la memoria desdibujara las caras y los encuentros cuando eran demasiado dolorosos? Desde el Desgarro ya no me acordaba de ella. O poco. O mal. Un fondo plano y gris en la acuarela colorida de mi vida interior.

Después de haber puesto orden a mi ropa desaliñada, con el corazón a punto de estallarme, decidí empujar la puerta.

Dos mujeres se atrincheraban en una garita panelada, protegidas del mundo por un vidrio tintado, con los codos plantados sobre una mesa amarilla de formica. La de la derecha, con cuperosis, glaucoma bilateral, cuerpo breve y chal verde, evocaba irremediabilmente a un tomate cherri puesto sobre un tomate corazón de buey aún verde. ¡Y encima era vieja! ¡Como en los cuentos! La de la izquierda, más joven, pelirroja en grado sumo, asustaba con sus ojos inyectados en una ira fría y en unas cataratas incipientes. Debía de haber tenido un rostro hermoso; sin embargo, se notaba que aquel embrión de belleza se había roto en el momento en el que despuntaba. Una juventud fusilada en un campo de batalla.

Preferí adoptar una actitud directa.

—Hola, busco a una mujer.

Se echaron a reír. De inmediato. Un ruido cristalino, como de copas de champán rompiéndose, resonó alrededor de nosotros, donde todo estaba repleto de pequeños muebles antiguos.

—Se llama Maria Tulith.

Las risas se detuvieron bruscamente, se ensombrecieron.

—¿Qué quieres de ella? —soltó Cataratas al tiempo que se colocaba un mechón pelirrojo detrás de la oreja.

—Yo... Su hijo..., él... En fin..., me sigue, está detrás de mí, y yo... ¿Pueden decir a Maria que estoy aquí? Es importante y...

—Imposible. Hace dos días que no viene.

—Aaah —dije sin ocultar mi alivio ante la idea de posponer nuestra confrontación.

—No sabemos dónde está —anunció Cataratas—. No lo sabemos y...

—Quizá si te mentimos diciéndote que no lo sabemos —continuó Glaucoma después de recibir un codazo en el costado por parte de su compañera—, pero que si lo sabemos...

—¡Igualmente no te lo diríamos! —concluyó Cataratas animándose.

Se tragaba algunas sílabas de forma caótica, como si una minúscula pueblerina en el fondo de su garganta hiciera rodar hasta sus dientes una carretada con palabras y guijarros.

Incómodo, me puse a bailar pasando el peso de un pie al otro antes de estallar repentinamente en risas. Y es que, al oír que se mencionaba a su madre, el niño acababa de surgir al otro lado del mostrador y vi dos pequeños dedos temblorosos aparecer tras las cabezas de las dos mujeres. ¡El niño...! ¡El niño estaba poniéndoles orejas de burro!

—Puede que uno de los inquilinos... —insistí, revitalizado, y dejé voluntariamente la frase sin acabar.

—Quizá... —soltó Cataratas—. Solo que para hablar con ellos hay que alquilar una habitación.

Con un gesto de mentón, el chico señaló la tabla de tarifas que había en el mostrador. La recorrí en diagonal. En Italia, como en otros sitios, había crisis. Con un euro podía comprarse un frasco de pesto. Con dos euros, dos frascos de pesto. Con diez euros, se podía comprar Italia.

—Esta pensión no es mixta —adelantó Cataratas, que parecía oír el ruido del engranaje de la maquinaria de mi cabeza—. Para ser residente hay que ser una chica. Búscate otra pensión.

—Imposible: la policía me busca porque intenté asesinar a sartenazos a la última propietaria que me negó una habitación...

Y les lancé la sonrisa más franca del mundo. Hubo un momento de vacilación. Glaucoma refunfuñó, Cataratas también. Cacareaban, no estaban de acuerdo. La mayor de ambas parecía abogar en mi favor. Señaló de repente mi herida de la frente y luego susurró algo a la oreja de su compañera. Me dio la impresión de que la más joven claudicaba.

—Dormirás en la habitación de Maria hasta que vuelva. Que sepas que es pequeña y húmeda, y que los desagües pasan por debajo. Maria la llamaba «la caseta del perro».

—¿A su habitación? —dije, extrañado de que tuviera una habitación para ella.

Glaucoma, más suave, pareció querer aguar la fiesta a su amiga.

—Sí. Era su habitación de estudiante. Departamento de Teología Moral y Espiritual en la Universidad de Sapienza. Se quedó casi ocho años y luego abandonó de sopetón la facultad después de su viaje a...

—Has de ser muy discreto, tanto que deberíamos confundirte con la tapicería —la interrumpió Cataratas mientras con un gesto indicaba a Glaucoma que se callara—. No nos causes problemas... Harás tu colada, tu

comida, tu limpieza y sobre todo, sobre todo...

—¡Todo lo que quieran! —prometí con la mano pegada a la frente para contener la hemorragia, con la voz temblorosa de exaltación como si vivir entre esos muros me pareciera la cosa más maravillosa que hubiera hecho en mi vida.

¿Qué había dicho yo para conseguir ese cambio por su parte?

—Y sobre todo, a partir de ahora, te llamarás Antonia.

—¿Es... una broma?

Cataratas se rascó la cabeza y el olor a granja llegó hasta mí.

—Depende... ¿Cómo está la propietaria a la que intentaste asesinar, Antonia? —bromeó Cataratas guiñándome un ojo.

Se desternillaron. ¿Cómo podrían haber sospechado que el niño estaba allí, justo delante de ellas, en cuclillas sobre el mostrador? ¿Que esa historia y mi viaje eran todo menos divertidos? ¿Cómo?

Me dieron las llaves de la habitación.

—Oh, ahora que lo pienso: no hay más inquilinos. La pensión está vacía desde hace meses.

—¿¿Qué?! Pero si me ha dicho...

—Te he dicho que podías hablar con los inquilinos. No te he dicho que los hubiera. ¿Crees que a los jóvenes de hoy les interesan las residencias que no son mixtas?

—Pero...

—No reembolsamos los adelantos.

—Pero...

Rápidamente, Cataratas guardó el dinero en una caja metálica que Glaucoma se apresuró a cerrar con llave, luego las dos mujeres me plantaron cara, satisfechas. Entre ellas, el niño gris aplaudía con las manos, removiendo el más allá en espesuras algodonosas de silencios.

Yo había mordido el anzuelo.

Eran las 11.47 en mi reloj roto y era domingo.

En el hospital 42 días antes del Desgarro

—Un niño es una imaginación que solo pide ser estimulada —sentencia la enfermera, y le aconseja—: Fabrícale una historia compartida. Elegid juntos el lugar y los personajes. Le cuentas un fragmento de la historia, pero te detienes en un momento importante: «El mago subió hasta las nubes sobre su caballo alado, abrió la puerta del cielo y vio...», luego le toca al chico continuar la historia. Y puede volver a pasártela cuando quiera. Encuentra un punto de partida raro, que lleve a giros inesperados. Ya verás, ¡a los críos les encanta! Yo no puedo por culpa de las palabrotas, pero... ¡mojón de mierda de mamón...!

Una puerta se abre, No' llega por el lateral y se lanza a los brazos de Jo', que pronto le tapa las orejas con las manos mientras pasa la crisis de la enfermera. ¿Quién tuvo la genial idea de poner una enfermera que sufre el síndrome de Gilles de la Tourette al frente de la unidad de Pediatría?

Jo' le da las gracias amablemente y le promete que pensará en ello, que es una buena pista, pero que no tiene suficiente imaginación.

—¡Soy cinturón blanco en historias! —se excusa.

Con los tímpanos del chiquillo ya liberados, la señora Crinchon adopta un aire severo.

—Por cierto, Jo'... Esta mañana me he pasado tres horas bajo la ducha del personal.

—Déjeme adivinar, señora Crinchon: alguien había reemplazado el jabón por queso de cabra.

—No, para nada. Es el jabón... —La señora Crinchon carraspea, molesta—. ¡Ya no enjabonaba! Por mucho que me frotara, no hacía espuma. Parecía... Parecía...

—¿Magia? —propone Jo' guiñando un ojo al niño.

Más tarde Jo' lo acompaña a la sala de juegos.

Una tela blanca. Sobre ella, dibujos animados; un ratón martiriza a un gato con sus bromas. Se acomodan juntos sobre los cojines. Sin embargo, por culpa de su peso, Jo' se hunde unos centímetros más que No'. El chico masca un chicle. Le ofrece uno a Jo', y este lo saca del envoltorio y se lo mete en la boca.

—¿Por qué me miras así, No'?

—¡Por nada, Jo'!

El niño esconde rápidamente la cara y la risa detrás de un cojín blanco.

—Pero... ¿qué es esto? ¡Puaj! —exclama Jo' antes de escupir una pequeña masa verdosa—. ¡Puaj, puaj, puaj!

No', desternillado, se saca un paquete de plastilina de los pliegues de su bata. De color verde, parecido a los chicles de menta.

—¡Te pillé! Está fabricado con vómito de gnomo —asegura el chico—. Asusta a los trolls, lo mismo que la luz del día.

Para demostrar su teoría, No' se endereza, levanta la mano hacia la luz del proyector, intenta asirla, casi la toca, parece arañarla con sus pequeñas uñas, luego su brazo, su cabeza, su cuerpo caen: ha sobrestimado su altura. No hay luz. En la pantalla blanca, el ratón marrón ha cedido el lugar a un pollito, pero hay aún un gato glotón al que le dan la lata.

—¿Cómo lo has conseguido, chaval? —pregunta el joven.

—¿A qué te refieres?

—Al jabón que no enjabona.

—¡Ah... eso!

Dos palabras, una actitud casi cínica. Como si el hospital entero se hubiera convertido en un campo de minas y no bastara para hacerlo feliz.

—Fue una señora de blanco —dice el chico.

Un día a una enfermera se le había caído del bolso un frasco de esmalte de uñas incoloro. El niño lo había cogido y se había entretenido con él pintando muñecas, tiradores de las puertas. Y al final había recubierto por completo el jabón del cuarto de baño del personal.

Los hospitales son casas donde los niños crecen más rápidamente que en cualquier otro lugar.

—Brillante —comenta Jo' moviendo la cabeza—. Brillante, sin duda.

Silencio. En la pantalla, el pollito ha salvado a su dueña de una trampa que el gato había maquinado: un rastrillo camuflado bajo las hojas. La pantalla se borra, el episodio ha acabado, los críos se dispersan por las cuatro esquinas de la unidad, hacia sus habitaciones, como guisantes derramados sobre un mantel encerado. Pero el niño no se mueve.

—¿Sabes? —murmura No'—. Mamá y yo somos un equipo. Va a venir más a menudo. Sé que va a venir más a menudo.

Después del Desgarro

Jo' y No'

En cuanto entré en la habitación la recorrí con la mirada y me sentí agobiado. Habría jurado que nadie había ocupado ese lugar en años. Destilaba una fría austeridad, una extraña impresión de pureza que, quizá, posibilitaría acercarse mentalmente a un recoveco de la personalidad de la mujer a la que buscaba y cuyo recuerdo solo me llegaba por medio de ecos lejanos.

Lo primero que me llamó la atención fue un gran escritorio de madera de pino; sus tiradores se mantenían en su lugar gracias a una generosa cantidad de papel adhesivo, y uno de los cajones estaba cerrado con llave.

En medio de la habitación había un catre. Estaba ligeramente hundido en el centro, de modo que parecía que aún estuviera echada sobre él su antigua ocupante. (El niño pronto adquirió la costumbre de saltar sobre él, procurándome esa emoción colorida, pero nostálgica, que se tiene cuando se miran unos dibujos animados a los que se ha eliminado el sonido.)

El inodoro y la ducha estaban en el rellano. El papel pintado del primero copiaba, innoble, el color de lo que se hacía dentro. En cuando a la segunda, fluía de ella un líquido parduzco tan infecto que me sinceré con mis caseras al día siguiente.

—Eso no es agua, Antonia. Es Coca-Bracadabra —dijo Cataratas.

Había pronunciado «Antonia» con deleite, con la intención de que me diera cuenta; eso le encantaba.

—¿Coca... qué?

—Bracadabra. El que se bañe ahí podrá ver que todos sus problemas, incluso su diabetes, ¡desaparecen como por arte de magia!

—¿Es... verdad?

—No, Antonia. Solo si tú lo decides.

Cataratas se echó a reír. Saqué mi gel antiséptico para las manos.

Pasaron cuarenta y ocho horas durante las cuales la madre del niño no apareció.

Mis caseras podían haberme ayudado, sin duda; sin embargo, yo no existía para ellas. Indiferentes a mis idas y venidas, Glaucoma y Cataratas se quedaban todo el día como dos flores marchitas compartiendo el mismo florero, apoyadas la una sobre la otra, agotadas de estar vivas y molestas por no saber qué hacer con ese regalo.

Por lo que pude averiguar, Maria Tulith había ocupado mi habitación mientras cursaba sus estudios, luego se fugó en oscuras circunstancias, antes de instalarse definitivamente en París con su hijo. Había sido hacía poco, después del drama en el hospital, cuando ella volvió, para desaparecer de nuevo unos días antes de mi llegada. Se diría que era el cuco de un reloj de pared suizo.

Solo para cerciorarme, telefoneé a su oficina dos veces. ¿Había regresado a París? Su colega no sabía nada de ella desde nuestra primera conversación.

Pasé esos dos días en la piazza del Popolo, frente a la pensión Lili, esperando un eventual retorno de la madre del crío. Dos ilustres bares rivales, el Rosati y el Canovas, se hallaban apostados allí desde hacía dos o tres millones de años y se enfrentan a cada instante. Dependiendo de la hora del día y en función de la estación, la terraza de uno estaba al sol cuando la otra

estaba a la sombra. Las horas pasaban, las estaciones se sucedían, y la luz cambiaba de bando. Había que pellizcarse para recordar que solo estábamos bebiéndonos un cortado y que no se trataba, para nada, del eterno combate entre el bien y el mal.

Ocupaba mi tiempo recordando al niño, mirando su fantasma sobre la silla, al otro lado de la mesa, un angelote pálido con el mentón posado sobre sus rodillas dobladas.

Cada vez que pensaba en él, me refiero al crío que era durante sus últimos días de vida, mi extraño compañero se levantaba y se ponía a corretear tan ligero como una nube. ¿Dónde se encontraba ahora que estaba muerto? La tierra, la nada o el cielo no eran suficiente respuesta. Había sido tan feliz, tan alegre... Y era como si el niño gris continuara con ese anhelo. Jugaba a saltar la luz por encima de las mesas del café como si saltara el potro.

En cuanto dejaba de preocuparme, la gran cuestión de saber lo que había pasado con su sustancia profunda en el gran ordenamiento del mundo el pequeño volvía a su lugar, al asiento que había frente al mío, y retomaba mi contemplación muda.

Yo también escribía.

Compré una postal para mis hermanas con el autorretrato de Rembrandt, un tipo mofletudo y peludo. En ella leerían:

Queridas hermanitas:

Os mando un autorretrato de Rembrandt. Puede que os parecierais a él si fuerais viejas, gordas y barbudas.

Besitos.

Un primer acontecimiento inquietante se produjo el tercer día, cuando deserté de mi puesto de observación para explorar la ciudad.

Ya era el final de la tarde cuando, al volver de mi largo paseo, dejé mis *canestrelli* de Piamonte en el pequeño agujero de la garita.

—Mientras deambulaba por la piazza Sant'Eustachio he visto esto, ¡y he pensado que les gustaría! —dije educadamente, convencido de que aún podría quebrar su resistencia.

—Eran los dulces preferidos de Maria —dijo Glaucoma con una mano sobre el corazón—. Eres muy amable, pero soy alérgica al chocolate.

Iba a cogerlos cuando su compañera gruñó:

—Yo solo soy alérgica a los piamonteses.

Y se apoderó de la caja con una mano ávida.

Ya me dirigía a mi habitación cuando la voz de Cataratas se elevó en el aire:

—¡Antonia!

—¿Sí? —dije volviendo sobre mis pasos.

—Ha venido un hombre que te buscaba.

—¿Un hombre?

—Alto. Con pinta de estar molesto. En mi opinión era de la KGB o de algo parecido —dijo ella con un tono que revelaba su ignorancia absoluta acerca de lo que era la KGB—. Con una piel que parecía mudarse. Y escamas.

—¿Escamas?

—Sí. Bueno, ¡no! Quiero decir que parecía que tenía escamas. Y tenía una gran cicatriz a ambos lados de las mejillas, como esos hombres a quienes se las han cortado y luego se las han cosido con hilo de alambre, esos con extraña sonrisa... Y también una serpiente roja tatuada en el hombro derecho. Sí, eso es, el hombro derecho. Parecía un pirata o un estrangulador de niños. O un pirata estrangulador de niños.

—¿Se burlan de mí?

Cataratas levantó los brazos al cielo.

—Escúchame, lo he visto como te veo ahora a ti. Solo hago mi trabajo.

—¿Qué quería de mí?

—Saber quién eres. Lo que buscas.

—¿Lo conocen?

—Nunca lo había visto. —Sintió un escalofrío y se cubrió mejor con el chal —. Y no tengo ganas de volver a verlo.

—¿Qué le han dicho?

—Lo mismo que a ti: aquí está prohibido el paso a los hombres. Nos explicó que quería ver la habitación donde dormías. Tuve miedo, así que se la enseñé. Dijo que regresaría.

Bajó la nariz, y sus ojos me observaron bajo unas cejas inquisitivas.

—No queremos problemas, Antonia.

—No los tendrán —aseguré.

Pero mentía, porque no tenía ni idea de quién era ese tipo.

De hecho, hasta que encontré el mensaje que el hombre había hecho pasar por debajo de la puerta de mi habitación me negué creer a Cataratas.

Era un papel plegado en dos abandonado en el suelo, y lo pisé sin darme cuenta. Solo ponía estas simples palabras:

Esta es mi primera advertencia: deja de buscar a Maria y vete a tu casa.

El niño se hallaba en una esquina de «la caseta del perro». Con la espalda encorvada, el semblante hierático, la mirada velada, daba la impresión de no haber dormido en tres días.

Consideré, aturdido, la advertencia del hombre tatuado.

¿Mi boca? Seca. ¿Mis labios? Mordidos hasta sangrar. ¿Mi garganta? Con

un nudo. Malditas palabras, maldita emotividad. El niño y yo habíamos deambulado todo el día, sin tregua y sin destino, como si hubiera tirado mis recuerdos —los de la madre y los del crío— delante de mí y pudiera recogerlos tan solo con agacharme. Hasta que había descubierto la nota bajo mi puerta, la ausencia de Maria Tulith no me había parecido extraña; es más, estaba convencido de que tenía un sentido. Por la tarde incluso me había cruzado con una mujer que, a mi juicio, se le parecía. La había observado de lejos mientras, muy tiesa, hacía girar a un lado y a al otro un expositor de postales, dando muestras de una indecisión encantadora. Sin nada que hacer, decidí que ella era Maria Tulith. Seguirle fue un medio como otro de descubrir Roma y de engañar mi aburrimiento. Entre la via della Panetteria y la del Tritone nos cruzamos con una vieja chiflada que juraba que Rómulo no había querido matar a Remo, pero que «*lui aveva cannato*», que había cometido una estupidez. Su nombre era Allegra y estaba convencida de que el Tritón de la fontana di Trevi era sobornable y timaba a los viandantes: por eso toda aquella gente lanzaba al agua por encima del hombro una moneda. Pagamos y, sin discutir, seguimos a Maria, aquella mujer entre la muchedumbre, hasta el giardino degli Aranci, en la colina del Aventino. Había que quedarse de perfil. Mientras el ojo derecho abarcaba en un mismo paisaje varios siglos de historia, el ojo izquierdo observaba a una estadounidense que devoraba un gofre. Tiempo de vida del gofre: cuatro minutos y doce segundos exactamente. Eso daba que pensar acerca de la condición humana. Luego, la mujer de las postales nos llevó a la piazza Sant'Eustachio, situada en el corazón de Roma. Dado que la Ciudad Eterna se consideraba el centro del mundo, si me situaba en medio de la plaza podía telefonar a una de mis dos hermanas, a la que iba a ser mamá, y dejarle el siguiente mensaje:

—Te llamo desde el centro del centro del mundo. ¿Cómo está tu bebé?

(Eso, me dije, cualquiera debía hacerlo al menos una vez en la vida.)

Finalmente, a la mujer de la muchedumbre se le cayeron unos papeles y, al recogerlos para dárselos, vi un pasaporte rojo con un águila bicéfala dorada que sostenía en una garra un cetro y en la otra una esfera. Nombre: Olga Kulkulukovitch. Nacionalidad: rusa. Había seguido una pista equivocada; sin embargo, para ser sincero, no estaba sorprendido, pues había tenido mala suerte desde el principio.

De hecho, durante toda la tarde, el niño no había dejado de golpearse la frente con la palma de la mano.

Estaba impaciente por encontrar a su madre.

Yo lo estaba por tomarme mi tiempo.

La visita de aquel hombre inquietante con aire amenazante, asociada a su tentativa de intimidación, hacía la ausencia de la madre más intrigante y la aventura a la que me había lanzado más excitante si cabía. En condiciones normales, el mensaje y el mensajero habrían bastado para disuadirme de dar un paso más. Sin embargo, nada era normal desde la irrupción del chico. Esa historia del estrangulador pirata, lejos de echarme para atrás, había avivado mi curiosidad y reforzado mi voluntad de reparar la injusticia que el niño gris sufría.

Así las cosas, me armé de un entusiasmo increíble y, una vez en la habitación, me encargué del escritorio de Maria, retirando el cajón de arriba para acceder al contenido del de abajo, el que estaba cerrado con llave. La madre del niño me perdonaría esa indiscreción: actuaba por una buena causa. Tanteando las esquinas, mi mano palpó un fajo de treinta entradas para una discoteca unidos mediante una goma endurecida por el tiempo. Tenían fecha, estaban polvorientas y eran nominativas, lo que me permitió determinar que la madre había estado, siete años antes, en una discoteca del barrio de los Amarinis. No había ido ni una ni dos veces, no, ¡había ido treinta veces! ¡En el plazo de tres meses!

Sentí que un suave calor me invadía: una pista... Por fin, una pista.

—¿Qué piensas de eso, chico? —dije dándome la vuelta.

Había un crucifijo colgado encima de la cama de Maria. Me tomé el tiempo de inmortalizarlo con mi cámara, porque el niño estaba justo debajo, con la mano levantada, como un alumno al que midieran con una regla y quisiera alcanzar la punta con el extremo de los dedos. Incliné ligeramente la foto hacia la luz y creí ver su silueta. Era imperceptible de tan sutil, pero estaba allí.



En el hospital

36 días antes del Desgarro

El niño tenía razón: su madre va a verlo esa semana. Va, y cuando llega le cuesta contener la ira: la habitación está vacía. Sin embargo, le habían asegurado por teléfono: «Nada de pruebas esta tarde; lo tendrá para usted». Le gustaría gritar, ir a quejarse; pero tiene miedo de que le echen en cara sus propias ausencias.

Después de quitarse el abrigo tantea la parte de arriba del armario; el cuaderno no está allí. El corazón empieza a latirle rápidamente. ¿Y si alguien lo ha encontrado? ¿Y si lo han leído? Un miedo indescriptible la invade, pero suspira de alivio al ver que asoma el remate de metal negro de una de sus esquinas por debajo del mueble tras el que ha debido de resbalar.

Mira el reloj: dispone de cuatro horas. Cuatro horas de nada antes de marcharse. Se instala y coge un bolígrafo. Mientras espera a su hijo escribirá. ¿Conseguirá hacerlo sin que él esté en la habitación? ¿Sin esa fuerza increíble que el pequeño parece transmitirle?

«Inténtalo», se dice, y retoma el hilo de su diario.

Siete años antes, la hospitalización.

La hospitalización sin fin.

Me diagnosticaron depresión posparto y fobia de impulsión.

«Psicología barata», pensé, y culpé a las matronas.

Al principio, No', creí que podría amamantarte, pero pronto tu contacto me molestó: me sentía encadenada. No podía tenerte constantemente en los brazos, pegado a mi pecho, ese pecho del que tirabas y maltratabas con tu boca y tus manitas. No era culpa tuya, lo sé; sin embargo, no me sentía con ánimos, tenía ganas de tirar la toalla.

La leche se agotó. Mi cuerpo te rechazaba.

Toda madre debe querer a su hijo, opinaba, y como yo era incapaz, como esa creencia se desmoronaba, empecé a dudar de todo.

«¿Cómo se puede ser tan incompetente? —me reprochaba—. Ese niño, ese drama, ¡Dios, cómo me ahoga!»

Me asaltaban ideas. Ideas terribles.

¿Tenía yo derecho a vivir si no podía querer a mi hijo? ¿Por qué era incapaz de sentirte como tal? ¿De calmarte? ¿No existían instrucciones? ¿Tan incompetente era yo? ¿Acaso era mala?

¿Qué oquedades, qué protuberancias tenía yo en el corazón? ¿Qué obstáculos se erigían en mi cabeza para oponerse así a nuestra unión? ¿Por qué debía sufrir tanto? ¿Acaso la vida no me había puesto a prueba ya lo suficiente?

Me sucedía que al cerrar los ojos veía a tu padre, el hombre que te había lanzado a mi vida y, una vez más, pasaba de la llantina a la

ansiedad.

Me habría gustado que algo hubiera pasado, un hecho revelador, impactante, incuestionable. Sentirme madre. Un contrato, una voz divina, una orden, lo que fuera, pero algo que convirtiera mi entronización en innegable. Me habría gustado experimentar lo que no experimentaba: el apego, el amor incommensurable, la evidencia y el instinto maternal; pero no llegaba. Esperaba, llena de esperanza. Te miraba fijamente, te veía guapo, sí, pero eso era todo, y no era suficiente.

No obstante, en secreto, en el fondo de mí, quizá en el vientre, donde el humo se había convertido en bebé, se había encendido una chispa que lucía una inexplicable energía. Una pequeña oportunidad. Un comienzo de esperanza: en mi corazón y en mis riñones crecía una posibilidad, una promesa loca, la esperanza de que un día sería capaz de quererte con un amor verdadero y natural. Quererte de forma evidente.

Y esa espera no formulada me consoló muchas noches cuando tú llorabas.

Un ruido en el pasillo pone a Maria en alerta. Presta atención. Nada. Vuelve a la escritura.

Aconsejada por el personal sanitario, acepté unirme a un grupo de

terapia para jóvenes mamás en dificultades. En la primera sesión, una psicóloga muy amable nos anunció que nos haría hablar una tras otra. Una mamá tomó la palabra. Otra la siguió. Después fue mi turno. Hablar. Hablar del padre, de ti. Hablar, contar por qué, cómo, lo que sentía. Me levanté y me fui llorando. Había hecho una promesa solemne, una promesa estúpida: nunca revelaría la verdad sobre tus orígenes. Jamás hablaría de aquel mes de agosto y del amor maravilloso y, sin embargo, prohibido, que había precedido a tu concepción; no diría nada. Mi conciencia y yo habíamos hecho un pacto: con la paciencia de una artista, construiría un puño en mi cabeza, construiría los dedos, construiría la palma, y ese puño permanecería cerrado para siempre, las llaves de la verdad encerradas en él.

De manera que me mantenía hechizada por los recuerdos del mundo más bonitos y más terribles, y asqueada también de ser esa madre incompleta que luchaba contra ella misma, en perpetuo conflicto contra esa idea que yo estimaba estúpida: hacía casi seis semanas que estaba hospitalizada por mi miedo irracional a hacerte daño, seis semanas..., y nadie había ido a llevarme flores. Nadie.

Eso era yo, hijo mío, eso es lo que seré siempre: una madre sin flores.

De nuevo el ruido. Voces de enfermeras hablando en voz alta que se

acercan. Maria cierra el cuaderno con un chasquido seco, después lo devuelve prudentemente a su sitio. Es tarde. Olfisnea una última vez las sábanas de la cama de su hijo; es un olor que se desvanece enseguida, como el aroma del pan recién horneado. Intenta retenerlo, hace con ese instante lo que el camello hace con el agua del desierto: procura aprovisionarse.

Luego se va. Odia los hospitales: los niños enferman allí y mueren.

Después del Desgarro

Jo' y No'

Fueron tantos los acontecimientos de los dos días siguientes que me resulta difícil ordenar mis pensamientos.

Sorprendí varias veces a Glaucoma con la cara metida en un bote de pintura vacía y esnifando a pleno pulmón. Echa hacia atrás la cabeza, se estremece, llora, vuelve a meter la cara. En cuanto me ve, cierra el bote, se seca las lágrimas y esboza una sonrisa de circunstancias. También: extraño, pero cierto, bebe una infusión de diente de león. «Para el color de la piel, las arrugas, *tutti quanti*», dice; pero advierto que tiene la tez grisácea y arrugada. La han engañado. Bebemos infusión de diente de león, pero de todos modos envejecemos. (Después filtraremos sus raíces.)

Cataratas está pegada a una silla de ruedas a causa de su diabetes. Presiona constantemente contra sus muslos atrofiados una silla del revés que tapiza sin descanso. Sus propios pelos, rojizos y resecos, podrían servirle de materia prima. Podría arrancarse mechones a puñados y trenzarlos para terminar de forrar ese asiento. Esa silla es su misión, es su penitencia. Se afana con una dureza en la mirada, con una fijación espantosa. ¿Cómo pudo vivir la madre del niño dos años en este sitio infecto?

Ayer por la tarde salí de mi habitación con el niño gris pisándome los talones y me las encontré en el salón: Cataratas pelaba una cebolla y era la cebolla la que lloraba, lo juro; en cuanto a Glaucoma, tejía ¡una falda! ¡De

lana!

—Disculpen —dije—. ¿Por dónde queda el barrio de los Amarinis?

El tintineo de las agujas se interrumpió y las hermanas me aconsejaron que me fuera al diablo, que no tenían tiempo para eso. «¡Yo tampoco!», pensé, enfadado, y me largué dando un portazo.

Fuera el pavimento se había bebido el agua del cielo; caminábamos sobre esponjas. El niño saltó con los pies juntos en los charcos y ese espectáculo me relajó un poco. Acabábamos de doblar la esquina de la calle cuando un ruido de pasitos apresurados resonó a nuestras espaldas. Con un respingo de sorpresa vi a Glaucoma agarrarse a mi traje y deslizar un papel cuidadosamente doblado en mi bolsillo izquierdo.

—Ve al Pincio —susurró—. A Maria le gustaba ir allí con su misterioso novio... ¡Pero no vayas a las fiestas Poncio Pilato! Ella iba siempre... Eso la trastornó. No vayas, es horrible, es abominable, parece que allí se...

—¡Pozzinina! —la interrumpió severamente Cataratas desde el porche—. ¡Pozzinina!

Dos grandes arrugas de amargura se cavaron a sendos lados de la boca de la anciana: Pozzinina (¿así que ese era su nombre?) me dedicó una sonrisa sincera. Aunque me sentía cohibido por la repentina escena, le devolví la sonrisa. Yo sabía que detrás de cada sonrisa, detrás de cada buen gesto que devolvemos, detrás de cada impulso, hay una historia que nunca entenderemos.

—¡Ya voy, Lucinda! —gritó Glaucoma—. Ahora voy! —Acto seguido mi inesperada aliada murmuró—: Hasta luego.

Entonces dio media vuelta y se dirigió a toda prisa al encuentro de Cataratas.

Como había sospechado, ambas conocían bien a la madre del niño; puede que incluso fueran amigas. Pero, entonces, ¿por qué esa desconfianza por su parte? ¿Y quién era ese «misterioso novio» del que Glaucoma me había

hablado?

—¿Tu padre? —planteé al niño, y él hinchó los carrillos y soltó una sucesión de pedorretas circunspectas.

El misterio se complicaba, y no me parecía mal; siempre me había gustado levantar las piedras para mirar debajo.

En el cruce, un carabinero dirigía la circulación. Nos indicó el trayecto más corto para ir al Pincio. En el camino, desplegué con cuidado el papel que Pozzinina-Glaucoma me había metido en el bolsillo. Se trataba de un recorte de prensa que daba cuenta de un suceso ocurrido hacía ocho años.

Extraña competición en el aeropuerto de Fiumicino

Ayer por la noche, alrededor de las once, cuando el avión con destino a Tel Aviv estaba a punto de despegar, una escena digna de una comedia bufa sorprendió a los pasajeros.

Maria T., una bella joven de veintiún años estudiante de Teología, acababa de sentarse cuando la azafata le pidió que cediera su sitio a su vecino.

«La política de la compañía aérea es poner a un hombre cerca de la salida de emergencia» —declara Anita, la azafata—. En caso de accidente se estima preferible poder contar con la fuerza física de un hombre para accionar la palanca de seguridad de la puerta.»

La joven Maria T., indignada por lo que consideró una injusticia contra su género, se negó. El tono de la discusión se elevó y el comandante salió de la cabina para intentar convencer a la pasajera.

«Alguien la llamó “histérica”, y la joven montó en cólera», explica Anita, ruborizada aún por las «palabras» que Maria T. pronunció.

El comandante, en un arranque de ira, se negó a despegar hasta que la joven obedeciera. Sin embargo, la estudiante de Teología se mostró intratable. Pasó una hora, que obligó a retrasos importantes en el conjunto de los vuelos de grandes líneas de la terminal B. Los pasajeros se hartaron y suplicaron a las dos partes que encontrar una solución. Tras intensas negociaciones, Maria T. aceptó ceder su sitio

con la única condición de que el comandante... ¡le echara un pulso! Parecía una simple broma, pero el comandante se lo tomó muy en serio y, finalmente, los pasajeros asistieron, atónitos, a un verdadero enfrentamiento entre él y Maria T. Con la mirada fija la una en el otro midieron sus fuerzas sobre el carrito de la comida; ninguno quería ceder ni un milímetro de terreno. Ese pulso quedará registrado en los anales de la aviación como el más intenso que jamás se ha realizado en un Boeing 747. Contando con los hurras del público femenino, cabezota como nunca y tras un esfuerzo colosal, Maria T. ganó sin dar lugar a controversias. El avión pudo despegar y el vuelo se desarrolló sin anomalías destacables.

El comité directivo de la compañía se ha comprometido a modificar el estatus de embarque y de distribución de asientos. En cuanto a la joven Maria T., cuando esta redacción se ha puesto en contacto con ella, ha afirmado que no tiene más comentarios que hacer salvo esta frase ambigua: «No podía consentir que un hombre tomara el lugar que Dios me había atribuido».

No hemos querido insistir.

Di la vuelta al recorte de prensa e inspeccioné el reverso. Nada.

¿Por qué la anciana me lo había metido en el bolsillo con tanta prisa?

—¿Tú lo sabes? —pregunté al crío—. ¿Lo ha hecho para mostrarme que tu madre es muy susceptible y que es mejor desafiarla a piedra-papel-tijera que a un pulso?

El niño me indicó con un gesto que no conocía la respuesta y luego levantó el puño, haciendo como que miraba un reloj.

Yo miré el mío: roto. No estaba en hora; la esfera indicaba que eran las 12.54 y que era domingo. En realidad, acababa de oír las campanadas de una iglesia, en algún lugar, dando las cinco de la tarde.

Habíamos llegado al Pincio.

Fue allí, precisamente, donde iba a desatarse el primer lazo que me unía al niño gris.

Situado sobre una vieja colina de Roma, el Pincio domina todo el Campo de Marte. El lugar estaba desierto, apenas si se oían algunos coches pasar a lo

lejos. Detrás de nosotros se erigía la famosa villa Borghese, y un olor a fruta emanaba aquí y allá. Las luces del final de la tarde destellaban entre las ramas descarnadas como trocitos desprendidos del sol. La madre del niño no estaba allí. No me sorprendió. Pensé en la voz aterrorizada de Pozzinina cuando me había hablado del barrio de los Amarinis y de las fiestas Poncio Pilato. Estaba llegando a la conclusión de que nos había enviado al Pincio para impedirnos ir allí cuando el niño gris me llamó haciendo un gesto. Se encontraba en el borde del parapeto y, desde lo alto de sus blancas piernas, dominaba todo el barrio de Prati.

—¿A qué juegas?

Había levantado las manos y parecía palpar los contornos del paisaje que se abría ante nosotros.

—Oh... Vale —dije en voz baja, y lo imité con las palmas abiertas—. ¡Enséñame!

Tras los primeros tanteos descubrí que Roma es más bien redonda y que tiene una textura rugosa.

—¡La Ciudad Eterna está arrugada! —exclamé siguiéndole el juego.

La campana de San Pedro sonó muy aguda cuando la rozamos y, ¡ay!, me pinché con la aguja que corona el campanario de la basílica del Sagrado Corazón del Sufragio. La cúpula del Panteón sonó hueca.

—Los antiguos dioses se fueron hace mucho tiempo —comenté al niño debido a mi manía detestable de adornar con un poco de fantasía hasta la menor realidad.

Palpábamos con delicadeza, conscientes de que el universo rompe con facilidad el cristal, rompe a los niños, rompe las ciudades de los hombres; lo rompe todo. ¿Qué es la muerte de un niño si no un paisaje lejano que tiembla, se estremece y finalmente desaparece?

Yo no lo sabía, el niño tampoco, así que dejamos que la ciudad se

desplegara en nuestras manos. Rozábamos, buscábamos, explorábamos. Por primera vez desde su aparición, el niño gris y yo estuvimos juntos, realmente juntos. Él fue el primero en llevarse un dedo a la boca. Cuando lo imité constaté que Roma tenía un vago sabor a pera, muy dulce, muy jugosa, y que, quizá, en eso radicaba el secreto de aquella gran carcasa: Roma estaba madura, siempre preparada para ser recolectada.

—¡Eh, eh, chico, hemos venido a ver a una anciana! ¡Hemos venido para acariciar a una anciana!

Hacía un poco de sol, así que nos quedamos allí, sentados sobre el parapeto de cemento, soñando, leyendo y tocando el mundo, abriéndome las manos con jabón sin aclarado, él con las piernas colgando sobre el vacío, pequeñas varillas grises entre largas varillas negras, devanándonos las meninges para saber si los muertos tienen o no jardines y otras idioteces por el estilo. Por encima de nosotros el cielo relucía, verde de lluvia; tocarlo con las manos parecía un sacrilegio.

Si mirábamos fijamente ese cielo verde, sentíamos ganas. Ganas de fundirnos para siempre con él, ganas de sembrar en él tulipanes. Ganas de preguntar al niño gris por qué no lo hacía. ¿Por qué no estaba allí arriba, en ese edén verdoso? ¿Por qué se pegaba a mí, a la tierra, cuando podía conquistar ese paraíso de horticultores con un simple impulso de los talones y, quién sabe, encontrarse con Dios?

—Es bonito, ¿eh...? —y añadí a media voz, temblando ligeramente, incluso con dolor en la lengua, en la garganta, en el corazón, en los recuerdos y en el universo entero—: ¿Eh..., Noah?

Por primera vez desde su aparición había pronunciado el nombre del niño, y era como si le devolviera algo. Sus ojos vivarachos, al abrigo de la bata del hospital, brillaron. Noah asintió, se limpió con la manga su pequeña nariz de mocos, mostrándome el costado de su cuerpo flacucho, y luego blandió su

pizarra, en la que había escrito: «Bonito como los payasos, Jo'».

—Sí —dije al evocar mis recuerdos más felices y, por tanto, más aceptables—. Tienes razón, No'. Bonito como los payasos.

En el hospital

32 días antes del Desgarro

—¿Cómo está?

—Regular —suelta la señora Crinchon mientras echa un vistazo a la carpeta de la habitación 207—. Su ánimo es malo: está convencido de que su madre vino la semana pasada, pero no se vieron porque él estaba haciéndose unas pruebas. Y todo porque ha encontrado un juguete de plástico sobre su cama... Además de eso, su estado ha empeorado de forma inesperada esta noche. Lo encontraron durmiendo en el cuarto de baño...

—¿En el cuarto de baño?

—No es la primera vez. Se lleva su colchón y duerme allí. Creo que el aseo le gusta porque es pequeño. Es su segunda habitación. Y vuelve a tener esa maldita misteriosa fiebre...

—¡Otra vez!

La letra C permite a la señora Crinchon ser particularmente prolífica:

—¡Cara de culo de caca y de cochino capullo y cabrón! —suelta del tirón antes de volver en sí y excusarse—. También tiene los leucocitos por los suelos. ¿Recuerdas que los primeros resultados de compatibilidad madre-hijo fueron negativos para el primer trasplante de médula? Pues bien, la jefa de servicio quiere repetir los análisis. Nunca terminará esta historia...

Jo' le da las gracias y después entra en la habitación del niño y se sienta cerca de él.

—¿Por qué cuando me duele me dicen «chis»? —pregunta No' a Jo'.

—No lo sé, pequeño.

—¿Y por qué la enfermera me pega en la mano?

—Es para que aparezcan las venas.

—Lo único que entiendo es que me pegan cuando no he hecho nada malo.

—Tienes razón, No', tienes razón...

—¿Y por qué entraron en mi habitación anoche?

—Porque tu temperatura era muy alta.

—Me dieron un susto, Jo'. Entraron en mi habitación, pero yo dormía bien y empezaron a hacerme cosas. Me habría gustado que me lo explicaran antes. Yo no quiero que me sorprendan más así.

—Les diré todo eso, No'.

—Aseguraron que no pasaba nada, que solo era un análisis de sangre, pero no estaban haciéndoselo a otros niños ni a ellos mismos. Era mi sangre la que estaban sacando.

—Lo entiendo, No'.

—Así que era yo el que tenía que decir si pasaba algo o no.

—Es verdad, No', es verdad.

—¿Jo'?

—¿Sí?

—¿Por qué mi madre viene menos que la de Louise, la de Arthur o la de Ismaël?

Silencio. La madre de No' se niega categóricamente a explicar el porqué de sus ausencias. Ayer, en la reunión de personal, el equipo decidió darle el plazo de una semana antes de llamar a los Servicios de Protección al

Menor:

Llaman a la puerta, se abre.

Es la hora de la inyección. No' llora, tiene miedo de Crinchon. Crinchon sostiene la aguja, No' quiere a su mamá, pero no está, solo está Crinchon, Crinchon y su enorme aguja.

—Te sostendré la mano, ¿vale?

El niño no escucha, se defiende. Van a dormirlo y no quiere dormir, porque dormir es como morir un poco.

—¡Noah! —grita Jo'.

El niño gimotea, se queda quieto.

—Mírame.

No' mira a Jo'.

—Respira lentamente, así, como yo.

No' respira lentamente.

—Vamos a charlar, ¿vale? Te haré preguntas y tú hablarás. Mientras tanto la enfermera y el equipo harán lo que tienen que hacer y no sentirás nada, todo irá bien.

El niño asiente con la cabeza, se sorbe la nariz, dirige una mirada oscura a Crinchon, aprieta más fuerte el brazo de Jo'. Sus palmas se cierran en dos pequeños puños congestionados, dos pequeños tomates. Jo' le pregunta si de mayor quiere ser payaso y No' responde que no, y le aprieta aún más, y más, y Crinchon le pincha en el brazo como si buceara en su interior, y Jo' murmura:

—Entonces, ¿qué quieres ser?

—Quiero ser tocador de paisajes. Mamá me ha dicho que existe de verdad. Incluso que ella lo hacía antes. Para ganar la vida.

—Se dice «ganarse la vida». ¿Y qué es «tocador de paisajes»?

—Es como tocadora de paisajes, pero para los chicos.

El niño bosteza. Sus ojos de mermelada se ponen cada vez más vidriosos a medida que el analgésico avanza por sus venas. Jo' le sostiene la mano, no sabe cuánto tiempo. La nota fresca... ¿o fría? Jo' se dice que es un idiota, que debería estar en cualquier sitio salvo allí, que echará de menos el contacto con esa mano fría de niño. No es su padre ni su hermano mayor, no lo será nunca, pero ya es demasiado tarde.

—¿Y en qué consiste ser tocadora de paisajes?

—Primero hay que ser chica. Después hay que encontrar un paisaje y... luego... hay que levantar las manos como un director de orquesta... y... tocar...

—¡Ah! ¿Y se gana mucho?

—Bueno... Depende... —susurra Noah cada vez más débilmente—. ¿El paisaje... es... es... bonito?

El niño ya duerme en cuanto, con una inflexión interrogativa, termina la pregunta. Los adultos suspiran. A nadie le gusta eso. A nadie. Pasa un minuto. Entonces Jo' busca la mirada de Crinchon.

—Quería darte las gracias por el pequeño...

—No hay de qué —murmura Crinchon—. Los niños necesitan grandes malvados a los que atormentar. Cuanto más antipático sea, mejor. Créeme, hago de Tom, de *Tom y Jerry*, desde hace veinticuatro años... ¿Cuál será la próxima bromita?

—Piruleta de fresa, pero recubierta de cera roja.

—No está mal —juzga con aire de experta—. ¿Y luego?

—Y luego manzanas de caramelo, pero sin manzanas.

—¡Sabandija sucia subnormal sorbesesos sarnosos...! —se le escapa antes de añadir con toda naturalidad—: ¿Sin manzanas?

—¡Sí! Las sacaremos de su cubierta de caramelo y pondremos cebollas en su lugar...

La señora Crinchon ríe.

—Tomo nota. ¿Y a él qué le gusta que haga?

—Le encanta que subas los brazos. Como hiciste en el cuarto de baño.

—¿Y si lanzo la piruleta al cielo?

—¡Eso estaría muy bien!

—¿Algo más?

—También disfruta cuando echas a correr.

—No me extraña, me entrené con mi sobrina. Y los gritos, ¿le hacen reír?

—No.

—Pues habrá menos gritos. Qué pena... Los gritos son lo más fácil.

¡Puñetero puñado de pedos putrefactos!

Después del Desgarro

Jo' y No'

Las estrellas se encendían aquí y allá, y el cielo presumía: «Me han dado hilo y una aguja, ¡y mirad qué hermosa noche os he creado!». Era inmenso, tanto que uno era capaz de odiar el tener siempre un techo sobre la cabeza. Al pronunciar en voz alta el nombre del niño, una fuerza invisible había aflojado el torniquete que me oprimía el cráneo. Una parte de mí, la más primitiva, es decir, la más indignada por la muerte, acababa de aceptar lo imposible: allí había un fantasma, sí, y hasta que no se lo devolviera a su madre sería mi lastre, mi misión, mi responsabilidad.

Sería mi fantasma.

Salté del parapeto y aterricé sobre la acera con los pies juntos, arrastrando al niño conmigo en el crepúsculo húmedo de Roma en dirección a los Amarinis y sus misterios.

En el corazón de las callejuelas, las rachas de viento nos golpeaban la frente. Era el tipo de noche con el que soñamos mil años, mil vidas y mil cuentos. Entre la via di Porta Labicana y la degli Anamari, los astros desaparecieron y el pavimento, los muros, los peatones se ensombrecieron.

Un *terme*, o, lo que es lo mismo, la estatua de una figura humana sobre una pedestal de mármol, informaba a los turistas del origen del nombre de la calle: un antiguo pueblo que habitó la península Itálica.

Los anamari.

Salvajes vestidos con pieles de animales fueron,
y ocultos en viejos y tenebrosos bosques alpinos vivieron.

Dios los salvó.

—No tenemos nada que temer, Noah —dije al niño—. Los salvajes desaparecieron hace mucho tiempo.

Como para contradecirme, se oyeron gritos de animales, tan fieros que helaban la sangre.

Cinco o seis individuos irrumpieron desde una callejuela adyacente, cinco o seis faunos que vociferaban, saltaban, golpeaban las papeleras y las volcaban. Insolentes, groseros, pestilentes, escupían su bestialidad a la cara del mundo.

—¡Hola, marica! —gritó uno de ellos.

Resultaba gracioso, visto que él iba vestido, de los pies a la cabeza, de mujer. Tenía manchurrónes de carmín hasta en la barbilla, hasta en las fosas nasales, hasta en los hoyuelos. Y llevaba medias de rejilla, tacones y la violencia encastrada en el cuerpo. Era una despedida de soltero. (¿Por qué se disfrazan los hombres así? ¿Qué tiene de cómico ser mujer?) Me puse nervioso, y mi primer reflejo, reconozco que estúpido, fue buscar al niño detrás de mí, como si esas palabras, «¡Hola, marica!», se las hubiera dirigido a él.

(No hay palabras que definan a los niños un poco afeminados. Pero cuando existía, Noah jugaba a juegos que algunos llamaban «de niñas». Se dice de algunas niñas que son «niños frustrados», pero nunca se dice que algunos niños son «niñas frustradas», como si en ello hubiera una verdad vergonzosa que ocultar.)

Aquellos individuos se acercaban a mí burlándose, apestando a alcohol del malo, bloqueándome cualquier vía de escape.

—¿Por qué nos miras así, capullo? —me interpeló el futuro marido, llevado

por las risas de hiena de su manada—. ¿Eh? ¡Jodido turista! ¡Baja la mirada! ¡Te digo que bajes la mirada!

Lo cierto es que yo tenía los ojos fijos en la pizarra del niño: «Jo', hoy es mi cumpleaños. ¡Mamá y yo tenemos siete años!». El crío estaba contento. Yo tenía miedo. Un miedo repugnante. Mil y un pensamientos atravesaban mi mente, pero, curiosamente, el primero no consistía en la mejor forma de salvar mi pellejo. Me decía: «Nunca celebraré mi despedida de soltero. En todo caso, me disfrazaré de hombre. Sí, de hombre ridículo. Pero...». Estupefacción: no sabía a qué se parecía un hombre ridículo. No guardaba el registro de esa imagen en la cabeza. Nadie me la había enseñado nunca.

—¡Qué te den, marica! —añadió uno de sus colegas y lanzó un escupitajo al suelo.

—Gracias, pero no; tengo migraña.

Decididamente, el humor no era la mejor opción. ¿De cuál de esos tipos me cayó la primera bofetada? Imposible de decir. Sin embargo, los bordes de mi herida de la frente se abrieron y un fragmento de costra saltó hasta sus manos. Gritó con expresión asqueada, la lanzó a un amigo, que la envió a otro como si se tratara de una patata caliente. Luego, a pesar de mis súplicas, me quitaron la chaqueta.

A continuación rieron y me golpearon otra vez, pero menos fuerte; después de todo, no eran tan malos tipos. Cogieron los veinticinco euros que llevaba en mis bolsillos (por suerte había olvidado mi teléfono en la pensión y había heredado de Aristide la precaución paranoica de esconder los billetes de más valor en mis calcetines).

—¡Venga, *ciao*, capullo! —dijo el feliz afortunado.

Su corte de pelo habría hecho suicidarse a un espejo. Belleza violenta.

—¡*Ciao*, chicos! ¡Y enhorabuena! —dije amablemente mientras me apretaba la frente.

Al fin y al cabo, pronto se casaría. ¿Cómo no iba a felicitarlo?

Se desvanecieron en la oscuridad. La calma se recompuso tan repentinamente como se había quebrado. Cerca, las campanas de una iglesia anunciaron la medianoche. La frente ya no me sangraba; temblaba de la cabeza a los pies. Tenía sed. Tenía miedo. Tenía la necesidad imperiosa de lavarme las manos. No soportaba que el niño estuviera allí, que fuera simplemente eso que era. Pero, por encima de todo, yo quería vivir. Tenía unas ganas irracionales, bulímicas. De vivir y de lavarme las manos.

Sin saberlo, era exactamente lo que me reservaba aquella noche cuando, poco a poco, penetraba en las tinieblas y me disponía a experimentar mi primera velada Poncio Pilato.

Una velada Poncio Pilato nunca se improvisa y forma parte de una puesta en escena digna de un artista. Tener el pelo largo y grasiento, así como no haber expuesto al sol un centímetro cuadrado de piel durante un período de entre diez a treinta años consecutivos os permitirán confundiros entre la muchedumbre. En cuanto a las normas de vestimenta, sabed que los tatuajes y los piercings son más que aceptables. Rímel para las chicas, rímel para los chicos, polvo de arroz en las mejillas y carmín negro en los labios. Movido por mi instinto gregario, adopté el porte de un vampiro con el corazón roto, impasible, taciturno y romántico, con una vaga mueca de asqueo.

Habíamos llegado hasta allí por casualidad. Buscábamos la manera de dar con una calle grande para orientarnos a fin de volver a casa para limpiarme esa frente sangrante cuando tropecé con un escalón delante de una puerta de madera de pino embadurnada de pintura verde. Del dintel colgaban guirnaldas de hiedra trenzada que sostenían un rosetón enmarcado con bonitas hojas de palmera de color índigo. Todo eso sobre un cartel que anunciaba, en italiano:

SERATA PONZIO PILATO. Se adivinaba confusamente, a escala humana, el dibujo de un Cristo en la cruz con patas de cabra velludas y pezuñas en lugar de pies. Intrigante. Vagos olores a jazmín y a naranjo y efluvios de sangre fresca flotaban bajo el arco. ¿Qué fuerza misteriosa me empujó hacia delante, cuando la inquietud exudaba por todos los poros de mi piel por culpa tanto del lugar donde me encontraba como a causa de la agresión que acababa de sufrir? Nunca lo sabría. Pero el niño me seguía, reclamando su parte de aventura.

(Nos equivocamos sobre Jesús, No'... Si aún pudiera hablar, ¿sabes que nos diría ahora a ti y a mí? Nos diría: «Divertíos, pequeños, ¡divertíos! Si no os divertís, estaré muerto para nada».)

La mayoría de los fiesteros llevaban zapatos grandes y negros con la punta redondeada. Algunos estaban decorados con una calavera roja en la parte superior, con muchos cordones y argollas de plata. Las pisadas resonaban con más pesadez que diez campanas de catedral, mientras una cacofonía musical surgía de los altavoces sabiamente dispuestos, y se añadía al ruido de los zapatos a golpes de chin-chin-pum, chin-chin-pum simplones, pero eficaces. Una camada de gatitos muertos a golpes de cachorros de perro (en todo caso, es la imagen abominable que ese ruido instaló en mi mente).

Noah, embobado, se paseaba por entre todos aquellos muertos vivientes. En medio de la habitación había un pequeño espacio reservado en el que tres mujeres desnudas, encadenadas, colgaban del techo hasta el suelo. Una *performance*, eso era. Los artistas, llegados directamente de Nueva York, flotaban con los ojos entornados, los brazos en cruz y el rostro crístico, impasible. Majestuoso. En toda mi vida, nunca había visto nada tan extraordinario como esos seres vivos infligiéndose mal para hacerse bien. Terminé una nueva copa de vodka de un trago y me acerqué a Noah. Me mostró

la suspensión «artística» y sacó su pizarra como un mago se saca una paloma de la manga. «¿Cuánto tiempo se quedan así, Jo'?»», había escrito en ella.

—¡Hasta que las descuelguen! —grité para hacerme oír pensando qué me habría respondido mi abuelo.

Volví a pedir una copa. Era la sexta o la séptima, imposible de concretar. Estaba deprimiéndome. Una parte de mí echaba de menos que Manon no estuviera a mi lado... Una zombi rubia debió de apiadarse de mí porque me paró y contó el número de manchas de sangre de mi camisa blanca. Desde mi llegada, disfrutaba hablando italiano, idioma que me gustaba en especial y que irremediablemente evocaba en mí la imagen maternal.

—Hummm —hizo la joven, con aire de mirar un racimo de plátanos—. Ya veo... Un look a lo broker hippy-pijo carnicero moldavo... ¡ME ENCANTA!

Luego me dio un tíquet sorpresa que, como su nombre indicaba, me convertía *ipso facto* en afortunado participante de un sorteo misterioso en el que se designarían doce ganadores para poner la guinda a aquella «muy festiva» semana, en el transcurso de una celebración épica que tendría lugar en dos días.

—Pero ¡chitón! ¡Es una sorpresa! —me dijo Zombi Rubia al oído.

Sin duda daba por sentado que yo no sabía leer o que no tendría la fantasía de reconducir mis pasos, mi alma y mi fantasma canijo en ese agujero inverosímil de sinsentidos góticos. Eso no quita que guardara con cuidado el tíquet. Porque «nunca se sabe», como decía mi viejo Aristide.

Detrás de mí, las luces de los proyectores iluminaban las mejillas de Noah, que pasaba de fiestero en fiestero con la pizarra en la mano interrogándome acerca de sus orígenes: «¿Cómo era yo de bebé, Jo'? No me acuerdo...».

La *boîte* se vació hacia las seis de la madrugada. Sin que hubiera aparecido un

solo hombre que se ajustara a la descripción que Lucinda había hecho. Había hombres tatuados, sí, pero ninguno con una sonrisa de payaso tallada con cúter y que evocara a un agente secreto ruso. Había estado pensado en la madre del niño toda la noche. Las fechas de las entradas que había encontrado en su escritorio eran de hacía siete años, unos meses antes del nacimiento de su hijo. Pero ¿por qué? ¿Qué podría haber buscado en ese garito? ¡Y treinta veces! ¿Por qué dejar Roma para irse a París justo después? ¿Por qué había regresado... ahora? Después de... Después de lo que había pasado... ese horrible e interminable domingo... en el hospital... cuando ella...

Estaba demasiado borracho para reflexionar, tan borracho como para cantar. También para bailar. ¡Oh! ¡Cuánto me había meneado! ¡Por lo menos cuarenta kilómetros habrían bregado, sin moverse del sitio, mis piernas!

Fin de la velada.

Me encaminé hacia la pensión, orgulloso de mi técnica para mantenerme digno: apuntando entre los edificios, se camina casi recto.

Hacía más viento. Noah y yo, con el corazón hinchado de felicidad, nos elevamos hacia el cielo, hasta darnos de bruces con las estrellas y ofrecer a nuestras suelas una bonita alfombra de chispas eléctricas.

—¡Mira, Noah! ¡Las estrellas! ¡Nos duchamos en ellas!

El cielo era bueno para el chico y para mí, nos recitaba con voz de contralto un largo y extraño poema, donde se tejía la bella historia de un niño muy viejo llamado Jo' que seguía de cerca a un niño muy joven llamado No'. Ellos dos viajaban por todo el mundo para buscar a una mujer que los liberaría al uno del otro, pero como el viaje era largo, las diversiones pocas y la vida demasiado corta, se paseaban mucho, en el cielo y en las tinieblas, haciendo que cayeran sobre el suelo pesados fardos de fragmentos de noche. Creí que

las luces de las farolas se apagaban. Después no creí nada más; acababa de perder el conocimiento.

En el hospital

29 días antes del Desgarro

Organizan una fiesta de disfraces. El chico quiere vestirse de canguro, pero nadie tiene algo que se le parezca en su armario. Así que Jo' vuelve a casa, compra dos metros de tela naranja y le confecciona un apaño mientras piensa en la chica con la que ha engañado a Manon, cuando Manon le dice que pare, que es una tontería: apegarse a los niños que quieren irse es como cultivar un campo si amenaza con granizar. Manon le dice todo eso pensando en Antoine, el abogado. De hecho, como Jo' no escucha, Manon va a su encuentro.

—Me voy, he quedado con una amiga —dice ella cerrando la puerta.

—Sí, sí —responde Jo'.

Termina el disfraz y se lo lleva al niño. Al principio, ¡hummm, hummm, hummm!, Noah parece un poco enfadado. El traje no está del todo conseguido, le habría gustado uno de verdad con (¿por qué no?) piel de verdad de canguro de verdad. Sin embargo, tira de las costuras y estas aguantan; le gusta lo amplio que es, también la fantasía con la que está hecho; aprueba la largura del apéndice caudal y la blandura de las orejas y, finalmente, alza los hombros y se conforma. ¡Qué le va a hacer si no escoge nada en la vida desde hace ya mucho tiempo!

La enfermera hace creps, patatas fritas, algodones de azúcar. Es una fiesta en toda regla. Y las chicas de la animación inflan globos mientras las

auxiliares organizan carreras de karts para los niños con pequeños vehículos de cartón. Brum, brum, corren a través de los pasillos. Noah, ¡boing!, Noah salta, ¡boing!, ¡boing! Se lo toma muy en serio, ¡boing!, coge patatas fritas y churros, coge demasiados, así que se los mete directamente en la bolsa ventral de su disfraz.

—¡Mira, Jo'! ¡Yo ya tengo el cucurucho de patatas fritas!

Después Jo' y No' se acercan sigilosamente a las manzanas recubiertas de caramelo..., y sacan las manzanas de la cobertura roja y las sustituyen por cebollas. Nadie se entera y todos muerden la brillante costra escarlata. La señora Crinchon tira su manzana de caramelo al aire, muy alto, sí, muy alto, mientras maldice..., pero sin gritar, y No' ríe, ríe muy fuerte, y es una bonita tarde. Por la noche, cuando han limpiado todo, Jo' lo coge en brazos porque está extenuado.

—Mañana, seguro, ella vendrá —le dice No'—. Me lo ha jurado...

Después cae dormido en los brazos de Jo', y Jo' nota que le rodea el cuello con sus pequeños brazos colgantes de marsupial. Y es así como lo acuesta en su cama de hospital, disfrazado de canguro, y es así como Noah pasa la noche, de canguro, del tirón hasta la mañana siguiente.

Después del Desgarro

La historia de Maria

Cuando volví en mí estaba tumbado en el sofá del vestíbulo de la pensión. El ruido de los coches en la calzada mezclado con las voces de los hombres atravesaba los delgados muros como si fueran papel de fumar. Tenía la impresión de haber dormido en el asfalto, o que el edificio entero era de cartón. Pozzinina y Lucinda, inclinadas sobre mí, hablaban en voz baja.

—Eh, Pozzi, ¿sabes cómo se hace para bajar a un gótico de un árbol? ¿Lo sabes?

—No.

—¡Cortando la cuerda!

Oí a la vieja reírse, pero refunfuñar justo después.

—¡Oooh, Lucinda! No hay que burlarse de esas cosas... Ya empezamos, ¿lo ves? Como con Maria... Hay que ayudar a este muchacho.

—¡Ni siquiera sabes quién es, Pozzi! Llega, bebe, se derrumba, cuenta esa historia terrible y tú te lo tragas todo.

Me hice el muerto y pasaron diez minutos, durante los cuales se preocuparon, discutieron sobre mi futuro y no dejaron de moverse a mi alrededor. De vez en cuando Lucinda repetía en voz baja: «Antonia, ¡yuhu!, Antonia, tienes que despertar». A lo lejos, una campana se puso a tañer, seguida por otra, y otra más, luego fueron decenas, centenas sonando (con demasiado ímpetu, para mi gusto). Era mediodía. Volví la cabeza lentamente,

entreabrí los ojos y mi corazón se puso a latir con más fuerza: Noah dormía a los pies del sofá, de lado, guapo, luminoso, con la cara relajada, majestuosa, límpida. Me hizo pensar en un hermano pequeño inquieto que hubiera velado a su hermano mayor enfermo durante toda la noche antes de rendirse al sueño por fin, ya de madrugada. Levanté un brazo laxo y pedí un vaso de agua para suavizar mi boca reseca y pastosa.

—¿Algo más? —dijo Pozzinina al tiempo que me ponía un paño húmedo en la frente.

—Me gustaría que me cogieran la cabeza, que la pusieran en una cesta y la tiraran al río...

Pozzinina se negó educadamente mientras que Lucinda, de mala gana, daba a entender que eso podía arreglarse.

Lo cierto era que la sensación de que me habían despertado a palazos no me abandonaba, y dudaba si pedir un paracetamol o una eutanasia. Me dieron un paracetamol, y después insistí bastante en lavarme las manos. Mientras me las enjabonaba me preguntaba cómo había acabado durmiendo en aquel sofá.

El alcohol, la fatiga y la exaltación del baile me habían vencido: no llegué a mi habitación y me derrumbé, febril, roncador en el mismísimo suelo de la pensión Lili.

—Pero yo no estaba borracho —protesté débilmente—. ¡Solo cansado!

Lucinda suspiró. Pozzinina se puso la mano delante de la boca e hizo revolotear los dedos en el aire en un verdadero ballet de palabras.

—*Bambino, bambino!* A nosotras no... ¡Estabas muy gris, te sentamos en nuestro sofá y durante una hora intentaste ponerte el cinturón de seguridad!

Luego me subió la fiebre y, al parecer, me puse a delirar.

—Nos lo contaste todo —dijo Pozzinina.

—Contar... ¿qué?

Miró de reojo a su joven amiga. Lucinda, impassible, me miraba fijamente

con una cara tan pálida y tan dura como el marfil.

—Pues... esa historia. Lo del pequeño... ¿Cómo se llamaba?

—Noah.

Al evocar su nombre el niño gris se despertó, la bata de hospital resbaló por uno de sus hombros, que le quedó al descubierto. Dejé caer un brazo para poner la tela en su lugar con la punta de los dedos, pero mi mano atravesó el vacío y se dio por vencida.

—Hola —murmuré—. Estoy aquí.

El niño arrugó la frente, las mejillas, los labios, y fue casi el comienzo de una sonrisa. «Conseguiremos sonreír —pensé—, un día lo conseguiremos.»

—Sí, sí, sabemos que estás aquí —dijo Pozzinina—. Te hemos sujetado la cabeza sobre el váter y hemos limpiado tu vómito, ¡así que lo sabemos! ¡Llorabas sin parar! ¡Han hecho falta muchos pañuelos para secarte las lágrimas! No es bonito lo que os pasó ese domingo, en el hospital...

—¿Me ayudarán ahora? —la interrumpí, porque me negaba obstinadamente a abrir la puerta a los recuerdos. (Cada vez que pensaba en la habitación del hospital donde la madre del niño había, se había... Bueno, el cuerpo me dolía desde la cabeza hasta las rodillas, y el niño tenía la talla exacta de ese dolor) —. ¿Eh? ¿Van a ayudarme a encontrar a Maria para que me libre de mi sufrimiento y de su hijo?

Pozzinina miró a su compañera fijamente, indecisa por si dar el paso. Lucinda me ofreció un paño para que me secara las manos. Dos enfermeras un poco desmañadas, es la imagen que surgió en mi mente de inmediato. Fuera lo que fuese lo que les había contado esa madrugada, el cambio operado en Pozzinina era notable. Había tocado algo en lo más profundo de ella, la esencia de unas viejas emociones, un recuerdo maternal...

—Haré lo que pueda —prometió Pozzinina—. Maria se fue hace unos días... y no sabemos dónde está. Su comportamiento era tan... tan aterrador al

final...

Se volvió de nuevo hacia la mujer en silla de ruedas, esperando su aprobación. Lucinda barrió el aire con el dorso de la mano, como para descargarse de toda responsabilidad.

—¡Venga, Pozzi, cuéntaselo! ¡Eres tú la que quieres ayudarlo!

Más que nunca obsesionado por la idea de resolver los misterios acerca de los orígenes de Noah, deseando devolverlo a su mamá y retomar mi vida de antes, me puse cómodo en el sofá y presté atención.

Maria se había mudado a la pensión Lili cuando entró en la universidad, de eso hacía nueve años. Era una inquilina modélica, decía hola y adiós, y pagaba siempre con puntualidad. Regresaba pronto por la noche, estudiaba hasta tarde, hacía sus oraciones. Rubia, joven, a veces seria, sus escasos pero largos silencios traicionaban una intensa vida interior que anotaba, detallaba y ordenaba en sus cuadernos, decenas y decenas de cuadernos de espiral a los que confiaba sus grandes alegrías y sus pequeñas penas. Se compraba ropa que le quedaba estrecha, prometiéndose que se la pondría más adelante, cuando hubiera perdido algunos kilos. De vez en cuando colgaba encima de su cama una fotografía o un cuadro que había negociado con algún artista joven. Eran los únicos caprichos estéticos que se permitía. En cuanto tenía la impresión de no apreciar el cuadro, es decir, cuando se había acostumbrado a su belleza, lo descolgaba, se lo daba a las caseras y buscaba nuevas obras.

Pozzinina y Lucinda supieron sin lugar a dudas qué tipo de mujer era el día que entró en el vestíbulo con un perrito mestizo herido entre los brazos.

—Era un cachorro de tres patas. Le hizo un pequeño arnés unido a una vara montada sobre ruedas. Lo llamaba Gatsby. Porque, según ella, era «maravilloso» —me explicó Pozzinina haciendo una mueca (no habría leído el

libro).

Yo seguía su relato con atención, aunque con el estómago al borde de los labios. Me habría gustado echar a correr hasta el cuarto de baño para vomitar, pero mi alma me gritaba que escuchara de principio a fin cuanto allí iba a contarse.

—Maria tenía una amiga de la infancia, Elisabetta Lustel —prosiguió Pozzinina—. La alojamos durante un tiempo... Cuando tenía seis años había perdido una mano a causa de un accidente, la pobre. No se la veía reír demasiado, salvo cuando Maria estaba con ella. Hay seres que son milagrosos. Una caricia. Una palabra. Una sonrisa... Y toda vuestra existencia mejora. Maria era así. ¿Verdad, Luci?

Lucinda se revolvió en su silla, incómoda. Bajo su apariencia distante, yo adivinaba un fuego latente bajo las brasas, como todas las personas que no conocen la ternura y que, como no las han querido demasiado, son incapaces de amar.

—Regaló Gatsby a Elisabetta el día de su decimoctavo cumpleaños — retomó Pozinnina—. Eso y una prótesis de mano para la que había organizado una colecta en el barrio y en la universidad. También gastó todos sus ahorros... —Se interrumpió un segundo, cerró los ojos, y evocó el pasado—. ¿Has leído lo que te di ayer?

Rebusqué en mis bolsillos y saqué el artículo para devolvérselo a mi vieja casera. Esta lo releyó, suspiró, se lo pegó contra el corazón, y una sonrisa nostálgica jugueteó en su rostro arrugado como un viejo pañuelo de seda rojo que alguien hubiera olvidado en el fondo de un cajón.

—Y con eso, tanta compasión como fuerza de carácter... —murmuró agitando el papel—. Tenía el aire de una inocente burguesita inglesa, pero ¡seguramente podría haberle roto las rodillas a cualquiera!

—¿Qué pasó después?

—Se fue de viaje a Israel, para llevar a cabo su proyecto de carrera.

—¿Qué proyecto?

—Dios, el sexo y las mujeres... —Separó los brazos, como diciendo: «¡Menudo tema!»—. Maria tuvo un sueño, una noche. Una estatuilla de la Virgen... Estaba convencida de que esa estatuilla tenía un secreto que contarle.

Mi corazón se saltó un latido al evocar la figura antes de ponerse de pronto a trotar a toda velocidad. ¿Se trataba de la misma extraña premonición que yo había tenido en la capilla del hospital?

—Jerusalén, Belén, el monte Gólgota, el jardín de Getsemaní... Se quedó allí casi tres meses. Recibimos noticias tuyas, así que no nos preocupamos.

—¿Conservan esas cartas?

—No. Las tiramos, creo... —Se dio golpecitos en los labios, pensativa—. Aunque... Puede que...

Pozinnina se levantó y fue a descolgar una postal horizontal, amarillenta, clavada en el tablón de corcho de la recepción. Barquitos de pescadores azules. Casas bajas, redondas y blancas, caídas sobre la ciudad como migas de pan. Abajo a la derecha: el puerto de Jaffa, Israel. En el reverso, una bonita letra apretada y vivaracha, medio borrada, llenaba cada centímetro cuadrado. Doblé la postal y me la guardé en un bolsillo. Su contenido iba a necesitar más atención por mi parte de la que podía dedicarle en ese momento. Con la cabeza, indiqué a Pozzinina que continuara su relato.

—Se había ido allí para tres meses. Sin embargo, volvió dos semanas antes, sin avisar. Se quedó con nosotras dos meses, quizá dos y medio, y luego... — A Pozzinina le tembló la voz—. Dejó sus estudios. Su comportamiento cambió. Corrieron rumores...

—¿Qué rumores?

—Se decía que frecuentaba barrios de mala fama de la ciudad, que salía

todas las noches, que participaba en fiestas... particulares.

Pozzinina se santiguó y creí oír «misas negras» filtrarse a través de sus labios. Con esas palabras, un torbellino de emociones violentas y de imágenes incontrolables me asaltaron y calaron profundamente en mí. Como si ese detalle hubiera activado en él un resorte misterioso, el niño gris se levantó, alcanzó el extremo del sofá, pegó las rodillas al mentón y se rodeó con los brazos las delgadas pantorrillas.

—¿Qué hacía Maria en esas fiestas?

Lucinda, con la mandíbula apretada a tal punto que pensé que se le romperían los puentes dentales, con los ojos fijos en la moqueta verde de la entrada, evitaba mi mirada. Al instante tuve la convicción de que conocía la verdad y me la ocultaba.

—¿Lucinda? —dije con voz tímida.

Me ignoró y se dirigió en su silla de ruedas hasta el mostrador de formica, de donde regresó con una compresa que aplastó de un manotazo contra mi frente ardiente.

—¡Toma, ocúpate de eso, Antonia, estás manchando! —gruñó.

Me chafó un coágulo aún frágil y lo reventó. Un hilo de sangre se deslizó entre mis ojos, un relámpago de dolor me recorrió el cráneo.

—No lo sabemos —retomó Pozzinina con dulzura para compensar la brutalidad de su amiga—. En cambio, iba todas las noches... Encontrábamos entradas en la moqueta de su habitación. Cuatro meses después de su regreso, desapareció de la noche a la mañana, dejando su habitación tal como la has encontrado.

Pozzinina se puso detrás de mí y me colocó sobre los hombros un grueso jersey marrón. Sin la chaqueta de Aristide me sentía desnudo.

—Quédatelo —dijo—. Tenemos más.

—Gracias —respondí, sorprendido por su amabilidad.

—Hemos estado siete años sin noticias.

—¿Siete años? ¿Y han conservado la habitación como estaba? —pregunté extrañado.

—*Bambino*, si alquilas la habitación de un desaparecido, este pierde el camino de regreso y no vuelve nunca. De todas formas, no hemos tenido muchos clientes... Hemos recuperado un poco de dinero con los cuadros y las fotografías que Maria no dejó. Los años pasaron. De vez en cuando pensábamos en ella. La echábamos de menos. Para que el amor crezca hay que sembrarlo, y Maria siempre tuvo paciencia de jardinero con nosotras. Éramos un poco como sus tías, sus queridas... Lucinda temía que se hubiera ahogado accidentalmente. Una copa de más y ¡plof!, al fondo del Tíber. Yo apostaba por la trata de blancas... Estás en unos grandes almacenes, entras en un probador y, ¡chas!, ¡te raptan y terminas en un burdel en las Antillas debajo del rey de las Indias y todo su séquito! Así que hazte una idea de nuestra felicidad al verla llegar de repente hace dos semanas. Estaba donde tú ahora, con su pequeño vestido beige por encima de las rodillas ¡y unas ojeras que casi le bajaban hasta ellas! Qué bien que estuviera con vida. ¡Qué bien!

—¿Qué quería?

—Besarnos y luego deshacerse de algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Ropa, apuntes, trastos... —enumeró ella—. ¡Incluso su proyecto de carrera!

—¿El de las mujeres y los monoteísmos?

—Sí. Quería librarse de todos sus escritos, salvo de su diario íntimo, en el que contaba su vida de estudiante aquí, con nosotras, y relataba su viaje a Jerusalén. Maria apuntaba todo en un cuaderno de espiral azul. Amontonó en el patio todo lo demás. Vertió una botella de alcohol por encima y le prendió fuego. ¡Sus ojos brillaban de rabia! ¡Una ira del diablo! Quería tirar también

su Biblia y su Virgen... —Las dos ancianas se santiguaron—. Pero las recuperamos.

—¿Qué Virgen?

—La de su habitación. La de su sueño...

Pozzinina levantó su gran cuerpo y fue a buscarme un pequeño icono de escayola manchado de hollín, disimulado en el bar de la recepción. Lo puse en el suelo en estado de shock. ¡Era la réplica exacta de la pequeña Virgen de la capilla del hospital!

—Maria se golpeaba el pecho gimiendo, bramaba que la religión era una tontería. «¡Una enfermedad de los ojos y ya nunca más estaré enferma!» Sin embargo, lloraba mucho mientras gritaba eso, a pesar de que estaba lejos de tener los ojos curados... «Os lo prometo, realmente he hecho todo lo que he podido, pero no lo he conseguido.» Luego golpeó las paredes antes de desmoronarse exhausta con los puños ensangrentados, farfullando sin parar que Dios la había abandonado, hablándonos de su hijo...

Sentí que me sumergía en una pena profunda, viscosa. Querer encontrar a la mamá de Noah y devolverle el fantasma de su pequeño era una misión legítima, pero... ¿Lo era adentrarme tan hondamente en su universo? ¿Remover su pasado a palazos? Me gustaba levantar las piedras y mirar debajo; sin embargo, una parte de mí rechazaba saber más, me empujaba a tener más reservas y mostrar más respeto.

—¿Cuándo se fue? —pregunté a pesar de todo.

—Tres días antes de que llegaras.

Recordé la advertencia que había pasado por debajo de mi puerta aquel hombre espantoso que parecía conocerla y no querer que la encontrara. ¿Y si Maria estaba en peligro? Noah, a mi lado, parecía tirar de mi manga para que formulara la única pregunta que le interesaba.

—¿Dónde...?

—No lo sé. —Pozzi, que leía mis pensamientos con la facilidad de una madre, había avanzado la respuesta—. ¡Encuentra a Elisabetta! Eran como hermanas. Trabaja en... en... —La anciana sacó la lengua, la arrinconó en la comisura, metió una mano en su delantal y rebuscó—. ¿Dónde he puesto mis cosas?

Encontró un bolígrafo y luego un cuaderno Moleskine sobre el que garabateó una dirección.

—¡Oh! ¡Ya verás dónde trabaja! ¡No te arruinaré la sorpresa! Estoy segura de que Elisabetta sabe más que nosotras. Pero tengo... —Hizo una pausa, tragó saliva con dificultad—. Tengo miedo de lo que descubrirás...

En el hospital 27 días antes del Desgarro

Jo' entra. Los ojos de No' están febriles. Enrojecidos, arrugados; tiene el aspecto de un perrillo herido.

—Han puesto a Romain en la habitación número treinta y tres —dice con un estremecimiento.

—¿Y...?

—Los otros dicen que los niños a los que se llevan allí no vuelven nunca.

—¿Qué otros? No hay que creer todo lo que...

—Ismaël, Louise y Arthur —lo ataja No' mordiéndose el labio inferior—. Me lo han dicho.

—Ismaël, Louise y Arthur son mayores. Deberían contar hasta diez antes de decir... ¡tonterías! La treinta y tres es solo una habitación. No te preocupes, te aseguro que...

—Entonces ¿por qué no vuelven los niños, eh? ¿Por qué?

—Yo...

—¿Qué pasa cuando morimos, Jo'?

La mente del joven se tensa.

—¿Cuando morimos? Pues... Pues... Cuando yo tenía tu edad mi abuelo me contó que aparecemos detrás de la gente a la que hemos querido y que nos ha querido.

El niño se vuelve. Hacia la pared, blanca, en la que hay colgado un

pequeño reloj digital.

—¿Justo detrás?

—No. Sí... Bueno, no al principio, según me contó mi abuelo. Al principio aparecemos delante, a los lados, por todas partes. Luego el tiempo pasa y nos curamos. Así que los muertos se quedan detrás.

—¿Siempre?

—¡No! Si vas solo por la calle a las seis de la mañana, sin que nadie te vea, después de haber bebido un montón de zumo para adultos, puedes elevarte en el aire y, ¡chas!, bailar con ellos —bromea Jo' con las manos pegadas al cuerpo y acto seguido separadas para imitar a un pájaro.

—¿Así? —pregunta No' imitándolo.

—Así. Basta con quererlo y dar un paso al lado.

—¿Y mi abuelita Anna? Mamá dice que la abuelita Anna era una heroína y que salvó a una niña de mi edad hace mucho tiempo. Ahora ya no está aquí. ¿Tiene frío?

—Claro que no. No tiene frío, no tiene hambre, no le falta nada y... ella... Tú... ¡Mierda! —La mente de Jo' se embala a una velocidad inversamente proporcional al flujo de sus palabras—. Tú... ¿Sabes por qué?

Noah niega con la cabeza.

—Porque...

Los ojos del chico, dos inmensos signos de interrogación, son como un lugar blanco, vaciado de toda dificultad, de toda tristeza, sin muerte, sin dolor donde solo la imaginación decidirá la suerte de los hombres y la de las ciudades de los hombres y la del mundo de los hombres. Lo que Jo' va a decir debe estar a la altura de las expectativas del niño, de ese lugar inmaculado que son sus ojos. Noah nunca se ha parecido tanto a su madre como en ese instante.

—Si a los muertos no les falta nada, No', es porque todos los objetos que

abandonamos, la ropa, los restos de comida de nuestros platos, todo lo que se tira, todo lo que se quema, todo lo que se pierde... Todo eso aparece al otro lado.

—¿Al otro lado?

—Claro, es así como la gente que hemos amado puede seguir vistiéndose, comiendo, bebiendo y viviendo casi como antes...

—¿También mis juguetes?

—Todos los peluches que has abandonado están ahora en los brazos de tu abuelita Anna.

Silencio. Silencio pesado, incluso.

—¿Qué te gustaría hacer? —pregunta Jo' esperando cambiar de tema.

—¡Bici! ¡Me encantaría montar en bici! —Su cara se descompone—. Pero hace frío —constata—. Me han prohibido salir, «a causa de los glóbulos», ha dicho Crinchon.

—Lo imaginaba. Por eso... ¡he traído esto! —anuncia triunfalmente Jo' a la vez que se saca del bolsillo un tubo de dentífrico—. La mamá de Ismaël regaló tres paquetes de Oreo al personal. La Crinche los ha dejado en la mesa de la sala de guardia. ¿Te apetece?

Pasan las dos horas siguientes raspando, tirando, reemplazando la crema blanca que hay entre las galletas negras por el dentífrico. No' olvida la bici. A decir verdad, incluso olvida que existan bicis.

Al día siguiente, cuando Jo' entra en la habitación ella está allí.

Rubia, un poco delgada, con un físico corriente, unas pecas que le mordisquean las mejillas (como el hijo) y unos ojos evasivos que le dan aspecto de no sentirse en su sitio, de molestar a los demás. Tiene ojeras y un surco vertical en mitad de la frente, cavado por los problemas. Está

envuelta en un gran abrigo de cuero con el cuello de pelo y abraza a No'.

¡Es la madre! La madre está allí... ¡por fin!

Días y días sin visitar a su hijo, y se presenta ahora.

Jo', sintiendo que la ira se apodera de él, se remanga...

Después del Desgarro

Jo' y No'

La tarde siguiente fue tan fantástica, tan increíble, que tardé tiempo en hablar de Maria, por miedo a que me consideraran aún más pirado.

Había decidido darme un día de descanso, tanto para digerir ese flujo de informaciones (me había sumergido en aquellas confidencias como en un pantano frío) como para recuperarme de mi noche loca.

Maria, según me habían revelado mis caseras, tenía sus costumbres. Adoraba la repostería de calidad, el mar, el cine y al Papa. Quise seguir sus huellas: probar el mejor tiramisú de Roma, el de Pompei, en via Albalonga; asistir al relevo de la Guardia Pontificia y luego visitar los antiguos estudios de Cinecittà, donde el fantasma de Visconti rueda con los de algunos actores.

Fuera el cielo tenía un aspecto lechoso, pero ganaba en intensidad a cada uno de nuestros pasos. Pensé en la postal que llevaba en el bolsillo. Me rozaba la pierna y me molestaba como una piedra dentro del zapato. Aún no estaba listo para leerla.

Maria. La historia de Maria. El secreto de Maria. La ira de Maria. Pensaba en ella e, invariablemente, los ojos de oro de Manon, su pequeña nariz respingona y su boca carnosa se superponían a la cara de la Maria. Imaginaba a Manon hospitalizada por «fobia de impulsión». La visualizaba como una joven mamá negando que se arrepintiera de haber dado a luz a Noah porque admitirlo significaba transgredir una norma social bien establecida, la que

pretende que las madres no se arrepientan nunca y prefieran pronunciar frases como: «Jamás habría pensado que sería tan duro» o «Te cambia la vida...».

Cansado de caminar e impaciente por entrar en calor, decidí coger una bicicleta. Alquilé una muy buena y muy de mañana, y pedaleé a fondo por las siete colinas, con el crío sobre el portaequipaje, con la cabeza hacia atrás, la cara entera hacia el cielo. A cada pedalada el niño gris perdía pequeños fardos de sol que caían sobre el suelo como semillas. No pesaba nada, o muy poco. Veintiún gramos, como mucho. Deshilachados de luz, descendimos la via della Correiliazione y llegamos a la playa de Ostia siguiendo el rastro de su mamá. Dejé la bicicleta recostada sobre la arena. El espectáculo era impresionante. Por todos lados el flujo, el reflujó del mar; por todos lados colinas elevándose, plegándose, cayendo; por todos lados el cielo; por todos lados cangrejos y su aspecto de arañas con armadura; por todos lados el niño jugando con las conchas y haciendo ruido de campanillas. De pequeño me habían asustado: las caracolas eran los huesos de los marineros ahogados. «¡Un marinero menos, tres bígaros más, Jo'!», me advertía Aristide.

Por supuesto, no hablé de esqueletos al niño. Los críos necesitan soñar y, como proclamaba mi abuelo, «en la vida, Jo', hay que saber elegir las mentiras». Me lancé a correr hacia la orilla, libre, ligero, con los brazos muy abiertos, hasta perder el aliento, en un movimiento de abandono feliz. El viento, el frío, la espuma del agua; me sentía vivo. El niño gris seguía mi huida, pero sin darse prisa, chapoteando con los pies en la baba marina. Más arriba, sobre la arena seca, el sol estaba cubierto de envoltorios de helados. Alcanzamos el extremo de un espigón donde un pescador sostenía con laxitud su caña. Un pez daba vueltas en el agua azul alrededor del anzuelo...

—Noah, si yo fuera el pez no haría eso.

El pez era un pez, así que mordió el cebo. Y el pescador, que era pescador, lo sacó del mar con un grito de alegría. Y yo, que soy glotón, me instalé al

momento siguiente en la terraza de un restaurante para devorar *conchiglioni* rellenos de anchoas acompañados de filetes de salmónete salteados al pesto con hinojo.

Por fin me sentí preparado para leer la gran postal que Maria había enviado a Pozzinina y Lucinda desde Jerusalén, durante su viaje de estudios, poco tiempo antes de que su vida se desmoronara, se quebrara, se descompusiera en mil pedazos. La saqué de mi bolsillo. La letra era minúscula, apretada. Maria desbordaba palabras, no conseguía elegir las.

Mis niñas queridas:

Después de un despegue movidito y un comandante obtuso y de vocabulario limitado, mi avión voló y llegué bien. Todo va de maravilla y todo es bonito. Visito Jerusalén en buena compañía, tomo apuntes y avanzo en mi proyecto de estudios. Esta mañana, puerto de Jaffa. Observé a los marineros partir y luego regresar en la noche cálida. ¡Qué emoción, mis niñas queridas, cuando los marineros vuelven! ¡Todos esos músculos moviéndose, qué belleza! ¡Cómo me habría gustado que vierais todo eso! Las bodegas de sus barcos estaban repletas de tesoros escamosos y brillantes; los pescadores gritaban muy fuerte, muy alegres, muchas cosas, a mucha gente. Lanzaban sus redes, goteaban, los colores de la pesca eran como mis emociones: poderosos. Olía bien el mar, los secretos huidos del océano llevados a la luz del mundo de los hombres, hombres que levantaban cajas, golpeaban la

madera contra la madera, tensaban y destensaban cabestrantes, se interrumpían a pleno pulmón. ¡Esa gente estaba tan viva...! ¡La suya era una vida hermosa y antigua, mecánica y fácil!

Un pescador me propuso acercarme y participar. ¡En menos de un minuto, una captura! La suerte del principiante. El pobre pez saltaba en el suelo, se asfixiaba. Entre dos branquias, un suspiro. ¡Sin embargo, entre dos suspiros de una sola branquia, no vais a creerme, mis niñas queridas, me pareció ver un bosque de cerezos en flor!

La naturaleza es misteriosa, mis niñas queridas, incluso el corazón de una ballena es tan grande que un adulto podría nadar dentro... Sin embargo, nadie lo hace, mis niñas queridas, nadie.

Habría esperado diecinueve años, pero no hacía falta: nunca he experimentado tanto la presencia de Dios, adivinado a Dios o sentido su aliento como aquí. Como, deambulo, descubro, río, amo, me cultivo, duermo. Tengo la certeza de ser amada y soy más feliz que nunca. Todas las vidas deberían ser así: libres, puras y sin sufrimiento. Creo que podría respirar solamente cuando quiera y no cuando deba. ¿Quién puede alardear de haber conocido esto con solo diecinueve años? ¡Lucinda, un día te llevaré de fiesta al Shoshan Bar, el bar más valiente del mundo! ¡Nunca más te sentirás triste! ¡Dozza, no te preocupes, que solté el pez! ¡Siempre habría que soltar los peces!

¡Pero no penséis que no os echo de menos! ¡Os añoro mucho! Y

también el calor del comedor, el gusto azucarado del licor de limón y la salsa delicadamente dulce que sueltan las espinacas cuando aplasto con el tenedor la pasta crujiente de una deliciosa torta Pasqualina recién sacada del horno... ¡Este amor que recibo aquí os lo llevaré entero, prometido!

Vuestra Maria +++

PD: Creo que Elisabetta está enfadada. No tengo noticias suyas y eso me entristece. Recientemente ha pasado algo en mi vida. Algo maravilloso, inesperado, grande. Un cambio luminoso. Si tengo fuerzas, si encuentro el coraje, os hablaré de ello a mi vuelta, y espero que no me juzguéis con demasiada severidad.

Volví a doblar la postal con dificultad. Mis dedos eran tan pesados como el plomo. La mamá de Noah... La tenía allí, justo entre las manos. Pensé en Maria, en Manon, en mis hermanas, en mi madre, y olvidé lo que quería encontrar y de quién o de qué quería huir. «¿Qué puñetas hago aquí?», me amonesté en voz baja. De repente el salmonete de mi plato me pareció el salmonete más especial del mundo. Ese pescado había invertido ocho años. Ochos años y varios océanos le había costado ir de esa postal al extremo de mi tenedor. Levanté la cabeza. Arriba el índigo del cielo se manchaba de signos de interrogación y de gaviotas con alas tan abiertas que habríamos jurado que veíamos cruces blancas. Bailaban. Sus pechos bailaban.

—¡Eh, Noah! Todo esto es muy bonito, ¿a que sí? ¡No habría que morir!

De repente me entraron ganas de irme de viaje. Me acordé de que ya estaba de viaje. Los aviones que pasaban por el cielo, Italia —ese continente que el mar continúa—, la vida que va, las mujeres que buscamos, las madres que ya no quieren a sus hijos, el misterio de las madres, el mundo en sí, todo eso, nada basta. El absoluto está bien en poca cantidad. Pero finalmente siempre falta algo.

(¿Adónde se va la esperanza cuando se va, tú lo sabes?)

Al final de la tarde volvió a sangrarme la frente. Pedí un cigarrillo sin filtro a un estadounidense, y el niño gris y yo deambulamos por la via delle Quinquerimi. Dejé el pitillo en un banco, en una plaza, y mientras se consumía me puse a pensar. Sonidos, imágenes, emociones me atravesaban. Me hacía una idea en bruto de lo que habría querido si yo fuera el chico. Cuando la última ceniza cayó, el cigarrillo Gitane reapareció, intacto, en la boca de No'. Le dio tres caladas, tosió cuatro veces.

—Es asqueroso, ¿eh, Noah?

Desde el Pincio no dejaba de pronunciar su nombre. Asintió con la cabeza: realmente era un asco. Solté una carcajada seca, satisfecho.

—¡Noah, Noah, Noah...!

Quizá yo estaba loco; sin embargo, estaba encantado de que él viviera eso. El primer pitillo es inolvidable.

Animado por la experiencia, compré en una enoteca un *frascati superiore*, un vino del Lacio muy caro. Me senté en una acera y vacié la botella en la alcantarilla. El crío revolvió los ojos, cada vez más rápido, cada vez más vidriosos.

—¡Quiero que te lo bebas todo!

Cuando me levanté me siguió tambaleándose borracho como tendría que

haberlo estado, algún día, más tarde, cuando hubiera envejecido.

Me conmovió. Llegué a una tienda de delicatessen, y salí de ella con una cesta a rebosar. Lengua de ternera, asaduras diversas, *trippa alla romana*... Incluso conseguí encontrar Casu Marzu, un queso sardo cuya particularidad es ¡estar literalmente infestado de larvas vivas de mosca!

Orgulloso de mis descubrimientos, me aislé en una callejuela. Allí eché a perder conscientemente los alimentos tirándolos al suelo.

—¡Quiero que comas de todo, Noah, quizá nunca volvamos a Roma!

La barriga se le abultó a medida que la alcantarilla se llenaba. Saciado y satisfecho. Algo era algo...

El único regalo que no podía ofrecerle era su primera noche con una mujer, porque no sabía cómo hacerlo o era demasiado complicado, y de todas formas No' era aún pequeño. Ese momento, el del encuentro con el cuerpo de la Otra, sería siempre su asignatura pendiente.

A las 20.31 en via San Giovanni in Laterano, la rueda delantera de mi bicicleta dejó escapar un quejido agudo y se desinfló bajo mi peso. Me volví en busca de un culpable, un clavo, por ejemplo, y vi a No'. Me seguía haciendo rodar un neumático con los dedos, cada vez más rápido, con cortos y ágiles movimientos de la muñeca como hacen los chavales durante el recreo al jugar con los aros.

«Es inútil que intente reparar la rueda —me dije—. Si el chico está jugando con ella es que está realmente muerta.»

De vuelta a la pensión fui a la encantadora pequeña estancia que servía de comedor. Había jamones colgando del techo junto con ristras de ajos. Todo era marrón, verde, de los colores de la madera o de la tierra, y la decoración evocaba sin poder evitarlo al papel maché. Allí, en medio de un ambiente de

cine, me esperaba un rico olor a sopa de cebolla: Pozzinina había cocinado durante todo el día (y la noche también, ya que, según decía, el olor de las persianas pintadas le impedía conciliar el sueño). Mientras Lucinda se quedaba apartada, su amiga mariposeaba a mi alrededor arrullándome con palabras cariñosas, cambiando de tema todo el tiempo, asegurándome que los obreros terminarían el trabajo en breve, jurando que la *coppa* era fresca y que debía comérmela entera porque «las barrigas son como la naturaleza: le tienen pánico al vacío». Eso me hizo sonreír: mi viejo Aristide decía lo mismo.

Con la cara llena de *cornetto* de crema, fui a acostarme temprano. Por la tarde había conseguido hacerme con una lamparita que parecía una vulgar manivela de puerta, pero que en su interior, de plexiglás, ocultaba una bombilla. Al enchufarla el agujero de la cerradura se iluminaba y los bordes se aureolaban con diodos multicolores. Daba la impresión, así, de que el enchufe abría la puerta secreta de un palacio inmenso como el paraíso o vete a saber. Realmente era muy bonito.

Aplasté la bombilla de la manivela a taconazos.

Era para el chico: antes, en el hospital, tenía miedo de la oscuridad. Ahora que yo sabía cómo funcionaban las cosas, lo que rompía/mataba/tiraba era al niño gris; solo yo decidía si mimarlo o no. De hecho fue la última foto que tomé ese día: si se la inclina ligeramente de lado, puede distinguirse al chico, agachado en medio de la habitación, aureolado con la luz anaranjada de la bombilla rota.

Me eché en la cama y encontré un papel doblado en cuatro debajo de la almohada. La misma letra cortada y torpe de la vez anterior, salvo que el papel estaba manchado con sangre muy roja. Reciente.



Última advertencia: vuelve a tu casa ahora o todo habrá acabado para ti.

«¡Mira —me dije—, la KGB ha vuelto!»

Era demasiado tarde para dar marcha atrás. Tenía el corazón desbocado, y no solo a causa del miedo, sino también porque estaba excitado. Acababa de formular una pregunta a No' que, quizá, iba a proporcionarme una respuesta antes de lo que pensaba.

—¿Qué hay después, No'? ¿Qué hay?

En el hospital

26 días antes del Desgarro

El joven siente que su ira crece. Se remanga, sopesa sus palabras. «Piensa lo que vas a decir, Jo'. Piénsalo bien.»

Después entra.

Un aroma a albaricoque flota en la habitación, donde todo parece recubierto de una sutil a la par que deslumbrante capa de luz amarilla. Aunque la madre y su hijo se pasaran el sol de mano en mano, se frotaran los dedos como si fueran piedras de sílex e invocaran el verano así, ¿no conseguirían bañar con más luz la habitación!

Jo' ausculta en silencio los pulmones del niño mientras la mujer lo sostiene por delante, con el rostro oculto en su pelo. Tiene los ojos cerrados, la boca entreabierta; parece adormilada, ebria del olor del niño, del contacto del niño, del calor del niño. «¿Es posible comerse a alguien por amor?», se pregunta Jo' mientras los observa. El niño le parece tan minúsculo, tan ligero, tan... irreal. Podría sostenerlo de pie en sus manos sin cansarse.

—Vamos a acabar con esta maldita enfermedad... ¡Se defiende bien! — dice la mujer con un tono ligero, como habría pronunciado las palabras «corazón», «petunia» o «nube rechoncha», antes de hundir de nuevo la cara en los rizos rubios de su hijo.

Ella lo olería, lo limpiaría a lengüetazos como hacen las gatas o le

masticaría la carne si eso animara a sus glóbulos a sanar.

«No lo quiere, solo disimula», se persuade Jo' imaginándola como a una niña que juega con su muñeca.

¿Cómo va a adivinar que durante años esa mujer se sintió mortificada por no ser la madre que sus colegas, sus escasos amigos, Dios, los anuncios de pañales, de toallitas, de pomadas contra las irritaciones, resumiendo, por no ser la madre que la sociedad entera quería que fuera? ¿Que durante años ella se reprochó no ser paciente todo el tiempo y estar, todo el tiempo, sonriente? ¿Cómo va a sospecharlo Jo'? La mujer que tiene delante al principio se sintió sola en la maternidad, se sintió olvidada en ese papel idealizado que solo había sobrellevado a duras penas. Las noches en blanco, las tomas de pecho, la calma por fin, luego los dientes, y con los dientes, las fiebres y las noches en blanco de nuevo.

Por aquel entonces Maria se topaba con fotos de ella un año antes, en Roma, durante su viaje de estudios a Jerusalén: había cogido las fotos entre sus manos, cogido ese rostro, su rostro, pero no reconocía a esa chica risueña, esa estudiante libre e imperfecta. Con el recién nacido se había exigido a ella misma pensamientos perfectos, sentimientos perfectos, actos perfectos. Que su casa, su despacho, su trabajo fueran perfectos. Que el verbo «amar» fuera conjugado perfectamente. Después del fiasco de la terapia de grupo, Maria no se había atrevido a abrirse a nadie: temía ser prejuzgada, luego juzgada, sentía un miedo irracional a que le quitaran el derecho de ser madre. Le habían hecho falta siete años y la hospitalización de su hijo para explotar y plasmar su experiencia sobre el papel.

¿Cómo iba a saberlo Jo'? Él creía que estaba en posesión de la verdad: un niño está enfermo y su madre lo abandona, punto; pero, mira por dónde, ahora tiene delante a dos seres humanos que ríen, se revuelcan en la felicidad de un tiempo immaculado, vacío de toda alteridad, un lugar

perpetuado, de la madre al hijo y del hijo a la madre, un lugar que solo les pertenece a ellos. Sin duda esas risotadas nacen como los amaneceres más memorables: de las noches más oscuras. El niño perdona demasiado fácilmente a la madre sus ausencias.

—¿Quién es tu mejor amiga? —pregunta ella y levanta una mano que No' choca entre carcajadas.

Pero ¡con qué ligereza habla! Jo' va a decirle lo que piensa de su comportamiento. ¡Por supuesto que va a decírselo!

Después del Desgarro

La historia de Maria

Cuando pienso en la señorita Elisabetta Lustel lo primero que veo de ella es, en este orden, su collar de perlas rosas, su largo cuerpo de jirafa, la alegría límpida de su sonrisa y su rosario de madera de olivo. Debía de tener veinticinco o veintiséis años, dos o tres menos que la madre de Noah, y poseía cierta nobleza en el porte. Una piel muy blanca, también, de porcelana de Saxe. Era la conservadora más joven de los Museos Vaticanos.

—Bienvenido. Póngase cómodo mientras preparo unos cafés. Pozzi y Lucinda me avisaron de su llegada —dijo Elisabetta en cuanto entré en su despacho, una espaciosa estancia en cuyo centro había una larga mesa blanca y cuatro sillas. Las paredes estaban recubiertas de armarios con libros, y varias plantas en macetas aportaban un toque de color a la habitación.

Hubo un minuto de silencio, solamente interrumpido por el runrún de la cafetera. Como para dar a nuestra amistad naciente una vuelta de tuerca suplementaria, Elisabetta atacó con la pregunta más íntima del mundo, con el índice apuntando hacia la lámpara del techo.

—¿Cree en Él?

—¿En el electricista? —balbuceé mirando su dedo.

Esbozó una sonrisa. Con dificultad.

—En el electricista, no, en su jefe. Dios.

Señaló el cielo a través de la ventana. Fuera, en la plaza de San Pedro, un

grupo de chinos compraba torres de Pisa de escayola. Recuerdos. Recuerdos fabricados en China. Al pensar en ese engaño, sentí un pellizco en el estómago. Más arriba, mi mente giraba a toda velocidad. Yo creía en la vida extraterrestre, también en la vida interior... Pero ¿en Dios?

—En la Biblia se dice que Dios creó el mundo y vio que era bueno — señalé—. Así que..., bien, me pregunto... ¿por qué se fue todo a la porra después?

Su cara reflejó una sutil condescendencia, luego se cerró como una ostra. Me sirvió una taza de café. Le di las gracias. Yo aborrecía el café tanto como el catecismo.

—Sepa que Dios lo era todo para Maria. Todo. Era una niña de los servicios sociales, del orfanato de Santa Sofía, como yo. A Maria y a mí nos educaron unas hermanas muy... conservadoras. —Tenía una manera peculiar de pronunciar «Maria», como si se tocara una llaga con la punta de la lengua—. Era una joven muy pía. Formal, pero a la vez fantasiosa...

Me atraganté. No era para nada la imagen que tenía de ella. Ausente, desobediente, huidiza, irresponsable, sí, pero ¿fantasiosa?

—Las hermanas nos decían cuándo beber, cuándo comer, cuándo hablar... Nos sentíamos en prisión.. Maria había decidido que nos iríamos del orfanato en cuanto cumpliéramos la mayoría de edad. Cada una por su lado. Yo a Finlandia, para poner en el suelo una rebanada de pan de molde sobre una loncha de queso pecorino. Maria iría al otro lado del mundo, a Nueva Zelanda, con la misma misión, pero sustituyendo el queso por jamón de Parma.

—¿Poner una reba... una rebanada de pan de molde en el suelo? — balbuceé sin entender.

—Sí... —Hizo un círculo con el brazo derecho—. Maria quería hacer el bocadillo más grande y más alto del mundo.

Estallé en risa. Elisabetta suspiró.

—Dos chicas que soñaban con la libertad... Fue ella la que me ayudó a aceptar mi minusvalía, la que me regaló a Gatsby, un perrito al que le faltaba una pata y...

—Sí, sí, lo sé.

A pesar de que mi voz rezumaba respeto, agité las manos como diciendo que no estábamos hablando de eso.

—Más tarde dejamos Santa Sofia y Maria se fue a la pensión Lili. Pasaron tres años, pero nos veíamos todos los días.

Silencio.

—Maria fue más que una mejor amiga para mí —retomó Elisabetta—. Fue una hermana.

—¿Qué cambió?

—Todo.

Vi, detrás de sus gafas de concha, pasar por sus ojos un breve destello de preocupación y de arrepentimiento.

—Empezó un mes de octubre... De la noche a la mañana, ella que no era muy coqueta comenzó a arreglarse, a perfumarse, a llegar tarde. Enseguida caí en la cuenta de que se había enamorado.

—¿De quién?

—Ni idea. Solo supe que era de origen israelí, que la quería hasta morir y que le hacía fotos. Decenas y decenas de fotos. Y pensar que antes nunca habíamos tenido ningún secreto la una con la otra... —susurró Elisabetta y, acto seguido, se bebió de un trago el contenido caliente de su taza como para castigarse de toda esa amargura que tenía.

—¿Qué tipo de fotos?

—Polaroid. El cuerpo de Maria en primer plano. Una rodilla. Un ojo. Una mano. Un tobillo....

—¿Atrevidas?

Su pálida tez se sonrojó.

—¿Le suena que ese hombre tuviera un tatuaje en el hombro o una cicatriz en la cara?

—No. De todas maneras, Maria se negaba a presentármelo. Cuando hablaba de ello estaba... destrozada. Era su primer gran amor, pero libraba un conflicto interior terrible... con su fe.

—¿Porque era judío?

—Imagino, aunque parezca una estupidez. Llegué a preguntarme si no estaría casado. A veces dormíamos juntas, y Maria gemía en sueños, pedía perdón como si hubiera cometido un pecado imperdonable... Él ejercía mucha influencia sobre ella: poco después de que se conocieran, Maria comenzó a defender discursos comprometidos.

—¿Comprometidos?

—Sí. Sobre los derechos de las mujeres.

—Ah.

—Al principio era divertido.

Al ver que yo fruncía el ceño se sintió obligada a explicarse:

—En la pensión Lili había una residente mala como la tiña y ciega como un topo que odiaba a toda la humanidad. A los judíos, a los negros, a los homosexuales, a los masones... La llamábamos la Lechuza.

Se acercó mecánicamente la taza a los labios, se dio cuenta de que estaba vacía, volvió a llenarla y añadió una lágrima de leche. Desde mi llegada, Elisabetta mantenía la mano izquierda en el bolsillo, oculta.

—Un día Maria se hizo con las llaves de la habitación de la Lechuza y entramos. Las paredes estaban recubiertas de fotos de gatitos correteando por el campo. Maria las sustituyó por otras, y ¡la Lechuza vivió hasta el final de sus días en una habitación decorada con rabinos, cuerpos desnudos de piel de ébano, parejas de hombres y mujeres entrelazados!

Elisabetta estalló en risa por primera vez.

—¿Nadie le contó nunca nada?

—¡Qué va, todo el mundo la odiaba! En Navidad añadimos otra foto en la que una pareja de mujeres negras desnudas se... frotaban. Y un rabino gabonés..., ¡en serio!, sostenía en la mano derecha un compás y en la izquierda una escuadra... La colgamos encima de su cama. ¡Era genial! La Lechuza estaba convencida de que se trataba de Trudy, el yorkshire más pequeño del mundo.

Reímos de nuevo. Yo tenía las manos sobre los muslos como si fuera un niño bueno. Noah estaba sobre un taburete en la entrada, inmóvil, cubierto con la bata del color de la mantequilla fresca de un crío hospitalizado que acabara de sufrir una punción de médula. Todo era normal.

—Esa historia de la Lechuza... Tendría que haberme dado cuenta ya de que algo no iba bien en Maria. Que el mal estaba más profundamente arraigado en ella. Estoy convencida de que ese chico le lavaba el cerebro con todo eso de los derechos de las mujeres, la igualdad de sexos, la opresión masculina y lo demás.

Con un gesto amplio y solemne me tendió una carta amarillenta con manchas de café.

—Es de Maria. Habla de su israelí, intenta explicarme sus sentimientos.

Para no hacer un desaire a Elisabetta leyendo la carta, la enrollé y me la guardé en el bolsillo.

—Poco tiempo después se fue de viaje a Israel en pos de ese desconocido y para llevar a cabo un proyecto de estudios: *La invención de las desigualdades hombre-mujer en el cristianismo*. Yo... la ayudé a hacer las maletas. Maria estaba muy emocionada. Pasaron dos meses durante los cuales recibí regularmente noticias de ella. Parecía que todo le iba bien. Y después, de repente, una mañana, nunca la olvidaré, la encontré en mi portal aturdida,

famélica, con la piel cérea, irreconocible. Un pajarillo entre los dientes de un gato. —Hizo una pausa y carraspeó antes de continuar—: Me contó que había vuelto de Tel Aviv de forma apresurada y que había andado sin rumbo toda la noche. Intenté ayudarla como pude, hacer que se desahogara. Pero algo se había roto en ella, fisurado, desgarrado para siempre. Vodka, whisky, tabaco, cocaína, éxtasis... Durante las siguientes semanas bebió, fumó y se metió en las venas todo tipo de drogas. Dos meses más tarde huyó sin dejar rastro. Supe por Lucinda que se había instalado en París.

—¿Le explicó el porqué de su precipitada marcha?

—No. —Elisabetta eludía mi mirada—. Después hubo ese rumor...

—¿Qué rumor?

—Que estaba... que estaba... embarazada.

Acompañó su frase con un nuevo trago largo de café cortado, como para dar cierta coherencia a su relato, o quizá para rasgar el velo que acababa de caer sobre nuestra conversación.

—Sus caseras me dijeron que trabajaba en París, que ayudaba a las mujeres.

—Sí.

Silencio.

—¿Y no sabe dónde podría estar ahora?

—No.

Debí de parecerle inmensamente decepcionado. Jirafa Melancólica se levantó y rodeó su escritorio como un animal majestuoso que busca hacerse un hueco delante de una charca para beber agua. Tenía un cuerpo tan esbelto, tan alargado que yo la imaginaba cambiando casi de huso horario cuando por la mañana se agachaba para ponerse los zapatos. Se sentó a mi lado y clavó su mirada oscura en la mía como se inserta una pequeña semilla negra en la tierra.

—Cuando la encuentre, sálvela. De los otros, de ella misma, de la vida... Sálvela y dígale que aún tiene su sitio aquí y aquí. —Elisabetta se tocó la sien y luego se llevó la mano al corazón—. Tengo una deuda eterna con Maria.

—¿Qué deuda?

La vi triturar un secreto en su cabeza, dudar si confiármelo y, finalmente, decidirse a contármelo sin reservas.

En el hospital

26 días antes del Desgarro

Jo' va a decirle lo que piensa de su comportamiento. ¡Por supuesto que va a decírselo!

—¿Está... está usted... bien?

—Estamos bien. Lo llevamos bien.

—¿Cuenta con... un poco de ayuda?

Jo' va a hablarle. Pedirle que vaya más a menudo. Poner los puntos sobre las íes. El niño abraza a la mujer y la mujer aprieta al niño. ¡Miradla! ¡Qué fácil es venir cuando le conviene! Ya está, Jo' va a enfadarse.

—No cuento con ayuda —dice ella—. Estamos los dos solos, pero somos un equipo. ¿Eh, cariño mío?

Los ojos claros de No' captan toda la luz de la habitación. Ningún niño en el mundo sabe mirar a su madre con ojos razonables. Jo' está a punto de explicárselo a esa... mujer. Casi ha pensado «esa madre», pero se ha contenido.

No es la manera de animar a su hijo enfermo, no. De hecho, ya ha remitido un informe a los servicios sociales.

—Sí, mamá, somos un superequipo.

Puede que ella haya recibido la copia por correo.

El chico da a la madre sus besos de niño. La mujer le da sus besos de mamá. Le da lo que le debía. Sin embargo, Jo' va a decírselo, sí, solo que

ahora los ve y se siente incapaz de nada: casi parece que la madre podría curarlo así, mediante calor humano. «Toma, niño, aquí tienes toda la ternura del mundo. La trasvaso a tu sangre. ¿La sientes? La vierto en tu pequeño cuerpo vacío como se vierten esos vinos calientes en Navidad, los que tienen especias y colores de piedras preciosas.»

¿Acaso los vasos comunicantes de amor existen?

Jo' no lo sabe.

Cuando sale de la habitación y los deja sin haber dicho nada a la madre porque es un joven un poco cobarde, un poco mentiroso, el único recuerdo que le queda es él plantado en mitad del corredor con vidrieras como un bambú en una maceta. ¡Le parece tan oscura esa galería...!

—¡Pues claro! —exclama—. Estamos en invierno.

Después del Desgarro

La historia de Maria

Elisabetta abrió un cajón y sacó de debajo de un paquete de folios una vieja jirafa de plástico, de las que suenan cuando se las aprieta.

—Cuando tenía seis años caí de un andén del metro por querer coger este juguete. Una mujer saltó sin pensárselo a las vías, me elevó por los hombros con todas sus fuerzas y me lanzó a los pasajeros que alargaban sus brazos, justo antes de que el tren la arrollara y me aplastara la mano izquierda...

Se interrumpió un minuto. Jo' abrió la boca, pero Elisabetta le indicó con un gesto que la dejara terminar. Cuando retomó su relato, su voz temblaba, insegura.

—Recuerdo el instante preciso en el que nuestros dedos se unieron con fuerza. Luego se soltaron justo cuando el primer vagón llegó. Recuerdo que aquella mujer cerró los ojos. Incluso esbozó una sonrisa para que no me preocupara. Al final sonrió. Frente al tren... No lo entiendo.

Por supuesto que no lo entendía.

—Así, mire.

Los labios de Elisabetta se estiraron y su semblante se me antojó sereno e inquebrantable. Desde aquella mañana, sobre aquel andén de metro, se convirtió en su sonrisa para toda la vida.

—Yo habría gritado en su lugar. De hecho, grité.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Odiaba la melancolía y odiaba que me

cogiera por sorpresa.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Para que entienda la naturaleza profunda de la mujer que busca: Maria no es una persona cualquiera, no, no lo es...

—Perdóneme, pero no veo qué relación guarda con esa pobre mujer del metro.

—Esa pobre mujer, la que sonrió al final y que me legó esa sonrisa, se llamaba Anna Tulith. Su hija estaba con ella ese día y lo presencié todo. Sin embargo, eso nunca le impidió ni convertirse en mi amiga ni... perdonarme. Creo que Maria creció con la idea de que las madres son heroínas y deben sacrificarse por sus hijos.

Casi me ahogo. Yo había conocido madres valientes. Ninguna de ellas habría dejado a su hijo solo en el hospital. Busqué al chico con la mirada. Había abandonado el taburete y jugaba con los ojos vendados. Creo que a la gallinita ciega. ¿A quién intentaba atrapar? De repente la habitación me pareció bastante oscura e invadida por los fantasmas. «Este chico está demasiado pálido —pensé—, demasiado silencioso. Debería comer un filete, un tartar, mollejas. Está demasiado ausente. A este chaval le falta sangre. A este chaval le falta todo.»

—Su bebé —retomé Elisabetta sacándome de golpe de mis pensamientos—. ¿Lo conoció de verdad? Sus caseras me han dicho que usted lo cuidó.

Una palidez fría, mezclada con fiebre, se adueñó de mi frente.

—No —dije con la voz rota—. Si realmente lo hubiera cuidado, ahora no estaría aquí.

Silencio. Miré mi reloj con cara de circunstancias para apresurar mi marcha, pero Elisabetta me indicó con un gesto que esperara un segundo.

Se sacó la mano del bolsillo y vi la prótesis de color carne unida a su muñeca. Poleas pequeñas, guías, articulaciones metálicas. No era una mano,

era un piano.

—Pozzinina me contó lo que pasó en esa habitación de hospital...

Me puse a temblar de los pies a la cabeza y afiancé los pies el suelo. «Aférrate al mundo sensible, Jo' —me dije—. Respira hondo...»

Elisabetta me dirigió una mirada consoladora y la sorprendí tuteándome.

—¿Sabes? Me habría gustado ser música. No pudo ser. Sin embargo, no echo la culpa a nadie. Lo he... aceptado.

Oí un ¡cloc!, y la vi desbloquear la prótesis y luego ponerla sobre la mesa de trabajo.

—¿Quieres tocarla? Si quieres, puedes.

Rechacé educadamente el ofrecimiento. Elisabetta se inclinó hacia delante, tanto que creí ver, ver de verdad, quiero decir, el tren de sus recuerdos chocar contra ella.

El silencio entre nosotros era opresivo. Levanté la mirada hacia No' para solicitar su opinión sobre esas extrañas colisiones de humanidades que llamamos «encuentros». Cansado de atrapar sombras, el chico se había sentado con las piernas cruzadas sobre la mesa blanca, frente a una pared blanca, con los codos hincados en los muslos y el mentón en las palmas. Delante de él, la pequeña jirafa de plástico lo miraba. Impresión viva de un extraño diálogo entre ambos.

—Perdóneme, Elisabetta, pero... ¿le importaría si... hago una foto antes de irme?

—No, hazla.

Se lo agradecí.

—Por cierto... —dije sacando mi cámara de fotos y enfocando al niño—. Hace un momento me ha dicho que Maria tenía pesadillas por la noche. ¿Llegó a pronunciar el nombre de aquel hombre? Me refiero al israelí.

—Sí. Ella lo repetía constantemente.

—¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba Noah.



Tuve que deambular durante horas por los pasillos de los Museos Vaticanos para poner mis ideas en orden.

¿Quién era ese Noah? ¿Por qué Maria Tulith se sentía culpable de esa relación? ¿Qué pasó en Jerusalén? ¿Y dónde estaba él? ¿Sabía que había sido padre? ¿Que su hijo llevaba su nombre? De ser así, ¿por qué los había abandonado?

Tenía pájaros en la cabeza. Un millar de pájaros con cuchillas en lugar de plumas. Y tatuados con cicatrices. ¿Quién había deslizado bajo mi puerta aquellas notas amenazadoras? Mi cabeza era una pajarera donde miles de alas revoloteaban. Esas preguntas me ofuscaban de tal modo que apenas veía las

esculturas. (La verdad es que no veía el sentido del arte en general.) Oí un ruido a mi espalda. No'. ¡Qué divertido y guapo era! Su madre tendría que haber estado allí para verlo... Su pequeño llevaba un traje de canguro (un traje de verdad, no los harapos de color naranja que yo le había cosido en el hospital). Por primera vez desde que lo conocía dio varios saltos y después hizo una voltereta arriesgada. Sus diminutos pies describieron en el aire la curva graciosa del chorro de una fuente al caer y aterrizó sobre una estatua de santa Lucía con los muslos alrededor de su nuca. Luego formó con sus guantes de marsupial dos círculos que puso sobre los ojos de la santa.

—¡Oh, mira, No', le has puesto gafas!

Nunca supe si santa Lucía, que veía por primera vez desde hacía dos mil años, se sorprendió al descubrir a todos aquellos turistas que iban a observarla.

Sentía la carta en mi bolsillo, la carta que Maria había escrito a Elisabetta. La sentía como un regalo que quemaba o podía quemar.

Me habría gustado que santa Lucía dijera al niño que sentía lo que le había pasado y le guiñara un ojo. Habría querido que santa Lucía nos hablara de Maria Tulith: «Vi a tu mamá deambular por los pasillos durante horas, tomando notas, admirando el genio humano bajo todas sus formas, soñando, soñadora, enamorada...».

Sentí un escalofrío.

Me saqué la carta del bolsillo y, con dedos temblorosos, la abrí.

En el hospital

26 días antes del Desgarro

A menudo van pintores: jungla, animales fantásticos, viajes y expediciones lunares, castillos y dragones, todo sirve para alejar el espectro del hospital de la mente de los niños. Contarles historias en las que el bien triunfa sobre el mal y donde la enfermedad es una sucesión de pruebas que afrontar. Pero es una mentira, piensa Jo', un engaño, una mistificación consentida por todos para dormir el miedo, asfixiarlo.

Por la tarde Jo' ve a la madre de Noah ir a dar las gracias y después marcharse sin mirar atrás. El niño lloriquea desde el vano de su puerta.

Jo' contiene un grito terrible. No puede soportar la imagen de ese crío que llora en mitad del pasillo. ¿De qué sirven las historias ante los llantos de un niño?

—Su madre debería quedarse un poco más, ¿no? —murmura a Crinchon.

La enfermera levanta los brazos y los deja caer. Parece una lavandera. Hay una mancha enorme, la ausencia de una madre, y Crinchon no consigue que desaparezca ni frotando.

—Es lo que dice siempre. Ella llama por teléfono, se excusa, pero nunca se queda. ¡Residuo de retrete, rata ramera! —concluye, y se tapa la boca con ambas manos—. Lo siento...

—¿Trabaja?

—¡Qué va! Llamé a su trabajo: al parecer la señora ha cogido un permiso

sin sueldo desde hace seis meses con el pretexto de que su hijo está muy enfermo.

—¿Qué?

—¡Espera! Lo peor es que cuando llama alega que ha de ser «breve» porque: «... no estoy en Francia y la señal no es buena».

—¿Estás diciéndome que...?

La enfermera asiente varias veces con la cabeza. Jo' golpea la pared con el puño y el dolor se irradia hasta el codo.

—¡Es repugnante! Se pira al extranjero y deja al pequeño solo... aquí... en el hospital...

Silencio.

—¿Me avisarás cuando tengas los resultados? —Jo' le da su número particular—. Llámame. Cuando sea.

—Prometido. Deberían estar para la semana que viene.

Jo' se da la vuelta, piensa en el niño, piensa en la muerte, piensa en Manon, en que ella lo engaña con otro, pero eso da igual porque él también la engaña con una chica cualquiera que conoció en una discoteca, pero bueno, no puede hacerle nada; querer a Manon es peligroso, porque después de querer está el casarse y después tener hijos, y después construir una casa, endeudarse, jubilarse y luego morir, y tiene miedo, tiene mucho miedo de morir.

Casi ha llegado a la salida cuando oye a la enfermera gritarle a la espalda:

—¡Jo'! Aún no me lo has dicho: ¿por qué él?

Jo' se vuelve y le sonrío.

Más tarde, ese día, se le pasa una idea por la cabeza, que tal como llega se va: no ha pensado en el padre de Noah ni una sola vez. Como si su ausencia fuera más legítima, más normal que la de la madre, como si no hiciera falta ser dos para concebir un niño, como si la responsabilidad fuera

solo de ella. De hecho, oyó a las chicas en la sala de guardia: «Apuesto lo que quieras a que si el niño está enfermo probablemente es porque su madre no está aquí...». O cuando está es demasiado absorbente, demasiado pegajosa, demasiado esto, demasiado aquello, demasiado «¡como si ella se comiera al niño con un amor tan pesado como una montaña!». Y todo el mundo asiente con la cabeza: «Como siempre digo, aún no hemos desentrañado todos los misterios del ser humano...». Sin embargo, Jo' se pregunta: «¿Qué habríamos dicho si el padre estuviera ahí, solo, en su puesto de padre? ¿Si fuera la madre la que los hubiera abandonado? ¿Habríamos dicho: “Los glóbulos blancos del pequeño se escapan porque el padre es demasiado absorbente”? ¿Habríamos dicho más bien: “Los glóbulos blancos del pequeño se escapan porque la madre no está”? ¿Qué habríamos dicho?».

Después del Desgarro

La historia de Maria

Mi Liz:

He tratado de confesarte de algún modo la verdad, pero no puedo. Temo tu reacción, temo perderte. Así que, en lugar de eso, te hablaré de amor. Te hablaré de Noah.

Antes de Noah, en mi vida todo era gris. Todo era mentira. Por la mañana me levantaba como si cargara con una piel que no era la mía, con una sonrisa falsa, y llevaba esa piel desde hace mucho tiempo, y tan pegada a mí que nadie habría advertido las costuras de mi disfraz. Noah ha irrumpido en mi vida como el calor del sol en una cueva húmeda.

Noah me repite sin cesar: «Pienses lo que pienses de ti, sea cual sea el desamor que te inspireas, eres alguien “amable” en el sentido literal del término».

Lo entiendo y lo acepto. Incluso lo proclamo. Sí, Liz, soy digna

de ser amada. Por Noah y por los demás. Nunca más me detestaré. Nunca más.

Noah me mira como nadie lo había hecho jamás; sus ojos parecen nuevos, nunca alcanzados por la suciedad del mundo. Con esos ojos, que lavan el mundo en todo cuanto se posan, nos olvidamos de la fealdad. Esas dos grandes gotas verdes...

¿Sabes? Noah ha pasado seis meses en prisión por negarse a servir en el ejército israelí... No sé por qué te lo cuento, supongo que porque eso dice mucho de su personalidad.

Cuando voy en bici bajo la lluvia y el semáforo se pone en rojo delante de mí y, maldiciendo, oigo los graznidos de unas ocas y levanto la cabeza para verlas pasar, unas cincuenta, en una bonita e inmensa U, cuando por la tarde en el tren una anciana me sonríe, simplemente feliz, cuando por la mañana temprano me digo que podría caminar sin detenerme hasta caída la noche, ir a ver el mar y que esa infinidad de posibilidades son maravillosas, cuando todo eso pasa, es por Noah.

Debes de pensar: «Maria es tonta por escribir esas cosas, ¡parece una adolescente!». Pero tengo diecinueve años, Liz, creo que tengo derecho. Si no amo apasionadamente ahora, entonces ¿cuándo? Si no me embriago del simple olor de una camiseta o de unos pantalones ahora, entonces ¿cuándo?

Tengo la clara y serena conciencia de haber conocido el gran amor, el único. Quiero vivir cada segundo del resto de mi existencia a su lado. Compartir sus penas, apreciar cada una de sus respiraciones. Aún no me he atrevido, pero pronto lo conseguiré: voy a dejarlo todo para que vivamos juntos, Noah y yo, en Jerusalén.

*Noah me anima a crecer, a amar la vida, a amarme a mí. Por fin.
Tu amiga para siempre,*

MARIA

Con el chico pegado a mí, doblé la carta y la guardé en el fondo de mi bolso porque su sola visión bastaba para convocar a Maria, para adentrarme en los meandros de esa alma, entonces joven, esa alma enamorada y llena de esperanzas. Resumamos: una muchacha, buena, luminosa, con la felicidad y la fe incrustadas en el cuerpo, había conocido a un tal Noah, israelí y feminista militante. Un drama terrible (Maria no imaginaba en ese instante lo lejos que estaba del cuento de hadas...) había estallado y su bonita historia de amor se había desintegrado. Sin embargo, ella había amado lo suficiente a ese hombre para darle su nombre a su hijo.

Eso no explicaba las razones de su regreso tras la muerte de su pequeño. ¿Para volver a recomponer su historia hecha pedazos? ¿Vagar por los lugares de su infancia y de sus amistades juveniles, para, pieza a pieza, lugar a lugar, reconstituir el mosaico esparcido y comprender cómo su vida podía haberse arruinado hasta ese punto, cómo había llegado a eso?

Quizá estaba equivocándome: ¿y si había vuelto para ajustar las cuentas,

para quemar su pasado, dejarlo atrás? Cuando Elisabetta evocó las noches Poncio Pilato, se santiguó varias veces: «Es horrible lo que Maria hacía allí. Horrible...». Sin embargo, se había negado a decir nada más. ¿A qué conclusión debía llegar yo?

—Oye, No' —dije en dirección al niño, suspendido de una Diana Cazadora de mármol blanco—. ¿Sabes cuál es la terrible condición de los seres vivos? ¡Hacerse una y otra vez preguntas sin respuesta, ya ves!

Fue así como, pensando en esto y en lo otro, llegué a la capilla Sixtina, donde el pequeño pareció perder la cabeza. Daba vueltas sobre él mismo como un derviche, con la cara vuelta hacia la cúpula y una expresión en ella muy parecida a la felicidad.

Alargué la mano hacia el centro de la bóveda, a lo que llaman comúnmente «la mano de Dios».

—¡Mira, No'! Ahí... y ahí... En aquella época se veía a Dios ofrecer un billete a Adán diciéndole: «Toma quinientos euros, ¡ve a comprarte unos pantalones y contrata a un abogado para tu divorcio!».

Estaba escrito con pintura negra, en un gran bocadillo blanco de tebeo. El tiempo había borrado todo rastro del billete, de los bocadillos y de la conversación... Solo quedaba la fisura que se extendía entre el dedo del Creador y el de su primera criatura, un resquicio lo bastante grande para dejar pasar a un insecto sin aplastarlo.

Me dejé caer en un banco, vencido por la vida y por esa mujer, Maria, frente a un espejo en el que, desde el fondo de la sala, la palabra «Roma» se reflejaba. Así, se leía «amor».

Ví en ello un presagio de suma importancia, como la respuesta evidente a un enigma no formulado. El chico giraba más y más. Saqué un papel, pacientemente manoseado en mi bolsillo desde hacía una hora. Una entrada para la «gran noche Poncio Pilato». Tenía muchas ganas de saber lo que era

una gran fiesta, ya que solo había tenido pequeñas desde que el niño estaba allí.

—¿Qué buscaba tu mamá ahí, No’?

Yo aún era joven. No entendía que ciertas preguntas no debían hacerse nunca, o en todo caso con la condición de quedarse siempre, absolutamente siempre, sin respuesta.

Miré mi reloj.

—¡Aún está roto, No’!

Eran las 15.16 y era domingo todavía.

Me acosté con una chica esa noche, en los Amarinis. Era Zombi Rubia, la que me había dado el tíquet. Se llamaba Cora, aunque, vaya, bien podría haberse llamado Floria, o Sophia o... Antonia. Había decidido enamorarme del primer ser humano disponible para olvidar a Manon, los pequeños pechos de Manon, los ojos de Manon. Me sermoneaba a mí mismo: «¡No pienses más en ella, Jo’, es agua pasada!», pero siempre volvía el recuerdo de Manon, a la que había amado y que me había amado. Los proyectores coloridos del techo vestían a los bailarines con un traje de luz verde, luego azul, luego roja, luego violeta, violeta, violeta (el traje permanecía violeta mucho tiempo). Me decía que la vida debía de parecerse a aquello, una especie de caos ruidoso donde se abrían los ojos multicolores, cuando una chica me cogió una mano, insistió en pagarme una copa y bailar dos minutos. Yo no quería. Había gente por todas partes y bailo mal, no había bebido lo suficiente, o demasiado, no lo tenía claro.

—No pasa nada —dijo—, la gente no existe.

Bailé durante casi una hora; ella con la mano metida en mis pantalones y yo contento: ese comienzo de una gran y bonita historia de amor donde, al menos,

el inicio de algo no era tan lamentable, existía de verdad. «Eso» existía.

Le pregunté si iba allí a menudo. Respondió que sí.

—¿Y desde cuándo?

—Hace al menos diez años.

—¿Ha cambiado el ambiente en diez años?

—¡Ahora es mucho menos heavy!

—Y por casualidad... ¿conociste a una tal Maria Tulith?

—¿Maria Tulith? Me suena de algo...

Me cogió una mano y me llevó hacia la barra del bar, detrás de la cual había clavadas decenas y decenas de fotos. Zombi Rubia apuntó con su dedo hacia una de ellas, la que era más grande y estaba en el centro. Me incliné por encima de la barra para observarla mejor: reconocí a Maria, rodeada de otros fiesteros. Maria tenía los ojos vidriosos, el pelo desgredado y pegado a la piel húmeda de su cara descompuesta, la ropa empapada de sudor y un aire bastante siniestro, desconectado del mundo. Al pie de la foto se leía: «Maria Tulith, reina del Golgotime». Iba a preguntar a Zombi Rubia qué era el Golgotime cuando me empujó hacia el lado, hacia los baños. Hicimos el amor allí. Yo la besaba, e intentaba hacerlo bien porque los franceses tenemos, en este ámbito, una reputación que mantener, de manera que yo mantenía en alto la reputación a la vez que sus nalgas. Pero ella pasaba, añadiendo incluso un poco de violencia, impidiéndome para siempre decir que había sido agradable. En realidad, tenía la impresión de que Zombi Rubia contaba mis dientes con su lengua.

Aun así, la cosa terminó más o menos bien. Nos frotábamos con tanta insistencia que a las 04.36 exactamente una chispa surgió entre nuestras caderas. Después todo acabó. El amor loco nos duró veintitrés minutos. En el minuto veintitrés, por fin olvidé al niño gris, a su madre y el hospital. Quería a Manon. Solo quería a Manon... ¿Cómo iba a reponerme de mi ruptura? ¿Lo

conseguiría algún día? Llamaron a la puerta. La gente que no existía tenía vejigas que vaciar.

—*Grazie mille* —concluyó Zombi Rubia con aire de camarera que devolvía el cambio. Se subió las bragas, se puso bien la falda y luego salió a buscar a su grupo de amigos cojeando un poco.

Recuerdo haberme corrido en ella, porque lo hicimos sin condón, tal cual. Me dije que tendría que hacerme las pruebas del VIH, de la sífilis, de la hepatitis B y demás. Y un test de QI, de paso, porque era demasiado tonto. Quizá fuera padre sin saberlo, quizá ella llamara a su hijo Jo' y un día el niño se pusiera muy enfermo.

Continué bailando como un imbécil, dando vueltas a la idea de que nuestros padres y los padres de nuestros padres nunca apreciarán en su justa medida la buena suerte de haber nacido en un mundo donde el sida no existía, donde era posible amar, correrse, dejarse ir sin estar obsesionado por la muerte. Durante un momento, hacia las cinco de la madrugada, eché de menos a mi familia, tuve ganas de gritar: «¡Eh, gente! ¡Estáis tan solos...!»». Bebía, me decía que la única actividad peor que beber solo era no beber en absoluto; estaba demasiado enfadado, estaba demasiado borracho para eso, pero guardaba rencor al chaval. No' había vuelto. La chica lo había evacuado de mis pensamientos durante veintitrés minutos, eso era todo, y no era suficiente, por supuesto.

—¡Lárgate, Noah! ¡Vete! ¡Déjame, me gustaría ser como antes, no haberte conocido nunca! ¡No sirves para NADA! —le solté.

Y funcionó, creo. Parecía afectado. Giró sobre sus talones y salió de la discoteca arrastrando los pies, con la cabeza hundida en los hombros, con los ojos enrojecidos y sorbiéndose la nariz. ¡Un completo! Joder, qué triste se le

veía. ¡Menuda mierda es la vida! Herimos a los chavales.

—¡No’! ¡Vuelve! ¡No quería...! ¡Vuelve! ¡Iré a tirar chucherías a la basura dentro de un rato!

Funcionó muy bien. ¿Demasiado? Quizá sí... Yo bailaba y era como si él se me muriera en la cabeza un millar de veces. De repente la luz se encendió, la música paró en seco. Luego un escalofrío de excitación recorrió a la gente exacerbando el sentimiento de opresión que me invadía. Comenzaba lo más destacado de la fiesta, el momento culminante de las festividades de la semana, ¡el Golgotime!

Por más que tratara de tranquilizarme repitiéndome que nada grave pasaría, que estaba vivo y de vacaciones, mi corazón latía cada vez más aprisa y tenía húmedas las manos.

La «gran fiesta» iba a convertirse en «fiesta descomunal».

En el hospital 22 días antes del Desgarro

—Bueno —pregunta Jo', que ha ido al encuentro de la enfermera—. ¿Y esos resultados?

La cara de la mujer se ensombrece.

—Negativo. Y aún tiene esa maldita y misteriosa fiebre.

Jo' siente un porrazo en el estómago, como si un genio malo le hubiera puesto un tirachinas detrás del corazón y acabara de lanzárselo muy lejos, al suelo, en un barro espeso y viscoso.

—¿Y el padre?

La enfermera barre la palabra con la mano.

—Creo que la madre vive sola. Pregunté al chico y me dijo que su mamá habla poco de él. ¡La sorprendí contándole que no tenía padre! «Te llevé en mi vientre, naciste, no me lo explico...»

Jo' frunce el ceño.

—¿Qué? ¿Cómo Jesús?

—Cuando intentamos abordar el tema con ella no sacamos nada. Tartamudea, baja los ojos y empieza a sudar. Todo lo que he conseguido entender es que conoció a alguien en Roma y que luego el chico fue concebido en Jerusalén... ¡Yo qué sé! Pregúntale tú... si consigues encontrártela. Esto no es humano, parir a un niño y después abandonarlo; no es correcto, no, no es humano. Y el pequeño pregunta por ella todo el

tiempo. ¡Sucio sapo sinvergüenza! ¡Tarado tocapelotas traidor! —concluye Crinchon con la mano sobre los labios, avergonzada como cada vez que el monstruo que tiene dentro rompe sus cadenas.

Por la noche, Jo' hojea sus libros, sus abecedarios, amontona enciclopedias, diccionarios y atlas de anatomía. ¡Pero no hay nada escrito sobre la misteriosa fiebre del niño, nada!

Jo' cree poder salvarlo. Sin embargo, se equivoca. Millares de seres humanos creyeron lo mismo antes que él. Padres, madres, hermanos, hermanas, niños, millares lo creyeron, lo creen y lo creerán mientras el amor exista en esta tierra. Pero Jo' hará todo para no mirar la realidad, así que mira los libros.

Pasan tres días. La madre está allí, de vuelta de viaje. De hecho, Jo' advierte que está «ligeramente bronceada».

¿Será capaz de mantener la calma? Por supuesto que no, no la mantendrá. Siente ira, alegría, placer, vergüenza, deseo... Jo' es un ser humano bastante corriente, sometido a los mismos instintos que los demás.

Después del Desgarro

Jo' y No'

Se abrió una trampilla en el techo, en el centro del escenario, más o menos, que liberó una brisa fétida, una emanación nauseabunda que nos dio de lleno. Mediante un cabrestante de barco se hizo descender el esqueleto de un cordero entre los ¡eeeh! y los ¡oooh! de la concurrencia. Luego todos contuvimos el aliento. El niño gris se acercó tanto a mí que casi me tocaba. Se lo veía asustado. Pero no puedo asegurarlo porque era la primera vez que No' expresaba eso: el miedo.

Cuantos nos rodeaban sacaron sus tíquets sorpresa. Yo también. Acto seguido vimos desfilar cifras por una pantalla. No' sostenía su pequeña pizarra.

«Todo irá bien, Jo' —me había escrito en ella—. Estoy aquí.»

Pero no parecía ir bien, en absoluto. Una fortachón ataviado como un verdugo, con un mandil negro y una capucha de látex, se hizo con un micro. El sorteo premiaría a doce personas, que serían las afortunadas de «brutalizar el esqueleto,» desveló. ¡Para el que lo hiciera mejor habría una botella de champán!

No consideré que el premio fuera muy generoso, pero como la gente aplaudía, aplaudí. El niño gris parecía agotado, como vacío de toda esperanza. Se sacaron once números, uno tras otro, y subieron al escenario chicas y chicos, cada uno de los cuales tenía derecho a un arma diferente y a tres

minutos frente a frente con la carne.

Pensé en la madre de No', su alta y delgada silueta regresando de Jerusalén y moviéndose entre los bailarines, paseando su cara triste y melancólica entre la muchedumbre enfebrecida, con una mano en el vientre, habiendo perdido toda esperanza, decepcionada por la vida, el amor, los hombres...

«Ay, Maria, Maria, ¿qué te hizo ese tal Noah? —pensé—. ¿Qué te ha hecho la vida?»

—¿Por qué venía aquí tu mamá? —pregunté a No'—. ¿Lo sabes tú, pequeño, eh? ¿Por qué?

¿Me sorprendió ser el duodécimo elegido? No lo recuerdo. La multitud me empujó hacia delante y me volví en busca de apoyo. Extendí el brazo hacia el niño, que estaba asustado, que no ofrecía buen aspecto ni teniendo en cuenta que estaba muerto. Extendí el brazo hacia él, aunque mis pasos me llevaban en el sentido opuesto. La curiosidad era más fuerte. Vencí el temor que sentía y subí al escenario. Estaba como en otro sitio. No era del todo real, no menos real, en cualquier caso, que las cosas raras que veo desde el asunto del chico. El verdugo me puso en la mano una maza cuya abultada punta estaba cubierta con una decena de clavos oxidados.

Pensé en el niño gris y en lo que había visto en aquella habitación la mañana de su muerte. En lo que su madre nos había hecho esa mañana, liándonos a los dos. Pensé en mi casa, en mi familia y en cuánto la echaba de menos. Apreté la maza con fuerza y di el primer golpe, al que siguieron otros; golpeé, golpeé y golpeé. En realidad, estaba peleándome con el mundo.

Cuando el cansancio me hizo caer de rodillas el verdugo levantó mi brazo.

—¡He aquí nuestro Poncio Pilato! —vociferó.

Hubo gritos y hurras, y luego me pareció que un velo rojo caía sobre el mundo. Creo que me dijeron que había estado fantástico, y me encontré con la botella de champán barata en la mano, me sequé la cara y eché a correr hacia

delante, para salir de la discoteca como si temiera que ese lugar me aspirara inexorablemente. ¿Y después qué? Después corrí por las calles diez, quince, veinte minutos, corrí hasta perder el aliento. Y luego bebí, solo, al pie del Coliseo. Incluso me hice pipí encima. Me bebí todo el espumoso y lo oriné entero. El cielo estaba tachonado de estrellas, las calles estaban desiertas y había algo frágil en ellas, mil y un matices de amarillo y todas las vidas de los hombres (incluso la, muy misteriosa, de Maria). Tiré al suelo la botella vacía. Rebotó una vez, se rompió a la segunda. Recuerdo que todo era bonito y tranquilo, y que las viejas piedras contaban una historia. El niño había desaparecido y me pregunté dónde estaba Dios.

Creo que lloré.

Roma, 03.54 de la madrugada. Cerca del puente de Sant'Angelo. Mientras avanzaba junto a la orilla del Tíber, borracho, tratando de controlar los temblores que sentía desde mi huida y encontrando poco a poco mi sangre fría, levanté la cabeza en busca de un buen lugar elevado para un buen milagro. Rebusqué entre el follaje... ¡Ya estaba, lo tenía! ¡Un rincón del cielo estrellado! ¡Un rincón perfecto! Lo miré fijamente y acto seguido me puse a girar. No tardé en notar los efectos: la irrefrenable carrera del tiempo... lentamente... se invirtió... a medida que daba vueltas... los coches frenaban y luego reculaban... los niños grises del mundo entero volvían sobre sus pasos... y ¡puf! ¡Encontrábamos a esos chicos! ¡Los encontrábamos cubiertos con sus batas blancas de papel rugoso! ¡Los encontrábamos vivos!

Entonces me detuve. Mis piernas, que sentía como si estuvieran sobre una peonza, se pusieron a bailar en sentido contrario, de manera que el galope del cosmos volvió a empezar. Trataba de agotar al cielo... ¡Había que poner todo en su lugar! Y funcionó. En sus sabanas de hospital, los chicos se

impacientaban, tosían mucho... ¡Cof! ¡Cof! ¡Cof! Incluso escupían sus enfermedades en pequeños paquetes pegajosos. ¡Cof! Se había escupido todo. Así que volvían a ser rosados, como antes de la Gran Enfermedad Gris, y las lágrimas ascendían por las mejillas de las madres para esconderse otra vez en los párpados, que permanecían secos. Los niños rosados retomaban una vida normal. Un día entraban en el instituto. Daban su primer beso; era húmedo, pero no desagradable... Besaban más, y sus corazones latían con más rapidez debajo de sus costillas. Luego venía la facultad. Era una fiesta; las madres estaban allí, las lágrimas se derramaban por primera vez, pero eran lágrimas de felicidad porque significaban diplomas, obstáculos superados, esperanzas cumplidas y verdadera felicidad. Y no era tan raro. «¡Es mi hijo!», se enorgullecían las madres señalándolos con el dedo... Después tocaba encontrar una chica. Tocaba hacer el amor en una habitación de estudiante. Sobre asientos de cuero de vaca azul. Tocaba envejecer bien. Convertirse en padres. Esmerarse. Las que lloraban se convertían en abuelas y, al final, sobre mi parapeto de piedra, bajo esa jodida noche romana de mil billones de billones de estrellas, bajo esos malditos dioses y diosas romanos, millares de abuelos, con las sienes grises, recogían millares de nietos caídos de sus bicicletas, les secaban las lágrimas y volvían a sentarlos en los sillines al tiempo que les daban ánimos.

Yo estaba encantado, encantado y triunfante; recomponía una historia, una historia llena de agujeros; corregía la realidad que a veces hace cosas malas a los niños. Es fácil: giramos sobre nosotros mismos, así, giramos y ya está, incluso sin demasiado entrenamiento, obligamos a la felicidad. Ser feliz se convierte en una simple cuestión de fuerza bruta opuesta a la marcha natural del mundo. Retorcemos la verdad. Yo la retorcí tan bien, tan fuerte que en el momento de buscar al niño gris, ¡nada! ¡Había desaparecido! El corazón me estallaba de dicha. Lo había logrado, el chico había conseguido por fin la vida

que merecía. Sí. La vida que merecía. Me dije que Dios quizá no fuera tan perverso, que Dios era el...

¡Blam!

Entonces... No recuerdo nada más. Acababa de caerme de cabeza.

En el Tíber.

En el hospital

19 días antes del Desgarro

Cuando Jo' entra, encuentra a la mujer cerca de su hijo. Hay paquetes por todas partes. La madre de Noah acaba de colgar encima de la cama una gran fotografía en un bonito marco negro. Ahora escribe en un cuaderno junto al niño. El pequeño, con la espalda apoyada en su pecho, mueve con torpeza viejos lápices de colores por la superficie de una hoja arrancada del cuaderno de su mamá. A derecha, a izquierda. Dos grandes brazos. Un cuerpo encorvado. Una silueta aparece en un puente: ¿es una anciana?

—Dime, mamá, ¿es verdad que, antes, la abuela Anna era un mono?

«¿Cómo hacen los otros niños para crecer con otras madres que no son la mía?» —parece gritar con los ojos llenos de admiración—. Te quiero, mamá, te quiero, te quiero, te quiero...»

—No. El mono era la abuela de la abuela de la abuela de su abuela — responde ella, incómoda al ver a Jo'—. Hace mucho tiempo de eso. Nadie se acuerda ya.

La madre besa al niño, cede su sitio a Jo', al fonendoscopio de Jo', a los exámenes de Jo'.

—Hola, No'.

—Hola, Jo'.

El joven palpa los ganglios al chico. Bajo la mandíbula, en las ingles, en las axilas. Para que el crío se relaje, Jo' señala a la alargada mujer vestida de

beis con su bonito abrigo de cuero marrón con el cuello de piel. Al lado, Maria parece querer desaparecer, su tez se confunde con la blancura de la pared.

—¿Cómo se llama tu madre?

—¡Pues «mamá»!

—Ah, sí. ¡Qué tonto soy! ¿Y qué estás pintando ahí?

—A la abuela Anna con su traje de superheroína salvadora de niñas. O quizá es un mono, no lo sé. El mono es la abuela de la abuela de mi abuela.

—Ja, ja, ja. Si quiere saber si está gordo, pida a un niño que le dibuje un retrato —dice la madre con un entusiasmo fingido, en un intento torpe de descargar de electricidad la atmósfera que reina entre ella y el joven médico.

Establecer esa connivencia que los adultos tienen frente a la inocencia infantil, la que esperamos preservar para siempre, no funciona. Jo' fija su mirada en ella, frío, siniestro. «¿Quién se cree esta que es?», piensa Jo'.

—Toma, No' —dice, en cambio, a la vez que recoge un lápiz del suelo—. Si quieres dibujar a un mono, te hará falta el marrón.

El niño lo mete en la caja con los demás. Todos ordenados por tamaño.

—El color blanco tiene suerte... —subraya el niño garabateando—. Él vive más tiempo que los otros.

Jo' se da cuenta de que la madre palidece y se muerde los carrillos. «El interno tiene razón —piensa ella—. Debería estar cerca de mi hijo. Animarlo. Animar a la enfermera, al interno, al equipo. Y no escribir lo que escribo en este cuaderno. Debería hablar de amor. Hablar de amor al borde de un precipicio.» Finalmente se levanta y con la mano derecha se tira de la blusa, como si se le pegara al pecho.

—Qué calor hace y qué sed tengo —dice con un tono falsamente intrascendente, y de inmediato sale para ir a refugiarse en el pasillo. Jamás

se echaría a llorar delante de su hijo.

—¿Me esperas, No'? Voy a hablar con tu mamá.

Después del Desgarro

Jo' y No'

Estaba tan borracho que resbalé. La caída, la espantosa caída y luego la temperatura del agua, helada, implacable, todo se apoderó de mí. ¿De dónde saqué las fuerzas para nadar hasta la orilla? No lo sé... Mi único recuerdo es el de estar mojado y con frío, pero bien, porque el niño estaba feliz, el chico estaba vivo. Río, lloro un poco. Sentía dolor, me metí un dedo en la boca; me había roto un incisivo. Cayó como si nada, en mi mano, como el fruto de un árbol, así me que lo guardé en un bolsillo. Después vomité sobre mis zapatos pensando: «Todo lo que pasará en el mundo que sea realmente importante ocurrirá después de mi muerte». Me sangraba la frente. Pero estaba mejor que bien. Fue uno de los momentos más felices de ese viaje tan feliz.

Llegué a la pensión hacia la seis de la mañana, recubierto de lodo verdoso, con los labios azulados por el frío, pero lanzando sonrisas capaces de tragarse la luna (¡qué feo debía de estar con ese agujero en la sonrisa!). Bajo el barro se me veían todos los dientes menos uno.

Pozzinina se despertó y dejó escapar un grito estridente.

—¿Pero qué has hecho?

Enseguida se puso a llorar y me abrazó.

—¡Chis! —dije mientras le sostenía las manos con dulzura—. ¡Pozzinina,

va a despertar a Luci! No se preocupe, todo va bien, solo me he roto un diente intentando no ahogarme.

Pero no, sus gritos se elevaron hasta el cielo. Me llevó a la cocina, donde me lancé de cabeza al fregadero. Pensando ver miles de bacterias correteando por mis palmas, me lavé las manos dos veces mientras Pozzinina me inspeccionaba el incisivo con la atención de un joyero. Lo puso en un pequeño frasco lleno de leche, lo bendijo una vez, dos veces, tres veces, juntando algunas palabras sin más, luego insistió en desvestirme, en palparme los brazos, las rodillas, las caderas, todo el esqueleto; no tenía nada roto. Levantó las manos al cielo.

—*Grazie, grazie!*

Y me abrazó, y volvió a abrazarme y a abrazarme. Ahora recitaba sin parar un *Padre nostro* y un *Ave Maria* tras otro y, cuando le conté mi aventura en el puente de Sant'Angelo, se asustó tres veces más. Encendió velas, preparó la bañera del cuarto de baño que había junto a su habitación con agua muy caliente y me obligó a meterme entero. Esa anciana gordita con olor a bosque estaba resultando ser un tirano con ternura maternal. Cuando me reuní con ella, el invierno y el carbón perfumaban el comedor. La mesa estaba puesta. Pozzinina incluso dispersaba pétalos de hortensia sobre el mantel de papel crepé.

—Te he preparado un pequeño tentempié. *Prima colazione!*

¡Y va y me sirve sopa, bizcochos de miel calientes y esponjosos! ¡Y me sirve tres veces Limoncello! ¡En una copa! ¡Una sola palabra mía y me habría masticado hasta la carne! Me puso tres chales sobre los hombros, y me sentí invadido poco a poco por el dulce calor del hogar y del que irradiaba mi estómago lleno.

—Todo va bien —la tranquilicé cuando se puso a lloriquear de nuevo, como una niña pequeña a la que estuvieran retorciéndole el brazo.

Entre dos espasmos, señaló la puerta de entrada y los botes de pintura de los obreros: ¡yo no era el problema, ni lo era mi diente roto, ni la noche, ni el río ni los ahogos! Se contoneó hasta la entrada, cogió un bote, lo abrió y hundió en él la mirada: todo el universo parecía estar allí encerrado, la existencia pasada, los recuerdos, los buenos, los bonitos, los que rompen la cabeza, los que desgarran el vientre, los que atormentan por dentro.

Luego avivó las brasas del fuego, se deshizo el nudo del delantal y lo abandonó sobre un taburete, para dedicarse a observarme comer lentamente mientras movía la cabeza y sujetaba su bote de pintura con fuerza. La luna proyectaba rayos pálidos a través de las persianas, dibujando una noche de historias, una noche de cuento.

La vieja Pozzinina, prisionera en esa casona que amenazaba ruina, se disponía a ofrecerme su herida, la gran herida, la inmensa herida de su vida, un secreto que ella contemplaba todos los días en esos botes, un secreto de anciana que nunca había dejado de ser mamá.

Y de amar.

Y de esperar.

En el hospital

19 días antes del Desgarro

El joven sigue a la madre por el pasillo, le ofrece un pañuelo.

—Ya es hora de llorar.

—¿Qué quie-que-re de-decir? —balbucea la madre entre dos hipidos.

—Quiero decir que el niño la espera. Todos los días. La espera y la necesita. No necesita llamadas telefónicas o juguetes. La necesita a usted.— Jo' aprieta sus mandíbulas de pequeño macho, endurece su voz vibrante de indignación o de ira fría—. La necesitamos.

La madre oculta la cara entre las manos, como para escapar de la mirada inquisidora del joven.

—Lo... lo siento —tartamudea.

—¡No soy yo el que tiene que escuchar eso! —estalla Jo'—. ¿Por qué no viene? ¿Por qué lo abandona? ¿Qué se cree? ¿Que los niños son felices aquí? ¿Que podemos sustituir a una madre? Nos dan igual sus pasteles, ¡no los queremos! No sé por qué no viene, pero el pequeño... ¡Dígaselo! Tiene que decírselo. ¡Se lo debe, se mire como se mire!

—¡No puedo decirle la verdad! —grita ella, y el mentón le tiembla cuando pronuncia «verdad», como si Jo' se equivocara, como si, de una manera extraña, su ausencia fuera una mentira, como si Maria estuviera allí siempre, todo el tiempo, y no en el otro extremo del mundo tomando el sol en la playa.

—Debe saber la verdad —insiste Jo' con frialdad—. Él pregunta, y me niego a que... se vaya pensando que su madre no lo ha querido lo suficiente.

Después el joven se da la vuelta y regresa a la habitación, pero antes se cubre la cara con una alegría totalmente falsa.

—¿Por qué se va mi madre? —pregunta No' dándole la bienvenida.

—Se ha ido al pasillo para que no la veas llorar.

—¿Es porque ya no me quiere?

—¡Por supuesto que no!

—¿Puedes decirle algo, Jo'? Dile que no debe llorar. Dile que la quiero, que estoy realmente contento de haberla elegido como mamá y de haber salido de su vientre. ¿Te acordarás?

—¡Claro!

El pequeño exige una prueba.

—Mira, se lo diré así exactamente: «No' dice que no debe llorar. Insiste en que la quiere, que está realmente contento de haberla elegido como mamá y de haber salido de su vientre». De todos modos, No', me parece que ella ya lo sabe.

El joven se inclina y posa la membrana de su estetoscopio sobre el corazón del niño, pero este está parlanchín, inagotable incluso, y sus palabras resuenan en su pecho como en un tonel.

—Sí, sería una pena que mamá no me quisiera ya. Porque todo el mundo dice todo el tiempo que las mamás sufren al tener los bebés...

Al otro lado de la pared, las palabras manchadas de lágrimas que la madre escribe frenéticamente en su cuaderno chocan con las de su hijo.

*Hace cinco años, No', te abandoné en unos grandes almacenes.
Era un edificio de cinco plantas, y deambulé por ellas durante horas*

antes de decidirme. Finalmente llevé tu cochecito hasta la sección de puericultura, entre tronas, chupetes, bodis de algodón y cunas. Puse una carta en él, dirigida a la persona que te encontrara. Una carta en la que te pedía perdón. Me incliné, respiré tu olor una última vez, te di un beso en la frente y luego hui sin mirar atrás. Me alejaba llorando por la avenida cuando, detrás de mí, un escolar de unos doce años gritó «¡Mamá!» y me di la vuelta.

Me di la vuelta por instinto.

Así que, sin entender lo que pasaba en mi vientre, lo que crepitaba bajo mi piel y florecía en mi corazón como una rosa, subí la calle corriendo, entré rápidamente en la tienda, encontré el carrito abandonado, y a ti, mi hijo, mi amor, mi pequeño, a ti que dormías. Te abracé contra mí hasta despertarte y me puse a reír.

Por primera vez, ese día fue un día sin sufrimiento.

Los días siguientes me hallaron tranquila y sonriente.

Acababa de ser mamá.

Después del Desgarro

Jo' y No'

Un buen día, el marido de Pozzinina fue al instituto a buscar a su hija única y nunca regresó. Durante la dictadura, los vecinos denunciaban a sus vecinos, los amigos de la infancia entregaban a sus amigos de la infancia, «uno iba a la cárcel y no volvía jamás». Mediante simples cartas anónimas, las milicias sacaban de sus casas a las personas, en plena noche.

—¡En pijama! ¿Te das cuenta, muchacho? ¡En pijama! —Pozzinina, indignada, apretaba las mandíbulas.

Cuando pensaba demasiado en el pasado, las imágenes la abrumaban; se interrumpía, apretaba las palmas la una contra la otra, con sus dedos torcidos enredándose como un nido de víboras, y agitaba las manos en el aire como si quisiera cazar tanto serpientes venenosas como malos pensamientos.

Se habían llevado a su hija.

—Ella se manifestaba en la calle con otros mil estudiantes. La policía llegó y roció a los manifestantes con pintura roja para luego perseguirlos por las calles. Arrestaban a todos los que tenían pintura roja en la ropa y los metían en la cárcel. Pero mi niña era lista...

Había sorteado el cordón policial y había conseguido llegar hasta la casa. Estaba roja de los pies a la cabeza. La pintura había atravesado su ropa.

—¡La froté durante toda la noche! Detrás de las orejas, el pelo, entre los dedos de los pies. Froté, no te puedes imaginar lo que froté. Mientras tanto,

barrio tras barrio, entraban en las casas, las registraban. Por la mañana, la policía forzó nuestra puerta y la encontró en cueros tal cual. Mi hija ya no estaba roja, así que no deberían habérsela llevado... No... No se la habrían llevado, pero vieron el estropajo. Yo lo ocultaba detrás de mi espalda, ¿entiendes? Fue culpa mía. Tendría que haber tirado el estropajo a tiempo. Tirarlo y punto. Se la llevaron y nunca he vuelto a verla. La espero. Y es mi culpa para siempre.

Se tiró de la manga del jersey y se secó los ojos con ella.

—Las madres dan la vida; todo lo que pasa después es por su culpa — susurró.

Silencio.

—¿Cómo se llamaba su hija? —pregunté disimulando un bostezo.

—¿Cómo se llama, quieres decir? —Abrió los brazos como para abarcar la habitación, el techo, todo el edificio—. Mi hija se llama Lili.

Vio que me sorprendía.

—¡Eh, eh, muchacho, tendrá que saber dónde encontrarme cuando vuelva!

Pensó en ese regreso y, en el mismo instante en el que lo pensó, su sonrisa se llenó de pliegues. Fue como si la alegría le devorara los ojos. Apretó el bote de pintura contra ella una última vez y le puso la tapadera. Ese olor era el de la noche en la que se habían llevado a su hija, y ese lugar, la pensión Lili, era una banderola en el cielo, como las que arrastran las avionetas a lo largo de las playas. ¿Yo pensaba que dormía en una pensión? Pues bien: estaba alojado en una declaración de amor.

—Estaré aquí cuando vuelva. Eso es lo importante. Porque conoces el refrán, ¿verdad? ¡Todos los caminos llevan a Roma! ¡Ja, ja, ja! Sí, todos los caminos...

Me levanté, rodeé la mesa y me quité los chales para ponérselos sobre los hombros. No' iba a volver, lo sabía. Como sabía que la hija de Pozzinina no

volvería. Sí, eso también lo sabía. Es horrible, un niño es como un sexto dedo que te crece en la mano, con el que no sabes qué hacer y ni siquiera puedes cortártelo.

—*Vuoi che ti dica qualcosa, bambino?* —me preguntó Pozzinina mientras le daba un caramelo relajante que saqué de mi botiquín.

Sí, sí, tenía muchas ganas de que me dijera algo.

—La pistola es lo que nos permite seguir viviendo cuando no la usamos —anunció.

Incluso ahora, después de tanto tiempo, no sé por qué dijo eso, en ese preciso momento.

La estreché entre mis brazos, muy fuerte, pensando que las madres (todas las madres) salvarán el mundo al final de los tiempos. Luego vomité otra vez, pero era la sopa, los bizcochos de miel y el Limoncello. Las mandíbulas me dolían mucho.

—Mañana te pediré una cita con el dentista —prometió la anciana, y me ayudó a limpiar el vómito como si fuera su culpa, jurando que cocinaría de nuevo—. ¿Qué quieres comer mañana? Dímelo y te lo prepararé.

Sonreí tristemente. Dije que quería una *torta meringata al limone*, pero sobre todo, sobre todo, que le saliera mal, un poco.

El día debería..., no, tendría que haber terminado así. Pero no contaba con los secretitos de Lucinda. Cuando entré en mi habitación, me sobresalté y dejé escapar un grito. Me esperaba, inmóvil en la oscuridad, con su mata de pelo como el fuego y la silla en la mano, reparándola otra vez, reparándola como siempre, al ritmo de su respiración, profunda, dolorosa.

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Lo bastante para haber oído todo.

Me lanzaba sus palabras como uno ofrece un trozo de carne a una bestia que detesta o de la que desconfía. Dio un golpe al respaldo de la silla y se la puso delante para decidir si su trabajo avanzaba. Hacía varios días que la veía quitar la paja que acababa de colocar para empezar todo de nuevo

—¿Quieres saber la verdad, niño?

Me había llamado «niño», no «Antonia». Aprecié un progreso.

—La sabrás. Pero a cambio debes hacerme una promesa: irás hasta el final del mundo para salvar a Maria si es necesario. Hasta el final. Yo soy demasiado vieja. ¿Lo prometes?

—Sí.

El alcohol se me daba mejor que las promesas. Se lo olía porque husmeó con aire suspicaz.

—¿Cómo puedo estar segura?

—Cuando me aburro, me muero.

—Es una sana enfermedad, niño. Mañana por la tarde. A las seis. Aquí. Te lo diré todo. Prepara tus maletas.

—Y yo, ¿cómo puedo estar seguro de que me lo contará todo?

Se dio la vuelta y sonrió con la dureza de una piedra.

—En primer lugar, porque es posible que ya no quiera volver a ver a ese tatuado con cicatrices aquí. En segundo lugar... porque quizá hay cosas imperdonables y malas, uno se dice que no puede, que no debe hacerlas, pero las hace. Uno no se perdona a sí mismo, pero olvida. Esas cosas las cometemos todo el tiempo. Somos todo el tiempo imperdonables.

Y desapareció.

Me eché en mi cama, aturdido. El alcohol, el frío, la caída, mis mandíbulas, el niño gris, todo me hería. Solo deseaba una cosa: dormir.

Dormir y caer lentamente en un resplandeciente olvido.

En el hospital 15 días antes del Desgarro

Ismaël, Louise, Arthur. Tres nombres. Ocho, nueve y diez años. Tres niños. Acompañaban a Noah, se turnaban para animarlo.

La historia entre Jo' e Ismaël era larga: cuando Jo' lo conoció seis meses atrás, además de su enfermedad de la sangre, Ismaël tenía dolores abdominales inexplicables, como la misteriosa fiebre de Noah.

—¿Dónde te duele? —le preguntaban las enfermeras.

Ismaël les enseñaba el pezón derecho y fruncía la boca.

Su madre lo corregía:

—¡No, no, es en el vientre!

Cada mes pasaba lo mismo. Le dolía durante dos o tres días.

Le habían hecho pruebas. Ecografías. Análisis de sangre. Citas con el especialista. Agotaban al niño, a los padres, los recursos del hospital.

Nada.

—¿Todos los meses, dice?

—Todos los meses.

—¿En el mismo período?

—En el mismo período.

Perplejidad en los rostros del equipo médico.

Fue Jo', el brillante y siempre intuitivo Jo', quien encontró la solución a mediados de otoño.

—¿Cuántas hermanas tiene?

—Cuatro —precisó la madre de Ismaël.

—¿Tienen la regla?

—Sí.

—¿En el mismo período del mes?

—Sí.

—¿Les duele?

—Tienen la regla, ¡claro que les duele! —dijo la madre como si el dolor menstrual fuera esperado, legítimo.

—Se me ocurre... una idea estúpida —anunció Jo'—. ¿Por casualidad los dolores de Ismaël aparecen cuando sus hijas tienen la regla?

La madre se extrañó.

—Ahora que lo dice, quizá sea al mismo tiempo, sí.

—Pues vamos a probar una cosa: cada mes, cuando sus hijas tengan la regla pídale que se tomen un analgésico discretamente y luego que delante del niño hagan ver que no les duele, ¿vale?

Los dolores de Ismaël desaparecieron al cabo de dos meses y alguien dio una palmadita en el hombro a Jo'. Lo felicitaron apretándole la mano. Hablaron de él durante los descansos: «¡Es fantástico! ¡Qué intuición, qué gran médico será!».

Jo' nunca se había sentido tan orgulloso, y eso que sabía que no había hecho nada para merecerlo.

—Tengo dos hermanas y una madre. Sé que el hombre está dispuesto a todo para formar parte de la tribu que lo acoge —dijo a Manon una vez—. ¡Venga, hasta luego!

Incluso a convertirse en mujer.

Después del Desgarro

La historia de Maria

El niño gris y yo anduvimos, anduvimos y anduvimos, desde el puente Sublicio hasta el puente Umberto, bordeando las orillas en una especie de «apatía de trayectoria» indolente y afortunada, hasta los suburbios de la ciudad, en la zona industrial.

Nunca olvidaré aquella tarde cuando corríamos en el descampado, cerca del aparcamiento del supermercado. Algunos coches viejos, carritos oxidados, un lugar sin vida en ningún sitio, gris y desierto... Demasiado gris.

Entonces decidí que el niño y yo iríamos juntos a la playa.

Nunca olvidaré aquella tarde cuando corríamos en la «playa». Era la más bonita del mundo. No había ni entrada ni salida al mar. Las miradas de los escasos paseantes se perdían en la inmensidad. Tenía ganas de reír eternamente y de soñar también. Quería subir a un barco, hacerme capitán. Explorar los océanos, con un mono en el hombro que tocaría un tamborcito de su tamaño.

—¿Acaso la felicidad consiste en querer las cosas como te llegan? — pregunté al niño señalando el inmenso espacio que había delante de nosotros, un espacio sin fin, sin fondo, como una invitación para él a evadirse, a irse lejos.

Sus ojos negros brillaban de inteligencia. Lo entendía, pero se quedaba.

—¿Qué hacemos, chaval?

Cavó en la arena y sacó de la nada un crucifijo largo y fino. Luego cortó un gran cuadrado de tela de su bata de hospital. Tardó unos tres, cuatro minutos. Yo esperaba al lado, daba pataditas en la arena, desplazando minúsculas montañas, pensando que, para los cangrejos, quizá yo fuera un dios.

Por fin, No' fijó los ángulos del cuadrado a las cuatro extremidades del crucifijo con clavos largos como mis dedos (alguien debía de haber tirado o quemado unos cuantos, como el crucifijo). Blandió esa rara cometa, que se elevó enseguida y voló, y tuve la impresión de haber esperado aquel momento toda mi vida.

Excepto las postales que envié a mis hermanas, no había dado noticias a mi familia y eso era nuevo. ¡Teníamos la costumbre de llamarnos todos los días! Una parte de mí sentía ganas de castigarlas por quererme demasiado. Sin duda mi madre acampaba a la puerta de una comisaría o estaba harta de ir al Ministerio del Interior. Imaginaba a mis hermanas llamar a todos los hospitales de la región para describir a un joven de unos veintiséis años, rubio tirando a pelirrojo, con los ojos verdes, de 1,76 metros de altura y 70 kilos de sueños. Aunque echara de menos mi infancia, tenía que reconocerlo: no pasa gran cosa cuando uno es feliz.

Lucinda nos esperaría. Guardé mis cosas y salimos del aparcamiento del supermercado. No tenía la sensación de haber mentado al niño: lo había llevado a un lugar desierto, sí, pero a veces un desierto puede ser una playa grande donde, detrás de una duna, está el mar.

En el hospital

14 días antes del Desgarro

—Noah e Ismaël están enfadados, ¿sabes por qué? —pregunta Jo' a la señora Crinchon.

—Sí, es por el padre de Ismaël, que no encuentra a Noah lo bastante... masculino.

—¡Pero si no es más que un niño! ¡Además, No' tiene dos novias!

—Lo sé, ¡no me grites! Solo te repito lo que me han contado los del equipo. De todas maneras, es mejor que se quede tranquilito y no comparta sus microbios con los demás.

—¿Su estado empeora?

—¿De quién hablas?

—Eh... De los dos, claro.

—Lo sabremos dentro de unos días.

Jo' deja a la enfermera. Noah, en su cama, sujeta delante de él un libro de cuentos grande.

—Han llevado a Ismaël a la habitación treinta y tres —dice al ver a Jo'.

El joven siente que se le huela la sangre. Uno siempre tiene tiempo de decir la verdad, siempre. Nunca tiene prisa. La mentira, en cambio, es imperativa, te apremia. Es urgente.

—Quizá no sea tan grave, No', ¿por qué te preocupas?

Esa fue su primera mentira, y fue como saltar de un tejado muy alto, de

un tejado del que no dejaría de caer durante días y días y días hasta el Desgarro.

—Ya, pero su padre gritó a la señora Crinchon. Y su madre lloraba, y su padre gritó otra vez, y luego dio un golpe en la pared diciendo... diciendo...

Al niño le tiembla la voz, las mejillas se le encienden y sus párpados se llenan de lágrimas.

—No te pongas así, No’.

—Es mejor... ¿es mejor para las chicas lo que hay en la habitación treinta y tres?

—Yo... A ver, Noah, no es una cuestión de niñas o de niños. ¿Por qué habría de ser mejor para las chicas? No entiendo lo que quieres decirme. ¿Qué contó el papá de Ismaël? Seguro que no es tan terrible, ¿verdad?

Silencio. Y No’:

—Dijo que habría preferido que fuera una de sus hermanas...

Después del Desgarro

La historia de Maria

—Se había vuelto tonta —dijo Lucinda.

Habíamos regresado a la pensión a la hora acordada para escuchar sus confesiones. La anciana nos esperaba en la cocina, con su silla de paja en las rodillas, con su ira natural aplastada entre los labios. Pozzinina tricotaba en su habitación, dejándonos solos. Me había sentado al otro lado de la mesa, con No' en mi regazo, tan gris y ligero como el polvo.

—Es ese tío, ese... Noah. Le lavó el cerebro, la volvió idiota... ¡Eso es lo que pasa cuando las chicas demasiado jóvenes dejan que los hombres mimen su corazón fisurado!

—¿Su corazón fisurado? —exclamé (no conocía esa expresión para designar al sexo femenino).

Lucinda se encogió de hombros, con aire de decir: «Sí, hablo mal, y tengo muchos más años que tú».

—¿Sabía lo del bebé?

Me enseñó los dientes y revolvió los ojos.

—¡Claro que lo sabía!

Se dio un golpe en el muslo con la palma de la mano, enfadada, pero consigo misma. Movié su silla de ruedas hasta un armario, apartó tarros de harinas diversas y sacó una caja de madera escondida en el fondo.

—Cuando volvió de su viaje de estudios, hace siete años, era una mujer

resquebrajada. Cuando reapareció hace dos semanas, era una mujer rota. No pude hacer nada por ella... Como Pozzinina te dijo, llegó a París, quemó decenas de objetos, ropa y hojas de papel. Lo que Pozzi no te dijo es que hurgué en las cenizas y pude salvar tres páginas... Eso empieza el día de su encuentro con ese tal Noah, justo antes de su primer viaje a Jerusalén. Antes de que todo descarrilara en su vida.

Alargué el brazo hacia la caja, pero le faltó tiempo para doblar el suyo.

—Prométeme que tendrás cuidado. Que leerás esto con todo el respeto que se merece.

Había ido demasiado lejos como para no prometérselo. Así que me puse la mano sobre el corazón y me entregó la caja.

—¿Sabe dónde está ahora?

—Sí, más o menos. Antes... tengo que confesarte algo: las notas bajo tu puerta...

—¿Sí?

—Fui yo.

—¿Usted?

—Sí. No te conocía. Pensaba que podías ser Noah.

—El ruso tatuado, con una cicatriz, carnicero... ¿es una invención suya?

—Sí.

—¿La sangre sobre la carta?

—Era de la gasa que te puse sobre la herida el otro día.

No' la mira sin pestañear, hipnotizado, como Mowgli, el niño-lobo del *Libro de la Selva* cuando se encuentra cara a cara con la serpiente.

—¿Por qué me ayuda?

—Hace siete años, cuando volvió de Israel de forma imprevista, llevaba a ese bebé en el vientre. Imploró mi ayuda y yo... fui egoísta. Creo que estaba celosa.

Lucinda bajó la cabeza para evitar mi mirada.

—Entonces le di el peor consejo que puede darse.

De repente, con el corazón golpeando con fuerza en mi pecho, recordé las palabras que pronunció la mamá del niño gris... el día del Desgarro. Recordé una y otra vez, y como siempre se me saltaron las lágrimas.

—¡Dios mío! —gritó Lucinda torciéndose las manos—. ¡Qué hice! Maria tenía una cita en una clínica, le dije que era un pecado, que se arrepentiría hasta el final de su vida. Y decidió seguir adelante con el embarazo. Pero el niño castigó su cuerpo.

Entendí, en ese momento, el papel que Lucinda había desempeñado en esa terrible historia.

—Los Amarinis... ¡Era usted!

Asintió con la cabeza. Parecía que llevaba todo el peso del mundo sobre los hombros.

—Esas fiestas, el baile, el alcohol, las drogas... Era para que aceptara lo del niño.

Silencio. No' estaba muy quieto, pero distinguí una lágrima que rodaba por su mejilla. Habría deseado taparle las orejas, plantarlo delante de una tele, delante de unos dibujos animados ruidosos y coloreados.

—A veces, por la noche, la sorprendía dándose golpes en la tripa. La dejé hacer....

Se sujetó la cabeza, como para pedir clemencia. Aproveché ese momento para intentar coger a Noah en mis brazos y estrecharlo con fuerza. Pero solo cogí el vacío.

—¿Sabe lo que pasó en Jerusalén?

—No. Pero su historia de amor acabó mal. Muy muy mal. No deseaba a ese bebé. Hasta tal punto que, una vez, se subió al antepecho de un puente y se lanzó al agua.

—Intentó suici...

Me dolió el diente, de repente, y dejé la frase inacabada. Lucinda asintió.

—Sí, «intentó suici...», como dices. La oía todas las noches. Lloraba por aquel hombre, por ese... —Hizo una mueca de desprecio—. Por ese Noah. Lloraba por él cada noche.

—Espere, se refiere a que... ¿no estaba enfadada con él?

—¡Al contrario! ¡Le pedía perdón! ¡Idiota, te he dicho que se volvió idiota!

El niño se acurrucó contra mi pecho y lo sentí como una corriente de aire fresco contra mi camisa. Lo que Lucinda estaba contando parecía lógico: ¿por qué Maria pondría a su hijo el nombre del hombre que odiaba? Eso hacía el misterio de su separación aún más insondable.

—¿Dónde está?

—En Israel.

—¿Regresó para estar con ese hombre?

—No lo sé. ¡Me temo que se fuera para cometer una tontería! —exclamó—. Dentro de unos días hará ocho años que volvió de Jerusalén.

Se puso a llorar, cogió su silla y empezó a tirar de las largas fibras de paja, que atrapaba con brusquedad y sacaba con nerviosismo.

—Por si acaso, te reservé un billete para Tel Aviv.

—¿Qué? ¡Pero no quiero ir a...!

Me callé. Acababa de recordar la promesa que le había hecho la víspera. Eso y una palabra que Lucinda había pronunciado poco antes.

—Egoísta... —susurré—. Ha dicho usted que había sido «egoísta» y que por eso la había aconsejado mal... ¿Por qué?

Suspiró, apretó el respaldo contra sí, apoyó su frente caliente en la madera.

—Por culpa de los celos. Por culpa del amor, pero no cualquiera: el que podría haber sido. Es terrible, los amores que podrían haber sido. No hay nada peor en la vida. No existen otros dolores parecidos.

El niño se incorporó, más atento que nunca. Me sentí cerca de descubrir una parte esencial de su vida y de la de su madre. Mi corazón comenzó a latir aún más rápido.

—¿Qué quiere decir?

—Maria no se alojó aquí durante su carrera por casualidad... La hice venir.

—¿Qué?

—¡Por mi culpa! —dijo, y me tendió las manos en un gesto de súplica—.
Todo fue por mi culpa.

En el hospital

13 días antes del Desgarro

Tengo un regalo para ti, Noah. Querías ir al mar, ¿no? Pues te he traído una concha. Toma. Mira, No', hay un gigante en el cielo, desgasta la luz de las estrellas, y cuando ya no brillan las descuelga y ¡las tira por encima de su hombro al mar! Ese ruido peculiar que oyes cuando te las acercas a la oreja es el canto que hacían cuando giraban en el espacio. Son nostálgicas esas estrellas caídas sobre la tierra. Han conocido el amor en el universo. Nada es igual después de eso... ¿Qué? ¿Qué dices? ¿Cuántas estrellas hay en el universo? No lo sé. Toma, te he traído harina... ¿Quieres que vayamos a poner un poco en el secador de las internas de guardia? ¿Qué? ¿Ismaël no ha vuelto y quieres saber lo que hay en la habitación 33? ¿Quieres saberlo? ¿Estás seguro de que quieres saberlo de verdad? Espera, me siento. ¡Qué silla más bonita! Me gusta. ¿Crees que encontraré unas así para mi casa? Pero a Manon no le gustaría. De todas maneras, a Manon no le gusta nada que viene de mí. ¿De qué madera dirías que es? ¿Haya? ¿Roble? ¿Qué? ¿La habitación 33? ¿No prefieres poner harina en los secadores de las enfermeras? Nunca pasarás del asunto, ¿eh? No conseguiré que lo olvides cambiando de tema. La habitación... Lo que hay detrás de la puerta 33. Creo que aún no estás listo. Lo siento. La próxima vez, te lo prometo, si estás listo, te lo cuento. No, para, no estás listo. ¿Estás listo? ¿Estás seguro? ¿Me lo prometes? Quiero que digas: «Te lo prometo». Muy bien, voy a

contártelo. Pero es un secreto. Muy bien, detrás de esa puerta hay...

Después del Desgarro

La historia de Maria

—Fue hace mucho tiempo, se llamaba Elio, tenía la cintura estrecha, los hombros anchos y ¡unas mejillas como para hacer sangrar la mano que le diera una bofetada! Venía de una buena familia y yo arreglaba sillas. Arreglar sillas... ¡Dios mío, qué cosa más pasada de moda! Ahora todo está hecho de plástico, ya no se arreglan las sillas..., se tiran.

Cogió una especie de clavo que introdujo profundamente en la pata de la silla. ¡Clac!

—Me quedé embarazada. Él no quería al niño. Me juró que se vendría conmigo, que dejaría a su familia, pero yo tenía que abortar. En misa nos decían que las niñas que hacían eso serían condenadas por los siglos de los siglos. Pero yo solo quería que Elio se quedara conmigo. Así que lo hice. Por él. Y no cambió nada, no.

Pasó a la segunda pata. ¡Clac! Y el niño volvió a sobresaltarse sobre mis rodillas.

—Se negó a hablar de mí a sus padres. «Arreglas sillas y arreglarás sillas toda tu vida», me dijo, y fue como si me echara una maldición.

Tercera pata. ¡Clac!

—La última vez que lo vi era un viernes, en una acera... Yo iba en un sentido, él en el otro. Su familia nos miraba. Me detuve, durante un instante estuvimos al lado el uno del otro. El aire olía bien, era primavera. La luz era

cada vez más amarillenta. Cerré los ojos. Me gusta imaginar que Elio cerró los suyos, pero es posible que solo riera, ya no me acuerdo, no se escoge la verdad. Besé su sombra en la pared. El mejor beso de mi vida. El mejor de todos. El último. No pasa un día sin que me pregunte hasta qué punto mi vida habría cambiado si me hubiera dicho que sí...

Última pata. ¡Clac!

—¿Habríamos tenido una casa grande? ¿Y a quién se habrían parecido más nuestros hijos? ¿A él? ¿A mí? Pienso en eso cuando como, cuando me aseo, cuando limpio este bar, cuando me miro en el espejo. ¿Quieres saber los únicos momentos en los que no pienso en eso, cuándo olvido?

No me atrevía a decir nada. La tristeza de esa mujer me asfixiaba. Dudé entre un sentimiento de engaño absoluto (¿quién era yo para escuchar las confesiones de ese pobre corazón enfermo?) y una curiosidad inoportuna, pero irrefrenable.

—Sí, Lucinda, dígamelo.

—Cuando arreglo esta silla. En cuanto termino mi trabajo, lo comienzo desde el principio. Porque... esta silla era la que arreglaba el día en el que nos vimos por última vez, aquel viernes, cuando me echó esa maldición. En ocasiones me digo que todo sigue igual, que es primavera, que tengo veinte años, que voy a levantarme de esta... —Mirada de asco por parte de Lucinda—. Que me levantaré de esta silla de ruedas, que dejaré la silla por fin arreglada, que saldré a la calle y que veré a Elio por última vez. Tendré la vida que me merecía, una vida de amor, y no de soledad.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Y qué fue de él?

—Como suele decirse, se casó «por amor...». ¡Se casó con una mujer muy rica!

Hizo rodar su silla hasta estar a mi lado y apoyó la cabeza en mi hombro.

Me quedé atónito ante ese gesto con el que parecía suplicar perdón.

—Esa mujer se llamaba Anna —dijo—. Anna Tulith.

Sacudió la cabeza.

—Tuvieron una hija, Maria. Luego Anna salvó a Elisabetta en el metro. El padre, al verse viudo, cogió el dinero de su mujer y desapareció, se fue al otro lado del mundo, a Jordania, creo, o a un país exótico parecido, para repoblar los desiertos con pequeños bastardos tan guapos como él. La pequeña Maria se encontró en un orfanato. Y yo, yo que estaba celosa, esperé pacientemente la primera ocasión para proponerle que se instalara aquí a precio muy bajo. Creo que... Me pareció que así conservaría un poco de él junto a mí... Como si hubiéramos tenido nuestra familia finalmente.

Puso la silla delante de nosotros. El niño aprovechó para saltar sobre ella.

—Debes de pensar que soy un monstruo —dijo Lucinda.

—No pienso nada.

—¿Tienes a alguien en tu vida?

Negué con la cabeza.

—Pues desconfía de las personas que te dicen: «El amor no hay que buscarlo, viene solo». Generalmente, esas personas son solteras sesentonas que tienen cinco gatos y hongos en los pies. O, peor aún, son personas que han acabado como yo.

Silencio.

—¿Por eso se fue Maria hace siete años? —pregunté—. ¿Porque se enteró de la verdad?

—Por eso y para ocultar su embarazo. Cuando le confesé todo el amor que sentí hacia su padre, se alteró. Le supliqué de rodillas que me perdonara. Creo que lo consiguió... Al cabo de siete años, pero lo consiguió.

—¿Qué pasó en Jerusalén? ¿Qué les pasó a Maria y a Noah?

—No lo sé. Pero me parece que fue algo terrible. Horrible, incluso. A pesar

de eso, sospecho que Maria sigue queriéndolo. Que aún lo ama con locura. Y eso puedo entenderlo, muchacho.

No dejaba de repetirme las palabras de Lucinda: «Cogió el dinero de su mujer y desapareció, se fue al otro lado del mundo, a Jordania, creo, o a un país exótico parecido, para repoblar los desiertos con pequeños bastardos tan guapos como él». Una idea absurda, terrible, una idea de novela barata o de tragedia griega me venía a la mente: ¿y si, por la más cruel coincidencia, el famoso Elio había vivido unas semanas en Israel? ¿Y si hubiera tenido un hijo, por ejemplo? ¿Y si ese hijo, una vez adulto, hubiera viajado a Italia donde su camino y el de Maria se habían cruzado? ¿Y si se hubieran enamorado antes de descubrir cuando ya era demasiado tarde los lazos de sangre que los unían? Eso justificaría el regreso precipitado de Maria a Roma, así como su descenso al infierno... Sin embargo, no explicaba el desinterés que la mujer había mostrado durante la hospitalización de su hijo.

—¿Cuándo despegamos el avión para Tel Aviv?

—Dentro de dos horas.

—¿Esta tarde? Pero... ¡pero si es Navidad! —exclamé, y experimenté la sensación de saltar al vacío.

—Lo sé, y lo siento. Nunca he viajado ni viajaré. La única vuelta que he dado en mi vida ha sido la de la cacerola para agarrar el mango. La verdad es soy demasiado vieja para ir a Jerusalén, si no...

Dejó la frase sin acabar y a su interlocutor con dudas. ¿Cómo iba a negarme a ir? Mi promesa, el insoportable temor del que era víctima, esas preguntas obsesivas sin respuesta, todo me obligaba a doblegarme.

—¿Qué debo hacer? —pregunté con una voz débil y vencida.

—Te he hecho una lista: hay seis Noah Korber en Jerusalén.

—¿Korber?

—Es su apellido. El que leí en la hoguera que Maria hizo con sus cartas.

Me dio un papel, me lo guardé en silencio.

—Encuentra al bueno, y encontrarás a Maria. ¡Sálvala, por favor, sálvala!

Silencio. Desenfundé mi cámara de fotos. Lucinda había dejado la silla de lado, delante de una pared blanca, y el niño estaba encima, en cuclillas, con las rodillas juntas bajo la barbilla. Si pegaba mi nariz a la foto casi podía verlo: aquí el brazo izquierdo abrazando las rodillas, allí el brazo derecho posado sobre el respaldo de madera. No sonreía, pero tenía aspecto de estar tranquilo por saber ahora un poco más sobre sus orígenes. No quería perderme esa imagen de él, la de niño tranquilo. Quizá mediante verdades reveladas en secretos desvelados estaba aupándolo hacia el paraíso. Quizá cuando conociera por fin toda la historia se iría.



—¿Sabes cómo es Maria, chaval? —preguntó Lucinda, que me había

mirado sin decir nada mientras hacía la foto.

—La vi en el trabajo, pero solo tres o cuatro veces. No venía demasiado... Creo que huía de su hijo o del hospital. Puede que de ambos.

—De todas formas, la reconocerás fácilmente. Seguro que, desde hace siete años, camina apretando secretos en sus puños.

Pasé la práctica totalidad del vuelo a Tel Aviv dormitando y abrí los ojos a las diez de la noche, cuando el avión sobrevolaba lo que parecía una gota de un azul límpido sobre la pantalla de información.

No' estaba acurrucado contra mí. Dormía, y a veces contraía la cara en una mueca de miedo, o puede que de intenso estrés.

—¿Sabes lo que vamos a descubrir allí, Noah?

El chico no podía imaginarlo.

De hecho, yo tampoco.

En el hospital

13 días antes del Desgarro

—Detrás de la puerta treinta y tres hay una habitación como la tuya, con una ventana, juguetes, una silla y una cama. Sin embargo, no es una cama normal porque en el colchón hay también una puerta, pero minúscula.

El corazón de No' comienza a latir tan aprisa como el de Jo'. El de No' porque tiene miedo, el de Jo' porque está mintiendo a un niño.

—¿En la cama?

—Sí, pero no es una puerta como las otras, es... particularmente pequeña.

—¿Pequeña?

—Como un ojal, No'. Y de oro y marfil. ¿Quieres saber lo que hay detrás de esa puerta?

—Sí.

—Hay un puente arcoíris, y detrás de ese puente arcoíris hay una carretera, la carretera Treinta y tres, que permite ir a donde sea.

—¿A donde sea?

—Sí, a donde sea, para comer lo que quieras y jugar con la persona que desees. Jugar todo el tiempo.

—¿Qué hacen los otros niños para ir a esa habitación?

Jo' coge la silla de madera de la esquina y se sienta en ella cerca de la cama. No puede obviar la verdad porque existe y es ajena a él. Pero sí

puede inventar la mentira; mejor aún: puede crearla. Crear un lugar tranquilizador. El que el niño desee. Porque lo importante es que ese niño solitario, al que ha acunado y llevado en sus brazos disfrazado de canguro, no tenga miedo de lo que va a pasarle.

—Hay que mantenerse digno —explica el joven—. No tener miedo. Ser valiente.

—¿Por qué?

—Porque ese puente arcoíris no se abre para cualquiera. Hay que reunir tres cualidades: la serenidad de un sabio, el corazón puro de un caballero y la solidez de una armadura blanca.

Jo' es un negado para las historias. ¡Negado, negado, negado! ¿La solidez de una armadura blanca? ¿De verdad? Está muy visto. Menuda obviedad... Qué falta de imaginación.

—¿Cómo sabemos que tenemos esas tres cualidades, Jo'?

—Debes superar las pruebas. Pruebas difíciles. ¿Conoces la primera?

El pequeño niega con la cabeza una y otra vez. Jo' lo mira con ojos enigmáticos, se levanta, asoma la cabeza por el pasillo, comprueba exageradamente que no hay nadie y, acto seguido, se vuelve hacia el niño con un dedo en la boca.

—Ve preparándote, porque ahora te lo revelaré todo.

TERCERA PARTE

En Jerusalén, el padre

Después del Desgarro

La historia de Maria

Irse a Jerusalén de manera impulsiva, la víspera de Navidad, sin haber reservado un sitio donde dormir... ¿Acaso hay algo más temerario en el mundo? Excepto fumar un pitillo al lado de una bombona de oxígeno, no se me ocurre nada más, nada.

Después de viajar cuarenta minutos en autobús, durante casi cuatro horas, deambulé por las callejuelas en busca de una habitación de hotel. En todos había un cartelito donde se leía: «Completo». Se suponía que esa noche un dios debía nacer cerca, en algún lugar de Belén. Y al pie de las chimeneas.

No', pálido y sereno, se paseaba con un colchón detrás de él, un colchón en vertical y que parecía pegado a su espalda y a sus pantorrillas, y que lo seguía como su sombra. Inconsciente de la complejidad de nuestra situación, el niño ocupaba su eternidad mirando los coloridos juguetes de los escaparates. Me acerqué. Disfraz de enfermera para las niñas, disfraz de médico para los niños... Me deprimió.

Finalmente eran las once de la noche cuando trepamos la verja de un jardín: el parque de la Independencia. Miré a derecha y a izquierda; nadie. El frío, travieso, me hacía castañetear los dientes como si jugara con ellos a las matatenas. Me puse tres pantalones, unos sobre otros. En la parte de arriba, cuatro camisetas y cuatro jerséis. También me enfundé dos pares de calcetines. Una alfombra miserable, sacada de un contenedor para basura del parque, se

convirtió entre mis manos en una manta y unos matorrales situados detrás de un banco, entre dos excrementos, me sirvieron de cobijo. Más arriba, abandonados al pie de una papelera, había una jeringuilla y un preservativo usados.

—¿Es que no estamos bien aquí, No’? ¡Y encima en Nochebuena!

Al ver los columpios, un tobogán, un balancín y un montón de chismes para divertirse, el pequeño de Maria dejó que el colchón que tenía detrás se desvaneciera y se subió a un torniquete de chapa decorado con unos grafitis de una obscenidad sin nombre.

Con toda la convicción de la que fui capaz, animé al niño:

—¡Vamos, No’, diviértete! ¡Vamos!

Él no tenía la menor idea de toda esa suciedad que nos rodeaba o de la abominable vulgaridad del mundo de los adultos.

Saqué de mi bolso las hojas de Maria que Lucinda había salvado de la hoguera y las ordené cronológicamente. La mayoría de ellas tenían las esquinas ennegrecidas por las llamas. La primera databa de la época en la que Maria era estudiante en el departamento de Teología, dos meses antes de su viaje a Jerusalén. Me ceñí la alfombra sobre los hombros e incliné el papel para aprovechar la luz de la luna, contento de volver a ver la bonita letra de Maria.

... ¡U qué feliz soy desde que conocí a Noah!

Sucedió así: fui a Borgese para hacer correr a Gatsby y me senté en un banco con un paquete de galletas entre los muslos. Iba lanzándole de vez en cuando una y el perro corría para comérselas. Hacía volteretas con las prisas. Yo reía. En un momento dado, Gatsby desapareció entre unos matorrales y un individuo corpulento y

tatuado se sentó a mi lado.

—Eres encantadora, pequeña —me dijo—. ¡Cuánto me gustaría conocerte!

Se deslizó a lo largo del banco y se pegó a mí lo suficiente para que pudiera sentir su olor de almizcle.

—Tienes unas piernas muy bonitas... ¿A qué hora abren?

Metió una mano en el paquete de galletas, se sirvió y se las zampó una tras otra. Me quedé paralizada, y cada vez que él cogía una yo notaba su mano hurgando entre mis muslos. No dejaba de mirarme, seguro de él, con aire triunfante, como si ya le perteneciera. Le dejé hacer hasta el final. Cuando terminó con todas las galletas me levanté, llamé a gritos al perro y Gatsby vino corriendo.

—¿Eh, chica, no te quedas? —me preguntó el tipo.

Meforcé a reír con todas mis fuerzas y le mostré el paquete vacío.

—No puedo. Tengo que devolver a Gatsby a mi mejor amiga. Además, ¡usted se ha comido todas mis galletas para perros!

El tatuado se levantó (tuve miedo, creí que iba a pegarme), se restregó la boca y dedicó a mi madre un montón de adjetivos desagradables... ¡Dobre Anna! Después dio una patada a una caja de cartón, pero estaba llena de piedras, así que soltó un grito, maldijo otra vez y luego se fue cojeando.

Entonces oí un ruido detrás de mí. Alguien había asistido a la

escena y se reía. Era una risa escandalosa, cristalina, inocente. Infantil.

Esa risa pura, fácil e insolente era de Noah.

Maria seguía con la descripción de su primera cena y, después, de su primera noche. Al día siguiente por la mañana, se despertó al lado de Noah en un estado de agitación interior insoportable, según escribió, y decidió poner fin de inmediato a su relación:

—Lo que pasó ayer no volverá a ocurrir —le dije temblando de los pies a la cabeza.

—Como quieras.

—Solo nos incumbe a ti y a mí.

—Como quieras, Maria.

—Fue un error, Noah.

—Como quieras.

—¿Por qué repites «como quieras»?

—No lo sé... ¿Qué quieres?

—¡Quiero dejar de temblar! —grité—. No quiero tener miedo nunca más. ¡Quiero ser feliz! ¡Ser libre! Quiero quererme un poco y que Dios me quiera. ¡Y quiero dejar de gritar!

—Muy bien —dijo Noah con voz serena—. Como quieras.

Me habría gustado continuar con la lectura, pero se puso a nevar y temí que

las hojas se mojaran. Delante de mí, el pequeño inocente daba vueltas con los brazos tendidos hacia el cielo.

Le sonreí como si no estuviéramos corriendo ningún riesgo.

No me arrepentía de estar allí, con esa pequeña alma flotante, y leer la historia de su mamá, pues lo más importante para mí era devolvérselo a su madre y para ello iba a hacer lo que fuera.

El niño gris agitaba las manos hacia mí con cada vuelta y, con cada vuelta, yo le devolvía el gesto. Menuda estupidez. Los padres hacían eso con sus hijos, así que yo los imitaba.

Los copos que caían eran cada vez más grandes.

—No es frecuente que las nubes pierdan sus plumas, ¿eh, No’?

Frenó con los talones en la tierra, en el barro, en la nieve y en el más allá. Me miró sin pestañear. Estaba ese mundo, el mío, y el del niño. Nada verdaderamente sólido los separaba.

—¿Vienes? —le pregunté—. Te hago sitio.

Se instaló a mi lado, sobre unas hojas de periódico onduladas por la humedad, y contemplamos las luces sin decir nada. Silencios espesos nos caían encima, insoportables. Mis manos-manoplas-calzetines se agitaron sobre mis rodillas.

—Noah, di algo, por favor. Es Navidad... ¡Vamos! Di algo.

Apoyó su pequeño mentón sobre sus pequeñas palmas, con la mirada traviesa, pero con los labios desesperadamente apretados. Todo estaba tranquilo. En algún sitio unas campanas dieron la medianoche, pero no hubo ni regalos, ni ruido de campanillas ni un hombrecillo barrigón y barbudo vestido de rojo. Solo campanas de iglesia. Millares de campanas de millares de iglesias. Me pregunté qué edad tenía yo cuando maté la magia de la Navidad o si lo que ocurrió es que ella sola murió de vieja, luego me acosté de lado.

—Te gustan mucho esos juguetes de los escaparates, ¿eh?

No' se mordió los labios.

—Esperemos que Papá Noel te los regale, ¿vale?

Otro mordisqueo labial. Me sentí tan triste que no añadí nada más. Que un fantasma de siete años creyera aún en Papá Noel era el reflejo demoledor de un mundo mal proyectado, mal diseñado y mal ejecutado. De alguna manera, la prueba última de que Dios no existía.

La foto del crío en cuclillas, de espaldas bajo la luz anaranjada de una farola, con la mirada vuelta hacia la ciudad iluminada que desaparecía detrás de un muro blanco de nieve que se desplomaba; esa foto del niño agachado, con sus pequeños pies perdidos en unas zapatillas de deporte abandonadas, es lo único que me queda de esa Nochebuena. Zapatos de adulto, negros, casi nuevos, con el logo blanco en el tacón y los cordones sin atar. Noah nunca volvería a ponerse unos como esos.



En el hospital

13 días antes del Desgarro

—Tienes que empezar poniéndote la bufanda del Silencio, pues la puerta solo se abre a los niños que saben guardar un secreto. No puedes repetir a nadie, bajo ningún pretexto, nada de lo que te cuento acerca de este lugar. Algunas personas te tenderán trampas. Habrá falsas enfermeras, falsos médicos, dirán que vienen a verte para sacarte sangre, explorarte, tomarte el pulso, pesarte; sin embargo, todo eso formará parte del primer test, porque querrán saber lo que hay detrás de la puerta y cómo entrar; pero les harás creer que no sabes nada, te mostrarás sereno como un sabio, ¿vale?

—Vale.

Jo' levanta las manos hacia el techo y descuelga una percha invisible. Le muestra los antebrazos tendidos, como si llevara una tela suave y preciosa.

—No la ves, no la sientes, y aun así está aquí.

Hace como si desenrollara una tira de tela larga, muy larga, y luego dibuja con ella varios círculos alrededor del cuello del niño, maravillado por la ligereza de la bufanda.

—¡Alza la barbilla!

—¿Así?

—Sí, así. ¿Te aprieta?

—No.

Termina de anudarle la misteriosa bufanda y da un paso atrás.

—¡Perfecta, absolutamente perfecta!

—¿Debo quitármela cuando me lave?

—No, déjate la puesta. Tienes que llevarla hasta el final de las pruebas, ¿vale?

—Vale.

El niño levanta la mano derecha, chocan las palmas.

—¿De veras pensabas que estabas en el hospital?

—Claro.

Jo' ahoga una risita en el cuello de su bata.

—¡Pfff! ¡Las cosas son mucho mucho más complejas!

Cuando se marcha de la habitación, una enfermera entra, empujando un carro de medicamentos. Jo' hace un guiño al niño, y este se lo devuelve enseguida.

La primera prueba acaba de empezar.

Después del Desgarro

Jo' y No'

Aquella mañana, sorprendido de seguir vivo, empujé hacia abajo la alfombra, que se había convertido en una tumba blanca, y me incorporé vestido con mi ropa maloliente. La nieve se deslizó hasta mis pies en placas enteras, y me di cuenta de que un alma caritativa había puesto entre la alfombra y yo un abrigo de piel vuelta. De corte recto, botones con ancla de barco, cuello con forro de zorro tornasolado. La textura rugosa del cuero, los pliegues con vetas marcadas, el contraste del cuello rígido con el forro suave... Ese regalo del cielo daba la impresión de haber sido moldeado en una concha.

No dudé ni un solo segundo de la suerte que habría corrido sin el abrigo. Me cubrí los hombros al tiempo que dirigía una oración muda al buen samaritano que había pasado por allí. Ese cuello era tan sedoso al tacto que cuando lo tocabas tenías la sensación de que entre tus dedos corría oro fundido. ¡Qué emoción! Ni siquiera Heracles al ponerse sobre la cabeza la piel vintage del león de Nemea habría experimentado mayor placer ni un estremecimiento tan intenso como los que yo sentía en ese preciso instante en el que, con todos mis sentidos alerta, encajé el cuello en esa piel de zorro con la perfección de una llave en su cerradura. En ningún momento se me pasó por la cabeza que se trataba de un abrigo de mujer. Lo acepté sin hacer preguntas. Después de todo era Navidad.

—¿Ves? Ahora también lo llevo a él a mi espalda. ¡Aunque es mejor que tú,

No'! —exclamé.

Pero el niño se había volatilizado, y eso me alivió de un peso inmenso. Se ausentaba poco. No obstante, cuando lo hacía yo respiraba. Sentía su presencia como ese dedo helado que alguien posa en la parte baja de la espalda ardiente de un enfermo febril y que, por leve que sea, consigue agarrotarle el cuerpo entero.

Había nevado tanto esa noche que la tierra estaba tan brillante como el cielo. Así descubrí Jerusalén por primera vez, toda de marfil, de perlas inmaculadas, pura. El sol se levantaba y, progresivamente, cubría de oro la antigua torre de David y las almenas de la ciudadela. Los pórticos de piedra, los anillos de bronce colgados de los viejos muros, la arena y las casas bajas, todo estaba bañado del rojo límpido de las mañanas de Oriente. El sol excitaba la ciudad y la temperatura subía. La vida, los hombres, como los bacilos a la luz del microscopio, salían de su letargo. Empezaba a haber agitación en las avenidas.

Dejé mi campamento sin volver la vista atrás, y la única pensión que pude encontrar la descubrí después de cuatro horas de llamadas sin respuesta, de desesperanzas y de vagabundeo tenaz. Estaba situada entre un centro comercial nuevecito y la vieja ciudad de Jerusalén, por la parte de la puerta de Jaffa. Quedaba una cama libre. Una escalera empinada y pérvida, ocho colchones por dormitorio, sábanas beis, paredes blanco roto y una solería de color arena completaban la sinfonía de tonos claros de mi nueva habitación.

Al frente de la pensión Chlomo Dodo estaba un hombre gordo que no se llamaba Chlomo, sino Saül, y cuyo cabello era *made in China*. Y es que disponía de siete postizos diferentes, que exhibía sobre un tocador cerca de la entrada. Celebraba el Sabbat, pero solo con el fin de preservar la reputación del lugar, porque no era judío. De hecho, no era ni musulmán ni católico; era algo más moderno: científico. Así, ponía a disposición de los inquilinos un

telescopio para contemplar las estrellas y estar en primera fila para cuando — lo decía en serio— los descendientes del dictador Príncipe Xenu de la Confederación Galáctica regresen a Teegeeack (la Tierra) para liberarnos de los Thetanes, especie de fantasmas de extraterrestres que se cuelgan de nuestros pensamientos y nos provocan depresión, astenia y pesadillas.

La cabeza de mi casero era gorda y blanda, y presentaba unas deformaciones increíbles. «Su madre debió de parirlo por el culo», habría dicho mi abuelo sonrojándose un poco. Lo que es seguro es que Saül había mantenido esa forma. Bajo sus prominentes arcos superciliares, un ojo cogía las cerezas y el otro vigilaba al guarda. Fuera como fuese, yo estaba feliz de poder calentarme el trasero y comer.

Saül había ocupado un puesto importante en la industria aeroespacial estadounidense, y cuando lo despidieron se fue a Jerusalén; de eso hacía seis años. Para olvidar sus sinsabores profesionales, se unió a una asociación de aprendices cocineros israelíes y palestinos que trabajaban por la paz. Los unos aprendían a cocinar la comida de los otros, para luego compartirla todos juntos. Saül me contó que lo habían ordenado «gran caballero de la Orden del Humus», una distinción rara en Jerusalén, donde no se bromeaba con los garbanzos (la semana siguiente a la terrible guerra de los Seis Días, los judíos hambrientos se reabastecieron en masa, en los barrios musulmanes, elevando el hummus al rango de símbolo nacional de una tentativa de paz en la que israelíes y palestinos se pusieron por fin de acuerdo en algo: ¡el hummus estaba rico!).

El desayuno constituía el plato principal en Israel y los restaurantes lo servían durante todo el día. El *shakshuka* se componía de huevos pochados en una salsa de tomate, acompañados de queso, atún, aceitunas, lechuga y crema. Me habría gustado esperar a No' para leer, pero el niño no había aparecido desde que me había despertado, de modo que cogí otra de las páginas del

diario, la segunda, y observé la fina y curvada letra de la madre del pequeño. La fecha estaba un poco quemada, faltaba el principio del texto y las ideas plasmadas eran erráticas. Sin embargo, entendí lo principal: Maria acababa de llegar a Jerusalén y Noah, después de haberla iniciado en los placeres de la gastronomía israelí, le había hecho descubrir un bar diferente de los otros y del que ya había hablado en una postal que envió a Pozzinina y Lucinda. El Shoshan Bar, «el lugar más valiente del mundo».

... Que intenta hacerse olvidar en una callejuela adyacente a la gran avenida de Jaffa Street. A ese bar le han hecho de todo... Le han tirado piedras, lo han destrozado. La última vez le lanzaron cócteles molotov.

—Dos veces destruido, dos veces reconstruido, ¡como el Templo! — me explicó Noah con los ojos brillantes de orgullo.

Al anochecer, los jóvenes llegan desde todos los rincones de la ciudad, los ultraortodoxos pegándose a las paredes del barrio de Mea Shearim y los jóvenes palestinos colándose en los túneles que unen Israel con la Franja de Gaza. Los grupos se transforman en sombras que se mueven por las avenidas, se separan, ralentizan, aceleran, se reencuentran, se separan otra vez, los dientes les castañetean porque temen que los pillen, retoman su carrera mortal para, con un poco de suerte, llegar por fin al Shoshan.

—¡Aquí, no hay palestinos ni israelíes, solo hay tortilleras y maricones! — me dijo Noah riéndose y levantando el puño. Lo que

todos los diplomáticos del mundo no han conseguido hacer, una sencilla orientación sexual minoritaria y oprimida lo hace cada noche. ¡La concordia! ¡La fraternidad! ¡El amor!

La fachada es de madera. Chicas y chicos beben cerveza entre carcajadas. Bailan durante toda la noche. Y al amanecer ninguno se va solo a casa.

Fuera, en la esquina de la calle, no es raro ver uno o dos barbudos con chilaba mirando fijamente la entrada del bar. Nadie entiende sus miradas, por lo menos no enseguida. Anoche vi a uno con los ojos fijos y las manos en los bolsillos de su túnica, acariciando un cuchillo.

—Déjalo —me dijo Noah—. No tiene derecho a querer a quien le gustaría querer. Su corazón fisuró su alma en dos.

Me reuní con el grupo. Noah daba una clase de pulso (Noah es invencible al pulso) y consejos de autodefensa verbal a unas amigas.

—Cuando un tío te suelta: «Eres muy guapa, nena, ¿te apetecería tomarte un café conmigo para conocernos?», y tú no quieres, tienes que echarte a reír, decirle que no te importa su opinión y que no deseas conocerlo. Acto seguido te metes un dedo en la nariz y te la hurgas hasta el fondo poniéndote bizca.

Me reí. Noah también. Una risa perfecta. Nunca la olvidaré. Una risa así te salva de todo. Sin embargo, no podía dejar de echar

un vistazo hacia la esquina de vez en cuando para observar las miradas amenazadoras de los hombres. Seguía allí un tipo; reparé en que tenía el ojo izquierdo lleno de odio, pero el derecho lleno de envidia. El deseo se concentraba en su cara en una mancha blanda y sucia, le temblaba en la punta de la barba y goteaba sobre el suelo. Avanzaba, reculaba. Como si pensara: «¿Voy? ¿No voy?». Anoche, qué horror, vi a un hombre que pisaba un charco de vergüenza. No apartó la mirada de mí. Era guapo como Antínoo, y como a él le ardía la mirada. Es terrible odiarse tanto como para querer matar a otro... Es duro dejar de mentir. Apuñalar a alguien es menos difícil que mirarse en el espejo.

¡Dios mío! ¡Hay que ver lo siniestra que estoy esta noche! ¡Vuelve en ti, chica! ¡Y todo esto para decir que me encanta ese sitio y que Noah y yo bailamos allí hasta el amanecer! Conocí a todos sus amigos. Volvemos esta noche, pero en misión secreta esta vez. Me explico. En Jerusalén, los carteles de los cines, en los autobuses, deben respetar ciertas normas para no molestar a los ultraortodoxos. A Tarzán, por ejemplo, el protagonista de la película de Disney, han tenido que alargarle aquí el taparrabos unos veinte centímetros. ¡No conviene que se vean los muslos peludos y musculosos de Tarzán! Cuando *Sex and the City* se estrenó, eliminaron la palabra «Sex»! Se leía, pues: «And the city», pero como la gente seguía pensando en

ella prohibieron la promoción de la película.

Hay brigadas (Noah las dirige) que de noche pegan carteles en las paredes. Nada atrevido, no. Nada de cuerpos desnudos. Son retratos de mujeres, solo retratos de mujeres. Me gusta esta forma de resistencia. Ocupa el espacio, cuestiona el orden moral.

PD: Anoche, antes de dormirnos, las últimas palabras de Noah fueron: «Te quiero, María, nunca quise a alguien así. Y porque mi mundo sería más triste sin ti, me alegro de que existas». ¡Nadie me había dicho eso jamás! Hacemos el amor todo el día. Me siento guapa, mujer, deseable, deseada y... ¡agotada!

Temblé al dejar la hoja en la mesa. Bajo mi mirada florecía una identidad femenina. Los orígenes de No' se anunciaban también, por el comienzo de una historia de amor que sabía que había terminado mal.

Acabé mi plato y me subí en un *sherout* (así se llaman los minibuses aquí) para visitar al primer Noah Korber de mi lista.

Cuando llegué a mi parada de destino y bajé los escalones del vehículo di la bienvenida con alegría al sol de media tarde.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —exclamé al ver al niño acurrucado al pie de un árbol.

Trenzaba puñados de hebras de hierba seca que salían de la tierra como esos mechones de algunas santas españolas cuyo fantástico cabello sigue creciendo después de su muerte.

—¿Vienes, No'? ¡No tenemos todo el día!

Me miró, se levantó, vino hacia mí. Alargó la mano, casi cogió la mía, la atravesó, dejó caer el brazo.

Cuál fue mi sorpresa cuando llegué a la dirección indicada después de tres otras horas de deambular al azar por las calles: era un viejo hospital psiquiátrico. Puse bajo la nariz mi acreditación de médico al enfermero de guardia, fingiendo que era de la familia. Ese Noah Korber, zapatero ruso de treinta años, había hecho su *aliyá* y sufría el «síndrome de Jerusalén». Apenas había pisado Tierra Santa y, ¡chas!, se había creído Jesús, Aristides e incluso María, corriendo desnudo por la calle al estilo de Adán. Predicaba el fin del mundo para el día siguiente... desde hacía diez años.

—Hay que entenderlo, su vida era triste y organizada. Aquí se puso a esperar. Por primera vez en su vida tenía esperanza —me explicó el enfermero a cuyo cargo estaba Noah antes de acompañarme amablemente hasta la salida.

Me sentía decepcionado y, además, ya era tarde para visitar al segundo Noah Korber. Taché el primero con la satisfacción del trabajo cumplido.

Había decidido retomar la pista del Shoshan Bar cuando, al ir al hotel para ducharme y arreglarme, Saül agitó las dos nalgas que le servían de mejillas.

—¡Eh! Una mujer pasó esta mañana y dejó una nota.

—¿Una mujer? ¿Qué mujer?

—Más bien guapa, de unos treinta años.

Me mostró una larga tira de papel rasgada antes de recolocarse las gafas.

—Rubia. Con los ojos húmedos y la barbilla temblorosa. Le ofrecí un trozo de papel higiénico. Le dije: «Cuando uno llora, se sorbe los mocos. Dios inventó los mocos para que podamos derramar toda nuestra tristeza en los pañuelos». Luego le propuse tomar un té, pero no quiso, no quería esperar. Entonces...

Lo interrumpí arrebatándole la nota de las manos, y me dejé caer en el sofá de la entrada al reconocer la letra apretada y vivaracha de la madre de Noah:

Perdón, perdón, lo siento, perdón, lo siento, perdón...

En el hospital

12 días antes del Desgarro

La penúltima vez que Maria Tulith va a ver a su hijo la visita es rápida y tiene lugar doce días antes del Desgarro.

Maria entra en la unidad, avanza lentamente delante del personal, no baja la frente, sino que camina con la cabeza alta, con los hombros hacia atrás, y hace como si no oyera los cuchicheos a su paso.

Llama a la puerta y entra en la habitación.

—Cucú, ¡adivina quién está aquí!

El niño se lanza a su cuello con los brazos abiertos y gritando de alegría. Juegan juntos toda la mañana, hasta que una enfermera entra.

—Puede irse, si quiere, es la hora de los cuidados.

El tono es seco, sin calor.

Maria besa a su hijo.

—Te prometo que estaré aquí cuando vuelvas, No' —le susurra al oído. Luego dice a la enfermera—: Esperaré en el pasillo. He visto que había sillas y una pantalla de televisión.

Se instala delante de la tele con su cuaderno en la mano. Lo abre, coge un bolígrafo, duda. «¿Puedo?» Niega con la cabeza. No ha de preguntarse eso. Puede, y sobre todo, debe.

Hubo un mes en el que, durante varios días, te levantaste por la mañana grogui, titubeante. Como borracho. Me decías: «Estoy cansado», y te dormías en clase. La maestra me llamó. «Mañana lo llevo a nuestro médico de familia», le prometí (tú lo llamabas «el médico de nosotros» porque tu familia éramos tú y yo, y nuestro hogar era nuestro pisito en París). Te sacaron sangre y el médico quiso que fuéramos a un especialista, el doctor Cheaumont. En su sala de espera, donde escribía y te miraba mientras jugabas, volví a pensar en tu concepción, en el día de tu nacimiento, en mis sentimientos encontrados. No te deseaba, No'. Sin embargo, fui yo la que te enseñé a hablar. Balbuceabas. Decías «M» sin parar: «Eme, eme, eme...»; no «mamá», sino «eme». Y era como una exhortación, como si me animaras... a amarte. «Eme»: «Ama».

¡Soy una negada!

A M A.

¡Tengo tanto miedo...!

A M A.

¿Lo conseguiré?

A M A.

Me contestabas siempre «eme», y yo entendía que estabas dándome una especie de indicación, una instrucción de uso: «¡A M A!».

Caminaste muy pronto y después te enseñé a montar en bici. Una

bici rosa con ruedines y con flecos que colgaban del manillar. Una ganga por la que me peleé con otra mamá en un miserable supermercado de saldos para madres solteras sin ayuda.

Nunca tenías miedo de caerte. En realidad, no tenías miedo de nada. Yo sí, siempre.

Te gritaba: «¡Mantén tu dirección! Ni demasiado a la derecha, ni demasiado a la izquierda. Imagina que vas en el ala de un avión».

Llegó el tiempo de la escritura. Por la noche salía a toda prisa del trabajo: descender corriendo las calles, las escaleras, entrar en el bus, el metro, todo para ir a buscarte a la escuela. Nunca pedí a nadie que lo hiciera por mí. Volvíamos a casa cogidos de la mano y luego en el apartamento me aseguraba de que dibujabas bien las letras. A cada progreso hacíamos el baile de la letra: formábamos un corro, tú y yo, y dábamos vueltas mientras cantábamos y dábamos palmadas. Eras un niño aplicado, querías hacerlo bien. Por interés, pensé. Pero no, era para hacerme feliz, para verme reír, bailar y girar a tu alrededor.

Te di una pizarra y unas tizas, y te contagié el gusto por escribirnos notitas. Te animaba a leer todo —el paquete de cereales de un euro, la parada del autobús—, tanto mentalmente como en voz alta.

Un niño tiene el poder de enternecer incluso lo más áspero que hay en ti, te ablanda. La cabeza apoyada en tu hombro, su aliento en tu mejilla cuando duerme en tus brazos, su torpeza cuando se peina, esos

gestos de adulto en miniatura, el calor de su cuerpo, su manera de comer, voraz y festiva a la par.

Da la vuelta a tu alma como si se tratara de un guante, No'; te limpia todo antes de recolocarlo en su sitio, puro.

Estaba perdida en mis pensamientos cuando el doctor Cheaumont vino a buscarme.

«¿Sangra a veces por las encías?», me preguntó.

Eso te pasaba de vez en cuando. Pero no mucho; de lo contrario, me habría preocupado.

El especialista no dijo nada. Pero analicé sus gestos. Lentos. Llenos de precaución. Su duda. El tiempo que intentaba ganar lavándose las manos. Carraspeando. Removiéndose en su silla al otro lado de la mesa de su despacho.

Entonces entendí lo que iba a pasar. Era muy primitivo, como un presentimiento. Animal.

No te había deseado. Hasta había llegado a odiarte, No'. Después acabé por aceptarte. Y luego amé como una loca aquello que había aceptado.

Durante mucho tiempo creí que no podía haber nada peor que tenerte en mi vientre, eso y todo lo que perdí cuando naciste. Pero ahora que lo había superado no me imaginaba que sí había algo peor, y era que pudieran decirme: «¿Lo quiere ya? ¿Por fin lo quiere?»

Locamente, ¿no? Pues la muerte va a llevárselo».

¿O lo sentí como una maldición en una maldición, un castigo en el castigo.

Maria se ve obligada a detener su relato porque un hombre se acerca a ella. Alto, moreno, con aire tosco. Señala el asiento a su derecha:

—¿Está libre?

Después del Desgarro

Jo' y No'

Todavía hoy, cuando pienso en cómo se desarrollaron los acontecimientos, me digo que en esa fase de mi viaje todo podría haberse quedado como hasta entonces. Habría dejado Israel como se abandona una habitación en la que entramos por casualidad. Ojalá no me hubiera empeñado en encontrar aquel lugar, el Shoshan Bar, y no hubiera conocido a aquella chica, Nini.

Se acercó a mí con un top amarillo fluorescente y unos vaqueros azules ceñidos, tan delgada y dura como un navajazo en un vientre liso. Y guapa también, con los ojos saturados de *eyeliner*. A nuestro alrededor sonaba una música tonta, facilona, que hacía pum-chac en nuestros conductos auditivos con la misma sutileza que un colonoscopio. La chica de grandes pupilas oscuras avanzó. Pum-chac. Se rio, bajó la frente, volvió a levantarla, sonrió. Ella ya sabía que había ganado, que yo llevaba un pesado secreto, pero no le importaba, incluso le gustaba. Me dijo en un inglés impecable:

—Te brillan los ojos, ¡y quiero jugar con eso!

Asentí y le sostuve la mirada intentando darle la impresión de que estaba presente. Había bebido mucho y estaba obsesionado por la nota de la madre de No'. Así que Maria Tulith sabía que yo estaba buscándola... Lo sabía y me rehuía. ¡Una mujer huyendo de un hombre que huía de un niño! Una historia de locos. Quedaban cinco Noah en mi lista. ¿Quizá Maria estaba buscándolo también? ¿Cómo me había encontrado? ¿Por qué me había escrito ese

mensaje? ¿Estaba yo tan cerca de la verdad? ¿Del misterio que rodeaba el nacimiento del niño? Al guardar la nota había tomado la decisión de ir a ese bar y bailar, una manera como cualquier otra para dejar de pensar, pues pensar a veces es como mirar el sol de frente.

Charlé mucho con Nini, el encantador mapache de melena interminable. Era de esas chicas a las que les gusta luchar. Daba clases de inglés y francés en una escuela inclusiva (las clases se impartían en árabe y hebreo a estudiantes de todos los orígenes, con asignaturas obligatorias de «historia común» en las que intentaban destacar los puntos culturales que unían a árabes e israelíes, y no aquellos que los diferenciaban). Sus conocimientos de historia le habían permitido conseguir un empleo de acompañante *freelance* en agencias de turismo. Aproveché la ocasión.

—Busco a un hombre que vive en Jerusalén, fíjate. ¿Podrías servirme de guía?

Agitó una mano.

—¡Solo si bailamos!

—¿Qué?

—¡Bailar! —gritó.

De repente, un hombre surgió entre nosotros. Pensé: «Ya está, Jo', es su novio, y si sigues hablando con su chica te besará con su puño». Pero no, no pasó nada. Nada malo, quiero decir. El tipo era su mejor amigo y yo le gustaba. Me pillaron en un sándwich: Nini se colocó detrás de mí y se frotó contra mí. Tenía dos salidas posibles: o bien pasaba la mejor noche de mi vida, o bien acababa de caer en una emboscada y me despertaría al día siguiente en una bañera desprovisto de mi riñón derecho y de mi dignidad.

Tenía dos riñones, pero una sola vida. Los chicos, las chicas, el tráfico de órganos, ¿qué importaba? «No hay bastantes noches en una vida para permitirse malgastarlas durmiendo solo», pensé. La verdad es que estaba

dándome cuenta de que había vida después de Manon y, a lo mejor, hasta la posibilidad de ser feliz.

El chico se llamaba Ibraheem. Descuartizaba terneras en carnicerías *halal*.

—Los animales ya están muertos, no los degüello —me precisó en un inglés más que aceptable.

También era bailarín de un ballet. Lo del matadero era puramente alimentario. El joven repartía su vida entre Tel Aviv y Nablus, en Cisjordania, pero cada vez resultaba más difícil pasar los controles.

—Pienso instalarme definitivamente en Jerusalén —me confesó, lleno de esperanza.

Enseguida otro tipo se unió a nosotros. Avram. Estaba con Ibraheem sin estarlo. Con Nini también. Los tres tenían un acuerdo sencillo:

—Nos damos calor en invierno... y el resto del año.

Eso sucedió unos minutos antes de que el ambiente degenerara. Unos individuos con mala pinta, hartos del liberalismo moral que reinaba allí, se acercaron desde la esquina de la calle (como explicaba Maria en aquella página) y gritaron un insulto en árabe:

—¡Jodidas tortilleras!

Al instante vi a Nini coger una botella rota del suelo, blandirla como un florete de esgrima y provocar la huida de aquellos tipos ella sola. (Más tarde supe que lo que los hizo huir fue su sangre: le chorreaba botella abajo desde su mano cortada y eso asqueó a los hombres.)

Nini se dio la vuelta, volvió levantando un puño triunfante y se lamió el antebrazo donde un fino hilo de sangre había dibujado un surco. Me besó. Yo tenía los labios rojos. Gritó «*Music!*», y eso que la música no había dejado de sonar en ningún momento, y tiró de mí cogiéndome del brazo.

—¿Te apetecería venir a mi casa a fumar chicha? —me preguntó con la mayor naturalidad del mundo—. ¡Anda, di que sí!

Claro, yo no sabía todavía que si coges la frase «fumar chicha» y le cambias muchas letras, obtienes esta otra: «Celebrar la vida brindando con nuestros ombligos los cuatro toda la noche».

Busqué al niño gris con la mirada. Estaba en una esquina de la sala, jugando. Había tenido la suerte de encontrar una pistola de plástico que hacía tres tipos de sonidos: ametralladora, revólver, bazuca. Tenía una lucecita que oscilaba: azul, verde y violeta.

—¿Qué hago, No’?

Se acercó la pistola al corazón y pulsó el botón bazuca/luz violeta. Pero no ocurrió nada y pareció decepcionado de no morir más aún. Entendí ese gesto como un sí, casi como una orden: «¡Jo’, enamórate y date en la cabeza al caer!».

En el camino hacia el piso, Avram tropezó en la escalera y se cayó en la acera.

Ibraheem lo ayudó a levantarse cogiéndolo por las axilas.

—Estoy aquí, Avram, estoy aquí —le dijo, y luego le dio un beso brutal y sonoro en la mejilla.

Rieron, se tambalearon, guapos como dos soles.

—¿Nini? —dije con timidez.

—*Yes?*

—Realmente... ¡tienes unos ojos increíbles!

Se rio e hinchó el tórax, tan delgado que no podría caminar erguida y masticar un chicle a la vez.

—¿Por qué te ríes?

—Si un tío se acuerda del color de tus ojos después de vuestra primera cita, entonces puedes estar segura de algo: ¡tienes las tetas pequeñas!

Nini, oh Nini, ¡la inolvidable Nini!

—¿Lo habrías hecho de verdad?

—*What?*

—Apuñalar a aquel tío...

—¿Qué tío? —preguntó con un encantador acento francés y mucho descaro, como si estuviera acostumbrada a amenazar a la gente con botellas rotas.

—El que trató a las chicas de lesbianas.

Me corrigió. No las había tratado de lesbianas, lo que eran, después de todo, sino de «tortilleras». A Nini le gustaban las chicas y los chicos, si bien prefería a las chicas. Y odiaba esa palabra, «tortillera».

—Vale, pero ¿lo habrías hecho?

—Claro que no, ¡soy vegana! —Silencio. Luego añadió haciendo una mueca —: Bailas muy mal, ¿ya te lo habían dicho?

No' nos seguía, con la pistola en la mano. Creo que acababa de dispararse en un pie que ya no existía.

En el hospital

12 días antes del Desgarro

Cuando empuja las puertas batientes de la unidad, Jo' encuentra a Maria Tulith roja de ira, con la nariz pegada a la cara del padre de Ismaël como si tuviera ganas de partírsela.

Las enfermeras habían entrado en las habitaciones de los niños para ocuparse de ellos, así que los padres habían salido al pasillo mientras tanto. Maria estaba escribiendo en su cuaderno cuando el padre de Ismaël se sentó a su lado, delante de la tele. Un presentador hablaba de los derechos de las mujeres, de la opresión masculina, de la feminización de la sociedad....

—¡Quieren transformar a las chicas en camioneras y a los chicos en mariquitas! —exclamó.

Maria se echó hacia atrás, guardó su cuaderno y miró al hombre.

—Disculpe, señor, ¿qué quiere decir con «mariquitas»?

Una enfermera que presenció la escena diría que estaba segura de que la madre de Noah estaba al corriente de las reflexiones que el padre de Ismaël había hecho para alejar a su hijo del de Maria.

El hombre repitió a media voz, en tono de burla, «mariquitas» y «camioneras».

Maria estalló. Y él la llamó «histérica», una palabra que etimológicamente procede del griego *hystear*, que significa «útero». De manera que Maria contestó:

—Ser un útero no es un insulto.

Luego enumeró gritando la interminable lista de los insultos sexistas que usamos a diario: zorra, perra, puta... y tantos otros, mientras la señora Crinchon la miraba, primero con admiración y luego con estupefacción.

Estaban en ese punto de su confrontación, cuando Jo', que acababa de atender a las explicaciones de una enfermera, oyó al padre de Ismaël lanzar a la cara de Maria:

—¡Inyecten un calmante a esta histérica!

La bofetada vuela, y Jo' se abalanza sobre ellos con la intención de separarlos. Sonríe a uno, a otro, desea poner paz, tiene la impresión de ser Miss Francia. Se lleva a Maria a un rincón.

—Me juzgáis, me juzgáis todos —la oye susurrar tras un torrente de lágrimas—. ¡Veo que me juzgáis! ¡Pero no sabéis nada, nada de nada!

Todo su cuerpo tiembla. Y Jo' la abraza, y ella llora mucho rato, así, ahí, abandonada en sus brazos, hasta que oyen un susurro procedente de las bocas de los médicos y los enfermeros del servicio:

—Si dedicara tanta energía en ocuparse de su hijo como la que emplea en gritar todas esas tonterías...

En ese instante Jo' nota que se pone rígida. Maria se aparta de él, se vuelve hacia el personal médico, levanta la barbilla, los fulmina con la mirada, coge su bolso y se va sin una palabra, sin un gesto, y sin cumplir su promesa.

«Te prometo que estaré aquí cuando vuelvas, No'», le había asegurado.

Pero ahora se desdice.

Su palabra no tiene valor.

Porque Maria no estará allí cuando su hijo vuelva de sus cuidados.

Después del Desgarro

Jo' y No'

Nini vivía en un pequeño piso en Jerusalén Oeste, en un asentamiento llamado Neve Yaakov al lado del barrio árabe de Beit Hanina, uno de los rincones más modernos de la ciudad, al contrario de Jerusalén Este, que se empeñaba en quedarse vetusta, polvorienta y deliciosamente desordenada. Alojarse allí se había vuelto prohibitivo para los jóvenes, pues cada vez más judíos hacían su *aliyá* y los precios inmobiliarios estaban por las nubes.

Solo había dos habitaciones, con una cama grande metálica. Unas persianas venecianas torcidas filtraban un disco de luz anaranjada. Las paredes, el suelo, todo estaba cubierto de moqueta verde. Decidí que era mi color favorito. La primera ventana daba a una pared de ladrillo; la segunda, lo mismo. El azar hacía bien las cosas, y de pronto descubrí que sentía una pasión secreta por las paredes de ladrillo. Dos muebles de plástico completaban la habitación. Me gustaba también el plástico, incluso estropeado, quemado o roto, de hecho, sobre todo usado, porque encerraba una historia. Como ese enorme cenicero de resina lleno de colillas.

Unas horas más tarde salí al balcón envuelto en una manta. Avram, Ibraheem y Nini dormían desnudos, entrelazados, enamorados.

Fuera, Jerusalén dormía, y el frío se apoderó de mí. Di una patada en el

vacío como para que saliera No'. Funcionó. El niño apareció. Al mismo tiempo que amanecía.

Delante de nosotros la ciudad parecía calmada y en paz. Un pequeño milagro.

Fumé como nunca había fumado. No supe si lo odiaba o si me gustaba. No', en lugar de fumar, hacía pompas. Subían, irisadas y orondas, y estallaban en una lluvia jabonosa en la blanda gravedad de la ciudad resacosa por la fiesta.

—¿Sabes, No'? Estoy muy cansado... Cansado de caminar, cansado de buscar a tu madre, de que me duelan los pies, de desentrañar su historia. Cansado de acompañarte, ¿entiendes? De preguntarme por qué el mal existe. Por qué los hombres sufren. Tan cansado... Podría cerrar los ojos con mis párpados inferiores. ¿Por qué hay niños que se mueren antes que sus padres? ¿Por qué, eh?

Sacó su pizarra, donde había escrito con tiza: «Todo va a ir bien, Jo'. Estoy aquí».

Levanté la mirada al cielo.

—Sé que estás aquí... ¡SIEMPRE estás aquí! ¡Deja ya esa maldita pizarra!

Fuera, la noche acababa, el día empezaba; era como el principio del mundo. Estaba en un balcón, iba a leer la última hoja del cuaderno íntimo de su madre. De haber podido hablar, Noah habría dicho que fue la noche más bella de su muerte. Le habría contestado entonces que era normal, que había sido la noche más bonita de mi vida y que, ahora que se terminaba, se la daba.

Esta mañana, mientras visitábamos el Memorial de la Shoá, Noah me contó una historia acerca de un niño de cuatro años llamado Joseph.

Una noche, su madre no fue a buscarlo a la salida de la escuela.

Era el 15 de junio de 1942.

Joseph no tenía más familia que su madre, que lo criaba sola. A falta de familiares, lo confiaron a los servicios sociales. Los meses pasaron, también las estaciones... Joseph cumplió doce años, luego dieciséis, veinte. Se casó, tuvo hijos, pero no supo nunca por qué su madre lo había abandonado.

—Joseph falleció con sesenta y seis años —me explicó Noah en las avenidas del memorial—. Sus últimas palabras fueron: «¿U mi madre?».

Unos años más tarde la mujer de Joseph descubrió por casualidad el nombre de la madre de su difunto marido en la lista, regularmente actualizada, de las víctimas de Auschwitz.

La policía se había llevado a la joven madre de veintiocho años aquel 15 de junio de 1942.

—Los servicios sociales acaban de hacer justicia con Joseph —me informó Noah secándose una lágrima—. Por fin se ha reconocido el daño ocasionado por una vida entera preguntándose si su madre lo había abandonado.

Eso es todo.

La mañana pasó, luego la tarde y la noche. Hemos ido de tiendas, de museos, de bares con las amigas de Noah. Sin embargo, por más que los ruidos y las actividades me hayan distraído, no dejo de pensar

en Joseph. Estoy en un balcón frente a la ciudad dormida y escribo.

No sé por qué, pero sigo sintiéndome «llena» de esa tragedia. ¡Qué mal nos sentimos cuando no podemos zanzar una historia! Que ese tal Joseph no pudiera conocer la respuesta antes de morir es un drama, un intolerable y gran drama. Pero ¿por qué al final? Joseph murió, entonces ¿por qué? ¿La inquietud de que no viajara serenamente al más allá?

Eso me hiela la sangre... Si un día tengo la suerte de ser madre, espero que nunca me separen de mi niño. Debe de ser insoportable vivir tal drama, debe de vivirse en la carne, sentirlo con fuerza... No lo soportaría, creo. No.

Este pensamiento me obliga a buscar la baranda del balcón para aferrarme a algo. Pero Noah se desliza detrás de mí, me coge por la cintura, pasa sus manos bajo mis brazos y me aprieta contra su vientre.

*—¡Venga, cariño, mi niña, ven, deja de preocuparte por nada!
Ven, mi amor, mi niña, mi amor, ¡ven!*

Ya está. Era la última hoja. Mis manos temblaban tanto que el papel se me escapó y voló sobre Jerusalén, que se despertaba. Intenté cogerlo, pero fue en vano, ya estaba muy lejos.

A mi derecha, el niño, de pie en la baranda, observaba la carta de su madre que se desvanecía en el amanecer. En el instante preciso en el que desapareció en el horizonte, el horizonte azul, verde y naranja, en ese preciso instante reapareció como por arte de magia entre sus manos... Entonces la plegó en

cuatro y se la guardó en el bolsillo, para más tarde.

—Vamos a averiguarlo pronto, No' —le dije—. Te lo prometo. Vamos a descubrirlo todo pronto, y podrás volver a tu casa.

Asintió. Tenía el cuerpo y la cara ofuscados de melancolía, embebidos de alba.

Claro, en aquel momento yo no imaginaba cuán equivocado podía estar respecto a toda esta historia.

En el hospital 11 días antes del Desgarro

Ese día Jo' se siente bloqueado. ¿Cuánto tiempo lleva acompañando al niño gris? ¿Dos meses? ¿Tres? Ya no lo recuerda... No se explica por qué va a verlo, por qué le miente. «El niño va a morir», se dice. Quizá por eso. Simplemente por eso.

De pie en el pasillo, le hierve la sangre. ¿Es normal? ¿Está a la altura? ¿Da la talla? Sus colegas se endurecen más que él. Oh, se rebelan un poco, sí, pero al final todos acaban por aceptar la idea. Siempre lo hacen. Sin embargo, Jo' es un estudiante atento, así que recuerda las palabras de su profesor: «Blablablá, entre los síntomas de esta enfermedad de la sangre está la tonalidad grisácea de la piel gris, no les pasará desapercibido, blablablá...». Jo' no lo creyó. ¿Tonalidad grisácea de la piel? ¿Qué significa una piel «gris»? El cielo del norte es gris, las pizarras de los tejados son grises, pero un niño, aunque esté muy enfermo, eso no. Un niño es blanco, negro, amarillo, llorón o sonriente, es un incordio, es entrañable, tiene mocos en la nariz las veinticuatro horas del día, hace ruido cuando corretea con los pies descalzos por el parquet de madera, es rosa, es inagotable, es irritante, pero ¿gris? De ninguna manera, señor profesor de Medicina, de ninguna manera...

Luego, Jo' entró en la unidad de Enfermedades Hematológicas del hospital pediátrico. Y allí...

Jo' los vio, a los niños grises, los Noah. Los cuidó, tuvo miedo por ellos, jugó con ellos. Incluso les tapó las orejas con las manos cuando Crinchon soltaba sus tacos.

Habló de los niños grises con su madre, con sus hermanas.

«¿Gris? —preguntó su familia—. ¡Venga ya!»

Como él mismo puso en duda la palabra de su profesor, todos creyeron que exageraba.

Que mentía.

Jo' miente muy bien, y sobre muchas muchas cosas, sí. Pero ahora no. Ahora dice la verdad. Son grises. Como la pizarra de los tejados de París, como el cielo de Normandía.

Ni más ni menos. Gris, exactamente gris.

Y cuando ya no es posible hacer nada por ellos, cuando les llega el final, cuando quieren que estén tranquilos, se los llevan.

A la habitación 33.

Después del Desgarro

Jo' y No'

Nini se despertó la primera, hacia la una del mediodía, con ronroneos de gata. Nos pusimos de acuerdo sobre mi agenda. Me encargaría de buscar al segundo Noah Korber de mi lista a primera hora de la tarde y luego me uniría a Avram, porque el Noah número tres vivía en Mea Shearim, el barrio ultraortodoxo, y era demasiado peligroso ir allí solo. Me reuniría con todos ellos esa noche, después de la cena.

Mis pasos eran pesados, arrastraba los zapatos por las calles. Realmente no tenía muchas ganas de ir, estaba cansado, deseaba dormir durante diez días, pero me haría bien salir, encontrar a Noah, encontrar a la madre, si no, todo lo que había pasado en la habitación volvería a obsesionarme y no quería, ya no quería. No, no y no.

El niño me seguía.

—Vamos a encontrarla, No'. Te lo prometo. Y te quiere, ya lo verás. Estoy seguro. Tu mamá te quiere, sí...

Una mentira no tiene ningún poder en sí misma. Se vuelve importante cuando uno acepta creérsela. La mentira es un acto cooperativo. Y útil. Sirve para todo. Tiende un puente sobre el abismo que separa los deseos de la realidad, por ejemplo.

En el acuario de Jerusalén, uno de los acuarios submarinos más grandes de Oriente Medio, conocí al director, Noah Korber, un hombre simpático de sesenta y seis años vestido con ropa coloreada, que «nunca, nunca, nunca», según me dijo, había oído hablar de Maria «¿Turpil...? ¿Turnil...? ¿Maria qué?». Durante nuestra charla, estuve observando al niño, abajo, que nadaba en la pecera grande de un lado a otro entre las anémonas de mar.

Alguien había tirado al fondo de la pecera un pez payaso de plástico. El niño se plantó delante de él y comenzó a darle patadas y ternura encima del lodo blanco. Pero el juguete no se movió. No' hizo como si le pasara una cuerdecita alrededor del cuerpo, y creí leer en sus labios: «Sí, sí, Jo', tengo siete años y quiero pasear un salmón con una correa». Pero no ocurrió nada. Nada de nada. Solo plástico. Inmóvil, otra vez. Y la cabeza de No', de perfil, inclinada como para escuchar que surgiera del pececito la reaparición inesperada de las emociones apagadas.

Hice una foto del niño, con los brazos colgando, el trasero en la arena blanca, las piernas rodeando el juguete, la cara baja y decepcionada. Pequeño y solo en medio de la pecera oscura. De entre todas las fotografías, es en esa en la que me resulta más difícil ver al crío. Hay que mover la foto en todos los sentidos, inclinarla de lado, ponerla bajo la luz adecuada, y aun así el resultado no está garantizado.



Al salir del acuario decidí pasar por el hotel antes de encontrarme con Avram, cuando la Tzahal, el ejército israelí, encarnada en un hombre con un gran casco, un chaleco antibalas y un fusil ametralladora, me detuvo.

—¿Llevas un cuchillo? —me gritó en inglés.

—No.

—¿Qué es esa bolsa?

—Mi bolsa de viaje.

—¿Tienes un cuchillo en tu bolsa de viaje?

—No.

—Tu bolsa es pequeña.

—Me fui rápidamente.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué te fuiste tan rápidamente?

No estaba seguro de que la respuesta «He venido a Jerusalén para que un niño conozca por fin el misterio de sus orígenes» fuera adecuada. Así que me encogí de hombros y no dije nada.

Él:

—¿Huyes de algo?

Yo:

—No.

(Aunque...)

—¿Huyes de alguien?

—¡No!

—¿Por qué tienes una bolsa? —insistió él.

—No lo sé. Para llevar mi guía turística, mi jersey...

—¿No será más bien para llevar cuchillos?

—¡Qué no!

Me esforzaba por mantenerme amable y calmado. Para serenar los ánimos.

—¿Nada de cuchillos entonces? —insistió Mazinger Z.

—¡Ya se lo he dicho!

—¿De dónde vienes?

—Del acuario.

—¿Qué has hecho allí?

—Mirar los peces.

—¿No habrás comprado un cuchillo más bien?

—¡No!

—¿Cuál es tu país de origen?

—Francia.

—Los franceses siempre tienen cuchillos en sus bolsas.

¿Qué responder a una afirmación tan rotunda? Le tendí la bolsa y lo invité a mirar.

—Si la registro y encuentro un cuchillo, me sigues a la comisaría.

—¡Hecho!

—¿Estás seguro? —dijo con una expresión de codicia en el rostro.

De repente dudé. ¿Habría un cuchillo en mi bolsa?

—Bueno qué, ¿estás seguro?

Afirmé con la cabeza.

—¿Seguro seguro? O... ¿no seguro no seguro? —repitió.

—Pues claro, seguro seguro, señor. Estoy asintiendo...

La palabra le hizo reír.

—¿Asientes?

—Sí, sí. Asiento. De hecho, asiento a fondo. Nunca he asentido tanto en mi vida.

Acercó las manos a la bolsa despacio, con la cara repentinamente muy seria.

—Bueno, tú lo has querido.

Abrió la cremallera de mi bolsa.

Noté que la frente me sudaba y me la sequé de inmediato con el dorso de la mano mientras el inspector Mazinger Z rebuscaba. Poco después dejó escapar un pequeño grito de decepción.

—¡No hay cuchillo!

Yo, agotado:

—Llevo diciéndoselo desde hace diez minutos, señor.

Me dirigió un guiño, una reverencia y luego dijo en francés con dificultad y teatralidad:

—*Au revoir, Molière.*

La aventura, como la gastroenteritis, siempre llega por sorpresa. Acababa de sufrir una novatada por parte del ejército israelí.

Al entrar en el hotel, con la espalda encorvada, procuré ser lo más discreto posible, reducirme al volumen estricto de mi alma, incluso aplastándola un poco bajo el peso de mi fatiga y convirtiéndola en una «almeja». Saül estaba allí, con su corpachón y sus mandíbulas de pitbull, mirando concursos televisivos. Volví a pensar en el acuario... No hay nada más estúpido en el mundo que la vida de un pez en una pecera. Giras, giras, giras. Pocas cosas te preservan de la destrucción intelectual completa (salvo la ausencia de tele).

Saül agitó una mano en mi dirección.

—¡Eh! ¡La Llorona ha vuelto a pasar!

Rebuscó en la riñonera de cuero que llevaba alrededor de la cintura y me dio un sobre doblado en cuatro, manchado de grasa.

—Le dije que me dejara su número para que usted la llamara, pero se puso nerviosa, como si usted le diera miedo. —Contrajo los labios en una especie de rictus y me mostró sus dientes amarillentos por el tabaco—. No quiero problemas aquí, ¿eh?

Le dirigí un saludo militar:

—¡Se lo prometo, jefe!

Luego me fui a mi habitación a abrir el sobre.

La letra de Maria y cuatro palabras. Solo cuatro palabras. Terribles.

Quédesele, se lo suplico.

En el hospital 10 días antes del Desgarro

La señora Crinchon está rígida en sus botines, con un reloj de bolsillo sujeto con un clip a su bata, con el pelo recogido hacia atrás y ojeras. Con aspecto fatigado. Dispuesta a morder.

—Jo'... —dice sacudiendo la cabeza, decepcionada—. ¿Qué es esa historia de la habitación treinta y tres?

—Ah... —suelta Jo'—. Te lo ha contado...

—Sí, me lo ha contado.

—¿Todo?

—Todo. Lo de la bufanda del Silencio, las pruebas...

La enfermera hace girar entre los dedos el colgante de oro que lleva al cuello. Un crucifijo. Siempre lo mueve nerviosamente cuando habla de la habitación 33.

—¿Por qué le cuentas todo eso, Jo'? ¿Por qué no le dices la verdad? ¡Ni siquiera es tu paciente! ¿Por qué eres tan... tan... ¡petardo, peñazo, pedo pestilente, puñetero!

—¿Quieres decir tan... cobarde?

La señora Crinchon calla.

¿Por qué?, sí. Y ¿por quién? No ha mentido por el niño, ha mentido por él. Ha sido egoísta. Muy muy egoísta. Una mentira lleva a otra y, al final, no sabía cómo salir, había perdido el hilo, ya no se acordaba de lo que había

dicho, prometido, inventado en sus visitas anteriores, todo se mezclaba en su mente, sin coherencia. Una media verdad, incluso ligeramente disfrazada, ligeramente amputada de ella misma, es ya una mentira entera. De tanto fabular, lo extraordinario se ha convertido en normal, y luego se ha hecho real: ya casi no se inquieta por el niño. La vida ahí se endulza. Una parte de él quizá cree un poco: en esa habitación hay una cama y en esa cama... En esa cama hay una puerta que se abre sobre un puente y ese puente... mágico... Ese puente no lleva a ningún lado, a otro sitio, a todos lados.

La señora Crinchon repite más suavemente:

—¿Por qué, Jo'?

Jo', hipnotizado por el colgante, no puede apartar la mirada de los dedos de la enfermera que bajan, de eslabón en eslabón, hasta la cruz y luego vuelven a subir.

—Hay que empezar por las pequeñas mentiras —murmura él.

Acerca la mano a la puerta de Noah y gira el pomo.

—Después, de pequeñas mentiras en pequeñas mentiras, llegamos a creernos las grandes.

Después del Desgarro

Jo' y No'

Avram tuvo la amabilidad de hacernos visitar, al niño y a mí, el barrio ultraortodoxo de Mea Shearim. Los lubavitch, los jasídicos o algo así.

—*Mea Shearim* quiere decir «Cien Puertas» en hebreo.

—¿Cien puertas?

—Sí. En la época de la ocupación otomana, Jerusalén formaba parte del Imperio turco. Se conocía toda esa parte del mundo como el Reino de la Sublime Puerta.

—Reino de ¿qué? —dije yo, como picado por una avispa.

—Reino de la Sublime Puerta. ¿Por qué?

—No, no, por nada.

Pagamos nuestros billetes de autobús y nos instalamos detrás mientras el chico se situaba al lado del chófer, interesado por su máquina. Yo hablaba poco, demasiado perturbado por la nota del hotel. La desdoblé y me quedé con la boca abierta, sin saber qué hacer, solo en el mundo. «Quédeselo, se lo suplico.» ¿Por qué Maria no cogía a su hijo? ¿Quién la había avisado de la presencia del fantasma de su pequeño a mi lado? Ya no podía más. Quería ser libre.

Al cabo de cinco minutos, Avram debió de sentirse incómodo con mi aire taciturno y rompió el silencio:

—¿Jo'?

—¿Sí?

—¿Era tu primera vez, esta noche? Quiero decir... ¿con chicas y chicos?

Asentí, avergonzado. Se echó a reír.

—¿Qué tiene de gracioso?

—¡Tú!

Le di un manotazo en el hombro.

—¡No te rías de mí!

—Eres homolobo, ¡sales con chicos las noches de luna llena!

Se irguió y se puso a aullar a la luna, así, como si nada, en el autobús.
¡Auuuuuu! ¡Auuuuuu! Me sentó bien.

—¿Sabes? Tendría que estar en el trabajo, estoy haciéndote un favor al acompañarte.

—No quiero meterte en líos.

—No te preocupes, mi jefe se pasa el tiempo diciendo que la homosexualidad es una enfermedad.

—¿Qué tiene que ver con que no hayas ido a currar hoy?

—He llamado para decir que estoy muy muy enfermo y que no podré ir esta mañana.

Reímos, luego Avram se acurrucó en su asiento y se puso serio.

—¿Jo'?

—¿Sí?

—¿De qué huyes?

—No huyo.

—¡Me tomas el pelo, ayer bailaste, bebiste, hiciste el amor como un desesperado! Desde hace un rato apretujas esa nota en tu bolsillo y te pasas el tiempo mirando por la ventanilla o por encima de tu cabeza, rebuscando en la nada, y no se sabe si estás aliviado o inquieto de encontrar lo que encuentras, lo que tú solo encuentras.

Buscaba una buena mentira cuando un hombre que llevaba un largo abrigo negro se sentó delante de nosotros, al lado de una mujer. Se quitó el sombrero y durante todo el viaje lo mantuvo pegado a su cara. Di un codazo a Avram.

—Es para que la belleza de la joven no lo desvíe de Dios —me explicó—. Las mujeres tienen que afeitarse la cabeza y llevar una peluca.

—¿Por qué?

—El cabello femenino ya forma parte de su sexo. Como la boca o los ojos. No puedes cortar los labios o los ojos a todas las mujeres. No puedes. Pero sí esconder el vello púbico que tienen en la cabeza.

Bajamos en la parada y nos dirigimos hacia las callejuelas del barrio de Mea Shearim. Son amplias, ensanchadas por el centro. Las casas son bajas y llenas de desconchones, apiñadas las unas contra las otras como una larga muralla de piedras.

El color dominante es el de la arena.

Avram se detuvo para orientarse, y sentí que una decepción inmensa lo invadía y se apoderaba de su voz.

—Existe una sábana, una sábana grande y blanca con un agujero en medio. El hombre pone la sábana entre su mujer y él, y hacen el amor... Bueno, «hacer el amor» no es lo que hacen, que digamos.

Me acordé de los carteles de la entrada del barrio. Invitaban a las visitantes a no pasear vestidas de manera indecorosa.

—La sábana es importante —precisó Avram—: las pieles del esposo y la esposa no pueden tocarse. El coito no debe ser «real», debe ser útil. La mujer tiene un útero, una maleta, un receptáculo, es una vasija que lava, barre, amamanta...

Nunca conseguí saber cuánta verdad encerraban sus palabras de lo inconcebibles que me parecían, violentas también. Sin embargo, cuanto más hablaba Avram, más tenía la impresión de acercarme a Maria Tulith y a la

verdad de esa mujer. Llamémosla «intuición», poco importa, pero estaba convencido de que el misterio de Maria estaba íntimamente vinculado a esa ciudad, al misterio de esa ciudad. Maria había ido a Jerusalén por Noah Korber y por su carrera, y un drama la había golpeado, destruyendo su vida de joven, luego de madre, destrozando sus amistades de infancia. Hasta su historia de amor incipiente, contrariada, pero avivada por un joven israelí.

Ocho años más tarde, había regresado.

Y yo estaba allí también. Maria lo sabía e incluso sabía por qué.

No obstante, la idea de una confrontación (¿conmigo... o quizá con su pasado?) la aterrorizaba.

Delante de la entrada de la casa del tercer Noah Korber de mi lista había un tipo de unos sesenta años sentado en una butaca mullida. Orondo como un tonel de vino, tan cordial como podría serlo la verja de una cárcel, embutido en su levita larga hasta los tobillos, con el semblante severo y dos tirabuzones enmarcándole la cara, me dio la impresión de que salía de un cuadro del siglo XIX. Se diría que había vivido sesenta años en el fondo de una cueva, con aquella piel lechosa y esas carnes tan grasas. Tenía el ojo pegado a la lente de un microscopio y examinaba la manga de una camisa. A su derecha, una decena de personas hacían cola en la acera, cada una con unos pantalones, un jersey o una prenda de ropa interior en la mano.

—¿Qué hace, Avram? —pregunté mientras el niño gris se ponía en la cola como si su bata de hospital fuera sospechosa y mereciera un examen.

—Se asegura de que las fibras textiles son totalmente puras.

—¿Puras?

—Que solo contienen lana. Una ley de la Torá prohíbe llevar ropa de lino.

Al vernos llegar, a Avram y a mí, el hombre gruñó. Mi compañero se puso rápidamente una kipá en la cabeza y apoyó con firmeza su mano en mi brazo.

—Hay un problema —dijo—. Déjame hacer... Pase lo que pase, no

intervengas.

Los vi hablar durante minutos, resoplando, asintiendo, echando el torso hacia atrás, hinchándolo de repente, terminando sus frases con grandes gestos irritados. De pronto, un grito. El hombre tiró el trozo de ropa que llevaba, levantó el brazo muy alto y a punto estuvo de pegar a Avram. Mi nuevo amigo se volvió hacia mí.

—¡Rápido, corre!

Detrás de nosotros, el hombre estalló y cogió una piedra del suelo.

—¿Qué pasa? —pregunté sin entender nada de lo que ocurría.

—¡Corre! —insistió Avram.

Me fui echando leches. Avram y el niño gris me pisaban los talones. Una piedra pasó rozando sobre mi cabeza. Nos metimos en una calle lateral y entramos en una sinagoga para ocultarnos ante aquel repentino brote de violencia.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho?

Avram se esforzó por recobrar el aliento.

—Mi yidis está un poco oxidado... —dijo al cabo—, pero de lo que... he entendido... he deducido que era... una advertencia: «Di a Noah que tengo una bala para su cabeza, una cuerda para su cuello y un cuchillo para su vientre. ¡Sobre todo un cuchillo!».

Contuve una sonrisa.

—¿Y? ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

Levantó el pulgar.

—Afirmativo, en una librería, en el Memorial de la Shoá.

Otra dirección más. Suspiros. De calle en calle, de falsa pista en falsa pista, mi vida iba a pasar sin mí. Quizá fuera eso, Maria Tulith, que la vida pasa sin ti.

—No sé lo que ese Noah Kerber le ha hecho, ¡pero el tío estaba furioso! —

prosiguió Avram—. *Metoumtam!*

Iba a contestarle que esa era la prueba de que era el Noah que buscábamos cuando No' reapareció. Su bata debía de ser impura porque la había tirado. Desnudo en la Bimá, el podio donde se lee la Torá, se acercaba a los dedos los rollos con los que puede hacerse pasar el texto sin tocarlo. Sus ojos tenían la inmovilidad ardiente de una llama. Cuando le formulé la pregunta, Avram me respondió:

—Nada de fotos. —Y añadió de inmediato—: Y bien, necesito saber de qué huyes. Estoy ayudándote, arriesgando mi vida por ti, así que deseo saberlo.

¿Podía hablarle de No'? Creí que no lo entendería.

—Una mujer me confió algo y lo llevo conmigo. Pero ya no lo quiero. Por eso voy en busca de esa mujer, para devolverle su lastre.

—¿No puedes dárselo a otro para que lo haga?

—No, me toca hacerlo a mí. A mí y a nadie más.

—¿Por qué piensas eso?

Busqué una nueva verdad que contarle. Una verdad que no explicaba nada, que lo explicaba todo. Un hueso para roer.

—Cuando yo tenía siete años —empecé con voz titubeante—, mi padre cayó enfermo. Muy muy muy enfermo. No me gusta recordarlo porque es el peor momento de mi vida. Sin eso, podría decir que he tenido la existencia más perfecta del mundo... Mi familia fue fantástica. Nadie lo dejó solo ni una vez. Sobre todo mi abuelo. Siempre estuvo ahí y más aterrorizado que yo. —Levanté mi dedo índice y me golpeé con él la sien—. ¿Sabes? Los días en el hospital son largos. Solo tenía siete años, pero pensaba mucho. En si él iba a salir algún día. En cómo atar las sábanas a la ventana para ayudarlo a escaparse por la noche. En la vida, en la muerte también... Mi abuelo y mi padre inventaban historias para reconfortarme, para hacerme pasar el tiempo. Me decían que todo aquello era un juego, que no debía preocuparme, que no

existía de verdad, y que nunca, nunca, nunca mi padre nos abandonaría...

Hice una pausa, salimos a fumar. Fuera todo era tranquilo. El niño se paseaba delante de mí. «Todo va a ir bien, Jo'. Estoy aquí.» Inspiré profundamente.

—Un día mi abuelo volvió del trabajo con un pez dorado para que nos evadiéramos un poco. Mis hermanas y yo pasábamos horas y horas contemplándolo en su pecera. Era bonito. Una mañana lo saqué y lo puse en el suelo... Puede que supiera cómo acabaría, puede que no...

El niño estaba en todas partes delante de mí. «Todo va a ir bien, Jo'. Estoy aquí.»

Avram se encogió de hombros, no veía adónde quería ir a parar explicándole aquello. Yo tampoco, pero seguí con mi historia.

—Cuando lo vio, mi abuelo estalló. Me sacudió como si fuera un ciruelo y me dijo que no estaba bien haber hecho eso, que el pequeño pez tenía una familia, él también, y que por mi culpa «no volverá a ver a su mamá». Recuerdo que dijo: «Por qué has hecho eso?», y que le contesté «Lo he matado porque no existe». Mi abuelo estaba a punto de echarse a llorar. «¿Ah, no? No existe, ¿eh? Ya verás si existe», dijo. Y me puso el pez en la palma para obligarme a tocarlo.

—¿Y luego...? —preguntó Avram, pendiente de mis labios—. ¿Qué hiciste luego?

—¿Qué querías que hiciera? Lo llevé todo un día y toda una noche.

En el hospital

9 días antes del Desgarro

—Escucha, Jo', soy enfermera desde hace veinticinco años. La vida empieza a torcerse el día en el que nuestro pijama de Superman se vuelve demasiado pequeño para nosotros. Entonces crecemos, nos hacemos adultos, pero la verdad es que todos llevamos un niño muerto en nuestros brazos. Lo llevamos y lo mecemos. Nuestra niñez es nuestro primer duelo, es el primer padre o la primera madre que perdemos. Envejecer es ser cada vez más huérfano. Lo que sientes es normal, pero no olvides dónde estás. Estás aquí y nuestro trabajo es aliviar el sufrimiento, no añadir más..., ¡jodido jamelgo con jeta de jíbaro! Perdón. Pero... no tendrás una segunda oportunidad, Jo'. Es aquí y ahora lo que cuenta. Aprende a aceptarlo. Incluso si No' no llega a envejecer, habrá sido un niño sonriente, bromista y juguetón, porque es lo que es, ¿lo ves? Incluso estando enfermo, es un niño perfecto. Guapo, sonriente, bromista y juguetón. Nada podrá borrar esto. Es valioso. ¡Claro que sus últimos análisis son malos! Sé cuándo se acaba todo, cuando ya no puede hacerse nada más. La muerte ocurrirá y lo que podría haber sido no será. No hay que pensar en eso y no hay que decir nada al respecto porque no existirá. Es así, eso es todo. Después del día de su muerte, otras cosas ocurrirán por todas partes en el mundo, a otra gente. Lo que es bonito es bonito, lo que no lo es no lo es, simplemente. Aceptar la felicidad como la desdicha es estar de acuerdo con el mundo. ¿Lo

entiendes, Jo'? —Lo coge por los hombros—. ¡Mierda! ¿Lo entiendes?

Por primera vez en su carrera, ese «mierda» de la señora Crinchon es una verdadera mierda, no una enfermedad de la boca, de la lengua o de la niñez. Pero Jo' está en otro sitio. En la tele que hay detrás de la vieja enfermera se ve un reportaje de animales sobre las islas Galápagos. Hay mariposas multicolores tan grandes como libros abiertos que comen de manera extraña: se posan en los ojos redondos y viscosos de grandes tortugas centenarias, despliegan los discos de sus alas, desenrollan frenéticas de excitación el resorte que tienen por lengua y beben sus lágrimas con fruición.

Jo' sueña. Está allí con las mariposas grandes como libros de cuentos. Libros de cuentos...

El estudiante da una palmada.

¡Acaba de entender de dónde viene la misteriosa fiebre del niño! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Era tan evidente...

Después del Desgarro

Jo' y No'

Nini se unió a nosotros y nos condujo hacia el este de la ciudad, pasando por el monte de los Olivos, donde se erige, derecha y triste, la iglesia de la Agonía. El camino en tranvía es corto. Según la tradición, los muertos enterrados en ese monte serán los primeros en resucitar en el Juicio Final.

—¡Y tendrán cupones de descuento gratuitos y la seguridad social! — anunció con ironía.

Toda esa gente debía de haber tenido mucho miedo a la muerte para inventar cosas así, me dije.

—¿Qué piensas, No'?

Al ver la cara que ponía, no me cupo la menor duda de que no le importaba.

Nos encontramos todos en Sha'ar Harahamim, la Puerta Dorada, una entrada famosa porque es la apertura más antigua de la muralla Este del casco antiguo que en su día permitía llegar directamente al monte del Templo.

Llegamos al Shoshan Bar, donde Nini había invitado a Haydja y Merav, sus mejores amigas. Lo más selecto de la juventud israelí parloteando sin fin y mascando chicle. No faltó ningún tema. El conflicto, los nuevos puntos de control y los enfrentamientos en la frontera, la preocupación creciente de la comunidad internacional... El sexo también, claro. Pronto, Merav, Haydja y Nini irían a Europa, a enamorar a los italianos y a los franceses. Nini soñaba con una bonita historia de amor en Roma.

Miré detrás de ellas. Una barra de bar de formica amarilla, elementos de cobre y madera, una decoración muy «industrial» y carteles de Broadway daban al local falsos aires de pub neoyorquino. Los jóvenes bebían inmersos en una algarabía entusiasta y vibrante de energía. Aquí se reía, allí se pasaban los cigarrillos, los vasos se intercambiaban.

Cuando volví a centrarme en la conversación, los temas no habían cambiado. El sexo, la política, la religión. Nini sonrió. Nini volvió a servir vino. Estaba orgullosa. Apretó los puños. Se cogió la larga melena negra y, rápidamente, se hizo un moño, que sujetó introduciendo en él una cuchara. Nini rio, también, sin saber cuánto me hería su risa. Reír, sonreír, expresar la alegría más intensa y viva... Estaría bien que eso le pasara a No'.

El niño estaba tumbado debajo de una mesa, a nuestro lado. Boca abajo, con los codos afianzados en el suelo y la barbilla apoyada en las palmas, movía los pies al ritmo de las canciones que acababan de sonar. Una familia de turistas había dejado caer un libro ilustrado para niños y una caja de caramelos Pez de menta. La idea de quemar un libro (aunque fuera para que No' lo leyera) me desagradaba. Me prometí que echaría a perder uno más tarde. La víspera había comprado unas tizas que luego machaqué hasta convertirlas en polvo, y de repente habían reaparecido, intactas, entre los dedos regordetes del niño gris. En cambio, el libro lo fascinaba. Saqué una fotografía para no olvidar ese instante nunca. Nunca. Aunque casi no lo viera en la foto, quería tenerla. Su bata se abrió, se abrió como una flor, se levantó con invisibles corrientes de aire y ocultó la mesa, la pared, el suelo, el bar. Todo estaba gris, con el niño, todo.



—¿Y qué tal te fue la velada, Merav? —preguntó Haydja con una sonrisa llena de sobrentendidos.

Merav había pasado la noche anterior con un hombre espectacular..., pero fetichista. El tipo había insistido en tumbarse en el suelo y lamerle los pies. Mientras le recorría con la lengua los espacios entre los dedos, la joven quiso saber algo más sobre él.

—¡Acaba de terminar su formación para convertirse en imán! —dijo Merav, para quien nadie era una fruta prohibida, ya fuera imán, cura o rabino.

Estallé de risa. Quedaba esperanza en el mundo.

En el hospital

8 días antes del Desgarro

—¿Adónde va a ir Ismaël por la carretera Treinta y tres?

—No sé, él decide. ¿Adónde irías tú?

—Mamá nunca habla de papá, dice que no tengo, pero sé que es falso... Mamá habla mientras duerme. Sé que lo conoció en Roma y que se amaron en Merusalén.

—Jerusalén. ¿Es ahí adonde te gustaría ir? ¿A Roma y luego a Jerusalén?

—Querría encontrar a mi papá. Saber quién es.

Silencio.

—Y por qué nos abandonó —añade.

Silencio.

Jo' recuerda los dolores abdominales misteriosos de Ismaël y sonrío con ternura.

—¿Sabes, No'? Hace semanas que los médicos de la unidad tratan de averiguar de dónde procede tu fiebre... Es muy intensa, así que todo el mundo está preocupado.

Silencio.

—Pero yo creo que es falsa. Que todo esto es un cuento.

Silencio.

—Creo que por la noche pones el radiador a tope en los aseos, arrastras tu colchón y duermes allí. Por la mañana vuelves a colocar todo

rápidamente antes de que la enfermera haga su ronda, y tienes fiebre... Por eso te encontraron varias veces durmiendo en los aseos.

Silencio.

No' reacciona, por fin.

—¿Y por qué haría eso?

—Para que tu madre venga más a menudo a verte.

—¡No es verdad! —grita No'.

—Ah.

Silencio.

—No lo contarás, ¿eh, Jo'?

—Te lo prometo, No'. No lo contaré. Nunca. A nadie.

Silencio.

De repente, un pliegue de preocupación se marca en la frente del niño.

—¿Jo'? —susurra No'.

—¿Sí? —susurra Jo'.

—¿Cuándo va a volver?

—Pronto.

Silencio.

—¿Jo'? —susurra No'.

—¿Sí? —susurra Jo'.

—¿Mamá no me quiere?

Después del Desgarro

Jo' y No'

Para llegar a la colina del Memorial de la Shoá en Yad Vashem, hay que coger un tranvía que te deja en lo alto de un gran montículo verde. Luego hay que avanzar entre avenidas flanqueadas por pinos directamente salidos de un cuento de Navidad. Huele bien. La sabia se pega a tus dedos como si fuera caramelo y las agujas hacen un ruido de papel crespón a tu paso. Se puede jugar con los piñones que hay por el suelo. Si les das una patada, verás salir pequeñas chispas, como si las puntas de tus zapatos se hubieran transformado en piedras de mechero.

El memorial está rodeado de jardines y muchas flores. Es muy bonito. Imposible saber dónde estás pisando. Todo es verde, marrón, amarillo y rojo. Tan colorido... Lo opuesto del niño.

Entras, ves fragmentos de trenes grises, raíles grises, trozos de barracones grises, alambres de espino oxidados grises. Podría decirse que el fascismo es una forma política de leucemia. Te detienes delante de las fotos. Hay gente, desnuda, cubierta de cenizas y excrementos, que parece no haber comido desde hace tiempo.

Entre cinco y seis millones de judíos, de los nueve millones que vivían en Europa, fueron asesinados durante la Shoá.

Está escrito en un cartel. Fuente: Times New Roman; cuerpo: 16. El mensaje está escrito con letras negras, en varios idiomas. De todos modos, no podrías dejar de verlo aunque quisieras. Hay una fotografía donde unos soldados juegan con unos niños. Los lanzan al aire y los reciben sobre las puntas de sus bayonetas o de los alambres de espino. Parecen pasárselo bien.

El niño se había tumbado en un banco. Estaba inmóvil, como abatido. Los brazos le colgaban a los lados, lo que daba la sensación de un agotamiento y una tristeza horrorosos. Sus labios se movían de vez en cuando susurrando palabras inaudibles. Aún más patético era que sujetaba su pizarra entre las manos con aquel mensaje: «Todo va a ir bien, Jo'. Estoy aquí». Preferí ignorarlo y pasar a la siguiente habitación. Dos conos invertidos se enfrentaban. El primero bajaba desde el techo, el otro subía desde el suelo. Se encontraban a medio camino. De repente, mis pasos se tornaron pesados. Unos altavoces recitaban nombres, y a cada nombre seguía el de una ciudad. Los que murieron y la ciudad donde cada uno de ellos nació. La voz no era triste. Pero tampoco era alegre. No era nada. De hecho, pensé que tan solo era una voz porque hacía falta que hubiera una.

Quise salir porque me faltaba el aire y por eso mis piernas pesaban de repente 31.457 kilos, más porque tenía la sensación de estar atravesando un río. Me equivoqué de salida; no sé cómo. Entré en el memorial dedicado a los niños y sentí en la nuca un soplo de aire caliente. Supuse que Noah estaba siguiéndome de cerca, así que no me atreví a darme la vuelta. El memorial de los niños era un gran cubo en la oscuridad. En el centro había una velita que un millar de espejos sabiamente colocados repetían hasta el infinito, lo que hacía que el lugar resultara a la vez muy oscuro y muy luminoso. Imposible sacar una buena foto.

—¿Está bien, joven? —me preguntó una chica con una larga melena negra y rizada que destacaba sobre su chaqueta amarilla de empleada del memorial.

Nariz redonda, labios carnosos, grandes ojos de tigre verdes. Bellísima.

—Sí —contesté muy lentamente, impedido por la carga que llevaba, tan difícil de maniobrar como un remolque de treinta y tres toneladas.

¡Me costaba tanto caminar...! Y empezaba a dolerme la espalda. Como un marinero que sacara del agua sus redes con una pesca descomunal, me arrastré hacia la salida con una mueca.

—¿Está bien, señor? —preguntó de nuevo la empleada, definitivamente muy insistente.

Repetí que sí, que sí mirándola con maldad. ¡Que me dejara en paz! Seguí, con muchas penas, con la espalda encorvada hacia delante, como quebrada por un viento de frente.

Arrastré mis suelas hasta un banco y me derrumbé... y... allí... justo a mi espalda... seis millones de largas siluetas pálidas... Las vi... Los hombres, las mujeres, los niños... Estaban todas allí... detrás de mí, con Noah... Todas allí.

La empleada con los ojos de un tigre echó a correr hacia mí y me auxilió en el último momento. Me derramé en sus manos como un saco de lágrimas. Pasó sus brazos alrededor de mí, brazos de una fuerza insospechada teniendo en cuenta la delgadez de su cintura. Sin conocerme, me abrazó muy fuerte.

—Ya está, ya está... Venga conmigo, le encontraré un sitio tranquilo.

Durante unos segundos fue para mí la muleta más bonita del mundo. Me condujo hasta el vestuario de los empleados, donde abrió su taquilla con un gesto seco y sacó una caja de pañuelos de papel. Yo lloraba como un niño, y no podía parar. La joven se mostró atenta; me ofrecía clínex y me aseguraba que todo pasaría, que eso ocurría a veces.

Me dio una botella de agua. Me ardía tanto la garganta que vacié la mitad de un trago.

—¿Son los nombres? —me preguntó—. En general, son los nombres lo que

la gente no soporta.

Tenía una voz elegante y llena de determinación, una voz reconfortante que me habría gustado atrapar en una mano para oírla de vez en cuando como se escucha el mar en las caracolas.

—Los nombres, el número, las fotos, todo... No sé lo que me ha pasado — me disculpé sorbiéndome la nariz mientras agarraba con fuerza la botella—. No debería haber venido, pero es que estoy buscando a un colega suyo. Trabaja en la librería del memorial.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

Hubo un minuto de silencio, el tiempo que el último fantasma tardó en desvanecerse. Me puse un pañuelo en la frente y la sangre se aplacó de inmediato.

—Noah Korber. No lo conozco, pero por lo que sé debe de ser realmente un peñazo.

—¿Noah... un peñazo? ¡Se queda corto! ¡Es insoportable! —afirmó con una risotada y un bufido que apartó un mechón oscuro de su frente.

—¿Lo conoce?

—Muy bien, ¡y desde hace mucho tiempo!

—¿Dónde está?

—Delante de usted.

—¿Es... usted?

—Sí, soy yo.

—¿Noah no es nombre de hombre?

—No. De hombre y de mujer. Es unisex.

—¡Mierda! —me lamenté, y saqué mi lista y un bolígrafo—. ¡No es a usted a quien busco!

Taché aquella dirección de mi lista. Me quedaban tres. Di las gracias a la joven y me levanté para irme. Aún tenía las piernas débiles.

Me daba la impresión de ser una bola de billar blanca enviada de banda a banda del tapete, sin fin.

Fue entonces, al abrir la puerta del vestuario, cuando la luz exterior entró y vi, pegadas en la taquilla de la empleada, una veintena de viejas polaroids: las fotos de un tobillo, una muñeca, un ojo, una mano, un hombro...

Parpadeé, pequeñas moscas blancas volaron delante de mí. Estaba en el umbral de la puerta, con los ojos muy abiertos.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó la chica, preocupada.

Eran las 18.12 y, en mi reloj roto, era domingo todavía.

En el hospital

7 días antes del Desgarro

Entra precipitadamente en la habitación de Noah, como perseguido por los perros del infierno. Habla como si le faltara el aliento, retuerce las manos con ansiedad fingida.

—¡Pssst, No’! Rápido, no puedo quedarme mucho tiempo. Escucha, te las estás arreglado muy bien con la primera prueba. ¡Sigue así! Mañana tendrá lugar la segunda, la del valle de los Vientos.

El niño se incorpora en la cama, con una inmensa sonrisa en los labios y el corazón desbocado.

—¿De qué se trata?

Jo’ adopta un aire misterioso.

—Una enfermera, que quizá no lo sea, vendrá y te llevará a ver a los radiólogos, que quizá no serán radiólogos. Habrá un gran tubo donde están encerrados todos los vientos del Este.

—¿Por qué?

—Es una maldición que la bruja del Este les lanzó... Aporrean las paredes, dan golpeteos, giran, gruñen, ¡hacen un ruido terrible!

—¿Qué puedo hacer?

—Si consigues quedarte completamente inmóvil en ese tubo durante diez minutos, demostrarás que tu corazón es puro. Entonces la maldición se acabará, los vientos serán libres y la paz reinará de nuevo en las tierras del

Este.

—¿Y la tercera prueba? ¿Cuál es la tercera?

Se oye un ruido en el pasillo, y Jo' aprovecha para ponerse tieso, al acecho, con las manos en el aire, con la cara en actitud vigilante.

—¿Has oído eso?

—Sí.

—¡Vaya! Tengo que irme, si no descubrirán que te ayudo. Suerte para mañana, ¡mucho suerte!

Y Jo' sale de la habitación reculando, con un dedo en los labios.

Ya en el pasillo, cierra la puerta y apoya la frente en el marco, sobre el número 207, mordiéndose los carrillos.

Después del Desgarro

La historia de Maria

—Aquí, en la «Piedra de las Pérdidas», venían todos los que habían perdido o encontrado algo. Fue durante la dominación romana. Los primeros clamaban lo que buscaban. Los segundos clamaban lo que habían encontrado. A veces coincidían y a veces no —me informó Noah cuando llegamos a su casa, cerca del domo de la Roca, en el monte del Templo.

La joven había fingido que se sentía indispuesta de repente y había abandonado precipitadamente el trabajo. En cuanto yo había pronunciado el nombre de Maria y le había explicado por qué estaba allí (llevarle a su hijo, averiguar el secreto de sus orígenes), empezaron a temblarle las manos, tanto que anduvo todo el trayecto con ellas en los bolsillos. Solo las sacó cuando llegamos, para encender con nerviosismo un largo y fino cigarrillo.

—Nací en una familia ultraortodoxa del barrio de Mea Shearim —me contó—. Mi infancia fue pasable, no tengo muchos recuerdos felices. A decir verdad, hasta la llegada de Maria a mi vida, si pienso en mi pasado, se me aparece como una sucesión de imágenes fijas en blanco y negro. Nunca fui una niña, y si lo fui, no era una niña feliz. Dos cosas entraban en esta casa: la comida y la religión, eso es todo. Obedecía, hacía lo que me pedían. Me casaron con diecinueve años con un hombre que ni siquiera conocía.

—¿Un gordo con barba y que parece siempre enfadado? ¿Con un microscopio? —la interrumpí, pensando en el tipo que nos había tirado

piedras el día anterior.

No pudo disimular su repugnancia.

—Oh, entonces os habéis conocido...

Dio una calada, reduciendo en unos segundos su pitillo al estado de colilla incandescente. Creo que estaba prohibido fumar, pero no le importaba. Cuando llegamos nos señaló, a lo lejos, el lugar hipotético donde se habría erigido la Piedra de las Pérdidas. Yo ignoraba si había perdido algo, como también ignoraba si había encontrado algo. Me pregunté qué hacía allí. Escuchaba hablar al gran amor de Maria, y debía reconocer que hablaba con un encanto innegable.

—Sus manos me daban asco —prosiguió encorvándose, con el vientre encogido—. Si en mi noche de bodas ignoraba lo que era el amor, a la mañana siguiente conocí el odio. Con veintisiete años ya tenía cinco hijos. Las cosas iban muy mal en casa, no quería que él me tocara. Acabó por presentar quejas en la sinagoga y tuve que comparecer ante un tribunal de doce rabinos. «Justifique su rechazo», me exigieron. La falta de amor no era una razón suficiente. No quisieron oír nada de lo que dije. Tenía unas ganas terribles de matar. Soñaba todas las noches con cortarle los dedos y la... —Ahogó una risita desilusionada—. En esa época ¿me había informado acerca de cómo extraer el arsénico de los papeles matamoscas!

Aparta el humo con la mano. Alrededor de nosotros, imaginaba fantasmas vestidos con togas púrpuras que se intercambiaban objetos. Me dije entonces que sí había perdido algo. Pero había olvidado lo que era.

—¿No podías divorciarte?

—Una vez, cuando era niña, una mujer quiso divorciarse. Todo el mundo la conocía a causa de los rumores que corrían sobre ella... Sospechaban que amaba a las mujeres.

Su cuerpo parecía disminuir a ojos vistas.

—La lincharon.

—¿Quieres decir que la lincharon hasta matarla?

Asintió con una mueca de dolor.

—Nunca olvidaré su mirada cuando su cuerpo cayó desde lo alto de la viga.

Nunca...

Lanzó la colilla en la alcantarilla con violencia. El pitillo volvió a aparecer enseguida en la boca de No', que comenzó a dar caladas con aires de importancia.

—Es bonito, ¿eh? —dijo la joven, y señaló el Muro de las Lamentaciones—. Los llantos, Jerusalén está hecha de llantos —afirmó señalando los *lubavitch* que, con las manos alzadas y vueltas hacia la pared, se movían siguiendo el mismo vaivén—. Los creyentes vienen aquí a llorar lo que Dios les quitó, les quita una piedra del corazón, que solo pueden poner delante de ellos, en las piedras precedentes. Y, de pena en pena, de alivio en alivio, construimos una ciudad eterna.

Tendió la mano, y señaló la gran plaza que había delante de nosotros y los grandes bloques de piedra que constituían las ruinas más sagradas de los templos hebreos del mundo, el Kotel; las tres cuartas partes del muro occidental están reservadas a los hombres y el resto a las mujeres porque son impuras, a causa de la menstruación.

—Lo que es admirable son los millares de minúsculos cultivos de alcaparras que crecen en las grietas del Muro de las Lamentaciones, alrededor y por encima de los *tzetel*, esas notitas de papel plegadas que los fieles dejan. En ellas están sus sufrimientos, las famosas lamentaciones. Los brotes de alcaparras solo florecen al atardecer. En una noche, las pequeñas flores blancas y violetas se abren, resquebrajan la piedra y dejan caer sobre el suelo una lluvia compuesta por millares de minúsculas dolencias. Cuando el sol despunta, todo se marchita; si uno se agacha, solo podrá recoger flores muertas

y reclamaciones.

Elevó un índice acusador hacia el cielo.

—Nuestros sufrimientos no le afectan; Él los oye pero no interviene. Nuestras vidas, nuestros problemas, son cosa nuestra.

Callé. Veía en eso la prueba de la libertad más viva de los hombres. El sufrimiento es un brote de rosa inmadura, una palabra puesta en la experiencia antes de que madure.

—Si esas flores moradas se maceran en vinagre, se transforman en deliciosas alcaparras —concluyó y se levantó—, con un sabor a lágrimas inimitable.

Nos fuimos y echamos a andar por una callejuela umbría donde el viento hacía rodar rastrojos. A ambos lados había edificios de dos plantas con cubierta de tejas, pero contruidos con la piedra de Jerusalén en vez de con madera y ladrillos. El suelo estaba en pendiente, muy pronunciada, y llegamos a otro edificio, bajo y cubierto de vegetación, del que descendían una infinidad de escalones de piedra.

Noté frío en el trasero cuando nos sentamos en el umbral, donde Noah continuó relatándome su historia, más calmada.

—¿Sabes? El dinero del hogar le pertenecía por derecho. Conseguí ahorrar. Durante dos años, a escondidas, puse billetes entre las páginas de la vieja Torá de mi abuela. Tenía también libros prohibidos. Todos llenos de billetes. Contraté a un abogado. Mi ma... —Se corrigió—: Mi exmarido contrató a otro. Los vecinos, mis vecinos, reunieron dinero para ayudarlo a pagarse el más caro de la ciudad. Finalmente, en el tribunal dijeron que podía irme... con la única condición de dejarle a mis niños. Así que me quedé... Me quedé un año.

Hacía pausas y, de vez en cuando, las mejillas se le sonrojaban. ¿De ira? ¿De vergüenza? Nunca lo supe. Bajé la cabeza. Esa historia me dolía. Se

levantó para estirar las piernas, y volvió a sentarse a mi lado. Su hombro chocó contra el mío en un gesto de complicidad que me pareció bienvenido.

—Una noche, en la sinagoga, me sorprendió... mirando a una... vecina.

Se colocó un rizo negro detrás de la oreja.

—Hizo mi maleta. Le supliqué que me dejara a los niños, pero me echó a la calle. De eso hace nueve años. ¡Dios mío, nueve años sin mis hijos!

No paraba de moverse. Agarró un vaso de cristal que estaba en un escalón y se lo acercó al corazón antes de dejarlo a nuestros pies. El niño se puso a cuatro patas y pegó la oreja a la parte de arriba del vaso como si pretendiera oír los latidos de la joven. Una racha de viento tiró al suelo el vaso; estaba vacío, y el niño se sobresaltó. Hice la foto en ese preciso instante de pleno estupor. Hojas rojas y blandas como membranas de murciélago caían lentamente de los árboles. Pero todo parecía gris y blanco a causa de la abrumadora presencia del niño.



—¿Qué hiciste para poder soportarlo?

La voz suave y melodiosa de Noah Korber se elevó de nuevo, más decidida que nunca.

—Escogí ser feliz antes que tener razón.

Silencio. Luego, rota, abatida y arrepentida, añadió:

—Entonces conocí a Maria y le arruiné la vida... Había abierto una cuenta en un banco y trabajé duro. Hasta tenía un perfil en Facebook —dijo, y encendió otro cigarrillo como si se tratara de la demostración de esa libertad que tanto le había costado lograr.

Al principio había tachado la casilla «soltera» para conseguir citas. Pero los pervertidos acudieron a su llamada como moscas a la miel. Entonces se declaró «viuda» para estar tranquila, y los pubs de «encuentros» se vieron sustituidos por ofertas de seguros de vida y planes de previsión. Finalmente

cumplió su sueño: irse de viaje. Su primer viaje. A Roma, claro; había visto una película en la que una mujer se bañaba en una fuente. Y en Roma encontró a Maria.

—Nunca había sentido eso. Por nadie.

Se recogió la melena negra con las manos y se hizo un moño en la nuca, que sujetó con un palito fino y largo.

—Ella estudiaba la carrera de Teología y yo había nacido en Jerusalén. Maria quería que le hablara de todo: del Santo Sepulcro, del Gólgota, del monte de los Olivos, del domo de la Roca, de la cueva de las Almas... También de mis impresiones sobre la ciudad. «Estoy convencida de que hay un secreto allí», me decía. Así fue como la convencí de ir a Jerusalén conmigo.

Durante el tiempo de tomar una copa, en un pequeño café discreto en via San Giovanni, Noah me reveló sus secretos. Solo quería abrir las persianas una mañana, mirar el mundo, decirse: «Soy libre de ir a donde quiero, pero no, no lo haré, porque he escogido a la persona que duerme en mi cama».

—Ella soñaba siempre con esa pequeña Virgen de escayola, cuando yo soñaba con que me regalaran bombones y flores, aunque solo fuera una vez, para variar.

Me dirigió una sonrisa resplandeciente y cogió otro cigarrillo.

—Y correrme también. Aunque solo fuera una vez, para variar.

Nos reímos. Entendía eso. Lo entendía muy bien. Romper el escaparate de su vida... A menos que seas totalmente inconsciente, todo el mundo piensa en eso un día u otro. Es una especie de muleta, creo, para seguir avanzando en la vida.

—Éramos unas niñas. En nuestra segunda cita, Maria se presentó ante mí con una caja de trufas y ganaches... ¡y un ramo de peonías! Es todo lo que yo pedía a la vida. Todo. Con las persianas bien abiertas por la mañana...

—¿Y entonces? —pregunté—. ¿Qué pasó?

—Maria estaba avergonzada... Muy avergonzada. Yo no. Había hecho mi elección. Me recuerdo reconfortándola: «Quizá no seas la persona que pensabas que eras. Quizá seas alguien diferente. Ni mejor ni peor, solo diferente». Hicimos el amor. Con dulzura. Con pasión. Al día siguiente, por la mañana, la observé como una espía mientras dormía. Luego me vestí y fui al cuarto de baño. De pie delante del espejo me encontré guapa. La mujer que dormía entre mis sábanas también lo era. «Si todo es bonito, no puede ser malo, y nuestro amor es uno de los menos graves del mundo», reflexioné en voz alta. Maria se despertó, avergonzada, me pidió que cerrara las persianas. Aquel gran cielo abierto sobre nosotras la espantaba. La besé. Y dije: «Si Dios nos ve, es que tiene tiempo que perder».

Dio una honda calada a su pitillo, como si lo que tenía en la mano fuera la libertad y quisiera aspirarla entera.

—Dejamos las persianas abiertas...

Silencio.

—Pronto hará ocho años que desapareció —prosiguió Noah con desánimo—. Cuando se fue adquirí la costumbre de tener siempre flores en el alféizar de mi ventana. Para que sepa que la espero.

Rebusqué en mi bolsillo y le enseñé la nota que Maria había dejado en mi hotel. No se mostró especialmente sorprendida y me señaló su ventana, donde un ramo se tomaba el tiempo de marchitarse sin prisas.

—Sé que ha vuelto a Jerusalén.

Me sorprendí y le pedí que se explicara.

—De vez en cuando encuentro peonías en mi ventana y sé que está aquí. —Movié el papel en todos los sentidos—. ¿Por qué ha escrito «perdón»?

—Habla de lo que pasó entre nosotros en el hospital.

—¿No quieres contármelo?

—No puedo contártelo.

Silencio.

—¿Hay flores a menudo en tu ventana?

—Diría que una a dos veces al mes.

—¿Al mes? Pero ¿desde hace cuánto tiempo?

—Un año.

Sentí que bajo mis pies se abría un precipicio y que mi cuerpo se deslizaba en una ira absurda, sorda e injusta.

En el hospital

6 días antes del Desgarro

—La última prueba es la más difícil de todas y pocos niños la superan. Para atravesar el puente y pisar la carretera Treinta y tres hay que tener los huesos de un caballero con armadura blanca.

—¿Y qué hay que hacer, Jo’?

—Hay que superar la prueba del monte de la Aguja. Ya pasaste esa prueba, pero esperamos los resultados.

Jo’ se sienta cerca del niño, le pide prestados una hoja y unos lápices de colores y dibuja en un momento una montaña con una bandera ondeando en la cima. Es un dibujo muy feo; aun así, el niño imagina lo que quiere y, en su imaginación, la montaña es dorada, con la bandera finamente tejida, las nubes se persiguen como una jauría de perros. El sol tiene boca y esa boca sonríe.

—Hace unas semanas, una enfermera, que quizá no lo era, vino con un médico, que quizá no lo era, y te dijo que tenían que sacarte un trocito del interior de tus huesos. Con una aguja. ¡Aquí! —Jo’ se golpea el pecho—. En el esternón, justo encima de tu corazón.

—¡Ya me lo han hecho dos veces! —grita el niño—. La primera, al principio de estar aquí, para saber si mamá podía darme lo que estaba en su sangre para salvarme.

Jo’ permanece en silencio unos segundos. Su mente busca

desesperadamente una vía de escape.

—Sí, pero no tiene nada que ver con la primera vez.

—¿Por qué?

El corazón de Jo' se encoge. Los días desfilarán, los meses y luego los años; Jo' se casará, tendrá hijos y se hará viejo. Sin embargo, sabe que nunca olvidará lo que está a punto de decir y que se arrepentirá hasta el último segundo del último minuto de su vida.

—Porque la primera vez, No', no era cuestión de saber si eras digno o no de entrar en la habitación treinta y tres.

Después del Desgarro

Jo' y No'

¡Un año! Su hijo estaba solo, en la otra punta del mundo, en un hospital, rodeado de desconocidos, y ella, Maria, estaba allí, en la playa, jugando a las enamoradas que intentan recomponer un amor adolescente roto. ¿Qué madre haría eso?

—¿Nunca se puso en contacto contigo? —pregunté apretando los puños.

—No, nunca. Solo dejaba notas incomprensibles bajo la maceta, de vez en cuando. Recortes de prensa, notas diversas, dibujos, sentencias de tribunal y mapas de la ciudad con anotaciones por todas partes.

—¿Por qué?

Apartó mi pregunta con el dorso de la mano y sus ojos me parecieron dos grandes buques verdes hundiéndose.

—Es complicado, muy complicado.

Silencio.

—¿Por qué me cuentas todo esto...? —Me frote el índice y el pulgar en busca de la palabra adecuada—. ¿Espontáneamente?

—A causa de tu abrigo. —Acarició la piel—. ¿Quién te lo dio?

—No lo sé. Me quedé dormido cerca de aquí, en un parque...

—¿Qué parque? —me interrumpió, con las mandíbulas apretadas y la mirada inquieta.

—El parque de la Independencia y...

Iba a seguir, pero Noah palideció y cayó hacia atrás como un junco cortado de tajo. Le quité al vuelto la botella de agua que me había ofrecido en su trabajo, y la sujeté. Ya empezaba a ser una costumbre entre nosotros.

—Había nevado —proseguí—, y cuando me desperté por la mañana el abrigo estaba sobre mí. Me protegió. Creo que habría muerto de frío sin él. ¿Por qué?

—Porque se lo regalé a Maria Tulith hace ocho años y... me prometió que nunca se desprendería de él. Y porque ese parque... En él Maria... Nosotras...

Levantó la mano como para rechazar esos recuerdos que parecían cobrar vida ante sus ojos. No', de pie delante de ella, con el semblante tranquilo, sujetaba su pizarra. «Todo va a ir bien, Jo'. Estoy aquí.» Me sacó de mis casillas, el niño y el mensaje.

—¿Dime la verdad, Noah! —grité—. ¿Qué pasó hace ocho años? ¿Por qué os separasteis? ¿Sabías que estaba embarazada a su vuelta de Jerusalén? ¿Quién es el padre?

Sus bonitos ojos esmeralda se velaron. Creí que estaba a punto de desmayarse.

—¿Embarazada? —balbució—. No... no lo sabía... ¿Maria tuvo un hijo? ¿Cómo se llama?

—Le puso tu nombre.

—¿Noah?

Asentí. Una lágrima resbaló por su mejilla.

—¿Dónde está, Noah? —grité—. ¿Dónde está Maria? ¿Y cómo me encontré en ese parque? ¿Dónde puedo...?

Demasiado apresurado, había ido demasiado lejos demasiado aprisa. Había tardado ocho veces trescientos sesenta y cinco días en refrenar su sufrimiento. Y yo acababa de devolvérselo para unos cuantos años más.

—Lo siento —dijo encorvándose—. He de hacerme a la idea... No me siento bien.

Se despidió de mí con un adiós rápido, me pidió que volviera el día siguiente, o el día de después, cuando yo quisiera «pero más tarde», que podría ayudarme, que me contaría toda la verdad, que se sentiría mejor, que le dolería menos el corazón. Acto seguido se encerró en su casa como si protegiera en el interior de una armadura.

Me encontré solo, de pie, como un idiota, en medio de la calle y sin saber adónde ir. Y el niño, que seguía con su pizarra. «Todo va a ir bien, Jo'. Estoy aquí.» Pero era falso, nada iba bien, y me caía de cansancio. Eran las 23.55 en mi reloj roto y era domingo.

Aquella noche, como quien pone el cebo en un anzuelo, escribí una carta a Maria y se la entregué a mi casero, Saül. Antes tomé la precaución de envolverla con cinta adhesiva.

—Si la lee, Saül, la destinataria lo sabrá —le advertí.

El hombre la colocó con sumo cuidado debajo de un pisapapeles con la forma de la estatua de la Libertad, me dio la espalda y se puso a mirar de nuevo sus series televisivas.

Desde mi llegada los días habían pasado uno tras otro como salivazos, con la sensación cada vez más angustiada de que nuestro viaje llegaba a su fin y que se terminaba con un amargo sabor de fracaso. Maria se perfilaba delante de nosotros, borrosa, culpable, inaprensible y secreta.

Una mañana, al toparme con mi reflejo en el espejo, me horrorizó lo que vi. Mis rasgos daban una impresión de gran cansancio, mis ojos eran más claros, pero de un verde deslavado, grandes arrugas de preocupación surcaban mi frente. Una cara de marinero desilusionado, una cara de viejo. El insomnio

estaba haciendo estragos en mí.

Por entonces mi fobia por los microbios desapareció también, de repente, como había aparecido hacía casi veinte años. Ya no me lavaba las manos treinta veces al día. Jerusalén me había liberado, en cierta manera.

Hacia las diez de la noche Saül me anunció:

—La Llorona pasó por aquí. Cogió su nota, pero no dejó nada para usted.

Le di las gracias. Una gran angustia me oprimía el corazón.

Después de haber dejado tranquila a Noah Korber durante cuatro días, había llegado el momento de volver a verla. Marqué rápidamente su número y descolgó casi enseguida.

—Esta noche te lo contaré todo —prometió con voz opaca, y colgó.

Esa noche...

En el hospital

5 días antes del Desgarro

¡Eh, No', no mires a la enfermera! Mírame a mí. Mira tus juguetes. Mira tus cuadernos de dibujo, tus caramelos. No, ahí no, ahí no. Olvida a la enfermera. Escucha mi voz. ¿Sabes por qué las jirafas tienen un cuello tan largo, No'? Porque les huelen los pies... ¡Ah! Te ríes... Eso está bien. Te compraré una, ya lo verás. No sé si entrará entera en la habitación, pero tendrás tu jirafa. Te lo prometo. ¿Qué? ¿Cuándo sabremos el resultado de la tercera prueba? Pronto, te lo prometo... Van a pesar el trocito de hueso que te sacaron para saber de qué metal está hecha tu alma y así podremos saber de qué color será tu armadura. Tienen una báscula especial, ¿ves? Pesan todos los huesos de todos los niños del mundo... Venga, respira. Todo va a ir bien... ¿Qué? ¿Qué hora es? Mira el reloj que hay encima de tu cama. ¿No has aprendido qué indican esas pequeñas agujas? Son las cinco, No'. ¿Y sabes qué? ¿No? Dentro de treinta millones de años, a esta hora, serán también las cinco. Lo sé, No', es increíble. Hasta creo que en eso radica el mayor secreto de la vida. ¿Qué? ¿Te duele? Mira por la ventana, No'. ¡Hay palomas! Dime, No': si estás demasiado cansado para ir a Roma, ¿qué haremos?

No tendrás elección. Me acercaré con sigilo, así, y te daré tres golpecitos en el hombro. Te diré: «¡Te pillé!», y luego me echaré hacia atrás y levantaré los brazos al cielo, con aire asustado. Balbucearás: «¿Qué... qué... qué haces?», y te contestaré: «Juego al pilla-pilla. Te he tocado y ahora eres el

lobo». Entonces estarás obligado a pillarme. Pero como me iré a Roma, tendrás que ir también. ¿Y si estás muy muy cansado? Pues te llevaré a mis espaldas y cuando yo esté muy cansado me sentaré a tu lado, te cogeré de la mano y te contaré la historia de cómo te llevo a mis espaldas, sin estar cansado. Entonces proseguiremos el viaje.

En esta historia pasaremos por la puerta Dorada escondida en tu cama. Cruzaremos el puente arcoiris y cogeremos la carretera Treinta y tres para ir hasta Roma. ¿Qué dices? ¿Qué si estará tu madre? ¡Pues claro! ¡De hecho, encontrarla será el objetivo de nuestro viaje! ¿Y tu padre? ¡También! Estará, te lo prometo. Y si no está allí, pasado el puente, iremos a buscarlo. ¿Qué? ¿A Jerusalén? Desde luego, porque, si hace falta, iremos hasta Jerusalén. ¿Ves la pequeña cruz que hay al lado de la puerta de la entrada? Pues te prometo sobre esa cruz que tu madre estará todo el tiempo. Por la señal de la santa Cruz, si miento que...

Después del Desgarro

Jo' y No'

—Maria sentía muchísima vergüenza —dijo Noah mientras me servía otra taza de té, la tercera desde mi llegada—. Amar a una mujer... era inconcebible para ella. Imposible. Entonces le di todo lo que podía darle. Tiempo, amor, comprensión... La reconfortaba. La quería. La disculpaba, la animaba a asumir lo que era, a aceptar todas las facetas de su personalidad, a amarlas todas, a respetarlas todas, a... glorificarlas todas. A estar orgullosa.

La noche estaba ya muy avanzada cuando Noah me acogió en su piso. En Jerusalén, hay autobuses israelíes y minivans árabes. Los primeros no van al barrio musulmán, los segundos solo van a ese. De manera que uno tiene que preparar bien sus recorridos. Me había quitado el abrigo de Maria, también los zapatos, y había colgado la bufanda en el perchero de la entrada. Luego Noah me había llevado a la cocina, bañada por una suave luz anaranjada, para preparar ese té que estábamos bebiendo ahora en una mesa metálica plegable, acompañado de *krembos*. El sitio era coqueto, hacía pensar en un nido. Las paredes estaban recubiertas de telas de tejido muy grueso, de todos los colores. Fotografías. Montones de libros. Ceniceros vacíos. Aromas de incienso. A través de la ventana miraba al niño gris, que jugaba en la calle.

—Maria era un pajarillo enjaulado. Tenía dos alas grandes, pero estaba en una jaula dentro de una jaula dentro de una jaula... ¡millares de jaulas! Las abrí todas. Una tras otra. Al final, el pajarillo estaba a punto de echarse a

volar. Éramos como niños salvajes que viven desnudos, cogen su alimento en los árboles, llenan sus vasos en los deltas de los ríos y se quieren sin tener que rendir cuentas a nadie. Le enseñé el abandono, la alegría, el gozo y la celebración de los cuerpos... Yo tenía dos amigos, dos chicos, y a veces acabábamos nuestras noches los cuatro juntos, con Maria, sin vergüenza, sin planes, pero alegres, radiantes, felices, sí, felices... Al cabo de un mes Maria se hacía menos preguntas, se quería, nos queríamos, éramos libres, hambrientas de nuestros cuerpos... —Noah se interrumpió y se tocó un brazo como si deseara confirmar que era real—. ¡Estábamos hambrientas de esto! De esta realidad de nuestros cuerpos desnudos. De este calor... Liberarse es una tarea que hay que hacer cada mañana.

—¿Qué pasó?

—Una noche salimos a bailar al Shoshan... Maria no quería, se quejaba otra vez de ese sueño con la estatua de la Virgen. Me dijo: «Tengo un mal presentimiento, algo terrible va a ocurrir».

Noah se levantó, fue al fregadero y lavó nuestros platos.

—El principio de la velada transcurrió sin problemas. Pero alrededor de medianoche discutimos por una tontería y se fue de la discoteca... Intenté retenerla cogiéndola con fuerza de las muñecas... tanto que creo que le dejé en la piel dos pulseras ardientes. Acabó por escucharme y, finalmente, se acurrucó contra mí. Le dije con entusiasmo: «¿Por qué no te vienes a vivir a Jerusalén? ¡Conmigo! Estaremos bien juntas, no nos separaremos más, no nos separaremos más».

Creí que Noah iba a borrar la decoración del plato de tanto restregarlo.

—Maria, con los ojos muy abiertos por la emoción, exclamó: «¿De verdad quieres que vivamos juntas? ¿Estás segura?». Le dije: «¡Claro! Y podrás seguir estudiando aquí. ¡Quédate!».

Entonces se abalanzó sobre mi cuello gritando de alegría. «¡Sí! ¡Sí!» Y nos abrazamos con fuerza, intensamente...

De repente se apartó de mí. «¿Tendremos que escondernos? ¿Fingir?», me preguntó. «No, Maria, ¡seremos libres!» Entonces fue cuando...

Tiró el plato sobre el borde del fregadero y se rompió. Pero creo que le dio igual. Noah se hallaba en otro sitio. En su historia de amor.

—Estaban esos tipos, en la esquina. Nos habíamos peleado ya unos días antes, cuando habían insultado a dos amigas nuestras. Quise chulear, mostrarme desenvuelta, como para dar a Maria un avance de independencia, enseñarle cómo sería ser libres. Los señalé con el dedo y les dije: «En Europa, la igualdad de los sexos empezó por mujeres que llevaban pantalones, como los hombres. ¡Aquí, si queremos hacer lo mismo tenemos que llevar vestidos!». —Dejó los platos, se sentó, débil, enlazando y desenlazando los dedos—. Tenía la impresión de sacudir mis cadenas. Pero Maria se asustó: «Cállate, Noah. ¡Van a oírnos!». Me reí. ¿Por descaro? ¿Arrogancia? ¿Para purgarme de todos esos años al lado de un hombre al que no quería? No lo sé. Maria siempre decía que se había enamorado primero de mi risa, sin saber de quién era...

En ese momento Noah no dejaba de plegar y desplegar una servilleta delante de ella. A veces se la ponía delante de la cara y se limpiaba las comisuras de los labios, como si sus palabras fueran baba que no podía dejar de escupir. Lloraba.

—Pero me reí demasiado fuerte, ¿entiendes? Demasiado. Eso sacó de quicio a los tipos de la esquina.

Se interrumpió, sacó una goma y se recogió la larga melena negra.

—¡Cómo odio reír ahora...!

La coleta le bajó hasta la mitad de la espalda.

—Los tipos nos siguieron y apretamos el paso, pero eran más rápidos que nosotras y las calles estaban desiertas. Nos atraparon, nos llevaron a ese parque, en el que Maria te encontró durmiendo, donde te cubrió con ese

abrigo. Tenían cuchillos... Yo temblaba de los pies a la cabeza, Maria también. Eso les hizo gracia, a esos lobos, tenían muchas ganas de hacerme pagar la noche en la que los forcé a disculparse amenazándolos con la botella rota. Nos dijeron que no sabíamos lo que nos perdíamos, que una chica nunca podría sustituir a un verdadero hombre. Era una especie de despedida de soltero, o una chorrada por el estilo, habían bebido, eran bestias, nos empujaban y se nos pasaban entre ellos como si fuéramos simples trozos de carne, nos...

Tragó saliva con dificultad, se acercó las manos a las sienes y se las masajeó. Suavemente, con ligeros movimientos circulares.

—Nos forzaron a decidir quién de las dos sería la que el futuro esposo iba a «mimar». Lo empujaron hacia nosotras. Era un hombre joven, un tipo anodino, por lo que recuerdo. Tenía unas mejillas como para hacer sangrar la mano que le diera una bofetada y...

—¿Qué acabas de decir? —interrumpí.

—¿Mimar?

—No, después... Sobre las mejillas de aquel tipo.

—Que tenía unas mejillas como para hacer sangrar la mano que le diera una bofetada. ¿Por qué?

—Por nada. Sigue, por favor.

—Maria, a mi lado, no decía nada. Estaba muerta de miedo. Grité: «¡Escogedme a mí, pero dejad que se vaya!». Contestaron: «¿Estás segura?». Dije: «Totalmente segura», y di un paso hacia delante, para colocarme entre esos hombres y ella. Solo obtuve risas. «Hemos cambiado de opinión, vamos a coger a tu pequeña protegida.» Y entonces...

Un mechón de pelo se escapó de su coleta y se lo apartó de la cara de un soplido.

—Maria nunca pudo superar aquella noche. Se sentía cobarde por no haber

hablado cuando me ofrecí. Se sentía traicionada por Dios, ¡traicionada por mí! Por todo lo que le había contado sobre la libertad de amar, sobre la manera con la que Dios deseaba que cualquiera pueda querer a quien desee. Vivió eso como un castigo..., un castigo divino.

Noah se marchitaba al hablar de aquello. Cuanto más avanzaba la noche más parecía secarse envuelta en los paños invisibles del recuerdo. Después de un largo minuto de silencio prosiguió:

—A veces pienso que por fin lo he superado. Que he dejado atrás esa historia, que he pasado página, que he logrado olvidarla. Sin embargo, por la mañana, cuando abro las persianas, miro la cama y veo que no hay nadie en ella, hago como si eso no tuviera importancia. Pero miro. Miro cada mañana. El pasado es una cosa horrible. Está por todos sitios. Maria está aquí... Va a preparar la comida. Le sirvo un zumo de naranja y preparamos nuestro viaje, me río, se burla de mi risa. Se pone el camisón y se peina aquí. No sé cómo ayudarla, cómo pedirle perdón. Todo lo que puedo hacer es poner una maceta vacía en la ventana por la mañana. Para decirle: «No te olvidé, no te olvidaré nunca, y solo quiero flores de ti, de ti...».

Se levantó y fue a buscar un recipiente en el que un ramo de peonías frescas se remojaban los pies. Enterró el rostro entre las flores carnosas que reflejaban la luz.

—Maria, oh, Maria... —susurró.

Inspiró con toda la capacidad de sus pulmones y volvió a colocar el recipiente en el alféizar. Creo que le habría hecho bien un poco de consuelo. Aunque fuera una pizarra con «Todo va a ir bien, Noah. Estoy aquí». Busqué a No' con la mirada. Jugaba a la rayuela, al otro lado de la ventana, saltando en la oscuridad y en la calle, a dos pasos del paraíso.

—¿Puedo hacer una foto? —pregunté al tiempo que sacaba la cámara de su funda.

Noah me indicó que sí con una señal, que podía, que no le importaba, y se sentó de nuevo.

Recuerdo que, en esa fotografía, la piel del niño, a pata coja en la calle, ocupa todo el espacio, invade cada milímetro cuadrado del papel, y es un milagro que el ramo y el recipiente aún se vean detrás de todo ese gris. Es como si un nubarrón hubiera invadido la habitación y hubiera apagado el brillo de los pétalos. El niño y sus eternos siete años velan el tiempo, el espacio y la realidad detrás de una inmensa pantalla de polvo.



Noah señala las peonías con el dedo.

—Esta mañana estaban aquí. Vamos a verla muy pronto, estoy segura.

—¿Crees que querrá verme?

—Sí. Sin embargo, has de saber una cosa: te equivocas.

—¿Me equivoco?

—Maria no iba nunca al hospital por una razón. La mejor razón del mundo.

Se me desinflaron las mejillas. Pretendía que esa mueca reflejara indiferencia, pero no ocultó las burbujas de desdén que explotaban en mí. Hervía.

—¿Qué puede haber mejor que estar al lado de su hijo en el hospital?

Noah suspiró.

—No soy yo quien debe contártelo. No, no me incumbe a mí... Había una nota con ese ramo. En ella Maria me lo explica todo. Me habla de su hijo, del hospital, de ti, de los reproches que veía brillar en tus ojos como cuchillos. También me dice que escribió a su hijo un texto largo, muy largo, casi un libro, donde le relata su propia historia: su niñez, su amistad con Elisabetta, su estancia en la pensión Lili, nuestro encuentro, su viaje aquí, los monumentos... ¿Sabes que yo la llevaba de visita todos los días? —exclama Noah—. Y hace referencia a nuestras veladas, nuestras noches locas en el Shoshan, y le habla de la primera vez que vio un cuerpo de mujer desnudo. Escribe lo que no podía gritar. Lo que ocurrió en el parque, su vuelta a Italia, las noches que pasó deambulando para quitarse de encima y de dentro todo lo que aquel hombre le había metido en el vientre. Todo, Jo', le cuenta todo. La cruda realidad. Sentía demasiado amor por él. Demasiado. Y rechazó ese amor. Porque no podía amar a su castigo. Porque era su culpa, su gran culpa y se negaba a amar su culpa, a besar los pies de su culpa, a besar la frente febril de su culpa...

Noah se levantó, cogió las tazas, las vació en el fregadero y las puso al lado de los platos.

—Encuentra a Maria y te contará su secreto. Su misterio quedará desvelado y entonces podrás perdonarle, quizá, lo que pasó aquel día en la habitación, en el hospital.

Detrás de ella estaba la ventana. En el corazón de la noche, el niño gris jugaba con todos los fantasmas de palomas de la ciudad. Un millón de fantasmas y un niño casi desnudo que corría entre ellos sin atrapar ninguno. Es posible que los fantasmas de los niños no atrapen nunca nada. Ni las palomas muertas, ni las vivas, ni el amor, ni el tiempo que pasa ni... cualquier otra cosa. Es así. Incluso puede que sea mejor así, ¡quién sabe! Quizá haga falta un poco de todo en este mundo, hasta niños grises, porque si no este mundo estaría menos lleno y es necesario, sí, es absolutamente necesario que el mundo esté lleno, lleno de cosas, que no falte nada, ni niños, ni maridos, ni hermanas ni abuelos que se mueren. Incluso Marias que quieren a Noahs... Es así. Todo sería menos grande, de lo contrario, y es necesario que el mundo sea lo más grande posible para no chocar jamás contra los bordes. Y que no falte nada... Que nunca falte nada. Incluso la desgracia en un parque, la muerte de un niño antes de la de sus padres. ¿Que así sea? Que así sea. Creo que es lo que significan esas tres palabras: Que no falte nada.

Eran las 03.12 en mi reloj roto, y era lunes.

Esa noche no dejé de pensar en Maria, que siempre había vivido intentando ser justa y buena, animada por esa creencia de que el mundo se lo devolvería siendo justo y bueno con ella. Qué error... Que tu no comas tiburón no implica que el tiburón no te coma a ti un día.

Vagaba por las callejuelas desiertas, a las tres de la madrugada, sin poder dormir. Tendría que estallar la verdad, al final. El niño no podía quedarse sin conocerla. Ese pensamiento me corroyó las entrañas durante toda la noche y toda la mañana.

Regrese a la hora de la comida. Alguien se había dejado las luces exteriores encendidas. El neón rosa del letrero parpadeaba y, por culpa de las letras rotas, se leía: LOMO ODO en vez de CHLOMO DODO.

Saül dormía delante del culebrón del mediodía.

Lo desperté para pagarle lo que le debía.

—Saül, tengo una pregunta muy importante. —Puse la mano en el telescopio con el que aquel hombre estaba pendiente del regreso de los hombrecitos verdes y la Confederación Galáctica—. ¿El número de estrellas que hay en el universo es par o impar?

—¿Por qué me preguntas eso?

—De noche, me gusta sentarme y mirar las estrellas. No es que sea un poeta, lo que pasa es que me gusta estar sin hacer nada. Y bien, ¿par o impar?

—¡Tu pregunta no tiene sentido!

—Es lo que pensaba. No puede saberse, ¿me equivoco?

—No, en fin, sí, bueno, es que cambia todo el rato. Cada día mueren dieciocho mil estrellas... y nacen otras dieciocho mil. Es así desde... desde...

—¿Desde siempre?

—Eso es. Desde siempre.

En el hospital

3 días antes del Desgarro

Jo' coge su teléfono. La llama y le dice: «Venga aquí», y ella llora al otro lado, porque está al otro lado del mundo, en Jerusalén, porque un hospital entero la juzga, y a pesar de que está lejos oye sus reproches, su incomprensión, siente su amargura y el cuchillo de sus prejuicios.

—Estoy demasiado lejos.

—Entonces vuelva rápidamente —dice Jo', ciego de ira—. Vuelva enseguida, porque no tendría que haberse ido cuando el mundo entero está aquí, delante de mí.

—¡No lo entiende! —grita—. ¡No entiende nada!

—No, es a usted a quien nadie entiende.

Jo' casi oye sus lágrimas.

—Mañana cambiamos de sitio sus cosas, sus juguetes, la decoración de su habitación.

—¿Por... por qué?

—Mañana nos lo llevamos a la habitación treinta y tres.

Silencio.

—Noah tiene que saber que usted lo quiere. Antes de que...

Silencio.

—Por, favor, venga aquí —insiste Jo'.

Cuelga y entra en la habitación 207.

—Va a venir muy pronto, Noah —dice al niño que espera—. Estará aquí contigo.

Después del Desgarro

Jo' y No'

En el jardín todo era ya noche y nieve, helor y vagos rumores de la ciudad. El niño dibujaba arrodillado al pie de un olivo milenario, tranquilo. El perfil redondo de su rostro de querubín se recortaba en la oscuridad límpida y fresca del Oriente. Con un lápiz en la mano y viento en el cabello, bajo las suelas, entre los dedos también. Se levantó al verme y nos quedamos como dos tontos mirándonos a los ojos, con el frío que se insinuaba suavemente. De repente, una idea insoportable. ¿Y si nos separáramos en ese instante, allí, en medio de los árboles? ¿Y si no volviéramos a vernos nunca más? Una ráfaga de viento se coló entre nuestras pantorrillas y el dibujo se le escapó de las manos. El papel se elevó por los aires como una pluma. Se veía un puente con los colores del arcoíris. No' lo había garabateado de cualquier manera, sin belleza. Me impactó como si me hubiera dado un golpe en el estómago.

—¿Sabes, No'? Cuando alguien te dice que es feliz, desconfía. De hecho, desconfía siempre. Si alguien te cuenta una historia, por lo general será una mentira, un cuento, una fábula.

No' asintió. Sabía lo que iba a decir. Levanté lentamente las manos y me tapé las orejas, como en la época de los tacos de Crinchon y las risas. El niño me imitó. Cuando estuve seguro de que no podía oírme (todo mi cuerpo temblaba), escupí toda la verdad. Desnuda y fea. Pesaba mucho. Precisaba la mentira para poder existir.

—No es mi culpa, ¿sabes? Es cosa de tu madre. E incluso, pensándolo bien, tampoco es su culpa. Nadie es responsable.

Larga inspiración.

—Son las 9.54, acabo de salir del ascensor donde miraba las estrellas pintadas en la cabina, mi madre me llama. «Aristide ha muerto esta noche», dice. Me quedo en silencio, no sé qué contestarle. «Pido que me sustituyan y voy», le digo al final, y me doy de bruces con las puertas batientes de la unidad, sangro un poco, quiero beber en la fuente... ¿Te acuerdas de la fuente? Nos escondíamos detrás... Quiero beber y choco, otra vez, y sangro, mucho. Me planto delante de tu puerta con la mano en la frente, entro y... Está tu mamá, contigo en la habitación blanca, te abraza una y otra vez, se pregunta por qué. Son las 10.09, estoy detrás de ella, llevo mi camisa de leñador, mi bata de médico por encima, intento pensar en cosas agradables, en vano. La veo, pasa y vuelve a pasar sus palmas por tu pequeña mejilla gris. Entonces... Entonces...

Silencio. Espiración.

—Entonces viene ese momento, ese... ¡Desgarro! Cuando ella..., porque no puede más, porque no tiene respuesta y su hijo se muere..., me obliga a ocupar su lugar.

Inspiración. Silencio.

—Tu madre se fue, No', ¡te abandonó! Así. Se levanta, tus ojos están entreabiertos, temo que lo veas todo, derrama el florero de peonías, sujeta un cuaderno contra su corazón, el de la portada azul, tiene la mirada fija en el suelo y susurra a toda velocidad: «Guárdelo, se lo suplico. Háblele. Quédese. Cuéntele mi historia. Qué sepa la verdad...». Posa los labios en tu frente una última vez. «Perdón, perdón, lo siento, perdón, lo siento, perdón...» Estás tumbado, no entiendes nada. Yo estoy de pie, entiendo muy bien. Agarro a tu madre por el codo. Nuestros brazos se rozan, se resbalan, intento retenerla,

cojo su mano, tira, alcanzo sus dedos, nuestros dedos se enredan un instante, tiran, se sueltan, ya no está aquí... Tengo su cuaderno en la mano, y su voz en la cabeza... «Perdón.» Fue lo que dijo. Retumba... Habría podido no decir nada; sin embargo, dijo «perdón» Debía de quererte entonces... Como una madre quiere, siempre un poco demasiado, ¿eh?, con ese amor pesado como una montaña... «No es mi culpa», dijo cuando se fugó en tu cara..., porque es lo que decimos cuando uno corre para escapar de algo. Cuando la puerta se cerró, el crucifijo colgado encima de tu cama se cayó... Yo también busqué un lugar al que escaparme, pero la silla de haya amarilla estaba aquí... Es el asiento reservado a los visitantes, y ¿cómo querías que yo reaccionara? Yo era un visitante y era preciso que alguien se quedara contigo. Así que me quedo en la habitación, y vuelvo a colocar el crucifijo en su sitio. Pongo en tu palma tu pez payaso de plástico. No hablas, tus ojos se niegan a ver el error imperdonable que tu madre acaba de cometer... Me siento, huele a pintura porque han pintado la sala de guardia. Pero lo que siento es lo que pienso, y lo que pienso es dolor, sí, y pienso en tu madre, y me digo: «¿Qué madre actúa así? ¿Qué madre permite que su hijo muera solo, eh?». Y no dejo de pensar una y otra vez en lo que pensarás tú, en las ideas que se agitarán en tu cabeza...

Oh, No', pequeño No'... Adivino, viendo el brillo enternecedor de sus ojos, que me perdona. Entiende y me perdona. Sin embargo, tengo que continuar hasta el final.

—Te mueres y yo no sé cómo reaccionar... Te miro, pero has cerrado tus grandes ojos de mermelada, y no puedo soportarlo. Entonces miro el lavamanos de tu habitación, lo miro, nunca he mirado algo con tanta intensidad en mi vida. Tu imagen aparece. Son las 10.43, y tu viaje va a empezar, me acuerdo de la tarta de limón de mi infancia... Ya no como más, ¿sabes? Nunca podré... Somos raros los humanos, ¿eh? ¿Por qué pienso en eso en ese

momento?

Silencio. Inspiración. Espiración.

—Tuve miedo. Sin embargo, me quedé, porque no se le dice que no a una madre cuando su hijo se muere... Yo era feliz antes de conocerte. Muy feliz. Nunca me habían dicho que los niños de siete años se morían así. Yo tenía mi vida, mi trabajo, mi novia, sus mentiras, sus pequeños pechos y los cuernos que me ponía con ese Antoine, mis mentiras y los cuernos que yo le ponía con esas chicas de la discoteca... Me senté cerca de tu cama y cogí tu mano minúscula en la mía... No hablé. ¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? ¿Qué hago? Soy el niño más solo del mundo, pero si me voy, serás tú el niño más solo del mundo... Así que me quedé hasta el final... ¿Me oyes? Hasta el final... Ahora estoy solo... en la habitación treinta y tres. Y ya no queda nada bonito en mí, nada bueno ni alegre. ¿Quién me querrá ahora en este mundo roto por tu muerte? ¿Quién?

Me tiembla la voz, cierro los ojos con fuerza y me disculpo. Está el azul de fuera, la noche, el verde de una puerta de habitación en el hospital, el blanco de la sábana, el dibujo de un puente arcoíris en la pared de la habitación, el negro de su cabello de niño y el gris de su mano. Azul-Blanco-Negro-Gris. Su madre, «Perdón, perdón, lo siento, perdón, lo siento, perdón», la silla amarilla, el niño gris y yo, el niño solo en el mundo, y yo que intento retener ese momento cuando el alma se aleja. Si es que hay alma. Y si puedo retenerla. Y si morimos realmente. Y si vivimos. ¿Qué es la felicidad? ¿Después de esto podré amar la vida? ¿Y quién va a quererme ahora? Mi cabeza da vueltas. Está la mirada gacha de su madre, su vestido morado, su chal sobre los hombros, el reloj que marca el día, la hora y los minutos... Pongo mis zapatos al pie de su cama, me siento cerca de No'. El cielo que se ve desde la ventana es tan grande que podrían caber en él mil mares, está la puerta mágica del colchón, y encima está No' intentando abrirla, a punto de marcharse, listo para el viaje,

listo...

—Y mi mano que aprieta la tuya, tu espiración seguida de una inspiración y de una nueva espiración y cuando tendría que venir una nueva inspiración... nada. Espero, sacudo tu cuerpecito, No', se acabó, nada sucede... ¿Qué hago? ¿Adónde voy? Entre los pliegues de la sábana está el pequeño pez payaso de plástico y el interminable cuaderno de tu mamá en el que cuenta toda la historia de tu nacimiento. Y a quien quiso. Y a quien odió. Empieza por su regreso a Roma, después de lo del parque, cuando te llevaba en su vientre a su pesar, como yo te llevo sobre mis hombros. Entonces recuerdo mi promesa. Leo, leo sin parar, persuadido de que explorando el misterio de tu nacimiento revertiré tu muerte. Porque tengo un relato para ti, un relato de viajes, uno de los buenos, bonito. Sí, y tienes derecho a ello porque ¡pasaste todas las pruebas! Será una historia compartida, lejos del hospital, en busca de tu papá, de tu mamá. Y has de conocerla hasta el final, porque tu mente sigue aquí, flotando, en esta habitación, a punto de irse, pero no antes de conocer la verdad sobre tu madre. Y si no te explico esa verdad, si dejo esta habitación antes, creo que toda mi vida me quedaré encerrado aquí. Así que cuento, una y otra vez, porque contando volveré a pegarte el alma al cuerpo...

Silencio. El niño inclina la cabeza. ¡Cómo se parece a mí! A mí cuando tenía siete años. Y eso lo es todo. Y eso no es nada. Aprieto mis palmas sobre mis orejas. ¡Más fuerte, Jo', más! No' empuja más. Nadie oye. Hay que hacerlo.

—Mentí, ¿entiendes? Nunca pude hablar con mi abuelo una última vez y eso me mata... Entonces inventé. Y voy a dejar a Manon, porque únicamente el miedo a quedarnos solos hace que sigamos juntos... Mezclé tu relato con el mío, para entender mejor a tu madre, para poder hablarte de ella mejor. Tendí puentes entre las distancias... Mentí e improvisé. La playa de Ostia no era el mar que veíamos, sino el aparcamiento del hospital. En otra parte... En otra

parte...

De nuevo me derrumbo en el suelo, vencido.

—De hecho te velo, las horas pasan, 11.47, 15.16, entreabro la ventana, el viento entra, es domingo, 17.34, anochece, 23.55, la habitación está a oscuras, siento un poco de frío, tu madre se largó olvidando su abrigo de piel vuelta, entonces me lo pongo, leo esta carta, te sujeto la mano. «Todo va a ir bien, No'. Estoy aquí», eso es lo que digo, una y otra vez. «Todo va a ir bien, No'. Estoy aquí.»

Las sienas van a estallarme de tan fuerte como me las aprieto. Las palabras siguen fluyendo solas, como si escupiera un largo rosario de verbos, nombres, adjetivos.

—Leo la larguísima carta de tu madre, hago mi nido con ella, tejo... Me gustaría que tu mamá regresara, porque debería pedirle disculpas: «Cualesquiera que sean sus razones, señora, quiero que sepa que lo siento mucho. Siento haberla juzgado, siento haberla odiado, lo siento...». Sin embargo, no volverá. Acabaremos nuestro viaje tú y yo, y la encontraremos nosotros mismos, a tu mamá, la encontraremos allí, al final de las palabras, las tuyas, las mías, gracias a la tinta del papel... La encontraremos detrás de esta pequeña puerta Dorada, ya sabes, la que está oculta en el colchón. Y luego en este puente, el que lleva a la carretera Treinta y tres. Iremos a donde quieras, No', y ahí es a donde te llevo, No', a donde quieras, a buscar a tu mamá, a desvelar su misterio. Va a revelarnos su secreto, la razón por la que nunca venía al hospital, escuchémosla...

Bajo los brazos, me destapo mis orejas y las tuyas. Los ruidos del mundo nos impactan de lleno. Tenemos los lóbulos enrojecidos de haber apretado tanto. El tiempo está como suspendido, y habría podido durar un buen millón de años por lo menos y no me habría extrañado.

—Te lo prometo, no te mentiré más, No'. Te contaré su verdad, te lo

prometo... La que voy a leer. Te lo prometo. Venga, coge mi mano, no la sueltes, tenemos que encontrar ese puente, esa carretera Treinta y tres, y debemos volver. Tu mamá nos espera, mi mamá y mis hermanas me esperan. Desde ayer al mediodía me esperan. Venga, vamos, no sueltes mi mano...



En el hospital

El día antes del Desgarro

—¿Jo'? —pregunta el niño con un hilo de voz.

—¿Qué, No'?

—Si pudieras ir a la habitación treinta y tres, ¿qué harías? Quiero decir, ¿adónde irías?

—Iría a un lugar donde encontraría la fuerza para contar la verdad a los demás, No'. La fuerza para romper con mi novia, porque me engaña y la engaño desde hace meses, porque ya no sabemos bailar juntos y porque está enamorada de otro. Lo sé; sin embargo, no consigo dejar que se vaya... Iría a visitar a mi abuelo, tendría con él la última charla que nunca tuvimos. No sería una conversación trascendental, ¿sabes? Yo le explicaría un problema y él me daría consejos, solo eso. A lo mejor no llegaría a decirle al irme que lo quería, o puede que se lo susurrara, así, para que lo supiera, porque nunca se lo dije. No tuve ocasión de hablar una última vez con mi abuelo y eso me mata. Me habría gustado que me dijera que papá no nos abandonó, pero que no podía hacer otra cosa que morir.

Silencio.

—¿Jo'?

—¿Qué, No'?

—¿Estás seguro de que mamá me quiere?

Jo' lo mira a los ojos.

—Estoy absolutamente seguro.

—¿Absolutamente?

—Absolutamente.

Silencio.

—¿Jo'?

—¿Qué, No'?

—¿A quién no has mentido aún?

—A mis hermanas y a mi madre ya les he mentido.

—¿Y en tu cabeza?

—¿A mí mismo, quieres decir? Muy a menudo también... Creo.

—¿A Manon?

—Claro que le miento. Con frecuencia. Y a otras chicas.

—¿Y a tu perro?

—Pues... Cuando era pequeño le hacía creer que le lanzaba un palo, pero lo escondía detrás de mi espalda.

Silencio.

—En realidad, No', creo que ya he mentido a todo el mundo.

ÚLTIMA PARTE

La carretera Treinta y tres

Después del Desgarro

Jo' y No'

Quizá existan momentos en la vida en los que no sabemos si el mundo es una mentira o si la mentira es el mundo. Por ejemplo, podría imaginar cómo empezamos a buscar la carretera Treinta y tres. De la grisura pasamos a la oscuridad; la noche había llegado. Una gotera marcaba el tempo. Yo iba con buen paso, ella desapareció, hubo otra y otra más. El niño iba desnudo, no tenía frío, y yo tampoco tenía la impresión de tener frío. ¿Quizá lo tendría luego?

El viento nos azotaba la cara, la lluvia chapaletaba. Hacía tanto tiempo que avanzábamos, que no pude evitar pensar: «¡Te has perdido!». Pero tenía toda la vida por delante para reconocer mi camino, y la idea me reconfortó. No estaba perdido, solo estaba mojado. Esa frase encerraba tanta verdad, tanta... Me dije que solo quería verdad en mi existencia, verdad, luz... y que nada fuera mentira, nunca. El niño gris y yo seguimos adelante por la carretera mucho tiempo y no hay mucho que contar. Había anochecido desde hacía bastante tiempo. Yo no deseaba nada, pensaba en cosas, escuchaba otras, me gustaba el viento, la frescura, la blandura y el olor de la tierra bajo mis zapatos. Bordeamos un bosque. Luego hubo un páramo desértico, y también me gustó. No estaba triste, no. Solo mojado.

—¡No te guardo rencor! —grité al cielo—. Eres la lluvia y haces tu trabajo. A mi derecha el niño asintió. Yo había hablado como tenía que hablar,

desde la calma y la aceptación de todo. La aceptación de todo. Mi ira, mi pena eran naturales y justas. No era gran cosa, pero no tenía nada más en contra de la desdicha. Nadie tiene nada mejor, de hecho, o eso creo. Debería haber formulado la pregunta a mi viejo Aristide. Pensé en Maria, en su historia, pensé en Elisabetta, en Pozzi y en Lucinda, y di una palmada, como tocado por la gracia. Supe que, ahora, sabría cómo consolar a mi madre y a mis hermanas. En ese instante mi frente se puso a sangrar, como si me hubiera golpeado el día anterior.

Solo estaba yo, la carretera, los pueblos y un largo camino. Las farolas desaparecieron. Teníamos mucho barro en nuestros zapatos por seguir el rastro plateado de babosas aplastadas hasta el comienzo de un puente, ni muy grande ni muy ancho, bajo el cual las aguas del río eran tan turbulentas que parecía evidente que cualquiera que cayera en ellas no volvería a aparecer. En medio de ese puente nos esperaba Maria, con los codos apoyados en la baranda, con expresión relajada, serena. Es eso, sí, «serena». Llevaba un largo vestido blanco y peonías en el pelo. Estaba espectacular, tan bella como una madre puede ser bella en la mente de un niño que la quiere, un niño en cuya vida todavía no hay otras mujeres.

Me detuve a su lado.

—Daría todo el oro que no tengo para ir a pasear por el bosque con mi padre y mi abuelo una última vez. Recoger frambuesas. Subir a los árboles. Caminar con ellos y escucharlos mientras me explican qué debo hacer ahora que soy el único hombre de la familia.

Asintió. Ella habría dado todo el oro del mundo para escuchar a su madre, Anna Tulith, explicarle cómo superar lo que le había pasado a su hijo.

Era una gran mujer: salvó la vida de un niño.

Comencé a temblar mientras terminaba de leer su cuaderno. Tras esas palabras, Maria, Maria toda ella, con su secreto y su verdad, estaba ahí, por fin, enfrente de mí, ¡después de todas esas páginas pasadas!

—No' me dijo un día que usted no debería llorar y me pidió que le transmitiera un mensaje: «Dile que la quiero, que estoy realmente contento de haberla elegido como mamá y de haber salido de su vientre». Eso es todo.

Permanecemos en silencio durante un minuto. Debió de sentir la muda interrogación que no acababa de salir por mi boca, porque tomó la iniciativa.

—Ahora voy a explicar por qué no estaba nunca en el hospital —creo que dijo.

—No está obligada, Maria.

—Todo el mundo me censuró, me reprobó, me criticó todo el tiempo —me pareció que decía—. Sin embargo, nadie se pone en mi lugar, nadie sabe lo que pasó aquella noche, y nadie es madre como yo lo soy. Porque actué lo mejor que pude con lo que tenía en el corazón y en el vientre, con la niña que fui y la mujer que el mundo de los hombres me obligó a ser, y ¿sabe qué?, era feo lo que tenía en el corazón y en el vientre. Sí, era feo, y helado y siniestro... —Silencio—. Algunos días habría querido arrancarme la piel y que otra persona se la pusiera.

Se retorció los dedos por culpa de la ansiedad, creo. En todo caso, le temblaba la barbilla. Me pareció oír que me preguntaba si No' estaba allí.

—Sí, Maria, está aquí.

Le señalé la acera, dos pasos detrás de mí. Maria se acercó con pasos vacilantes, apoyó una rodilla en el suelo y se volvió hacia mí.

—La escucha —la animé al ver al niño gris temblando por la emoción de reencontrarse con su mamá.

Maria se aclaró la garganta y me pareció que decía a su hijo:

—Nunca te abandoné, No'. Nunca. Ni un segundo. Te llevaba en mí,

siempre. Te llevaba en mí y me obsesionaba curarte. Lo deseaba tanto que me fui al otro extremo del mundo por ti, mi amor, para remover el pasado, zambullirme una y otra vez en el peor recuerdo de mi vida. Porque necesitabas con tanta urgencia una cura y yo no la tenía en mi sangre. Entonces la busqué, la busqué por todas partes, de noche, de día, en los bares, las cárceles y las comisarías. Iba con el pelo revuelto, ya no me aseaba. Lo busqué en los mapas, en los pliegues de mi memoria, esa memoria mía que no quería recordar. Entonces fui a ese parque, ese terrible parque, interrogué a mucha gente y me tomaron por loca... Quizá lo estaba. Los días pasaban y ansiaba encontrar ese remedio, y ese remedio era un hombre, el que te había metido a la fuerza en mi vientre. Lo busqué para cogerle lo que quizá tenía en su sangre, y dártelo entero, para curarte entero, verte crecer, y amar y hacerte un hombre íntegro, honrado, amable y bueno... Siento no haberlo encontrado, cariño mío, lo siento tanto, tanto...

El niño gris pareció aliviado. Su madre lo quería. Era lo único que necesitaba saber para irse, era mucho, lo era todo. Era inmenso y minúsculo.

—Anduve tanto, mi amor, tanto...

No' levantó su mano traslúcida y delicada como una hoja de yedra y, lentamente, como aquel que roza una rosa o el polvo que danza en los rayos de sol, posó su palma en la mejilla de su mamá. Y su mamá cerró los ojos, lloró diciendo «te quiero», y eso era bonito como un ramo de peonías en una ventana, porque no hay nada como un ramo de peonías. Era bonito como un trozo de madera siendo simplemente un trozo de madera, y no una espada de caballero. Era bonito como una bicicleta de niño porque es una bicicleta de niño y no una montura mágica, un unicornio, un avión...

Me acerqué a él y a su madre, y me eché a reír al tiempo que me daba una palmada en la frente.

—¡Sé por qué no hablas! ¡Qué idiota he sido! ¿Por qué no habré caído

antes?

Me arrodillé y, con mucho cuidado, le quité la larga bufanda del Silencio que le había puesto alrededor del cuello unos días antes. Después la colgué en una percha invisible, muy alto, muy lejos, en el aire, por encima de nuestras cabezas.

—Y... ¿ahora?

El niño levantó la mano derecha, se rozó los labios con cara de asombro, como si algo importante estuviera a punto de pasar, el secreto más grande del mundo, el de los hombres que aceptan que las cosas son como son. Y por primera vez desde su aparición, sonrió. Una sonrisa franca y ancha, destellante. Habría podido contar todos sus dientes.

—¿Sabes, No’? Creo que voy a dejar de mentir a todo el mundo acerca de muchas muchas cosas. Que ahora seré capaz de permitir a Manon vivir su vida. No seguiré reteniéndola. Y creo que diré a mi madre y a mis hermanas que las quiero. No deseo comportarme como lo hice con mi abuelo.

Silencio. El rocío caía alrededor de nosotros como hadas minúsculas. Se posaban sobre mí, se posaban sobre el niño. Se colgaban de sus mejillas, haciendo florecer un suave e inocente carmín como una nube de leche en una taza de té, haciendo desaparecer el gris para siempre.

—¿Volveremos a vernos algún día?

Se encogió de hombros. Las lágrimas asomaron a mis ojos.

—Nunca podré olvidarte.

No quería que se fuera. Quería que hablara.

—¿Qué voy a hacer sin ti?

Bajó la mirada, levantó su pequeña mano regordeta y rosada y me rozó la sien.

—Todo va a ir bien, Jo’. Estaré aquí —diría que fueron sus únicas palabras. Todo el cuerpo me temblaba.

—Pensaré en ti todos los días, ¿me oyes, No’? Todos los días. Y te hablaré. Te contaré historias.

Sonrió, por tercera vez, y se encogió de hombros, por última vez. Después lo vi alejarse por la carretera Treinta y tres detrás de su mamá, a la que acababa de ser devuelto. Tuve la certeza de que al cabo de unos días, gracias al camino recorrido por esa carretera, cuando la vida hubiera vuelto a la normalidad, yo encontraría a esa madre, la encontraría en esa realidad insoportable donde el niño ya no estaría, y la ayudaría a curarse de su ausencia.

—¡Será una bonita historia, No’! —grité antes de que desaparecieran en el horizonte—. ¡La contaré a mis nietos!

Entonces el sol, que parecía haberse acostado unos instantes antes, se alzó y hubo que rendirse ante la evidencia: No’ y yo habíamos caminado durante toda la noche.



Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mi familia; a mi editora, Alexandrine Duhin; a mis amigos (en especial a Cath y Arezki), y a la gente de mi editorial (Sophie de Closets, Carole Saudejaud, David Strépenne, Marie Lafitte, Pauline Faure, Sophie Charnavel, Ariane Foubert, Anna Lindblom, Véronique Héron, Marie-Laure Defretin, Maryline Thérou, Jérôme Laissus, Florence Ameline y Diane Feyel, así como a todos nuestros representantes en las librerías y a quienes, aunque los olvido ahora —¡disculpadme!—, hacen posible que tengáis este libro en vuestras manos).

Gracias también a Benjamin Isidore Juveneton, el talentoso artista y fotógrafo autor de las fotografías que ilustran esta novela... todas, excepto una que es falsa, un «montaje», como no podría haber sido de otro modo en un libro que aborda el tema de la mentira, del engaño. Os invito a que la descubráis (hay una pista, implícita, en la novela).

Podéis echar un vistazo a la obra de este virtuoso en su web:

<http://adieu-et-a-demain.fr>.

Porque la lectura permanece como un arma de libre elección contra la estupidez y el nihilismo, doy las gracias a todas las personas que los combaten a diario de un modo admirable:

—Lydie Z., Muriel R., Nathalie C., Delphine E., Gérard C., André B.,

Martine R., Pascal D. y Alexis D., Nini R., mi *team d'amour* Estelle-Claire-Justine, Christian T., Philippe F., y a todos los librereros y libreras que han defendido mi anterior novela, *Un taxi a la felicidad*, y han apostado por ella.

–Los blogueros literarios y los booktubers que apostaron por mis dos novelas anteriores y las defendieron.

Gracias igualmente a los lectores/contribuyentes de <www.alorsvoila.com>, que continúan construyendo un puente entre dos mundos.

Las primeras líneas de esta novela las escribí en Roma, en abril de 2013; después continué en Jerusalén, en diciembre de 2013. Las pruebas las revisé al borde del agua, en Toulouse y París, en agosto de 2016.

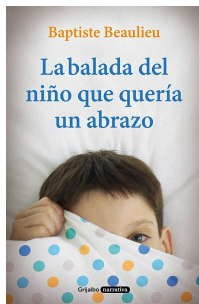
Es posible que la historia de esta novela sea cierta, así que doy las gracias a todas las personas que me han permitido escribirla.

Vivi (Nini), Avram e Ibraheem viven aún en Jerusalén, o eso creo. Vivi sigue luchando. Y Avram rogando. Ibraheem danza. Los tres continúan la fiesta y la lucha por la amistad entre los pueblos. Según las últimas noticias que tengo, el Shoshan Bar ha cerrado (si alguien sabe algo al respecto, que me lo cuente; tengo interés). Me gustaría creer que existen otros «refugios» como el Shoshan donde los jóvenes se abrazan y se aman sin importarles cuáles sean sus sexos, sus orígenes o sus creencias.

En invierno, cuando el frío llega, saco del armario mi abrigo con el cuello de piel. Y me lo echo sobre los hombros.

No he mentado: pienso en Augustin (Noah) y en su madre todos los días.

Una entrañable novela sobre el amor maternal que brilla por su sensibilidad y humanidad



Jonas, un estudiante de medicina en prácticas en la planta de pediatría, intenta animar a uno de sus pacientes con juegos y travesuras. No soporta ver la mirada taciturna de Noah, un niño adorable de siete años que está triste porque su madre, Maria, no viene a verlo demasiado a menudo al hospital.

Durante semanas, el joven médico se esforzará por arrancarle una sonrisa mientras se pregunta cómo una madre puede estar tan ausente en la vida de su hijo. Cuando Maria desaparece, Jo' emprenderá un largo viaje para seguir sus pasos y entender qué hay detrás de esa misteriosa mujer.

Una novela deslumbrante y emotiva que ofrece una nueva visión sobre la maternidad.

«Una semilla de humanidad. Beaulieu tiene la extraordinaria facultad de hacer reír, llorar y reflexionar al mismo tiempo.»

Le Monde

«Esta balada está escrita con los colores del arcoíris. Es una historia conmovedora sobre el amor maternal.»

Aujourd'hui en France

«Beaulieu es un soplo de humanidad. Nos embarca en un largo viaje literario que, sin lugar a dudas, nos conmoverá por su sensibilidad.»

Aufeminin.com

«Doctor y rapsoda, Baptiste Beaulieu sabe contar historias y logra hacer reír y llorar conjugando lo trivial con lo maravilloso.»

Figaro littéraire

Baptiste Beaulieu (Francia, 1985) es médico. En 2012 puso en marcha el blog *Alors Voilà* en el que explicaba con humor e ironía anécdotas de sus prácticas en el hospital. En la actualidad, la bitácora cuenta con más de ocho millones de lectores y fue reconocida por su labor divulgativa con el premio Alexandre-Varney durante el Congreso Nacional de Practicantes de Medicina General.

Beaulieu debutó en el mundo literario con *La vida no es tan grave* (Grijalbo, 2015) que, además de recibir el galardón Lire dans le noir de la emisora France Culture, se convirtió en éxito de ventas y fue traducida a catorce lenguas. Su segunda novela fue *Un taxi a la felicidad* (Grijalbo, 2016), también distinguida con el Prix Méditerranée des lycéens 2016, y ahora presenta *La balada del niño que quería un abrazo*, una conmovedora historia llena de humanidad.

Título original: *La ballade de l'enfant gris*

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2016, Mazarine Librairie Arthème Fayard

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Patricia Sierra Gutiérrez, por la traducción

© Benjamin Isidore Juveneton, por las fotografías del interior

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Carlos Pamplona

Fotografía de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5677-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

La balada del niño que quería un abrazo

El día del desgarro

PRIMERA PARTE. La puerta mágica

Después del Desgarro. Jo'

En el hospital. 61 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo'

En el hospital. 61 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo'

En el hospital. 61 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo'

En el hospital. 58 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo'

En el hospital. 56 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo'

En el hospital. 54 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo'

En el hospital. 46 días antes del Desgarro

SEGUNDA PARTE. En Roma, la madre

Después del Desgarro. Jo' y No'

En el hospital. 42 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo' y No'

En el hospital. 36 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo' y No'

En el hospital. 32 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo' y No'

En el hospital. 29 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. La historia de Maria

En el hospital. 27 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo' y No'

En el hospital. 26 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. La historia de Maria

En el hospital. 26 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. La historia de Maria

En el hospital. 26 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. La historia de Maria

En el hospital. 22 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo' y No'

En el hospital. 19 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo' y No'

En el hospital. 19 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo' y No'

En el hospital. 15 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. La historia de Maria

En el hospital. 14 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. La historia de Maria

En el hospital. 13 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. La historia de Maria

En el hospital. 13 días antes del Desgarro

TERCERA PARTE. En Jerusalén, el padre

Después del Desgarro. La historia de Maria

En el hospital. 13 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo' y No'

En el hospital. 12 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo' y No'

En el hospital. 12 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo' y No'

En el hospital. 11 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo' y No'

En el hospital. 10 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo' y No'

En el hospital. 9 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo' y No'

En el hospital. 8 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo' y No'

En el hospital. 7 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. La historia de Maria

En el hospital. 6 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo' y No'

En el hospital. 5 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo' y No'

En el hospital. 3 días antes del Desgarro

Después del Desgarro. Jo' y No'

En el hospital. El día antes del Desgarro

ÚLTIMA PARTE. La carretera Treinta y tres

Después del Desgarro. Jo' y No'

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Baptiste Beaulieu

Créditos